

**VIAJE A LA PARTE ORIENTAL
DE TIERRA FIRME EN LA AMERICA
MERIDIONAL**

de FRANCISCO DEPONS

R 285603

BANCO CENTRAL DE VENEZUELA

Colección histórico - económica venezolana

Volumen V

FRANCISCO DEPONS



**VIAJE A LA PARTE ORIENTAL
DE TIERRA FIRME
EN LA AMERICA MERIDIONAL**

Tomo II

Traducción de Enrique Planchart

Estudio preliminar y notas
por Pedro Grases



CARACAS

1960

CAPITULO SEPTIMO

De la Agricultura y preparación de artículos de consumo

Extensión del derecho de conquista. Concesiones de Tierras.—Riegos. Manos muertas. Calidad del terreno. Productos.—Cacao. Sus virtudes medicinales. Cultivo. Enemigos del cacao. Medios de conservar un cacaotal. Causas de que el cacao se seque. Cosecha del cacao.—Añil. Terrenos que le convienen. De la siembra. Escardadura. Corte. Preparación.—Algodón. Le convienen casi todas las tierras. Siembra. Cuido. Cosechas. Desmonte. Empaque.—Café. Terrenos propios para el café. De la siembra. Limpia. De la cosecha. Desecación. Negligencia de los hacendados de Tierra Firme.—Azúcar. Terrenos adecuados al cultivo de la caña de azúcar. Caña de Taití. Siembra. Limpia. Madurez y calidad de la caña. Corte. De la molienda. Trapiches. Elaboración del azúcar. Elementos constitutivos del azúcar. Lejía. Supresión de la espuma. Sus pronósticos. Cocción. Cristalización. Colocación en las hormas. Batida. Señales de buena fabricación en el azúcar fría. Engredo. Para secar el azúcar. Cocción de la mezcla. Procedimientos de los refinadores españoles.—Tabaco. Estanco. Almacigas. Siembra. Limpia. Gusanos del tabaco. Desarrollo. Señales de madurez. Precauciones. Cura seca. Cura negra. De como el Rey paga el tabaco a los plantadores.—Reflexión sobre la Agricultura en Tierra Firme. Primera causa de su decadencia. Segunda causa. Tercera causa. Cuarta causa. Quinta causa. De como puede fomentarse la agricultura.

EXTENSION DEL DERECHO DE CONQUISTA

España, dueña de América en virtud de una bula de Alejandro VI, procedió como si aquel respetable título le diera, sobre las tierras descubiertas y por descubrir, derechos mu-

cho más amplios que los derivados de una conquista ordinaria. No sólo extendió su soberanía sobre el Nuevo Mundo y le dio sus leyes, sino que se apropió de las tierras como si no hubiesen estado habitadas.

Muchos autores españoles, sin recurrir a la bula del 14 de Mayo de 1493, explican el dominio directo del Rey sobre todo lo que pertenecía a los Indios. Bien vale que mis lectores conozcan los singulares principios en que se funda esta decisión, destinada a acallar los clamores de la malignidad y de la injusticia. Los Reyes de España, dicen Guerrero, Sepúlveda, Víctor-Gregorio López, Juan Mayor, Bozius, Bannes, etc., han podido extender su dominio directo sobre las tierras ocupadas y pobladas por los Indios, *porque dichos Indios eran tan bárbaros, groseros y salvajes, que apenas merecían formar en el rango de los hombres, y necesitaban de alguien que se encargasen de gobernarlos e instruirlos, para que al cabo fuesen dignos de recibir la fe y abrazar la religión cristiana.* Como discutir este punto de derecho público no conduce sino a estériles resultados, dejándolo, trataré de cómo fueron repartidas las tierras.

Concesiones de Tierras

Desde 1513, Fernando V comenzó a expedir Cédulas sobre la distribución de tierras, y luego se expidieron nuevas Cédulas, según lo indicaban las circunstancias, hasta que el régimen adquirió su actual consistencia. Durante el Siglo XVI se fijó la extensión de terreno que debía concederse a cada Español. Los concesionarios quedaban obligados, dentro de un plazo determinado, a cultivar la tierra recibida y a edificar en ella, so pena de que su posesión pasara nuevamente a la Corona. Por Cédula del 20 de noviembre de 1536 se fijó dicho plazo en tres meses.

Virreyes y Gobernadores gozaron del derecho de conceder tierras, de acuerdo con la opinión del Cabildo. De preferencia debía otorgársele tales mercedes a los que contribuyeron a la conquista y a los que vinieron a fundar ciudades,

conquistadores y pobladores, (1) con prohibición de transferirlas por venta a eclesiásticos.

Tales reglamentos, y otros muchos sobre la misma materia, tuvieron poca o ninguna ejecución en la Capitanía General de Caracas hasta el Siglo XVIII. Demasiado extensas las tierras, su repartición al principio no podía despertar envidia entre los pobladores ni dar lugar a dificultades y menos aún a procesos. Pero, a medida que los propietarios fueron acercándose unos a otros, la cuestión del tuyo y el mío los hizo recurrir a la voluntad real o a la autoridad de los magistrados.

Al cabo de muchas Cédulas, cuya mención es inútil, se expidió una el 24 de Noviembre de 1735, por la cual el Rey reservaba a su persona el derecho de conceder las tierras vacantes, derecho que antes ejercían Virreyes y Gobernadores. Esta medida, destinada a encaminar a Madrid a los pretendientes y el dinero de éstos, llenó exigüamente tal objeto, y menos aún el de utilidad pública, que tuvo como pretexto. La perspectiva de enormes gastos (preludio infalible —o consecuencia—) de toda solicitud llevada a cabo en despachos distantes de la residencia habitual, obligaba a los menos ricos a quedarse sin tierra, o a poseerlas sin títulos, antes de arriesgarse a desembolsos superiores a su capacidad monetaria o al valor de las tierras.

El mal, conocido pronto o tarde, no fue remediado sino por la Instrucción del 15 de Octubre de 1754. Por esta nueva disposición real, las Audiencias quedaron investidas del derecho de conceder tierras y pronunciar, definitivamente, en todo lo relativo a la materia. Los Subdelegados, nombrados por los Virreyes y los Presidentes de Audiencia, recibieron comisión expresa de poner todas las causas de esta naturaleza en estado de ser sentenciadas con la simple presentación de las piezas, sin gastos ni demoras.

Para remediar el desorden ocasionado por la Cédula del 24 de Noviembre de 1735, se ordenó que todos los que desde 1700 poseyesen tierras dominiales, presentaran sus títulos a

(1) Conquistadores y pobladores, en español en el original. (N. del T.)

los Subdelegados para que les fueran confirmados en derecho, siempre que hubieran sido acordados por Virreyes o Gobernadores y siempre que la extensión del terreno correspondiese a los límites indicados en la concesión.

Si el dueño no se presentaba ante el Subdelegado, sus tierras debían pasar al dominio de la Corona. Si del apeo resultaba que las tierras eran más extensas que lo indicado en la concesión, el dueño estaba obligado a comprar al Rey el excedente, al cual se le fijaba por la ley un precio moderado. De no hacerlo así, dicho excedente pasaba a propiedad del Rey y era vendido. Finalmente, los Subdelegados tenían derecho a conceder las tierras vacantes, es decir, adjudicarlas al mejor postor, pues el fisco español no despreció este arbitrio para aumentar sus entradas.

El precio de las tierras, como es de razón, está en relación a su situación, riego y proximidad a una ciudad importante o puerto de mar. Cuando se hallan cultivadas, influyen directamente en su valor la clase y estado de las siembras.

La tierra se mide por *fanegadas* (2) o sea por cuadrados de ciento cuarenta y cinco metros (cuatrocientos cuarenta pies de lado).

RIEGOS

El riego, principal factor de la vegetación, que libera al hombre de las inconstancias del tiempo; el riego, indispensable sobre todo en el cultivo del cacao, había de ser, y es en realidad motivo de grandes discusiones. Muchos y muy extensos son los valles cultivados. Cada uno tiene sus quebradas, sus riachuelos, sus rios, pero casi nunca las aguas quedan igualmente repartidas en siembras que ocupan terrenos desiguales por lo general, y que requieren tomas de agua más o menos grandes. Con frecuencia los vecinos se oponen a la construcción de estas tomas y de allí surgen innumerables procesos, ruinosos y eternos. Más de la mitad de las causas cursadas ante la Audiencia de Caracas, se refiere a distribución de aguas. Y como a esta clase de procesos se les pueden

(2) Fanegadas, en español en el original. (N. del T.)

dar todos los aspectos que se quiera, comprando nivelaciones, mendigando declaraciones, prolongando e intrincando los escritos, y valiéndose de argucias y sofismas, el tribunal que ha de sentenciar, duda, pide nuevos informes, contribuye con sus vacilaciones a complicar y eternizar la discusión, de suerte que el juez no puede discernir lo verdadero de lo falso, lo razonable de lo paradógico, y todo se vuelve dudoso e incierto, menos la ruina de los litigantes y la languidez de la agricultura.

Manos muertas

Inútilmente han tratado las leyes de Indias de ahorrarle a la América Española los daños que a la prosperidad pública y la fortuna particular ocasionan las propiedades de manos muertas. Muchas Cédulas han prohibido expresamente la venta o donación de tierras, cultivadas o no, a eclesiásticos, comunidades o cofradías. La del 24 de Octubre de 1576, dirigida al Virrey de México, dice: "Mientras tanto ordenaréis que ninguno de dichos monasterios de monjes o religiosas no adquiera, ni compre, ni pueda adquirir más bienes que los que posea en el momento en que recibais la presente". Otra Cédula del 20 de Mayo de 1631, dirigida a la Audiencia de Quito, contiene las mismas disposiciones. Pero, como pocas veces basta la voz de la ley para modificar el espíritu nacional, el cual, generalmente, sólo obedece al lento impulso del tiempo, se han empleado todos los medios para eludir la voluntad del legislador.

Dejar de salvar su alma por bienes que nadie puede llevar consigo, era considerado aún como impiedad, de modo que la ley no podía prescribirlo sin arriesgarse a no ser obedecida. No se entregaba de una vez la totalidad de los bienes, ni se hacía en forma de donación, ni tampoco en forma de venta, pero se la gravaba con la renta de un capital más o menos cuantioso, en favor de un convento, una iglesia o una cofradía. El hijo, en el trance de la muerte, no quería ser menos piadoso que lo fué su padre, lo cual daba lugar a nuevos legados, a nuevos gravámenes sobre los inmuebles. De esta suerte, los bienes raíces, en Tierra Firme, aparente-

mente no han cambiado de dueños, pero su valor ha ido pasando, en partes más o menos importantes, a conventos e iglesias. Como ya he tendido ocasión de decirlo, son contadas las felices propiedades sobre las cuales no pesan gravámenes de esta especie.

El interés de los capitales legados a las iglesias se llama *censo o tributo* (3). La tasa es de cinco por ciento al año, lo cual resulta exorbitante, pues los bienes raíces no producen en este país sino el cuatro por ciento, después de pagados los gastos. Al tratar de las causas de la paralización de la agricultura, no omitiré las hipotecas que pesan sobre todas las haciendas.

Calidad del terreno

En Tierra Firme, como en todo el mundo, el suelo varía según su situación, elevación, proximidad al mar o a los ríos. Está formado por las mismas capas más o menos que en el Antiguo Continente. El Barón de Humboldt ha encontrado granito folicular a dos mil seiscientos treinta y dos metros (mil trescientos diez y seis toesas) sobre el nivel del mar, en la montaña llamada Silla de Caracas. Lo encontró también a doscientos ochenta y dos metros (ciento cuarenta y una toesas) en el Cabo Codera, y afirma que desde el Unare hasta Santa Marta, toda la costa es de este mismo granito. El feldespato vidrioso, la clorita pizarrosa, la roca verde primitiva, la roca caliza de grano grueso con mica, el cristal de roca, la galeña argentífera, el cuarzo, las arenas magnéticas, el óxido rojo de titanio cristalizado, el cuarzo con grafito o carburo de hierro, la tierra de porcelana, la tierra arcillosa, etc., se encuentran asimismo diseminadas por todas estas provincias, y en igual proporción que en Europa. La arcilla, sobre todo, se halla en gran cantidad.

El humus o mantillo, que es la tierra vegetal por excelencia y envuelve, por decirlo así, el globo, es mucho menos profundo en Tierra Firme que en Europa. Lo mismo para la física que para la historia, resulta inexplicable que un país

(3) Censo, tributo, en español en el original. (N. del T.)

nuevo, donde el terreno, desde su formación, viene recibiendo el depósito de hojas, ramas, troncos de árboles que sucesivamente se pudren y renacen para podrirse y formar otras vez nuevos depósitos, desmienta la verosimilitud de que el espesor de la capa de humus debe haber aumentado según el número de siglos en que ha estado recibiendo tal depósito. ¿Ha sufrido esta parte del globo revoluciones particulares, y posteriores a las experimentadas por el Viejo Continente? ¿El mar ha cubierto esta parte de América durante más tiempo que a Europa? ¿Todavía estaba bajo las aguas cuando ya en Asia habían hombres? ¿Será que la acción del sol, demasiado fuerte, perjudica la formación del humus, con la pronta desecación del esqueleto vegetal? Tales puntos corresponden evidentemente a la conjetura, y no tiene lugar entre los hechos que ha de acopiar la historia. Mi tarea se limita a explicar la inmensa fertilidad de estas tierras, faltas casi por completo del factor fundamental de la vegetación. Las causas de este fenómeno residen en la fuerza del sol en la zona tórrida, en la enorme abundancia de aguas pluviales que cae entre los trópicos. El calor y la humedad, promovedores constantes de la vegetación, fecundan las tierras más ingratas y dan a la naturaleza ese aspecto siempre risueño de que la priva el invierno en las zonas templadas y glaciales, hasta que el sol suspende durante pocos meses la obra del invierno.

La región de los valles es la más fecunda en Tierra Firme, pues allí la humedad y el calor se combinan mejor que en otras partes. Las llanuras, demasiado expuestas al ardor del sol, sólo producen pastos que se aplican a la cría de ganado vacuno, mular y caballar.

Productos

En los primeros treinta años de la conquista no se trató de sacar de Tierra Firme género comercial alguno. Se escarbaba en las entrañas de la tierra buscando oro y plata. Como no se hallaron minas que satisficieran el anhelo de riquezas, toda la ambición se volvió hacia la pesca de perlas; pero muy pronto ésta dejó de pagar los gastos que ocasionaba y fue abandonada.

Cacao

Privados de recursos para amontonar súbitamente tesoros, los habitantes de Venezuela se vieron obligados a emprender el lento camino de la agricultura para procurarse objetos de cambio. Se dio preferencia al cacao, o mejor dicho, este era el único fruto que se podía cultivar. Indígena de América, llegó a ser uno de los principales alimentos de los Españoles, como desde tiempo inmemorial lo era de los Indios, los cuales lo usaban también como moneda. Ciento cincuenta nueces de cacao valían un real de a ocho. La afición al chocolate, después de la conquista, pasó de América a España, donde se generalizó tanto como en América. Puede decirse que para los Españoles es tan indispensable como el pan. Los religiosos españoles lo introdujeron en Francia.

Sus virtudes medicinales

El Cardenal de Lyon, Alfonso de Richelieu, fue el primero que tomó chocolate para curarse de la obstrucción del hígado. Pero sólo entonces se le atribuyó al chocolate esta virtud; hoy la medicina está muy lejos de reconocérsela. La opinión general es que quien lo toma habitualmente obtiene sólo el provecho que da una substancia nutritiva. Sin embargo, es indudable que el chocolate disminuye o aumenta los humores, según esté más o menos tostado. Es bueno para los que sufren de tisis o de consunción. Con el cacao se prepara un dulce excelente para fortificar el estómago. La manteca de cacao sirve en la curación del catarro y contra los venenos corrosivos.

M. Henley ha descubierto recientemente que el chocolate, enfriado en un envase de estaño al salir del molino, se electriza mucho y conserva esta propiedad después de sacado del envase. Sin embargo, la pierde fácilmente al tocarlo. Se le da este poder una o dos veces, fundiéndolo en una cuchara de hierro y vertiéndolo luego en un envase de estaño. Cuando está seco y en polvo no se puede aplicar el mismo procedimiento. Pero si se le añade una pequeña cantidad de aceite de oliva, la cual se mezcla bien con el chocolate en una paila

de hierro, donde se funde nuevamente, se vuelve a electrizar cuando se enfría en un envase de estaño. Por estas experiencias ha deducido M. Henley que existe una gran afinidad entre el flogístico y el fluido eléctrico, los cuales, tal vez, son una misma cosa.

Hoy en toda Europa se toma chocolate. En cada nación se prepara de distinto modo, aunque en realidad no puede haber diferencia sino en dejarlo más o menos espeso, en ponerle mayor o menor cantidad de azúcar y en añadirle tal o cual sustancia aromática. También puede notarse que en los países del sur lo prefieren con manteca, y en los del norte, seco y amargo.

Cultivo

Las siembras de cacao se multiplicaron rápidamente en Tierra Firme, y el suelo correspondió en todo al trabajo de los agricultores. A la abundancia de las cosechas se unió la excelente calidad del fruto. Este se reputa como el primero, después del de Soconusco. Nadie ignora que el cacao de Caracas, es decir de Tierra Firme, tiene con sólo su nombre la mejor recomendación. Pero en estas provincias se dan también diversas calidades: El cacao de Orituco es superior a todos. Pesa veinte por ciento más que cualquier otro. Después sigue el cacao de la costa y, por último, el del interior.

Las haciendas de cacao están todas al norte de la cadena de montañas de la costa y en el interior. Las primeras se hallan desde Cumaná hasta la desembocadura del río Tocuyo, las otras en los valles de Tuy, Orituco, Ocumare, Cura, Marín, Yare, Santa Teresa, Santa Lucía, Soapire, San Felipe, Barquisimeto, Valencia, Güigüe y Cariaco.

Ni en toda tierra ni en toda situación se puede igualmente sembrar cacao. El análisis del terreno destinado a este cultivo no da nunca sino indicaciones que luego la experiencia se encarga de desmentir. No hay que fijarse ni en el color ni en la calidad de la tierra, basta conque esté suelta y libre de piedras hasta cierta profundidad. Esto se reconoce por el grueso de los árboles que crecen en ella.

No es igualmente fácil hallar una situación conveniente. Debe buscársele expuesta lo menos posible al norte y en la proximidad de un río que, en tiempo de sequía, pueda comunicarle a la tierra la frescura de sus aguas y reciba el desagüe de las lluvias. Se prefiere, sobre todo, los terrenos fáciles de regar y exentos de anegarse durante las crecientes.

Una vez escogido el terreno, se le desmonta, es decir, se cortan todos los árboles, arbustos y hierbas. Esta operación se hace de varios modos. En Tierra Firme, generalmente se comienza la tala al cesar las lluvias, es decir, en el mes de Noviembre, luego se deja secar la leña, se amontona y se quema. Cuando el sitio para la nueva siembra está bien limpio, se construyen acequias y regatos, según lo indique la inclinación del terreno, tanto para dar corriente a las aguas estancadas y a las pluviales, como para la distribución del riego. Luego se abren los surcos donde se ha de plantar el cacao. Se colocan los arbustos formando triángulos o cuadrados, pero siempre se establece en el centro una avenida bordeada de matas de cacao, que va de este a oeste. Cuando se siembra en cuadro, se coloca otra avenida de norte a sur, la cual forma como una cruz con la primera. La distancia entre los pies de cacao debe ser de un poco más de cinco metros (quince a diez y seis pies) en las tierras buenas, y un poco más de cuatro (doce a trece pies) en las de inferior calidad.

El cacao es casi el único árbol que teme los rayos vivificantes del sol. Exige protección contra sus ardoras; de suerte que una parte muy importante de los cuidados requeridos en su cultivo consiste en combinar esta protección con los factores de fecundidad. Junto con el cacao se siembran otros árboles que, sin privarlo del calor, lo protejan de los rayos del sol. Para esto se emplean el bucare o eritrina y el plátano. Este, por su rápido crecimiento y por la longitud de sus hojas, le protege suficientemente durante el primer año. La eritrina dura más o menos lo mismo que el cacao. Sin embargo no todas las tierras le son igualmente favorables. Muere al cabo de poco en las tierras arenosas y en las meramente arcillosas. En cambio, se da perfectamente en las que reúnen estos dos elementos. En las Antillas no se puede proteger el

cacao de este modo, porque los huracanes destruirían frecuentemente las plantaciones. Por eso allí es menor la producción de cacao y sus almendras contienen menos grasa.

El plátano, la eritvina y el cacao se siembran en un mismo líño. La distancia de un bucare de otro depende de la especie de éstos y de la calidad del terreno. Del llamado *bucare anauco* se siembra uno a cada dos hileras de cacao, si la tierra es fértil, y el *bucare peonia* a cada tres hileras, es decir, a cada diez y seis metros (más o menos cuarenta y ocho pies), también si la tierra es fértil.

La primera especie de bucare crece más, tiene menos espinas y es de corteza más blanca. La segunda tiene muchas espinas, su hoja es más oscura por encima y más blanca por debajo. Una y otra deben cortarse en menguante y conservarlas a la sombra hasta la luna nueva para sembrarlas entonces. Sin embargo, es muy preferible hacer almácigos.

En un líño se colocaa una mata de plátano entre dos pies de cacao y un bucare entre las dos siguientes. En el líño siguiente, entre mata y mata de cacao se siembra una de plátano y no se ponen bucares, de manera que, en este sentido, se conserve para los bucares la distancia de dos hileras. Primero se siembra el plátano y el bucare, y cuando haya la sombra necesaria al cacao, se abre el hoyo donde va éste, y se plantan a su alrededor cuatro matas de yuca, a dos pies de distancia una de otra. Al cabo de dos meses se siembra el cacao, el cual se da mejor mientras más pequeña es la planta. Sin embargo, en los terrenos donde abunda el gusano, no convienen las plantas demasiado tiernas, pero en cualquier otro caso, éstas son preferibles, porque las grandes requieren más trabajo para transportarlas y sembrarlas. Además, muchas de ellas mueren, y las que no, echan vástagos y nunca llegan a valer la pena.

El pie de cacao, cuando se trasplanta, no debe pasar de treinta y seis pulgadas; si está más desarrollado, difícilmente prospera, como acabo de explicar.

Los almácigos deben hacerse en una tierra excelente, bien preparada y en la cual nunca se estanque el agua. Se han de

tener bien guarecidos del sol. Se levantan montoncitos de tierra y en cada uno se colocan dos nueces de cacao de manera que queden al nivel del suelo. Durante los veinte primeros días, se cubren las semillas con dos capas de hojas de plátano o de otra planta. Se riega el terreno, si es necesario, pero cuidando de que no quede agua depositada. El mes de Noviembre es el mejor tiempo para esta operación.

Cuando no se dispone de facilidades para el riego, lo mejor es plantar el cacao en la estación de las lluvias. En caso contrario es preferible aprovechar el tiempo seco y ayudar con el riego la obra de la naturaleza, pues de este modo es fácil suministrar a las plantas la cantidad exacta de agua que necesitan. Pero es preciso tener cuidado de que no se mojen después de arrancadas para transplantarlas.

Cuando de una vez se quiere sembrar con granos —cosa que nunca se hace en Tierra Firme— se colocan dos granos en la tierra, como para formar almácigas, de modo que queden al nivel del suelo. Luego se les cubre con una hoja de plátanos doblada en tres, la cual se sujeta con un peso pequeño. Cuando brota el grano, se quita la hoja de plátano. Si han germinado los dos granos, se arranca el pie más débil para asegurar la robustez del otro.

Debe cuidarse de cortar los tallos de plátano ya pasados, para que al caerse no dañen los pies de cacao. Se suprimen todos, además, cuando se estima suficiente la sombra de los bucares. Con esto se le da más aire al cacao y se favorece su crecimiento.

Siempre se podan las ramas laterales del cacao, hasta que el arbusto alcance cerca de cuatro pies de altura. Si al alcanzar este punto echa muchas ramas, se podan, dejando tres solamente a igual distancia unas de otras; a éstas se les quitan las hojas que van saliendo, y si crecen muy caídas se levantan y amarran juntas, de modo que el arbusto crezca recto. En la poda, las ramas se cortan a dos dedos del tronco. Igualmente se arrancan todos los hijos o vástagos, pues éstos viven a expensas del árbol.

Enemigos del cacao

El cacao necesita sombra suficiente para que el sol no lo queme. Si recibe demasiado sol, sus ramas se apartan, se abren y el árbol acaba por secarse. Sucede también que entonces se le crían gusanos que le roen la corteza, penetran al interior del leño y matan el árbol. Hasta hoy, el único remedio consiste en emplear gente para recoger y destruir el gusano. Este nace de los huevos de un insecto coleóptero también roedor, que se deja caer y huye volando cuando se aproxima alguien.

Este insecto es blanco y ceniciento. Si se le acerca al oído, oprimiéndolo entre los dedos, produce un silbido semejante al ruido del agua fría al caer sobre agua caliente. En la cabeza tiene dos cuernecitos cuyas puntas se dirigen hacia arriba. Es tal su vitalidad, que tarda mucho en morir, aun después de haberle separado la cabeza del tronco. Deposita sus huevos en los pequeños huecos del árbol.

Al comienzo del invierno, o estación lluviosa, es decir, de Mayo a Junio, aparece otro gusano que devora los almácigos de cacao. Este gusano, llamado *guásimo*, es a veces tan abundante, que hay que emplear toda la gente de la hacienda en destruirlo. Tiene cuatro pulgadas de largo, y es del grueso de un dedo. También lo llaman *angarípola* o *indio*, a causa de la variedad de colores. Este gusano procede de los huevos depositados por ciertas mariposas en las hojas del cacao. Se le persigue vivamente y se le destruye lo más que se puede, pues causa importantes daños. Los que logran escapar se transforman en crisálidas que se introducen en la tierra, y después de algún tiempo se metamorfosean en mariposas. Conviene encender fogatas, no muy grandes para no perjudicar al cacao, pero suficientes para atraer y quemar las mariposas.

En las haciendas de cacao de los valles del Tuy, Cúa, Marín, Sabana de Ocumare, San Francisco, etc., durante el tiempo seco se presenta otra especie de gusano llamado *rosquilla*.

Hay también otros insectos, llamados *aserradores*, semejantes a los que rodean la corteza del cacao, pero mayores y más osenos. Cortan las ramas y se les encuentra siempre en

las que acaban de tronchar. No puede destruirseles sino matándolos.

El *bachaco* también ocasiona muchos daños. Se come la hoja y la flor. Para destruirlo, hay que buscarlo en sus cuevas. Se echa agua y se remueve la tierra, como para preparar barro. De este modo se aplastan los huevos y se disminuye el mal, aunque no se logra destruirlo por completo.

Frecuentemente crecen lianas parásitas, tiñas, en las ramas del cacao, y las agotan robándoles la savia. Para acabar con ellas no hay más medio sino poner el domingo a todos los esclavos de la hacienda a arrancarlas.

Cuando el cacao ya está produciendo lo ataca una enfermedad llamada *mancha*. Es, en realidad, una mancha negra que aparece en el tronco del árbol y que lo mata. Para preservarlo, cuando la mancha comienza, se le da una ligera cortadura que atraviese la corteza. Pero si la mancha se ha extendido, hay que cortar todo el espacio que ocupe. Entonces el árbol comienza a destilar agua, y se cura. La corteza en el lugar donde estuvo la mancha conserva un color violáceo.

Los otros enemigos del cacao son el acure, el venado, la ardilla, el mono y todos los animales de la hacienda. El que ocasiona mayores daños es el acure. Estos daños no se limitan sólo a lo que devora; los que causa al tumbar las mazorcas son todavía más graves. Frecuentemente le basta una noche para dar al traste con toda la esperanza del agricultor.

El venado se come la cáscara aún tierna de las mazorcas de cacao, con tal voracidad que, una vez, a un venado muerto en orillas del Tuy, le encontraron en el vientre trescientas no masticadas. Igualmente se come los brotes, parándose, cuando lo necesita, sobre las patas traseras para alcanzarlos. Por esto es más nocivo para las matas pequeñas. Aumenta todavía el daño, arrancando la corteza a cornadas.

La ardilla sólo come la baba del cacao, sin tocar el grano, pero tumba la fruta, que luego es arrastrada por el agua o devorada por otros animales.

Los monos se comen el grano. Lo mismo hacen los cerdos, que los Españoles llaman *guarros*, de los cuales hay muchas especies. Son muy perjudiciales pues se comen las mazorcas tiernas y las maduras. Con las patas tumban la flor y la mazorca. Para acabar con estos animales es preciso emplear armas de fuego.

Los pájaros no son menos dañinos. Todas las especies de loros, sobre todo las guacamayas, que destruyen por placer de destruir, los pericos, que van en bandadas, conspiran también para arruinar las haciendas de cacao.

Medios de conservar un cacaotal

Un cacaotal siempre necesita sombra y riego; debe quitársele la costra a las ramas, y destruirse el gusano; evitar el crecimiento de hierbas altas y arbustos, pues el menor perjuicio que se puede derivar de no hacerlo, es perder las mazorcas caídas al suelo. Lo más esencial es aumentar la profundidad de los desagües, a medida que van creciendo las matas de cacao y echando más profundas raíces, pues si el canal se deja de tres pies de profundidad, cuando la raíz está a seis bajo tierra, ésta tiene exceso de humedad y se pudre en donde está en contacto con el agua. Semejante precaución contribuye no sólo a aumentar la duración de la planta, sino a que la cosecha sea más abundante. No se han de cortar ramas a los árboles que ya están produciendo. Con esta operación se logra, es verdad, mayor abundancia en la cosecha siguiente; pero muchas veces el corte produce desequilibrio en la planta y aun puede matarla, según la condición del suelo y el número de ramas suprimidas.

Por qué se secan las mazorcas de cacao

El fruto del cacao se seca en el árbol por tres causas: Primera: Cuando las matas han estado mucho tiempo anegadas. Yo he visto secarse todo el cacao en haciendas que estuvieron sumergidas sólo treinta y seis horas.

Segunda: El exceso de lluvias, sobre todo en los valles muy húmedos. Contra esto no cabe otro remedio sino el de tener una buena red de desagües, de modo que no se estanque el agua.

Tercera: Falta del riego necesario, y el riego hecho con sol muy fuerte. El vapor que se alza de la tierra seca el fruto. Si no llueve en tiempo oportuno y caen después lluvias abundantes, también se seca el cacao.

En todas partes se seca el cacao, pero hay lugares donde sólo se seca el excedente de frutos que el árbol no puede alimentar; en otros se secan más, y en partes, como en Aragüita y en Caucagua, se seca en proporción al predominio de las lluvias llamadas nortes. La naturaleza del suelo también influye en esto, y en algunos casos las mazorcas resultan achaparradas y contienen a un tiempo granos buenos y granos malos. Los Españoles llaman esto *cacosearse*, que quiere decir, tomar una consistencia coriácea y defectiva.

Cosecha del cacao

El cacao da dos cosechas al año, una por San Juan y otra a fines de Diciembre. Además, durante casi todo el año hay mazorcas que maduran y se cogen. Pero siempre, en Tierra Firme, se trata de no coger el cacao sino en menguante, porque, según se pretende, la experiencia demuestra que así el cacao es mejor y dura más tiempo sin picarse.

Don Fernando Blanco, hacendado de Caracas, sostiene, sin embargo, que eso es un prejuicio ridículo, y añade que dicha práctica es imposible, pues habría que recoger la cosecha entera en quince días; de modo que, observando las fases de la luna, no se podría coger el cacao sin que gran parte de él se pudriese en el árbol y se perdería mucho si se suspendiese la cosecha durante la creciente.

En la recolecta del cacao se emplean los Indios y los negros cuya vista es más aguda, con el objeto de que no cojan sino las mazorcas bien sazoadas. Para transportar la fruta al lugar donde se va a desgranar, se escogen los peones más

fuertes y ágiles, mientras la última operación se deja a los viejos y a los inválidos. El lugar donde se va a desgranar el cacao se barre bien y se cubre con hojas verdes, sobre las cuales se echa la fruta. Unos abren la mazorca y otros le quitan los granos, con un pedazo de madera sin filo, de modo de no dañarlos.

No se debe mezclar el cacao bueno con el de inferior calidad. En toda cosecha se encuentran cuatro clases de cacao; el maduro y en buena condición, el verde, pero ya hecho, el cocoso y el podrido. La primera clase es la mejor; la segunda no es mala; pero las otras dos deben desecharse.

Tan pronto como el que no está bien maduro comienza a picarse, debe separarse. Las mazorcas que no están maduras deben dejarse tres días amontonadas y cubiertas con hojas de plátano, para que maduren. Cuando se almacena el cacao hay que tener cuidado de no dejar en él ningún pedazo de mazorca, hojas ni basura alguna. El mismo cuidado se ha de observar cada vez que se le saca del almacén y se le vuelve a guardar.

Hay que asolear siempre el cacao el cuarto día después de haberlo recogido, y repetir diariamente la operación hasta que esté bien seco, lo cual se conoce por el ruido que hace al apretarlo entre los dedos, y porque no se calienta cuando está amontonado. Esta última es la mejor prueba de que ha desaparecido la humedad perjudicial a la conservación del cacao. Si no se asolea bastante se vuelve mohoso; si se asolea demasiado se seca y pulveriza; en ambos casos se pudre fácilmente.

Cuando ha sido muy abundante la cosecha se saca al sol por cantidades de cien quintales, a menos que la hacienda cuente con gente para manejar cantidades mayores; esta operación es indispensable para evitar que el grano se vuelva mohoso. Si a causa de las lluvias no se puede sacar el cacao al sol, precisa extenderlo en departamentos, corredores o galerías preparados al efecto en la hacienda. No puede demorarse esta operación sin correr riesgo de perder la cosecha.

Sería de desearse que existieran estufas para secar el cacao, cuando no haya sol. En Tierra Firme no se conoce aún este recurso tan sencillo e importante.

Casi todo el mundo cree que lo que más contribuye a conservar el cacao es cogerlo en menguante. A mí me parece que se debía esperar más del cuidado con que se le guarde después de seco en depósitos cerrados herméticamente, de modo de preservarlo del aire. Convendría que el piso de estos depósitos fuera de madera, para evitar la humedad. El piso debería estar a dos pies del suelo con el fin de poder colocar debajo braseros cubiertos con embudos cuya punta entre en la pila de cacao y eche en ella el humo. Hay quien coloca en el depósito botellas de vinagre tapadas con un papel para impedir que se crien gusanos.

Una ligera salazón puede preservar el cacao que comienza a picarse. Con esto se consigue una pequeña fermentación que mata los gusanos y evita por algún tiempo se formen nuevamente. ¿Por qué no se empleará este medio como preservativo, cuando ya seco el cacao se guarda en los depósitos?

En San Felipe se valen del humo para conservar el cacao; es cosa sabida también que esparciendo un poco de sal menuda sobre el cacao se evita la formación de gusanos.

Mucho se ha hecho por la conservación del cacao cuando se han suprimido los granos verdes o pasados, se ha evitado que se maltrate al sacarlo, se ha tratado de que no quede con él basura alguna, y se ha almacenado luego en lugar seco y no expuesto al aire; pero a pesar de todo eso y de que la calidad del cacao y demás circunstancias concurren a su conservación, es raro que esté todavía vendible después de transcurrido un año.

Todo lo cual prueba que el cacao exige más cuidados que ciencia, más vigilancia que ingenio, más constancia que teoría. La elección del terreno, la distribución de los desagües y la colocación de los árboles de sombra, son los únicos puntos que requieren algo más de una inteligencia ordinaria. Al mismo tiempo, para sembrar cacao se necesita menos dinero que para cualquier otro negocio que produzca lo mismo.

Como ya he dicho, basta un esclavo para cuidar y coger la cosecha de mil pies de cacao, y cada pie de cacao produce una libra en tierras regulares y libra y media en tierras buenas. Tomando veinte onzas como término medio, por pie, los mil pies deben producir mil doscientas cincuenta libras, que vendidas al precio corriente de veinte pesos fuertes las cien libras, hacen que cada esclavo o peón produzca al año doscientos cincuenta pesos fuertes. Los gastos de cultivo, incluyendo utensilios, máquinas y edificios, son menores para el cacao que para cualquier otro. Sólo la espera de la primera cosecha y los accidentes propios del cacao, pueden disminuir el número de los partidarios de su cultivo y hacer que prefieran el de otro producto.

La mata de cacao no está en plena producción sino a los ocho años, en el interior, y un año antes en las haciendas de la costa. Sin embargo, por una rareza que no puede explicarse sino por la situación, en el valle del Guapo, al este de las bocas del Tuy, la planta comienza a producir a los seis años. Cerca del Ecuador y en las riberas del Río Negro, la planta está en plena producción a los cuatro años o a los cinco, a más tardar.

En la costa, el árbol fructifica hasta los cincuenta años, en el interior hasta los treinta.

En general, los habitantes de Tierra Firme prestan al cultivo y a la preparación del cacao una atención que no se les concede ni aun en las colonias francesas. La excelencia del terreno contribuye, es verdad, a mejorar el fruto, pero es indudable que a la industria le debe una buena parte de esa superioridad que le reconoce el comercio sobre el cacao de los demás países.

ANIL

El cacao fue hasta época muy reciente el único cultivo de Tierra Firme. En 1774, el sacerdote Don Pablo Orendain y Don Antonio Arvide, con gran asombro de sus conciudadanos, comenzaron a ocuparse del cultivo del añil, el cual ya había sido emprendido y abandonado. Sólo a fuerza de constancia

puedieron arrostrar los sarcasmos del prejuicio, que hacía ver como locura el exigirle añil a una tierra acostumbrada a producir cacao únicamente.

Los primeros ensayos fueron cruelmente censurados; luego, la crítica se hizo menos intensa, y pronto la pretendida locura obtuvo muchos apologistas porque fue necesario rendirse a la evidencia, la cual demostró que el añil de Tierra Firme nada tenía que envidiarle al de Guatemala, cuyo valor comercial es siempre de un ochenta por ciento más que el de los otros añiles.

Desde entonces, todas las nuevas siembras fueron de añil. Los valles de Aragua, escogidos para este cultivo, progresaron tan rápidamente que costaría trabajo encontrar un caso igual entre los pueblos más activos e industriosos. Inmensas llanuras e infinidad de colinas, incultas hasta entonces, se cubrieron como por encanto de siembras de añil. La afluencia de plantadores y los rendimientos del añil dieron lugar a la fundación de muchos pueblos; y otros, como Maracay, Turmero y La Victoria, formados únicamente de chozas, tomaron un grato y sólido aspecto de ciudades. Desde los valles de Aragua, el añil se extendió al suroeste, hasta Barinas. Sin embargo, no se le ve en la Costa ni al este de Caracas hasta el golfo de Paria, ni al sur hasta el Orinoco.

Terrenos que le convienen

El añil es una de las plantas que requieren tierra suave y clima cálido (4). Es necesario que el terreno en que se siem-

(4) Hasta ahora se ha creído que el añil no se daba sino en la zona tórrida y en las regiones de la zona templada próximas a los trópicos. Los ensayos de M. Bruley, llevados a cabo últimamente en Italia por orden del gobierno, prueban que la naturaleza no le ha negado esta planta a toda Europa. Basta sólo con escoger, en los países meridionales, un terreno y una exposición adecuados, aprovechar la estación más favorable a la vegetación y plantar buena semilla. En cuanto a la elaboración, depende del talento y de la observación con que se practique. Con semejantes medios y precauciones, ha podido M. Bruley obtener en los jardines del castillo de la Venerie, cerca de Turín, plantas de añil, y sometiéndolas a los proce-

bre sea bien despojado y desaguado, pues el mismo grado de humedad que favorece el desarrollo de la planta, es fatal al indigo que se extrae de ella.

Al proponerse sembrar añil en un terreno, debe procederse a derribar los árboles cuatro meses antes de quemarlos, pues de este modo el fuego consume fácilmente hasta las raíces. En seguida se lleva a cabo la siembra; si el terreno está bien limpio brota la planta a favor de las primeras lluvias, y a los tres meses puede obtenerse una buena cosecha.

De la siembra

No es indiferente la elección de la semilla, ni tampoco la manera de sembrarla. Los hoyos en que se coloque han de tener tres pulgadas de profundidad; deben distar dos pies unos de otros, en tierras buenas y de diez a doce pulgadas en las malas. En nuestras Colonias, los hoyos se abren sólo de dos pulgadas, y se colocan a cinco o seis de distancia.

Lo corriente es colocar los hoyos en una misma línea recta; pero en Tierra Firme hay quien siembre por planchas, y los que han adoptado este método lo elogian con la vehemencia con que los espíritus sistemáticos nos ponderan siempre los nuevos sistemas. Se ponen en cada hoyo todos los granos que pueden cogerse entre el índice y el pulgar. Es inútil sembrar campos de añil a no ser que llueva; la tierra debe

dimientos empleados en Santo Domingo, ha extraído un añil que puede competir con los mejores de nuestras Colonias.

M. Bruley ha hecho sus plantaciones hacia fines de Febrero, y sus resultados han sido más satisfactorios que los obtenidos en la zona tórrida en terrenos ordinarios, pues es cierto que en Italia la planta ha alcanzado cinco pies de altura, al paso que en América, sólo por excepción, pasa de tres. Las plantas italianas han producido, proporcionalmente, una cantidad de añil igual a la que se puede sacar en los mejores terrenos de las colonias. Verdad es que se trata de pequeños ensayos; y es posible que trabajando en grande no se obtengan los mismos resultados.

M. Icard de Bataglini, otro colono, propietario en Santo Domingo, y eminente observador, en este momento (1805), cultiva añil en sus propiedades del departamento de Vaucluse. Los resultados que obtenga han de servir para determinar el fundamento de las esperanzas de arraigar en Europa el cultivo del añil. (*Nota de Depons*).

haber recibido agua, o si no la lluvia debe seguir inmediatamente a la siembra, pues de otra suerte la simiente se calienta y se pudre, perdiéndose así todo el trabajo.

Escardadura

Aunque el tiempo sea poco favorable, el añil comienza a salir el cuarto día, y a veces el tercero. Al cabo de quince días, ya han brotado junto a él otras hierbas que le disputan la subsistencia, y que se la quitarían por completo si no apareciera la azada a tiempo para desembarazarlo de sus molestos enemigos.

No sólo por la abundancia de la cosecha sino también por la preparación y la calidad del añil, conviene que en la escarda no se deje hierba alguna. Cuando no se ha cuidado de esto como es debido, se presentan en la extracción del añil dificultades que no eran de esperarse y que ya no pueden remediarse. Estas dificultades provienen únicamente de las hierbas cortadas y cogidas con el añil, las cuales, durante la fermentación, producen un jugo heterogéneo que, además de trastornar las diversas fases de la preparación, impide el desarrollo y la reunión de los componentes esenciales del añil. El resultado de todo ello es un producto muy inferior en calidad y cantidad a lo que prometía la cosecha.

Corte

Por lo regular, al cabo de tres meses ya es tiempo de cortar el añil, operación ésta que no puede hacerse tampoco de cualquier modo; tiene sus reglas y sus procedimientos. Lo primero que se ha de tener en cuenta es la perfecta madurez del añil. Luego, cortar la planta a una pulgada de tierra. El cortarla más arriba retardaría los pimpollos del segundo corte o impediría totalmente el crecimiento. Para esta operación, lo mejor es emplear grandes machetes curvos, que sobre ser más cómodos, tienen la ventaja de dejar la planta en las mejores condiciones para el siguiente corte.

Después de cortado, se trasporta el añil a los sitios donde la industria ha de prepararlo para el comercio. Todo el tren

que la química necesita para esto se reduce a tres grandes *tanques* de cal y canto, contruidos uno encima de otro, de modo que el del medio pueda recibir el líquido del de arriba y verterlo, a su vez, en el de abajo. Al primero y más alto de los tanques se le da el nombre de pudridero o de remojo, y tiene mayor capacidad que los otros dos. En nuestras Colonias se construye de diez a doce pies de largo por nueve o diez de ancho y tres de profundidad. En la Provincia de Venezuela suele construirse de dieciocho a veinte pies de largo por catorce o quince de ancho y sólo veinte pulgadas de profundidad.

Al segundo tanque se le llama *batería*. Es más estrecho y más profundo que el pudridero, de modo que en él se puede batir el agua sin que se derrame por sobre los bordes.

El tercero, más pequeño que el anterior, se llama *la piletta* o *tanque de reposo*. En éste el añil sufre su última transformación. Sin embargo, lo esencial para la industria del añil es tener bastante agua corriente y limpla, que se pueda emplear en todas las necesidades de la preparación.

Preparación

Es ahora el momento de hablar de la preparación del añil, la cual parece tan sencilla que siempre se confía a negros que nada saben o a blancos igualmente ignorantes. Unos y otros son incapaces de comprender ninguna de las causas, pero en cambio, saben aprovechar admirablemente los efectos y obtener, por rutina, resultados de que se enorgullecerían los más hábiles químicos.

El colorante azul, conocido con el nombre de añil, está combinado con materias heterogéneas, de las cuales debe separarlo el fabricante. Esta combinación, imposible de descubrir a simple vista, parece lo mismo que una infinidad de resultados, el producto de una operación particular que aumenta nuestras comodidades y bienes, pero cuyas causas no se han podido dilucidar.

Todo el cuerpo de la planta, macerado en determinada cantidad de agua, entra en una fermentación singularmente activa, cuyos detalles son los siguientes:

A medida que el calórico aumenta, el ázoe se desprende, el mucílago herbáceo se separa, el vegetal se descompone, la mezcla absorbe oxígeno. Al principio, el líquido toma en los tanques un tinte verdoso. Se le agita fuertemente para que los elementos vegetales se sutilicen, y pronto llega la fermentación a su más alto grado. El caldo va pasando entonces del tinte verde al violeta y luego gradualmente se torna azul.

La primera fermentación se hace en el tanque de remojo, donde previamente se ha puesto agua limpia. Se impide que la planta sobrenade comprimiéndola en el agua. El estado de la planta, el terreno que la produce, la estación en que se ha cortado sirven de brújula al fabricante. La fermentación se opera con mayor o menor prontitud, según las causas que concurren a retardarla o a apresurarla. Diez, veinte, treinta horas, bastan por lo general; es raro cuando se necesita más tiempo. En Tierra Firme, cuando el estado de la hierba, la naturaleza del suelo o la estación no se oponen a ello, bastan doce horas para la fermentación. El arte del fabricante consiste en conocer el justo grado de fermentación. Si ésta es demasiado débil o breve, queda la planta impregnada de mucha sal esencial y con ello disminuye la cantidad de añil; si es demasiado fuerte o prolongada, se pudren los cogollos y se destruye todo el color.

El olor del líquido fermentado y la cantidad de moscardones que revolotean encima de él, son los signos a que se atienden principalmente los añileros de Tierra Firme. En Santo Domingo se publicó hace algunos años una cartilla para reconocer invariablemente el justo grado de fermentación del añil. Se escribe en un papel blanco con la materia que se está probando. Si el color de la tinta es muy subido, aun la fermentación no ha llegado a su punto. La prueba se repite a cada cuarto de hora, hasta que al cabo se note que el líquido ha perdido color. Este es el índice infalible del verdadero punto de fermentación. Este sistema tuvo su oportunidad y su boga, pero luego se volvió al uso de la taza de plata.

Cuando ya está adelantada la fermentación, se vierte un poco de líquido en una taza de plata y se le agita hasta que se pueda sacar el líquido metiendo en él la taza o tomarlo antes que en él se formen granos; por la calidad de éstos y del agua se reconoce el grado de fermentación. No es indiferente para esta prueba sacar el líquido metiendo en él la taza o tomarlo del grifo del tanque. El último método es mejor y preferible a todas luces (5).

Una vez obtenidas las señales de que la fermentación es total, se pasa la materia a la batería, donde se le aplica otro procedimiento sumamente importante, puesto que su objeto es separar el ácido carbónico y facilitar el acercamiento de las moléculas de fécula azul. Para obtenerlo se agita violentamente el agua de añil. En esta operación no es menester ni menos atención ni menos práctica ni menos cuidado que para la anterior, pues según se haga, puede corregir las imperfecciones de la fermentación u ocasionar la pérdida del añil. Si no se bate bastante, el grano queda esparcido en el agua y no tiene tiempo ni medio de aglomerarse en el fondo de la cuba; por consiguiente, se disminuye la cantidad de fécula de añil. Si se bate demasiado, el grano se disuelve.

La facilidad con que se precipita el grano en el fondo de la batería es señal inequívoca de que se ha batido lo suficien-

(5) El espíritu activo y constantemente observador de los hacendados de Santo Domingo, ha llevado la preparación de los géneros coloniales a un grado de perfección que nunca han podido alcanzar en las Colonias vecinas. Sólo la fabricación del añil parecía estar perpetuamente condenada a ser juguete de la casualidad y del capricho de las circunstancias. Su buen éxito era siempre eventual. El añicero que no perdía sino la décima parte de la preparación, podía pasar por hábil, pues algunos perdían hasta la cuarta parte. El honor de descubrir las reglas invariables de esto, le estaba reservado a M. Nazon, vecino del barrio Mirabalais. La industria le debe, en efecto, observaciones ciertas, gracias a las cuales se fabrica el añil con principios tan constantes como los que rigen la preparación del azúcar. M. Bruley, quien ha consignado este descubrimiento en una de sus excelentes memorias sobre el añil, leída en el Liceo de Artes, el 30 de Floreal del año 9, se expresa así: "Francia podrá, en lo adelante, gozar de tan preciosas ventajas, y se las deberá a los trabajos y a la inteligencia de uno de sus colonos, propietario en Santo Domingo, residente actualmente en Francia y uno de los socios libres del Liceo de

te. Entonces es el momento de sacar el agua y de verter la materia en la tercera cuba o estanque de reposo.

El resto consiste en colocar el añil en sacos que se cuelgan para facilitar el escurrimiento. En seguida se le pone a secar el sol en cajas fabricadas expresamente. Antes de que esté completamente seco, se le corta en trocitos de una pulgada cúbica, los cuales se sacan fácilmente de la caja cuando ya está bien seco el añil.

En Tierra Firme se pone a secar el añil en cobertizos. Este método es más largo, pero contribuye a mejorar la calidad del producto, el cual se obtiene más ligado y duro. Las diversas exudaciones le aumentan el brillo. Finalmente, su peso, en igualdad de volumen, es mayor que el del añil secado al sol. Sin embargo, a pesar de que esté bien seco y escurrido, siempre sufre una merma en los primeros meses, de suerte que el hacendado debe apresurarse a venderlo. Generalmente, se embalan en paquetes de a cien libras, tan bien preparados que ni la lluvia que pueda caerle desde la hacienda hasta el puerto de embarque le causa avería alguna. Primero meten el añil en un saco de tela gruesa, y luego lo

Artes, el ciudadano Nazon. Sabias observaciones y larga experiencia le han mostrado la manera de asegurar el buen éxito en todas las cubas de añil”.

“Para obtener esta sustancia colorante, se corta la planta al estar madura, se la pone entera a macerar en un estanque de cal y canto, llamado cuba, cuyas dimensiones, ordinariamente, son de cuatro metros (doce pies)”.

“Para que la maceración esté a punto, se requieren quince, treinta y hasta treinta y seis horas, más o menos, según la temperatura que rija en el momento. Debe tenerse en cuenta, además, la calidad del añil, la naturaleza del terreno que lo produjo y la del agua en que está sumergido”.

“El primer síntoma de que la maceración comienza a alcanzar su punto es que la espuma va desapareciendo. Cuando en la cuba aparece una como especie de costra azul cobrizo, es el momento en que la hierba se halla suficientemente macerada. Sin embargo, este indicio no basta; a menudo es engañoso; hay otro que es más de fiar: consiste en tomar del grifo colocado en la parte interior de la cuba un poco del líquido en una taza de plata. Se observa si la fécula tiende a precipitarse en el fondo de la taza, y por ello se juzga si la hierba ha alcanzado el grado de maceración necesario a la preparación del añil”.

“Semejante procedimiento es el más usado, pero a menudo acarrea errores. Para evitarlos hay un medio seguro: observar con cuidado el lí-

cubren con cuero de buey y lo cosen tan herméticamente que no puede penetrarle nada. A estos paquetes los llaman zurrones. Indudablemente son superiores al barril por todo respecto; tienen más solidez, pueden caer sobre piedras sin peligro alguno, y además, son más fáciles de trasportar. Dos zurrones hacen la carga de una bestia. Se arruman más fácilmente en los almacenes y en los barcos y por último, se dañan menos con el descuido de los carreteros en Europa.

quido contenido en la taza. Al cabo de cinco o seis minutos se forma en él una aureola o cordón de fécula, verde al principio y azul luego. Mientras la maceración no ha alcanzado su punto, cuesta trabajo desprender este cordón de las paredes de la taza, pero al cabo se precipita y se concentra en el fondo, siempre en el centro y bajo un agua límpida, aunque algo amarillenta”.

“Tales señales indican, de manera infalible, el buen éxito de la operación. En seguida se vierte el agua en un segundo estanque o cuba colocado debajo del primero. A este segundo estanque se le llama *batería* porque en él se bate el agua todavía cargada de fécula. Para que ésta se desprenda rápidamente, se le agita; lo cual se hace a brazo por medio de un molino. Si se bate excesivamente se mezcla la fécula con el agua, y ya es imposible separarlas, con lo cual se pierde el contenido de la cuba”.

“Este último inconveniente puede evitarse con un poco de atención. Cuando se advierte que la fécula se halla suficientemente reunida, se pasa el agua a un tercer estanque. Entonces en el fondo de la batería aparece una pasta azul muy líquida; la cual se recoge en sacos de tela gruesa, contruidos en forma de cono invertido, y en ellos se la deja destilar. Luego, en los secaderos, se vierte sobre tablas el contenido de los sacos, y se amasa la pasta para hacerla adquirir mayor densidad, después se la extiende y se corta, en cubos pequeños, para que seque más pronto. Con esto queda preparado el añil y sólo tarda muy poco en secarse lo suficiente para entregarlo al comercio”.

Suprimo los detalles contenidos en una extensa memoria, de la cual me he limitado a hacer un extracto. Lo importante es dar a conocer que hay un procedimiento seguro el cual excluye errores en la fabricación de añil”.

“La experiencia ha demostrado que por este procedimiento se obtiene siempre un éxito completo: más de mil quinientas cubas trabajadas en diferentes barrios de Santo Domingo son la prueba de ello”. (*Nota de Depons*)

ALGODON

Aun no había alcanzado el añil un puesto distinguido entre los productos comerciales de Tierra Firme, cuando se trató de elevar al mismo honor el algodón, relegado hasta entonces a la condición de una de tantas producciones locales aplicables sólo a usos domésticos, e indignas de figurar en el comercio al lado del cacao. Un centenar de matas de algodón constituía entonces la plantación de la mejor hacienda. En 1782 algunos agricultores hicieron con el algodón lo que otros acababan de practicar provechosamente con el añil. Los Valles de Aragua, Valencia, Araure, Barquisimeto, Barinas, Cumaná y sucesivamente otros muchos lugares de las Provincias de Caracas, destinaron una parte de su territorio al cultivo del algodón.

Le convienen casi todas las tierras

El algodón, como dice Valmont de Bomare, es uno de los vegetales cuyo conocimiento es más interesante, uno de los más útiles que la naturaleza cría en uno y otro continente y en el cual se esmera la industria humana. Asimismo, quizás no hay otro menos exigente en cuanto a la naturaleza del terreno; en casi todos se acomoda; si por alguno muestra deferencia, es justamente en favor del que desdeñan otras plantas. Sólo una cosa pide: estar protegido del viento del norte, cuya acción lo destruye a causa de las lloviznas que lo acompañan o le siguen. Las grandes lluvias le son igualmente fatales. La humedad, que favorece a la caña de azúcar, al café y al cacao, acaba con el algodón.

La parroquia de Trou, situada al norte de Santo Domingo, padeció durante cinco años una sequía extraordinaria, que conmenzó en 1772. Las llanuras plantadas de caña de azúcar y los morros poblados de café se transformaron en lugares desolados y estériles. M. Chevalier, agricultor de la región, se resolvió en 1776 a plantar algodón en aquellas tierras, y obtuvo cosechas prodigiosas. Todas las víctimas de aquella calamidad local iban a seguir su ejemplo, cuando

en 1777 volvieron a las lluvias, como de ordinario, y acabaron con las plantaciones de algodón, dándole al mismo tiempo nueva vida a los antiguos productos.

Es necesario para el algodón un terreno que, por su posición y por sus producciones naturales, rechace las nubes y no se halle expuesto al viento norte. La costa desde el Cabo de La Vela hasta el de Paria no se presta al cultivo del algodón, de tal suerte que en ella no hay plantaciones de esta especie.

Siembra

La única preparación necesaria al terreno destinado a siembras de algodón, consiste en suprimir todos los árboles, arbustos y demás plantas que hayan nacido en él. Cuando el terreno está bien limpio se procede a sembrar el algodón. La estación más conveniente en las Colonias del Golfo de México son los cuatro meses de Junio, Julio, Agosto y Septiembre. En Caracas se planta únicamente en Mayo y Junio, porque la floración es siempre en Noviembre. Si se le plantara en Julio o Agosto, lo sorprendería la floración antes de haber alcanzado cierto crecimiento y la consistencia necesaria para una perfeceta fructificación.

En nuestras Colonias se planta generalmente en tresbolillo, manera que exige más tiempo e inteligencia, pero que por otra parte tiene sus ventajas. En Tierra Firme se le siembra en liños tirados a cordel, a distancia de siete u ocho pies. Los hoyos se abren a cuatro pies de distancia uno de otro, y dentro se echan cinco o seis granos. Si se da la mitad de lo sembrado, puede decirse que la siembra ha sido feliz. A los quince días comienza la germinación, sobre todo si en el intervalo ha llovido un poco. La planta no progresa visiblemente durante las primeras seis semanas. Entonces se procede a la limpia o escardadura para que otras plantas no le roben el jugo nutritivo de la tierra. De los tallos brotados en cada hoyo no se dejan sino los dos o tres más fuertes.

Cuido

En las Antillas no se vuelve a limpiar el algodonal sino cuatro meses después, y entonces se poda el arbusto cortándoles a las ramas y al tallo una pulgada o más. Pocas veces es necesario repetir esta operación, pues el algodón no crece más de cinco pies y la savia no se esparce por las ramas inútiles o superfluas. Pero la riqueza del terreno en Venezuela, o, para mejor decir, la actividad de los principios de su vegetación, hace que desde el primer mes se comience a podar el algodón, y que todos los meses, por menguante, haya de repetirse el desmoche hasta la floración. La primera vez no se usa herramienta, sino los dedos, para no dañar el árbol, demasiado tierno todavía. Luego se emplea el machete para evitar que crezca a más de seis pies. La limpia se ha de hacer todos los meses, hasta que el algodón haya crecido lo suficiente para cubrir el suelo con sus ramas e impedir con su sombra el nacimiento de la hierba.

Del quinto al sexto mes la planta se cubre de abundantes flores, a las cuales suceden las cápsulas que contienen los granos envueltos en el vellón que le da el nombre.

Cosecha

El séptimo mes el algodón rompe la cáscara y si no se coge a tiempo, cae a tierra, se daña y se pierde. Los fuertes vientos y las grandes lluvias que pueden sobrevenir durante la cosecha, ocasionan grandes pérdidas al plantador. Y esto no quiere decir que el algodón no haya corrido muchos riesgos antes de llegar a este punto. Cuando el grano está tierno, lo atacan gusanos, escarabajos y cochinillas. En los primeros meses tiene por enemigos a los grillos, que lo destruyen durante la noche. Además, una infinidad de insectos y gusanos se conjuran también contra él.

Hasta 1802 el gusano no había atacado las plantaciones de los valles de Aragua. Después de haberse fatigado en buscar la causa de esta plaga, ha sido menester atribuirle a las lluvias torrenciales que cayeron en los cuatro años anteriores.

Los Ingleses, por lo general, resiembran cada dos o tres años. Algunos Franceses hacen lo mismo; pero la mayoría, y también los Españoles, cuando tienen brazos suficientes para este exceso de trabajo, renuevan anualmente la plantación, juzgando que así se obtiene mejor cosecha. Me han asegurado muchas veces que las cápsulas de una mata de varios años no da ni la mitad del algodón que produce una mata joven.

Desmonte

No es propiamente en el cultivo cuando mayor cuidado requiere el algodón, su precio depende casi por completo del modo como esté preparado. El desmonte, indudablemente, constituye la operación más delicada, pues es esencial que el algodón quede limpio de las semillas a las cuales servía de envoltura en la cápsula, y que estas semillas salgan enteras. Si se rompen, manchan de amarillo la mota, y el precio del producto disminuye en proporción a la cantidad de algodón así dañado. Todo lo que lo prive de su blancura, que es su principal mérito, lo perjudica notablemente. El desmonte a mano es la manera más conveniente de dejarlo perfectamente limpio, pero tiene el inconveniente de ser muy lento un obrero, aun muy hábil no puede desmontar más de ocho libras diarias. En esta sola operación se emplearía más gente y más tiempo que en todo el cultivo. No fue posible mejorar el proceso hasta que se introdujeron desmontadoras. El uso de estas máquinas se generalizó en breve, y hoy se encuentran haciendas en donde hay veinte o veinticinco de ellas, cada una de las cuales desmota fácilmente veinte o veinticinco libras por día. Algunos hacendados de los Valles de Aragua han logrado economizar mucho tiempo y dinero moviendo estas máquinas por fuerza hidráulica. Los pequeños cilindros que son parte de ellas, influyen mucho en la blancura del algodón; los rollos de madera lo limpian más despacio y mejor; los de hierro machucan los granos, rompen la fibra y perjudican notablemente la calidad del producto. En Cumaná, Barquisimeto y Barinas, se usan rollos de madera, de modo que el algodón de estas re-

giones es superior al de los Valles de Aragua, donde no se usan sino cilindros de hierro.

Empaque

Por lo general, los Españoles no elaboran tan bien el algodón como los Franceses e Ingleses, y sobre todo como los Holandeses; pero en cambio lo embalan mucho mejor: en lugar de hacer pacas pesadas e incómodas cuyo peso de trescientas libras dificulta el manejo y transporte, y cuyo volumen no facilita el arrume, lo embalan en pacas de a quintal, y tan bien comprimidas por medio de prensas, que cada paca no tiene más de quince pulgadas de largo por diez o doce de ancho. Casi todos los plantadores cubren estas pacas con cuero de buey, con lo cual se evitan las averías. El comercio y la navegación se benefician indudablemente con esta práctica. La escasez de ganado en las Colonias no permite, en verdad, envolver el algodón como lo hacen los Españoles; pero de todos modos, se podría imitar esta forma de empaque.

No se perdería mucho dejando de envolver el algodón con cueros. En el momento en que escribo me aseguran que el comercio desea la proscripción de tal costumbre, porque el cuero, al humedecerse, suelta un líquido que mancha el algodón y dificulta la hiladura.

CAFE

Después del algodón fue el café el producto en que pensaron los Españoles de la parte Oriental de Tierra Firme. Hacía ya cincuenta años que las Colonias extranjeras comerciaban abundantemente en café mientras que en las posesiones españolas lo aprovechaban sólo en el consumo interior.

En 1784, Don Bartolomé Blandín, animado por el ejemplo de las Colonias francesas, empeñó su fortuna y su trabajo en el cultivo del café. Escogió para esto el Valle de Chacao, situado a una legua de Caracas, prueba de que se preocupó más de estar cerca de la ciudad, que de escoger un terreno fértil. Las plantaciones que hizo luego demuestran que era más constante que ambicioso. Efectivamente, es poco pro-

bable que en toda la Provincia de Caracas haya un terreno menos apropiado para el café que el Valle de Chacao, principalmente al norte de la carretera que lo atraviesa.

El Doctor Sojo se aficionó asimismo al cultivo del café y procedió a él, si no con tanto éxito, por lo menos con igual constancia que Blandín. La Provincia entera estuvo atenta a los experimentos de estos dos agricultores, y fue imitándolos a medida que progresaban en el cultivo. En los Valles de Aragua donde, según parece, se han concentrado la emulación y la actividad de los españoles, fue donde primero se sembró café. De allí se extendió el cultivo de un extremo a otro del País. No sólo todas las nuevas plantaciones emprendidas desde 1796 son de café, sino que por éste muchos agricultores han abandonado el cacao y el añil. La guerra de 1793 a 1801 fue, en verdad, la causa principal de esto: el mar cubierto de cruceros ingleses ofrecía al comercio la perspectiva de pérdidas inevitables, las comunicaciones con la metrópoli eran imposibles; los agricultores hubieron de conservar sus productos, por lo menos el cacao; pues, como veremos en el capítulo VIII, había otros frutos que sí invieran salida. Se sabe que el cacao no se conserva en buen estado más de diez meses o un año, y que pasado ese tiempo, pierde todo su valor; era natural pues que los agricultores trataran de sustituir este producto por otro más fácil de conservar y que pudiese aguardar almacenado un cambio favorable en los negocios políticos. El producto escogido fue el café. No hay que pensar sin embargo que este cultivo alcanzara toda la extensión de que es capaz en un terreno tan fértil como el de Tierra Firme. Su producción se reduce a un millón de libras, que constituyen el excedente del consumo, es decir, la parte exportable.

Terrenos propios para café

En treinta grados sobre a un lado y otro del Ecuador todas las tierras convienen al café, exceptuando aquéllas de arcilla dura y fría y las arenosas y ligeras sobre lechos de marga. En estas tierras amarillean las hojas del café y el árbol perece o no produce nada. El café prefiere las tie-

rras nuevas, francas, algo altas, donde la frescura y la lluvia moderen el calor de la zona tórrida, al cual no resistiría si actuase libremente sobre él. Es regla igualmente fácil e invulnerable para obtener una buena plantación de café, hacerla en un terreno que hasta entonces haya estado cubierto de bosques. El grueso de los árboles es la señal más segura de la riqueza del suelo, el cual puede ser de montañas o colinas, pues la altura no influye, con tal que el termómetro Reaumur no descienda nunca a menos de diez o doce grados. Tampoco conviene que esté expuesto a norte, pero esta precaución es más importante en las Antillas que en Tierra Firme, sobre todo cuando la distancia del mar lo protege de los aires salinos que dañan el café.

La primera operación para plantar un cafetal consiste en hacer desaparecer todos los árboles que cubren el terreno; para ello se debe proceder de acuerdo con la configuración del suelo; si es compacto y de pendiente suave, conviene sacar todas las raíces, después de haber quemado, pero en las montañas las raíces son muy necesarias, pues evitan que las lluvias arrastren más o menos rápidamente la capa de tierra vegetal, depositaria de los principios de la fertilidad. ¡Cuántas haciendas, al ser desmontadas, han quedado transformadas en un erial, por no haber atendido a esta previsión! Y no hay que hacerse ilusiones, la tierra de los picos y de las montañas, siempre se agota pronto a causa del lavado producido por las lluvias. Se podrá retardar el agotamiento, pero nunca impedirlo.

De la siembra

Una vez limpio el terreno destinado al nuevo plantío, se abren los hoyos en el orden que se quiera y a la distancia que exija el terreno. En Tierra Firme no está suficientemente adelantado el cultivo del café, ni la tierra ha alcanzado el precio necesario para que se adopte otro método que el de plantar el café en liños paralelos, más o menos separados uno de otros, colocando los pies a mayor o menor distancia. Pero ya llegará el tiempo en que la industria, deseosa de sa-

car provecho de todo, no desdeñe aprovecharse de los resultados obtenidos por las luces y la emulación en las Colonias vecinas. Pensando en esa época, me permito hablar del método de plantar en triángulo, que permite aprovechar más o menos una sexta parte del terreno, la cual se pierde usando otro sistema.

Un cuadrado de terreno de cien varas de lado, plantado a siete pies en triángulo, da dos mil novecientos veintiséis pies de café; a siete pies en cuadrada, no da sino dos mil quinientos. A diez pies en cuadrado, daría mil doscientos veinticinco, a diez pies en triángulo, produciría mil cuatrocientos cuarenta y uno.

Para plantar un triángulo se toma un cordel con nudos colocado a la distancia deseada. Digamos que son siete nudos. Se siembra un pie de café donde marca cada uno. Para sembrar la segunda hilera se toman dos varas de siete pies; la punta de la una se apoya en la última mata y la punta de la otra en la ante-penúltima, luego se hace que las dos varas se toquen por las puntas libres, es decir, se forma un triángulo equilátero. Se clava una estaca, a la cual se ata el cordel dividido en nudos, se fija otra estaca en el otro extremo del cordel y se planta un pie de café donde señale cada nudo. Para las otras hileras se repite la operación.

Siémbrese de este modo o de cualquier otro, la distancia de hoyo a hoyo depende de la riqueza del terreno. Cuanto más fecunda es la tierra, mayor distancia debe haber de árbol a árbol. Esta verdad, como todas las verdades útiles, hubo de pugnar con la prevención; pero pronto la experiencia hizo que se le tributara, en nuestras Colonias, el respeto debido a los principios verdaderos. En efecto, por una engañosa apariencia parecía que un número mayor de cafetos daría más frutos en igual superficie de tierra que en número menor. No se conocía entonces teóricamente la influencia de la luz y el aire en la vegetación. Se iba a ciegas en la magestuosa carrera de las operaciones de la naturaleza. Aunque de continuo se ensayaban nuevos métodos, siempre se prefería el que diera mejor resultado, y como el amor a la riqueza y no

a la ciencia presidía estas observaciones, se aprovechaban los resultados sin analizar las causas.

Se comenzó plantando el café a una misma distancia, sin tomar en cuenta la calidad del terreno. El interés aconsejaba, naturalmente, que se situasen los árboles lo más cerca posible unos de otros. Comúnmente se plantaban de cuatro a cinco pies. Al cabo de muchos años se observó que con este procedimiento se obtenían buenas cosechas en los terrenos pobres, y que en los ricos era muy hermosa la apariencia de los cafetos, tanto en el follage como durante la germinación. Las ramas se cruzaban y se confundían, el cafeto era tan frondoso que había temor de que sucumbiese al peso del fruto; pero a raíz de haber alcanzado este lujuriente aspecto, la naturaleza fatigada cesaba de prodigar sus beneficios y dejaba al hacendado estupefacto y desolado ante tan funesto fenómeno. Al fin se pensó en plantar café menos cerca, y poco a poco, se llegó a proceder de acuerdo con la naturaleza del suelo. En los terrenos muy pobres no debe sembrarse a menos de cuatro pies; y en los más fecundos, nunca a más de ocho. La prudencia y el interés han de hallar la justa proporción. En Tierra Firme se planta generalmente a siete pies.

El agricultor entendido calcula también la profundidad de los hoyos según la calidad de la tierra. Mientras más espesor tiene la capa vegetal, se puede hacer más profundo el hoyo, y viceversa, pues se trata de impedir que las raíces lleguen hasta el subsuelo y perezca el árbol.

Se puede sembrar de grano o de arbustos hechos, como erróneamente se acostumbraba en Santo Domingo (6), pero.

(6) "Para procurar matas de café se cogían debajo de las que ya estaban en producción, los arbustos nacidos de los granos caídos a tierra. Se los transportaba en pilón, de una hacienda a otra, después de haberles cortado una parte de las raíces, y se les plantaba en hoyos hechos expresamente. Este método, adolece de defectos; muchas de las matas cogidas de este modo, además de los vicios de conformación que pudieran tener, nunca habían sido expuestas a los ardores del sol; de modo que era muy incierto el éxito al plantarlas. Muchos hacendados tuvieron que recomenzar su plan-

nunca producirá tanto ni tan pronto, y además no durará lo mismo que si se toma de almáciga. La elección del terreno para la almáciga requiere más atención de lo que se piensa. Si el terreno es malo, la planta no tendrá cantidad necesaria de ese principio vital que constituye el vigor, y luego, ni el mejor terreno lograría corregir este defecto original. Si al contrario, el terreno de la almáciga es demasiado rico, el árbol no hallará al ser trasplantado la misma cantidad de ácido carbónico, y tendrá que morir en consecuencia. Es raro, sin embargo, que se atribuya a esta causa la falta de éxito en plantaciones que por todo lo demás debían de dar buen resultado.

Las plantas tiernas deben arrancarse con todas las raíces y sembrarse asimismo. Deben tener dos pies de altura. Se las cubre de tierra hasta dos pulgadas sobre la raíz y se cortan a diez pulgadas de la superficie de la tierra, dejándoles sólo el tallo.

tío durante varios años, antes de obtener uno que fuese regular siquiera.”.

“Obvié este inconveniente con un sistema que muchos agricultores adoptaron lo mismo que yo”.

“Había sembrado granos de café, en tresbolillo, a la distancia de un sexto de metro (seis pulgadas) en un terreno preparado al efecto; de lo cual resultó una almáciga que hacía regar y cuidar esmeradamente. De allí cogía los arbustos que necesitaba para mi plantación. Cuando se los quiere sacar de la almáciga, se ha de regar mucho la tierra, y en seguida, con un solo golpe de pala, se extrae el arbolito junto con la tierra donde están sus raíces”.

“Fácilmente se comprende que transportándolo de este modo a los hoyos destinados a recibirlos, no sufra ni se retarde su crecimiento. Muy pocas de estas plantas necesitaban ser reemplazadas; ninguna resultaba defectuosa en cuanto a su conformación; todas estaban habituadas a la acción del sol; para moderar el efecto de éste, amontonaba al pie de la planta algunos guijarros que mantuvieran la frescura, aun en los tiempos más secos. Estos cafetos tenían la ventaja de ser más hermosos, fuertes y comenzar a producir antes que los de mis vecinos, plantados al mismo tiempo según el método antiguo. Me aseguran que actualmente estas haciendas, aunque abandonadas, como todas las de Santo Domingo, conservan mucho de su hermosura”. (Memoria sobre el cafeto leída en la sección pública del Liceo de Artes, el 30 de Pluvioso del año 9, por M. Bruley, miembro de esta sociedad y de otras doctas corporaciones, colono propietario en Santo Domingo.) (*Nota de Depons*).

En tierras ricas se puede sembrar café en cualquiera estación, pero, en general, es mejor hacerlo al acercarse las lluvias.

Para asegurar una buena producción, conviene desmochar el café a cierta altura, la cual depende de la calidad del terreno: en los muy malos deben desmocharse los arbustos a dos pies y medio, y en los mejores, a cuatro o cinco pies. En Tierra Firme no se deja crecer el café sino hasta cuatro o cinco pies, pues se cree, con razón, que dejándolo crecer más se hace difícil e imperfecta la cogida del fruto. Sin embargo, este cuidado no es general; hay quien lo deje alcanzar todo el crecimiento que le ha fijado la naturaleza, es decir, veinticuatro o veintiséis pies.

Limpia

Todo esmero en sembrar el café será inútil si no se sigue de los cuidados impuestos por la necesidad de desembarazarlo de las hierbas que les disputan las materias nutritivas y los principios de crecimiento que recibe del suelo, del aire y de la luz. El cafeto no necesita de esa ayuda sino durante sus dos primeros años, pues a medida que sus ramas se extienden, cubren la tierra suficientemente para no dejarle a las hierbas ni el aire ni la luz de que necesitan para propagarse y crecer. M. Bruley observa, con razón, que es mejor para evitar la reproducción de las hierbas, arrancarlas con la mano y no con escardillas.

Nada impide que entre los hilos de café se planten todos los frutos que puedan consumirse en la hacienda. El hacendado previsor no deja nunca de aprovechar las ventajas de un terreno cultivado, para obtener con solo el trabajo de sembrarles todos los frutos que pueda desear.

Salvo algún contratiempo, el café da una pequeña cosecha al segundo año y entra en plena producción al tercero. Cada mata produce según la naturaleza del terreno. En Santo Domingo se calcula una libra por mata; en Jamaica, libra y media; y en Tierra Firme hasta dos libras.

Muchas causas perjudican la cosecha de café. La sequía es una de ellas. La planta exige mucha lluvia, menos en el tiempo de floración, pues entonces las lluvias tumban la flor y se pierde el fruto. Otra de las causas es la abundancia excesiva de granos, pues el árbol no puede suministrar la cantidad necesaria de jugo alimenticio, y naturalmente se pierde una parte. Además, cuando la hierba, por negligencia del agricultor, se apropia una parte del alimento necesario a la mata de café, la cantidad del fruto disminuye y la calidad también se perjudica. Los insectos, las plantas parásitas, semejantes al muérdago, a la cuscuta y a la orobanquia, las neblinas y los huracanes perjudican también la cosecha de café.

De la cosecha

Henos pues en el momento de hablar de la cosecha, punto tanto más importante cuanto que el aspecto, la calidad y el precio del café dependen de la manera de cogerlo y prepararlo. Los procedimientos son fáciles y sencillos, no exigen ni gran talento ni profundos conocimientos; no se trata de complicadas combinaciones de materias sometidas a análisis, o destinadas a variar de forma o a adquirir nuevas propiedades. Unicamente hay que coger el grano a tiempo y saber lavarlo y secarlo, sin que pierda las condiciones que aumentan su precio y su consumo. Como para alcanzar este objeto no se necesitan sino precisión y máquinas muy sencillas, bastan atención, cuidado y exactitud, para ser un competente cultivador de café. Sin embargo, aquí como en todo los trabajos humanos, existen sistemas diversos y opiniones contradictorias. No hay una sola arte siquiera, ni es probable que la haya nunca, cuyos principios y procedimientos sean irrevocablemente observados y aceptados por todos los que se dediquen a ella. El café no es tan antiguo en América ni su cultivo tan extenso y teóricamente estudiado que pueda constituir regla general. Es menester, pues, que la experiencia vaya abriendo el camino del perfeccionamiento y, desde este punto de vista, será muy útil conocer los procedimientos seguidos, no sólo en diferentes naciones, sino

por cada agricultor, de modo que el comercio, único juez en la materia, conceda preferencia a aquel que la merezca por sus méritos.

Entre los países productores de café, el primer puesto corresponde a la Arabia Feliz. Quizás se deba al terreno, quizás a la manera de cultivar y preparar el fruto, o, lo que es más probable, a ambas cosas a la vez. Lo cierto es que el café de Arabia vale tres veces más que el de otros países. El solo nombre de Moka le da esta superioridad. La preparación que recibe exige, en verdad, cuidados muy minuciosos y largos, imposibles de aplicarse exactamente a grandes producciones. Sin embargo, siempre será conveniente conocer estos cuidados, de modo de poder adoptar los principios en que se fundan y utilizarlos en la medida en que permitan las circunstancias locales.

Cuando comienza a madurar el café, dico M. Bryam Edwards, el árabe extiende una tela al pie de la mata, y va sacudiendo el árbol de tiempo en tiempo, de modo que caigan los frutos perfectamente maduros. Nunca arranca un solo grano del árbol aunque aparentemente esté maduro, pues no considera que ha de cogerse el fruto, sino cuando cae sacudiendo el árbol. Este sistema, observado con mayor o menor regularidad, por lo menos puede demostrar que la madurez del fruto es una de las condiciones esenciales del buen café.

Después de recogido el grano, el árabe lo expone al sol, sin quitarle la pulpa. Para secarse en estas condiciones necesita mucho tiempo, pero al fin, cuando ya está seco, le arranca la cáscara, sirviéndose para ello de un cilindro de piedra muy grande. Luego vuelve a exponerlo al sol, pues los habitantes del Yemen creen que el café se calienta mientras conserve alguna humedad. En seguida lo aechan y lo dan al comercio. De aquí se deduce que el café es mejor mientras más seco esté.

En las colonias inglesas se sigue poco más o menos el mismo sistema que en las nuestras, y creo útil darlo a conocer. Cuando los granos se han puesto rojo oscuro, se les supone suficientemente maduros para cogerlos. Los negros en-

cargados de esta tarea llevan colgado al cuello un saco de tela gruesa, el cual permanece abierto gracias a un aro. Aunque el negro no sea muy diligente, puede llenar tres canastos al día. No conviene apurarlo, pues por precipitarse, puede coger también los granos verdes y mezclarlos con los maduros. La cosecha se hace en tres periodos, pues los granos no maduran todos a la vez, y no se han de coger sino los que han alcanzado una completa madurez. Cien canastos de grano deben producir mil libras de café.

Dsecación

El café se puede secar de dos modos. Primero, extendiendo al sol los granos en una capa de cuatro pulgadas de grueso, sobre terrazas tendidas en pendiente. Al cabo de poco comienza a fermentar, y la fermentación le desprende la pulpa. Así se le deja hasta que seque completamente. Para esto se requieren tres semanas por lo menos. Al ponerse quebrajosa la cáscara se la separa del grano mediante un molino especial. A falta de este molino, se usan morteros. El café preparado de esta manera, aunque esté muy seco, pesa cinco por ciento más que el que ha recibido cualquiera otra preparación.

El otro modo consiste en desprender la pulpa inmediatamente. Para ello se emplea también un molino especial, y se deja el café sumergido en agua durante veinticuatro horas. Terminada esta operación se pone al sol para que se seque entera y rápidamente.

Estos dos sistemas tienen muchos partidarios y muchos detractores. El último quizás sea más ventajoso, como más rápido; pero no hay duda que el primero mejora el sabor del café, sobre todo si se impide que avance mucho la fermentación a que se expone en la terraza o patio. Esto se puede lograr fácilmente con sólo extenderlo en capas menos gruesas, es decir, haciéndole más lugar a los granos.

Hay, además, que despojar al grano del pergamino, o sea la película que lo cubre. Para esto se usan unos molinos

en los cuales la industria y el interés introducen diariamente mejoras y simplificaciones.

Por último se echa el café para limpiarlo de las partículas de pergamino y del polvo. En esta operación se emplean también molinos, y los hay de diversos mecanismos. Al fin se ensaca el café y se manda a los puertos de mar, donde se le pone en venta.

Negligencias de los hacendados de Tierra Firme

En la parte oriental de Tierra Firme no suele prestársele al café tanto cuidado como en otras naciones. La negligencia del agricultor español se opone a la voluntad de la naturaleza que, a lo que parece, trata de darle a este país privilegiado un café capaz de competir con el de Moka. La limpia, principalmente, es tan descuidada que las matas de café tienen que luchar de continuo con las hierbas que les disputan la subsistencia.

Igual descuido se observa en el modo de coger el café. Se coge sin distinción el grano que comienza a madurar y el que efectivamente está maduro, y ambos se les prepara por procedimientos que a su vez no están exentos de defectos.

Sin embargo, las luces que se propagan, la emulación que se establece, la actividad que se reanima, el interés que se despierta y la ambición que se manifiesta, demuestran que estos males no han de durar mucho tiempo.

AZUCAR

En todas las colonias intertropicales el azúcar constituye el primero de los géneros comerciales. En Tierra Firme, sin embargo, está en segundo término. Su exportación es nula o casi nula. Sólo para Curazao salen algunos quintales de cierta azúcar muy inferior, cargada de melaza, que los Españoles llaman *papelón*. Del resto, puede asegurarse que sólo por casualidad se exportará una que otra libra. Sin embargo, en toda la provincia de Venezuela existen muchos ingenios

de azúcar cuyo producto se consume en el país. Los Españoles, por lo general, son muy aficionados a los dulces y a cuanto se prepara con azúcar, y, entre todos los Españoles posibles, los que tienen más gustos por esto son los de Tierra Firme, quienes, sin distinción de clase, fortuna ni color consumen una gran cantidad de azúcar. Todo el mundo en Tierra Firme, principalmente las clases bajas, usan cierta bebida alcohólica llamado guarapo (7) que resulta de la fermentación de azúcar en agua, y con esto aumenta mucho el consumo de azúcar.

La comida de la gente acomodada se compone casi por completo de dulces, y el dulce, en los festines, es el servicio en que se pone mayor ostentación. Yo he asistido a comidas de cuarenta o cincuenta personas y he visto más de trescientos platos de toda suerte de dulces, puestos para cautivar la admiración de los invitados, en una mesa aparte de aquella donde se sirvió la comida. Basta decir que no hay negro libre o esclavo, obligado muchas veces a no hacer más de una comida diaria, que no tenga un poco de cacao hervido en una gran cantidad de agua y un pedazo grande de papelón o azúcar en bruto, que va comiendo como si fuera pan, mientras saborea su escudilla de chocolate, o, por mejor decir, de tintura de cacao, de la cual bebe a ratos como solemos hacer con el té cuando está muy caliente. A esta bebida la llaman *chorote*. Aunque no la preparan con mucho cacao, está tan generalizada que en ella se emplea una buena parte de la producción de cacao. De tal modo que, según cálculos en nada exagerados, solamente en la Provincia de Venezuela se gastan anualmente cuarenta mil quintales de cacao y una cantidad mucho mayor de azúcar.

Terrenos adecuados al cultivo de la caña de azúcar

En la extensa provincia de Caracas hay terrenos muy diversos entre los cuales algunos son muy adecuados para el cultivo de la caña de azúcar. Estas plantaciones se establecen, por lo general, en las cercanías de las ciudades, donde

(7) *Papelón, guarapo*; en español en el original. (N. del T.)

se vende el azúcar y en donde se ofrecen más facilidades para la preparación del producto. Las hay, sin embargo, a uno y dos días de distancia; pero en un país tan extenso, donde algunos propietarios necesitan diez o quince días para llegar a sus haciendas, parece pequeño un trayecto de veinte leguas.

La caña de azúcar no se da sino en climas cálidos (8) y no todos los terrenos le son favorables.

(8) La caña de azúcar prefiere indudablemente los países cálidos; es más, para ella no hay clima demasiado cálido; sin embargo, también se da y conserva todas sus propiedades, en la zona templada del Norte, hasta latitudes bastante apartadas del trópico de Cáncer. En España, se la cultiva con éxito en el reino de Granada, situado entre los 37 y 38 grados de latitud Norte. Podría también cultivarse más al Norte aún, puesto que en París se ha obtenido azúcar bien cristalizada con cañas provenientes del Jardín de Plantas.

M. de Cossigny, propietario en la isla Mauricio, individuo de varias corporaciones científicas y de la Sociedad de Agricultura de París, trajo de Mauricio, al regreso de un viaje hecho en 1801, algunas plantas de caña, que, gracias a sus cuidados se conservaron muy bien. Las regaló al Jardín de las Plantas, sin más deseos que el de aumentar la nomenclatura de las plantas exóticas allí cultivadas. Se tomaron las precauciones necesarias para preservarlas del frío. El 31 de mayo de 1804, M. de Cossigny, juzgando que las primeras cañas obtenidas de sus estacas contenían una cantidad de sacarina igual al tenor de las de la Zona Tórrida, las pidió a M. Thouin, profesor y administrador del Museo de Historia Natural.

Estas cañas después de cortadas y descogolladas, tenían seis pies las más pequeñas, y doce la más alta; pesaban treinta y nueve libras doce onzas y produjeron diecinueve libras una onza, y una dragma de guarapo. Este era de color verdoso, y dio nueve grados en el areómetro de las sales. Exprimidas por segunda vez, añadiéndoles ocho onzas de agua, produjeron un guarapo que pesó algo menos de cuatro grados.

M. de Cossigny sometió el primer guarapo a los procedimientos de fabricación, en casa de los señores Baumé y Margueron, boticarios de la calle de Saint Honoré, donde, en presencia de hombres instruidos, citados ex profeso, obtuvo azúcar semejante en todo a la de nuestras colonias, salvo que era un poco gruesa, por haberse dado las cañas en un terreno demasiado abonado. Las treinta y nueve libras once onzas de guarapo dieron alrededor de veinticuatro onzas de papelón.

Esta magnífica experiencia, que honra el celo y las luces de quien la realizó, puede inducir a que se aprovechen, en los departamentos del Sur, en las exposiciones más convenientes para el cultivo de la caña de azúcar. (*Nota de Depons*).

Las tierras muy húmedas, las cumbres, las llanuras arenosas, como las del norte del Orinoco, de los alrededores de Coro, de Maracaibo, etc., no se prestan para el cultivo de la caña.

Necesita esta planta de una tierra rica, cuya capa productiva tenga por lo menos un pie de profundidad. Requiere que la tierra sea floja, pues las arcillosas y aquéllas donde el agua se filtra difícilmente, no le prestan sino una existencia mezquina y nunca llega el azúcar a pagar los gastos de cultivo. Le conviene sobre todo un terreno pingüe y cargado de ceniza. Con esta doble condición se obtiene azúcar buena y abundante. Hay que convenir en que los hacendados de Tierra Firme tienen todo el talento necesario para reconocer los terrenos convenientes a la caña. La calidad del producto lo demuestra de modo indiscutible.

Caña de Tahiti

La caña de todas las haciendas de Tierra Firme era igual a la de nuestras colonias; pero en 1796 se hicieron venir de Trinidad cañas de Tahiti, a las que se reconocieron tantas ventajas que los agricultores se apresuraron a sustituir por ella la antigua variedad.

No puede negarse que todas las apariencias están en favor de la caña de Tahiti: es dos veces, por lo menos, más gruesa que la otra y mucho más alta. Contiene, por consiguiente, mayor cantidad de guarapo; y cómo plantarla, cuidarla y cortarla, no exige más trabajo que la caña criolla, resulta que con el mismo tiempo y los mismos medios, se obtiene un aumento en el producto. En igualdad de circunstancias, madura en mucho menos tiempo que la caña criolla, pues mientras ésta tarda dieciséis meses, a la de Tahiti le bastan doce. Esto aumenta el beneficio en una cuarta parte. Todavía no ha habido tiempo suficiente para comprobar si los hijos darán también cañas hermosas, ni cuantas veces puede cortarse sin sembrar.

El entusiasmo por la caña de Tahiti ha impedido que se observe lo que no es ventajoso en ella. Se callan sus defectos, pero vendrá el día en que se sepa que el azúcar procedente de

cañas de Tahiti contiene mucho menos sal esencial que el de la caña criolla. Tres libras de la primera endulzan lo mismo que dos libras de la segunda; lo cual representa una pérdida real de treinta y tres y medio por ciento. El comercio europeo no tardará en deducir del precio la cantidad correspondiente, pagando a sesenta francos, por ejemplo, el quintal de azúcar de Tahiti y a noventa el de azúcar criolla. A esta pérdida han de añadirse acarreos, fletes, almacenaje del quintal de azúcar que no representa en realidad sino sesenta y seis libras dos tercios de azúcar corriente, y se verá que las pretendidas y decantadas ventajas compensan apenas las pérdidas que se pasan por alto. Hay más todavía: esta azúcar, más abundante en mucina que en sal esencial, sólo alcanza una consistencia muy débil, que no basta a garantirla de descomposición durante el transporte a Europa y el almacenaje hasta que se venda o se exporte nuevamente. Aún no se puede decir si esta azúcar es efectivamente un producto comercial (9); cuando más servirá para el consumo interior y necesariamente disminuirá su valor a medida que se propague el uso de ella. Todas estas razones, se me asegura, han determinado a muchos hacendados cubanos que habían adoptado la caña a Tahiti, a volver al cultivo de la caña criolla. Los agricultores de Tierra Firme, tardarán más en desengañarse, pues como el producto se vende en la Provincia, su interés no se alarmará hasta que el consumidor note la diferencia de ambas clases de azúcar.

Siembra

La caña de azúcar se procrea por sí misma. Cuando se la corta para molerla se le cercena el cogollo, más o menos de un pie de largo, y este cogollo se reproduce. El terreno des-

(9) Hace cosa de cuatro años, M. Hapel de Lachennaye, químico de Guadalupe, anunció a la Sociedad de Agricultura de París, que había encontrado el medio de dar al azúcar obtenida de cañas de Tahiti la consistencia necesaria para evitar la descomposición. No indicó en qué consiste su sistema. El más natural es aumentar el grado de cocción; en este caso el remedio se conseguiría a expensas de la cantidad y de la calidad del azúcar; pues la concentración disminuye necesariamente la cantidad y dificulta el blanqueo. Si se trata de otro sistema que ahorre tales inconvenientes, el descubrimiento honrará infinitamente a su autor. (*Nota de Depons.*)

tinado a siembra de caña se divide en cuadros, más o menos como nuestros jardines, de modo que sembrándolos sucesivamente, las cañas de cada cuadro maduren en el mismo orden y den tiempo a cortarlas cuando están en sazón y a elaborar el azúcar sin que sufran las otras cañas. Los Franceses llaman a estos cuadros *piezas de cañas*. Los Ingleses los dividen en quince o veinte acres; los Españoles de Tierra Firme en tablonnes, es decir, cuadros de cien varas cuadradas, a razón de treinta y una pulgadas tres décimos de pies de Francia la vara. En Cuba se siembra por *cañaverales* que tienen más o menos dos veces la extensión de un tablón. La palabra cañaveral significa también cualquier terreno sembrado de caña.

Para sembrar caña se escoge en lo posible el tiempo que precede inmediatamente a las lluvias, sobre todo cuando no es fácil el riego, pues la planta necesita agua para su perfecto desarrollo inicial. Sin aquélla, se da una caña mezquina que no adquiere jamás el grado de vigor ni el tenor en jugo sacarina que tienen las cañas favorecidas desde su nacimiento con el agua dispensada por el arte o por la naturaleza.

Para sembrar la caña se abren hoyos de quince pulgadas de largo por diez de ancho y seis de profundidad. En esta labor, la más penosa de la hacienda, sólo se emplea a los negros más robustos. Cada esclavo puede hacer de sesenta a ochenta hoyos diarios en terreno corriente, pero si la tierra ha sido labrada antes, como se acostumbra en Jamaica, el esclavo hará el doble.

De la naturaleza del suelo depende la distancia que debe haber entre hoyo y hoyo. Durante mucho tiempo se creyó que mientras más rico fuera el terreno, más próximos debían quedar los hoyos, porque como la tierra tenía más jugo nutritivo, podía alimentar mayor número de plantas. Esta opinión, aunque especiosa, fue pronto reemplazada por otra más experimental, y se ha visto que en los terrenos fértiles las cañas demasiado juntas se impiden recíprocamente el crecimiento y maduración, privándose unas a otras del aire y de la luz que son los más importantes factores de la existencia y del vigor de la planta. Las cañas sembradas de este modo parecen más

bien abortos de cañas hechas. Basta aplicar a las tierras pobres y poco fértiles los mismos principios, para comprender que las cañas deben sembrarse tanto más separadas cuanto mayor sea la feracidad del terreno. De suerte que se siembran a tres pies en las tierras malas, y a seis pies en las ricas.

Aunque los hoyos se hayan abierto de seis pulgadas de profundidad, como la tierra que se saca de ellas se coloca sobre los bordes, parece que tuvieran más de un pie de profundidad. En cada hoyo se ponen tres estacas de caña, se las cubre sólo con tres pulgadas de tierra, y sin presión alguna. Esta labor la ejecutan los muchachos de la hacienda y aquéllos que no pueden aplicarse sino a trabajos muy suaves. El resto de la tierra se deja siempre en los bordes del hoyo, de modo que quien no esté acostumbrado a ver estos trabajos, puede suponer que la siembra está inconclusa.

Cuando se siembra en terrenos pantanosos o donde hay peligro de que la planta se pudra, debe tenerse cuidado de no acostarla en tierra. Se la apoya solamente en el fondo del hoyo, de modo que el tallo sobresalga cuatro o cinco pulgadas. A este procedimiento se le llama sembrar en cañón, y, en realidad, la caña sembrada así da la impresión de un cañón apuntando. Muy lejos estoy de recomendar esta clase de siembra, pues no compensa jamás los gastos que ocasiona.

Si de todos modos se quiere forzar la naturaleza y fundar una hacienda de caña en un terreno pantanoso, lo cual costará siempre grandes trabajos, el interés y la prudencia ordenan que se proceda primero a desaguar el terreno. Si la constitución de éste no se presta en modo alguno para ello, queda aún un recurso, más lento en verdad, pero al mismo tiempo más ventajoso para la siembra. Consiste en derivar hacia el terreno que se quiere secar la mayor cantidad posible de aguas pluviales y formar en él un depósito, en donde se deja que se asienten las partículas terrosas que contiene el agua. Cuando ésta se ha aclarado se abren las esclusas, operación que se repite cada vez que lo permitan las lluvias. Con este sistema se logra la doble ventaja de levantar el suelo y de procurarle una capa de tierra rica en detritus vegetales y por lo tanto,

de mayor feracidad. Pero sucede a veces que esta clase de tierra es demasiado rica para la caña, la cual se desarrolla en tales casos de modo asombroso aunque se da tan acuosa que ni el mejor refinador logra sacar azúcar de ella. Este defecto se atenúa sembrando arroz dos años seguidos en dichas tierras. El arroz tiene la doble propiedad de levantar el terreno, por obra de las raíces que deja en él y de disminuir la humedad. Cuando ya esta gramínea no se produce bien, el terreno está listo para la caña. Tal manera de transformar en productivas las tierras pantanosas por medio de las aguas pluviales, conviene doblemente a las tierras próximas al mar, pues al mismo tiempo las desembaraza de las partículas salinas que impiden la vegetación. Volvamos a nuestro asunto.

Limpia

A los quince días, cuando más tarde, o a los diez cuando más antes, se ve surgir la caña en forma de un solo tallo, en el cual, al cabo de poco, se abren dos hojas finas, angostas y opuestas. A medida que la planta crece va echando nuevas hojas en el mismo orden. Entonces es que necesita riego o lluvias. Casi en seguida se ha de proceder a extirpar las hierbas que acabarían por ahogar la caña, si se las dejase crecer. Dos o tres veces se ha de repetir esta operación, antes de que la caña sea suficientemente fuerte para ahogar a su vez cualquiera planta extraña. Cada limpia va acompañada de un aporco, que consiste en cubrir el pie de la caña con una parte de la tierra dejada al borde del hoyo.

Madurez y calidad de la caña

La caña se madura más o menos pronto según el tiempo que haga: las lluvias retardan la madurez y la sequía la acelera: el desarrollo depende además de la clase de terreno: cuando éste es impermeable y húmedo, tarda dieciséis o diecisiete meses; pero si es liviano, se adelanta dos meses. A partir de los nueve meses las cañas comienzan a despojarse de sus hojas de abajo para arriba, de modo que cuando la caña está perfectamente madura, no le queda sino el mazo de hojas del

cogollo. Al mismo tiempo va tomando un color amarillo, señal infalible de la buena calidad del azúcar. No ocurre lo mismo con la caña de terrenos pantanosos: cualquiera que sea su edad, conserva un tinte verdoso, indicio del escaso provecho que habrá de sacarse de ella.

La distancia de nudo a nudo es también señal de la calidad de la caña. Mientras más próximos están aquéllos peor es ésta. Uno de los medios que contribuyen al buen éxito de la elaboración del azúcar consiste en coger la caña en el momento de su verdadera madurez. Antes de ese momento, dará mucha agua y poca azúcar; si se le deja pasar, se obtendrá menos azúcar que si se hubiese cogido a tiempo; además, será más difícil de preparar y al cabo sólo se conseguirá azúcar de calidad inferior. Sin embargo, a causa de accidentes inevitables, puede ser forzoso moler la caña antes de que llegue a su perfecta madurez; tal es el caso, por ejemplo, cuando se quema un tablón o cuando el viento tumba la caña ya demasiado grande para que pueda levantarse de nuevo. Lo mejor entonces es aprovechar el caldo en hacer melaza. Es probable que no se logre azúcar, y de todos modos la fabricación se atrasaría tanto que las cañas calentadas no podrían utilizarse.

Corte

La caña debe cortarse con hoz, dándole un corte muy cerca de la raíz y otro a poca distancia del cogollo, salvo en el caso de que haya de sembrarse algún tablón; entonces se deja para semilla la parte de la caña más tierna próxima al cogollo. Después de cortar las primeras cañas, que provienen directamente de la semilla, se dejan crecer los vástagos o hijos, los cuales no requieren sino buen tiempo y que el terreno esté libre de hierbas. Las buenas tierras dan hasta cinco cosechas de retoños, es decir, se pueden cortar seis veces las cañas, sin necesidad de sembrar. En cada corte, sin embargo, la cantidad de azúcar es menor. Un cañaveral de cuatro tablonés que haya dado en el primer corte setecientas panelas de azúcar bruto, a razón de cincuenta y cuatro libras cada panela, no dará sino seiscientas panelas en el segundo corte, qui-

nientas en el tercero, cuatrocientas en el cuarto, en igual proporción para los demás. En una tierra mala la disminución es mayor aún. Es raro en estos casos que el tercer corte produzca la mitad del azúcar que dieron las cañas de semilla. Por esta razón se resiembraba cada vez que lo permitían las condiciones de la hacienda.

De la molienda

La época en que se corte la caña influye también en el resultado que se puede sacar de ella. En Noviembre y en los cuatro meses siguientes produce un tercio más de azúcar que en los siete meses restantes. Esta es una regla general, pero en algunos lugares es más segura que en otros. En el norte de Santo Domingo se reconoce la ventaja de moler y elaborar el azúcar en la estación que acabo de indicar, aunque la diferencia no es tan grande que valga la pena dejar de hacerlo en el resto del año. En el oeste y en el sur de la misma isla, se disponen las cosas de manera de moler y preparar el azúcar exclusivamente durante la estación seca. En las haciendas de Tierra Firme se muele durante todo el año, pero, como en todas partes, son mejores los cinco meses mencionados.

En la hacienda de caña es preciso distribuir el trabajo de modo que una parte de los negros corte la caña, otra la cargue al trapiche, donde se muele a medida que va llegando. El jugo se somete inmediatamente al procedimiento que ha de transformarlo en azúcar. Todo esto debe hacerse a un mismo tiempo. Si la caña no se muele inmediatamente después de cortada, se fermenta y se alteran sus constituyentes sacarinos, lo cual, a más de dificultar la elaboración, acarrea pérdidas. Si al sacarse el jugo no se le pone a hervir, adquiere un grado de acidez que es el quebradero de cabeza de los refinadores. En las colonias francesas hay tal convencimiento de la necesidad de apresurar la ebullición, que desde que se comienza a cortar la caña hasta que el azúcar está listo, el trabajo continúa noche y día. A los negros se les distribuye por cuartos, como a los marineros de un barco en viaje, y no se para el trabajo sino los domingos.

Trapiches

El molino donde se exprime la caña se compone de tres cilindros de hierro. El del centro, el cual se adapta a la fuerza motriz, hace girar los otros dos por medio de engranajes de hierro o madera colocados en la parte superior de los cilindros. Estos trapiches se mueven por agua o con fuerza animal. Los primeros unen a la economía la celeridad. Un trapiche de agua, construido con las dimensiones precisas, debe dar en veinticuatro horas suficiente jugo de caña para ciento sesenta panes de azúcar bruto, de cincuenta y cuatro libras cada uno, a menos de que lo impidan el tiempo o la pobreza del terreno. Un trapiche de fuerza animal, cualquiera que sea su condición, no da más de la mitad de lo anterior. Los Ingenios de Tierra Firme, que pueden llamarse de manufactura, tienen todos trapiches de agua. Sería imperdonable, efectivamente, que en un país tan bien regado, no se hubiera sabido darle este empleo al agua que se encuentra donde quiera y en la cantidad que se necesita. La región de Caracas le debe muchos de sus trapiches de agua a un fabricante, criollo de Martinica, llamado Dupont, a quien los acontecimientos de la revolución de 1791 echaron a estas lejanas playas extranjeras. Sus obras distan mucho de ser modelos de perfección; pero la cantidad de agua que en este país se puede suministrar para mover esta clase de máquina, es capaz de corregir todas las faltas geométricas con solo observar la fórmula mecánica.

Elaboración del azúcar

El jugo de la caña al salir del trapiche va directamente por un canal a un estanque situado junto a la mayor de las cinco pailas en que se prepara el azúcar. Se da el nombre de *equipo* al conjunto de estas pailas, las cuales van disminuyendo de tamaño. La primera y más grande se llama *tacha* y mide de ordinario cincuenta y cuatro pulgadas de diámetro, la segunda llamada la *propia*, es más pequeña; la tercera, la *antorcha*, la cuarta, el *guarapo* y la quinta, la *batería*. En esta última se le da al azúcar el último grado de cocimiento.

Todas las pailas están colocadas en fila, encastradas en bases de calicanto, encima de un horno que se prolonga en cañón y cuya boca queda justamente debajo de la batería mientras el humo se escapa por una chimenea al lado de la paila mayor.

El equipo formado por las pailas está usualmente colocado detrás de la pared del ingenio. Sin embargo, poco antes de la revolución, se había comenzado a adoptar el método de colocarlos en el centro de aquél para poder trabajar con dos paileros en cada paila y de limpiar así el azúcar de modo más rápido y seguro. A esta clase de equipo se suele adaptar dos baterías colocadas después del guarapo y de tal manera que cada una de ellas tenga debajo una boca de horno, con lo cual se apresura el cocimiento del azúcar; pues la experiencia de un siglo ha demostrado que mientras más fuerte es la ebullición mejor es el azúcar. Tanta fe se tiene en esto, que a la química moderna le costaría mucho trabajo hacer comprender a nuestros colonos que de este modo se quema una parte del azúcar donde se cuece el guarapo, y no lograría nunca imponer la idea de producir la evaporación con menos fuego. Al contrario, existe la tendencia de aumentar el fuego. Un equipo es mejor o peor y un horno más o menos perfecto, según faciliten más o menos la ebullición. Para favorecerla más se emplea como combustible las hojas caídas de la planta cuando comienza a madurar. El bagazo, es decir, la caña pasada por el trapiche, sirve para lo mismo. Un buen fogonero obtiene con hojas y bagazo, mejor que con leña, un fuego violento y parejo. Con este combustible existe además la ventaja de moderar fácilmente la acción del fuego. Al minuto de haber dejado el fogonero de echar combustible al horno, la violencia del calor debe disminuir necesariamente, lo cual es muy útil para obtener el grado necesario de cocimiento. En lo que el azúcar está suficientemente cocida, se detiene el fuego, de modo de retirar el azúcar sin que hierva y se consuma. Con leña no se puede hacer lo mismo, pues en el fondo del horno queda una capa de brasas que mantiene la violencia del fuego más de lo necesario y transforma en caramelo el azúcar del fondo de la paila.

En Tierra Firme, donde sólo se emplea leña, se toma en cuenta el cocimiento que debe adquirir el azúcar mientras se le saca de la paila; pero, para que esta apreciación resulte exacta, se requiere un talento poco común; de suerte que a menudo el azúcar no está suficientemente cocida o lo está demasiado. Si se emplearan hojas, paja y bagazo, se evitarían estos inconvenientes y se ahorraría el trabajo de los negros que cortan y transportan la leña. Además, cuando el mal tiempo estorba el corte de leña, se para forzosamente la mollienda y todos los trabajos se retardan. Con buenos cañizos para conservar el bagazo se ahorrarían estos trabajos extraordinarios y siempre se podría cortar caña y fabricar el azúcar.

Elementos constitutivos del azúcar

Antes de hablar de los procedimientos a que se somete el guarapo o jugo de caña para sacar azúcar de él, será conveniente tratar de la naturaleza de los elementos que lo constituyen; no es fácil sin embargo decidir de una cuestión sobre la cual corren opiniones tan diversas. La química, esa ciencia positiva que mediante demostraciones transforma en verdades los problemas surgidos de los fenómenos, la misma química, con respecto al azúcar, quedará por mucho tiempo todavía enjuelta en brumas y conjeturas.

Algunos químicos pretenden que las materias heterogéneas del azúcar son una fécula, un extracto y una materia colorante que se desprende por evaporación. Para otros, se trata sólo de obtener, simplemente por evaporación y la acción del fuego, la disminución de la cantidad de agua, y con ella el acercamiento de las moléculas de azúcar, facilitando, por una parte, la coagulación, y por otra, la separación de la fécula y la materia colorante. Los hay también que consideran el azúcar como una sustancia salina que viene a ser el término medio entre los mucilagos y las sales esenciales.

Los plantadores ingleses reconocen en el guarapo ocho partes de agua, una parte de azúcar, una parte de aceite ordinario y goma mucilaginoso, con una porción de aceite esencial y, de acuerdo con estos principios, fabrican su producto.

Los colonos franceses, por su parte, se limitan a suponer que el guarapo se compone de una cantidad superabundante de agua, la cual se evapora por ebullición, y ácidos o mucilagos, de los cuales hay que desprender la parte sacarina. Precisamente, para lograr la neutralización, se opone a estos ácidos una cantidad proporcionada de álcali, para que la efervescencia provocada por la unión de los ácidos y el álcali, ayudada por la ebullición, los lleve a la superficie en forma de espuma jabonosa, la cual se aparta con los remiliones o espumaderas destinados a este uso.

El sistema será o dejará de ser opuesto a los grandes principios de la química; sin embargo, es cierto que observándolo, obtienen los colonos franceses un azúcar que, por su cristalización y blancura, no tiene competencia en los mercados europeos.

Lejía

Los agentes de que se sirven para alcalinizar el jugo de caña son cal viva, hasta la fecha no se ha descubierto álcali vegetal que sea tan efectivo, cenizas, potasa, etc., lo cual no quita que ciertos hacendados, deseosos de llamar la atención, apartándose de la costumbre general hayan intentado algún descubrimiento útil. Sus ensayos han sido siempre poco beneficiosos y han vuelto a la práctica corriente, más o menos pronto, según la docilidad o la terquedad de cada cual. Lo más que puede hacerse, de acuerdo con la naturaleza del terreno que produce la caña, es complementar la lejía con potasa, echándola en la paila llamada antorcha o en la paila del guarapo, cuando la cal viva ha facilitado ya la extracción de la mayor parte de los mucilagos y demás sustancias heterogéneas. La ceniza de madera perjudica grandemente la calidad del azúcar, pues ésta resulta gris, amorfa y poco consistente.

Hace algún tiempo un hacendado de Jamaica se lanzó a alcalinizar el azúcar con cenizas de pimento, helecho o campeche. Las ventajas de este método fueron comprobadas y recompensadas por la Asamblea Colonial, la cual decretó la

suma de mil libras esterlinas a favor de M. Bousie, autor del descubrimiento. El empleo de la cal estaba a punto de quedar enteramente proscrito, cuando los comerciantes observaron que el azúcar alcalinizada con cenizas no resistía la travesía del mar, lo cual indicaba que éstas impedían la unión íntima de las partículas; ello bastó para que la cal recuperara la opinión que casi había perdido, y el sistema de M. Bousie no obtuvo de la generosidad pública sino una transacción, la cual consistió en declarar que la cal y la ceniza podían emplearse juntas con tal que el refinador supiera combinarlas hábilmente.

De la proporción exacta de álcali y de materias heterogéneas se debe esperar la mejor azúcar. Lo principal para el refinador consiste, pues, en dar con este punto. La naturaleza de las cañas que produjeron el guarapo, el terreno donde se cultivaron, la estación que reinó hasta la madurez de aquéllas, indican claramente la necesidad de una mayor o menor cantidad de álcali; la apariencia, el olor y el sabor del guarapo dan la misma indicación; pero todos estos indicios son sólo aproximados. No adquieren carácter preciso o infalible sino en el curso de la elaboración; y como es infinitamente más fácil corregir los errores provenientes de la falta de cal que los que ocasione su exceso, el refinador comienza por poner dos tercios más o menos de la cantidad de cal que cree necesaria para la perfecta saturación. La echa en frío en la caldera grande. En seguida se agita un poco el guarapo, de modo que la cal se reparta bien. Pronto se establecen combates entre el álcali y los componentes ácidos o mucilaginosos, los cuales, empujados por la ebullición, ascienden a la superficie en forma de espuma. A la vista y al tacto se reconocen sus propiedades saponáceas.

Supresión de la espuma

En cada paila hay un pailero por lo menos, con un *remillón*, ocupado de continuo en quitarle la espuma al guarapo; y a veces no basta con el trabajo de uno solo. Indudablemente el remillón desempeña un gran papel en la elaboración del azúcar, pues ésta resulta mejor o peor según la perfección

con que se haya empleado aquél. Si no se quita bien la espuma, siempre se tendrá azúcar inferior, aunque se tomen todas las demás precauciones para lograr perfecto resultado. Generalmente se comienza a espumar el guarapo cuando está en la paila del guarapo y pocas veces cuando está en la grande.

Sus pronósticos

Al principi6 la espuma es negruzca y extraordinariamente densa; pero a medida que se va quitando, adquiere un color más amarillento. Mientras se pega al remillón y el hervor es grueso, lento y pesado, se juzga que no hay suficiente lejía. Se aumenta poco a poco la dosis de cal hasta que dejen de presentarse aquellas señales.

El guarapo se trasiega de la grande a la segunda paila, y de allí, al cabo de media hora de ebullición, durante la cual el remillón ha trabajado continuamente, se pasa a la tercera, donde se le sigue quitando la espuma. De allí pasa a la cuarta. Sólo cuando el jugo de caña presenta señales inequívocas de estar perfectamente limpio, se trasiega a la batería, en donde acaba de cocerse. De manera pues, que el sucesivo trasiego de paila a paila depende de las señales que dé el guarapo de estar suficientemente limpio para poder llevarlo a la batería. Cuando por el contrario, la espuma pasa fácilmente por los agujeros de las espumaderas, y el hervor es menudo, la porción de álcali ha sido excesiva, y puede estarse seguro de que la calidad del azúcar se resentirá de ello. No tendrá ni la blancura ni el grano que hubiera tenido sin esto. Para remediarlo, aunque imperfectamente, se añade nuevo jugo de caña sin lejía, de modo que la porción de álcali se reparta más y sea menos perjudicial su exceso. Pero, repito, no se puede sino aliviar el mal, nunca hacerlo desaparecer enteramente.

A menudo la caña no tiene suficiente agua para sostener la disolución hasta que haya habido tiempo de extraer toda la espuma. Cuando el refinador se da cuenta de que la espuma está sucia todavía y el jugo de la caña va a adquirir

demasiado pronto una consistencia perjudicial, echa agua en la paila para prolongar la disolución. El hervor mediano, bien definido y brillante y el olor balsámico en la paila de antorcha y en la del guarapo, son señales ciertas de la buena calidad del azúcar y de su perfecta elaboración. Cuando las burbujas en la batería son grandes y el hervor grueso, muy agitado y revienta en explosiones, no debe esperarse sino azúcar inferior que, a lo sumo, cristalizará difícilmente. El exceso de agua que los procedimientos de la preparación no han podido eliminar, la conserva en estado líquido y nunca se logrará sino jarabe.

Cocción

Con razón se estima altamente en las colonias la pericia en cocer bien el azúcar, puesto que del exacto punto de cocción depende la suerte ulterior del producto. Si la cocción es excesiva, una parte de la sal esencial se quema, en perjuicio de la cantidad de azúcar, y el demasiado acercamiento de las moléculas ocasiona resistencia en la operación del engredo, pues la melaza que se ha de extraer para blanquear bien el azúcar, forma con ésta un cuerpo en el cual no puede penetrar el agua de la purga. Si la cocción ha sido insuficiente, el azúcar cristaliza mal, y el agua del engredo, que no encuentra la resistencia necesaria, arrastra gran parte del azúcar, en forma de jarabe. Cada horma de azúcar bruta, en nuestras Colonias, pesa ciento cincuenta y cuatro libras, y se reduce a cuarenta y una o cuarenta y dos por la acción del engredo, pero si falta cocción y se engreda como si la azúcar estuviera bien cocida, se reduce a treinta y dos o treinta y tres libras. Por esto, cuando se quiere vender el azúcar en bruto, se le cuece más.

El modo de asegurarse de la cocción del azúcar es sencillo e infalible: se hunde en la batería una de las grandes cucharas de cobre que sirven para trasegar el guarapo y se la saca en seguida. Por la cantidad de materia que se adhiere a las paredes de la cuchara, se comprende el grado de densidad. Cuando por esta señal se ve que ya va a estar a punto,

se introduce de nuevo la cuchara y se toma en el pulgar la cantidad de materia que coja; se apoya el dedo índice sobre esta porción del líquido e inmediatamente se separan los dedos. La masa sacarina forma entonces un hilo que debe quebrarse cuando los dedos se han apartado cosa de dos pulgadas, y debe replegarse sobre sí mismo en forma de tirabuzón. A esta operación se le llama la *prueba*, y en efecto, no hay otra mejor. Los físicos han tratado de sustituir esta costumbre por el uso de instrumentos cuya infabilidad han garantido inútilmente, pues dan resultados erróneos, según sean las cañas que hayan producido azúcar. Al cabo, los físicos han convenido en que la casualidad procuró a los colonos un método superior a todo lo que puede inventar el arte. El aprendiz de refinador no se acomoda al principio con esta manera de graduar la cocción, porque ofende la delicada yema de sus dedos; pero con el tiempo la piel se le endurece y se vuelve tan callosa que ya no siente dolor. Fácilmente se puede conocer a un refinador de nuestras colonias tan sólo con observarle el pulgar y el índice de la mano derecha, así como en Inglaterra reconocen a los marineros disfrazados por los callos de la palma de la mano.

Se sabe que la cocción es deficiente porque no se forma el hilo, y que es excesiva cuando el hilo no se repliega fácilmente sobre sí mismo. Apenas se tiene la señal deseada, debe detenerse el fuego y sacar pronto el azúcar. Los negros a veces tres, cada uno con una cuchara que contiene alrededor de seis botellas, atada a un mango de diez a doce pies, trasiegan el azúcar a una paila colocada en el suelo al lado de la batería.

Cristalización

Al cabo de media hora se remueve el azúcar en esta nueva paila para que el grano se reparta uniformemente; para esto se emplea una especie de espátula de madera de tres pies de largo más o menos, que se llama paleta. De allí se pasa el azúcar a otra paila mayor y más distante del equipo, donde se la deja hasta que se le forme en la superficie una cristali-

zación de más o menos una línea de grueso. Esta cristalización indica a la vez la calidad del azúcar y su grado de cocción. Si tiene hacia el centro un color verdoso, el azúcar no es buena; si se desmenuza muy fácilmente, quiere decir que el azúcar se ha cocido demasiado; en cambio, si no se desmenuza, lo ha sido muy poco. El punto se reconoce apoyando la mano sobre la capa de cristalina, la cual debe ceder y volver en seguida a su nivel; si se rompe fácilmente, ha habido exceso de cocción, y ésta hizo falta, cuando no se levanta de nuevo.

Colocación en las hormas

Mientras el azúcar está en la última paila se disponen lejos del equipo grandes hormas de tierra, previamente bien lavadas por submersión durante dos o tres horas. Estas hormas se colocan unas al lado de otras, con la punta hacia abajo, y el hueco que tienen en ésta, bien cerrado con un tapón de paja. Se disponen en cantidad suficiente para contener el caldo preparado, el cual se vierte en ellas cuando aún está líquido. Esta operación también tiene su manera de hacerse; en ella se emplea una especie de cacerola de cobre con dos asas y de forma adecuada al trabajo, la cual contiene más o menos cuatro azumbres de líquido; se la llena de la materia que se quiere frasegar. El negro encargado de esta tarea debe tener cuidado de no echar todo el líquido del recipiente en una misma horma; ha de repartirlo entre varias, de manera que se vayan llenando al mismo tiempo. Esta precaución es necesaria para evitar que la parte líquida del azúcar quede toda en unas hormas y el grano en otras.

Batida

Al cabo de una hora cuando aún está líquida el azúcar, necesita otra manipulación no menos esencial que las anteriores. Su objeto es hacer que suba y se reparta uniformemente el azúcar granulado que por su propio peso se ha ido depositando en las paredes y en el fondo de la horma. Esto ha de hacerse en el instante en que la masa, al enfriarse, ha adqui-

rido la consistencia necesaria para impedir que los cristales puedan asentarse de nuevo. El éxito de esta operación depende enteramente del momento en que se practique. Se la llama *batir el azúcar*. Si ésta se halla aún demasiado caliente, se impide la armonía de la formación del grano, e infructuosamente se hace subir el que se ha depositado en el fondo o en las paredes de la horma. Si está muy fría, ha adquirido ya mucha densidad, y no se presta al trabajo del refinador.

La rutina ha dado también un medio para conocer el momento en que se debe batir el azúcar. Se toma la espátula, se hunde hasta el fondo de la horma y se deja que ella se levante sola. Según la velocidad con que lo haga, se comprende si es tiempo de proceder a la batida. La rapidez de la emersión indica que aún no es tiempo, la lentitud, que ya es demasiado tarde. El término medio señala el instante preciso.

El que ejecuta la batida debe apoyar la espátula en las paredes de la horma y levantarla directamente por el centro. De este modo el grano se desprende de las paredes y se reparte en toda la horma.

Señales de buena fabricación en el azúcar fría

Al enfriarse se produce en la superficie del azúcar una costra más o menos gruesa, cuyo centro se deprime y el borde queda adherido a la horma; es decir, que toma más o menos la figura de un plato al que se le hubiese quitado el fondo.

A este círculo se le llama *collera*. Debe tener alrededor de tres pulgadas de ancho. Si tiene menos, quiere decir que el azúcar no coció bien; si tiene más, es que el azúcar coció demasiado. Esta misma costra, llamada *fuelle*, porque en el centro, donde está la depresión, queda siempre una cantidad de melado que no logra cristalizarse, da también indicios de la eficacia de la alcalinización. Si la costra es grasosa y al tocarla se pega de la mano un poco de mucílago, quiere decir que no se le puso bastante cal al azúcar; al contrario, cuando la costra se seca y es quebradiza, se ha empleado mucha cal. Del color de la costra se desprenden también dos indicacio-

nes: la de la cocción y la de la lejía. Un hermoso color de oro, demuestra que el azúcar está bien elaborada y bien cocida. El amarillo pálido, que faltó lejía y cocción; el amarillo negrozco, que ha habido exceso de ambas cosas.

Cuando está completamente fría el azúcar se llevan las hormas del ingenio a la casa de purga, o purificador, en donde se colocan encima de grandes jarras de cuello angosto, llamadas *canaris* en las Antillas francesas. Pero antes no sólo se les ha quitado el tapón de paja, sino que se ha introducido por el agujero donde estaba éste una varilla de diez pulgadas y media más o menos, la cual se vuelve a sacar en seguida. A esta operación se la llama agujerear la forma. El agujero debe quedar justamente en el centro, de modo que el agua del engredo se filtre igualmente por toda la horma y el blanqueo sea uniforme. Cuando no se hace así, como el agua se encamina hacia el vacío dejado por la varilla, el lado de la horma hacia donde está el agujero recibe toda el agua, la cual arrastra a su paso partes del azúcar y abre lo que se llama ojos; mientras que el otro lado, falto de agua, permanece negro y no aprovecha de ninguno de los beneficios del engredo. Estos mismos inconvenientes se presentan cuando la horma no queda colocada verticalmente. El lado hacia el cual se inclina recibe toda el agua; el otro conserva toda la melaza.

Engredo

El azúcar se deja que gotee en los *canaris* durante cinco o seis días, al cabo de los cuales se comienza la purga. Se le quita toda la fuente, es decir, toda la costra que se ha formado en la superficie; se le asienta bien con una paleta y se coloca por encima una capa de azúcar blanqueada, la cual se asienta lo más que se pueda sin apretarla. Luego se llena el vacío que queda en la horma, en más o menos dos pulgadas, con un poco de barro negro bastante desleído. El agua que sale de este barro filtra por toda la horma y arrastra consigo la melaza hasta el *canaris*. Cuando se seca la tierra se la humedece nuevamente. A esto se le llama refrescar. Por

lo general al azúcar se le cambia el barro dos veces, y cada vez se dan dos refrescos.

Para secar el azúcar

Después de haberle quitado el último barro, se deja gotear el azúcar durante doce días, y se escoge un día bien claro para ponerla al sol, desde las diez hasta las tres, para lo cual se saca de la horma, operación que se hace del modo siguiente: se colocan las hormas sobre una cama de paja, con el hueco pequeño hacia arriba y se golpean con ambas manos, no tanto como para quebrar la horma, pero bastante reciamente para que se desprenda el pilón de azúcar, lo cual sucede al tercero o cuarto golpe. Se deja el azúcar al sol de modo que adquiera la necesaria consistencia para poderla manejar sin que se rompa el pilón. Al cabo de tres horas se la traslada a la estufa. Esta es una construcción de mampostería, de veinte pies cuadrados más o menos por treinta de alto, sin más luz que una puerta pequeña que cierra herméticamente. Por su forma se parece bastante a nuestros campanarios de aldea; en una de sus caras exteriores tiene una abertura de dos pies cuadrados, a flor de tierra, en la cual va ajustada una estufa. El humo sale por la misma boca de la leña, de modo que no pase donde está el azúcar. En el interior se mantiene una temperatura entre cuarenta y cincuenta grados Reamur. Allí se han establecido tres o cuatro tableros sobre los cuales se coloca el azúcar. Doce o quince días bastan para que adquiera la necesaria solidez y la conserve dos o tres años, siempre que no esté expuesta al agua o a una humedad excesiva. De la estufa se saca el azúcar para molerla, embarrilarla y venderla.

Cocción de la melaza

La melaza que destila el azúcar durante la purga, se somete de nuevo a la acción del fuego, y se obtiene un azúcar más porosa que la primera, pero que tiene también buen precio en el mercado. Para la elaboración de este azúcar hay que someterla también a purga, y con la melaza que queda de

tal operación se prepara a su vez un azúcar de inferior calidad. La última melaza se vende a los fabricantes de aguardiente, quienes la aprovechan en su industria.

Procedimientos de los refinadores Españoles

Los Españoles de la parte oriental de Tierra Firme están muy distantes de seguir el orden usado por los Franceses en la elaboración del azúcar. La lejía empleada por ellos se compone en su mayor parte de cenizas. De ahí depende que nunca tenga su azúcar, a pesar de la riqueza del terreno, la cristalización ni la blancura que muestra la de nuestras colonias. Tampoco su modo de purgarla carece de defectos. La tierra, mal repartida, no le permite al agua filtrarse lentamente, sino que, al contrario, la deja escaparse con demasiada rapidéz, de modo que arrastra consigo una buena cantidad de azúcar. El lugar donde se efectúa la purga del azúcar no tiene el aseo que se le ve en las haciendas francesas. Más bien parece una cloaca, en donde no se puede entrar sin llenarse de melado. No hacen uso de canaris; colocan las hormas en una especie de banco de cuatro pies de altura. Cada línea de hormas va goteando la melaza sobre un canal de madera, que la conduce a un depósito donde dan todas las canales. Se me ha dicho que así se evita el gasto de los *canaris* y el de transportar la melaza al depósito general. Este prejuicio es tan notable que puedo decir que no conozco hacendado que vuelva a cocer ni siquiera el guarapo. Pero yo sostengo que, con su procedimiento, pierden más en melaza que lo que representa el gasto de comprar *canaris*. Por otra parte, el aseo del edificio, y que se pueda contemplar el producto sin que ofenda la vista del desagradable aspecto de un charco de melado, debe, sin duda, tener algún valor.

En cuanto al modo de secar el azúcar, el método de los Españoles está muy lejos, también, de presentar las mismas ventajas que el nuestro. Colocan los pilones de azúcar en unas mesas altas cubiertas por un techo corredizo. Cuando hace buen tiempo, descorren el techo y el azúcar recibe los rayos del sol. Fuera de esos momentos, el techo no se mueve,

de manera que el azúcar tiene tiempo de recuperar, mientras llueve o con el relente de la noche, la humedad perdida durante las horas que estuvo al sol. Este paso de la sequedad a la humedad y de la humedad a la sequedad, ha de destruir el grano del azúcar e impedirle adquirir la consistencia necesaria para que dure.

De modo general, en Tierra Firme la elaboración del azúcar, y sobre todo la purga, están y quedarán muy atrasadas, porque el interés invita a vender como azúcar una masa compuesta de toda clase de melazas y de ocho décimos de mucílago, lo cual nosotros hemos aprendido a considerar como componentes heterogéneos. A esa materia se la corta, como ya he dicho, en panes pequeños, llamados papelones. Generalmente, pesan tres libras, y valen un real (sesenta y cuatro céntimos), mientras que la libra de azúcar blanca vale real y medio. El pobre, para quien el papelón es el alimento principal, se lo procura con poco dinero, y por la costumbre, lo prefiere al azúcar blanco, que le costaría cuatro veces más.

Para la fabricación del guarapo, de la cual hablé al comienzo de este capítulo, el papelón es muchísimo mejor, pues contiene principios de fermentación muy superiores a los del azúcar cristalizada.

No les interesa, además, darle mayor consistencia a su producto, el cual se consume en el mercado interior, a medida que se fabrica, y no tiene que atravesar el mar, como el de nuestras colonias, ni ser depositado en los almacenes de la metrópoli, ni seguir, como ocurre a menudo, para un nuevo mercado al norte de Europa. Para el hacendado de Tierra Firme es inútil y perjudicial extraerle al azúcar la humedad, que la aumenta de peso y volumen.

No sería extraño, sin embargo, que la elaboración del azúcar se reformara ventajosamente en estas provincias. La preciosa obra de M. Dutrone sobre la historia de la caña, y los medios de obtener azúcar en mayor cantidad y de mejor calidad está en manos de algunos hacendados que saben admirar los principios y que, si no llevan adelante su aplicación, es por dificultad de procurarse los utensilios necesarios.

TABACO

El sexto producto de Tierra Firme es el tabaco. Su cultivo era libre. Esta planta se da allí admirablemente; puede cultivarse en grande o en pequeño, sin utensilios ni máquinas costosas; de suerte que por todos respectos convenía sobre manera a una población poco densa y sin más recursos de existencia que la constancia y el trabajo. Sin embargo, la Compañía Guipuzcoana fue traba, enemigo y opresor del comercio de tabaco.

Estanco

Pero llegó el momento en que los compromisos del Estado y el aumento de los gastos del gobierno de Tierra Firme, obligaron al Rey a sacar del tabaco de estas Provincias recursos fiscales semejantes a los que, desde hacía tiempo, venían produciéndole el de México, el Perú y Santa Fe. Una Cédula del 24 de Junio de 1777 ordenaba el establecimiento de la venta exclusiva de tabaco, si los habitantes de Tierra Firme la preferían a pagar un encabezamiento —u otro impuesto cualquiera— cuyo resultado asegurara al Rey el equivalente de la ganancia de doce pesos fuertes por cada quintal de tabaco. Esto dio lugar a grandes debates entre el público y el Intendente, pero, como esta cuestión se refiere exclusivamente a las rentas, la trataré en el capítulo correspondiente, limitándome aquí a lo relativo al cultivo del tabaco.

La Cédula citada comenzó a cumplirse en 1779. Quedó prohibida la siembra de tabaco. Para sembrarlo y cultivarlo por cuenta del Rey se escogieron los sitios tenidos por más convenientes en cada provincia, es decir: Tapatapa y Guaruto, en los Valles de Aragua; Orituco al este de Calabozo; Barinas y La Grita, al suroeste de Venezuela; Cumanacoa y Tupire, en la Provincia de Cumaná, y Upata en la de Guayana.

En cada lugar de éstos se establecieron administradores dependientes del Director General de Tabacos, el cual residía en Caracas y tenía cuatro mil pesos fuertes de sueldo. El

primero en ocupar este cargo fue don Esteban de León. Lo obtuvo gracias a la obligación que se impuso de desempeñar gratuitamente sus funciones. En Enero de 1803 lo reemplazó Don Dionisio Franco, uno de los Españoles que conoce mejor los intereses de su país.

En toda la extensión del terreno escogido para el cultivo del tabaco, los empleados de estas administraciones distribuyen parcelas a los que las piden, en cantidad proporcionada a las facultades del concesionario y al número de cultivadores que prometa emplear. Aun se le hacen, sin garantía, avances de dinero que se le deducen del precio de los primeros tabacos que entrega al Rey. El concesionario está en la obligación de sembrar de tabaco toda la tierra que se le ha dado, con prohibición de hacer allí cualquier otra especie de cultivo. Debe entregar al Rey, sin sustraer ni una hoja, todo el tabaco que se coseche, y se le paga según la calidad.

El cultivo y preparación del tabaco no imponen labores fatigantes, pero sí mucho cuidado: la menor negligencia en la escardadura y en los demás procedimientos que van a ser descritos, provoca la pérdida de la cosecha.

Almácigas de tabaco

El tabaco necesita una tierra grasa y húmeda. El suelo de Orituco es una mezcla de tierra y arena, donde se produce el mejor tabaco. Podría reproducirse de semilla, pero en los plantíos del Rey se hacen almácigas que exigen una tierra rica, donde no se estanquen las aguas, porque las simientes se pudrirían en vez de brotar. La época escogida para estas siembras va desde el mes de Agosto hasta el de Noviembre. El primer cuidado consiste en impedir, mediante buenas cercas, que los animales penetren en las almácigas. Concluida la siembra se riega el terreno, operación que se reitera tantas veces cuanto la falta de lluvia lo haga necesario. Como las hierbas que brotan junto con el tabaco lo dañan mucho, se las arranca con los dedos, cuidando de no lastimar la planta tierna. A menudo hay que sembrar por segunda vez todo el terreno, y siempre hay que echar nuevas simientes en los

lugares donde no ha brotado la planta. Es muy raro que las echadas la primera vez no dejen grandes vacíos. Al cabo de cuarenta o cincuenta días el tabaco está listo para la transplatación.

Siembra

Entretanto, se prepara la tierra destinada a la plantación. Se la muelle bastante para que las lluvias puedan con facilidad disolver las sales, provocar la fermentación y hacer que el tabaco eche vástagos vigorosos y largas raíces. Llegado el momento de plantar, se arranca la planta tierna con todas las precauciones posibles, evitando sobre todo el ardor del sol y el rozamiento en el transporte. Si el tiempo es seco, conviene que la víspera se riegue bien la almáciga, a fin de que las plantas tiernas estén más frescas cuando se las arranque y más propensas a la nueva germinación.

El tabaco se siembra en hileras separadas tres pies y medio una de otra. Los hoyos se abren a dos pies en las tierras altas y a pie y medio en las llanas. Han de abrirse dos días antes de sembrar, para que los principios nocivos tengan tiempo de desaparecer en este intervalo y la lluvia deposite el agua necesaria para la fertilización.

La planta se ha de colocar con mucha precaución en el hoyo. Debe evitarse no sólo dañar las raíces tiernas, sino que se desprenda la tierra enredada en ellas. Han de romperse los terrones muy duros que pueden dañar la planta, y se llena el hoyo de manera que el agua no pueda empozarse. Sin estos cuidados, la planta muere.

Conviene cubrir la planta con una hoja de plátano u otra cosa semejante. De esta manera se protege el tabaco contra los ardores del sol y contra los aguaceros, que no le son menos perjudiciales. Cuatro días después se descubren las plantas y se reemplazan las que, por culpa del agricultor o por otra causa, no hayan prendido. Se puede sembrar a cualquiera hora del día, si el tiempo está nublado, pero si no, ha de hacerse con la fresca de la mañana o de la tarde.

Limpia

Además de todas esas precauciones, se ha de limpiar el tabaco cada vez que la hierba lo haga necesario. Nada contribuye tanto a que el tabaco se dé bien, como el cuidado de tenerlo siempre limpio. En lo que la planta ha adquirido cierta resistencia, trata de desembarazarse de las primeras hojas, las cuales comienzan a secarse, mostrando que son perjudiciales a la planta. En este punto la mano del agricultor debe ayudar a la naturaleza.

Gusanos del tabaco

Desde muy pronto varias especies de gusanos atacan el tabaco. Perecería infaliblemente si no se le defendiese contra sus enemigos y destructores. Tratar de conocer las diversas especies de gusanos es lo primero para evitarlas, pues cada una de ellas hace su destrozo de distinta manera.

El desfallecimiento de la planta indica que está atacada por un gusano llamado *caña*, el cual se aloja en el cogollo. Basta abrir las hojas para encontrarlo. Se corta un poco más abajo de la parte infectada, y la planta echa un nuevo brote que cuidándolo bien, puede dar una mata de tabaco aceptable.

La *rosca*, otro gusano, sólo trabaja de noche; de día se esconde en la tierra. Una capa de cal extendida al pie de la mata es el mejor modo de evitarlo.

Se cree que el insecto llamado en el país *chinche de monte* daña al tabaco con una especie de transpiración corrosiva que deposita en él. La planta va languideciendo y no se restaura a su vigor sino cuando se la despoja de este enemigo.

Una especie de mariposa, llamada *palometa*, causa grandes daños en el tabaco. Durante el calor huye rápidamente, pero con la humedad de la mañana se amodorra, y entonces es fácil matarla.

Hay un pulgón casi imperceptible que perfora los brotes y mata la planta.

Un escarabajo, llamado *arador*, entra en la tierra, se alimenta de la raíz del tabaco y lo mata rápidamente.

Pero el insecto más temible para el tabaco es el llamado *gusano de cuernos*. En una noche es capaz de devorar una hoja de tabaco, por grande que sea.

El catálogo de los gusanos del tabaco podría aumentarse mucho; pero me parece bastante lo dicho para dar una idea de la vigilancia que el agricultor le debe a esta planta.

Desarrollo

La planta crece rápidamente y le nace un botón en el cogollo que llevaría hacia sí toda la savia, si no se le pusiese remedio a esto. El mejor sistema es arrancar el botón con la mano. Cuando tenga tres pies, se ha de repetir la misma operación. A algunas hay que hacérsela hasta tres veces, pero esos casos son raros. Al mismo tiempo se cortan las ramas y los brotes que pueden robarle la sustancia nutritiva a las hojas. La experiencia ha demostrado que las ramas salidas del tallo dan un tabaco amargo y a la vez retardan la cosecha.

Señales de madurez

Con esto, la mata de tabaco se llena de hojas y adquiere poco a poco un color entre azul y verde, señal de que la madurez se aproxima. Se sabe cuando está maduro por una mancha azuluzca que se forma en el sitio donde la hoja se une al tallo; esto ocurre generalmente en Diciembre.

Todas las hojas no maduran a un tiempo, porque la savia no se reparte igualmente por toda la planta. Se cogen las que están hechas; las otras, que aún no tienen el jugo esencial, sólo darian un tabaco sin aroma. La recolección se repite siempre que hay hojas hechas.

Precauciones

Es altamente importante a la calidad del tabaco que no se coja sino cuando hay un sol débil en el horizonte, pues el rocío u otra humedad que no sea la propia, producen fermentación y alteran los principios constituyentes del tabaco, hasta el punto de hacer inútiles todos los cuidados que se hayan prodigado hasta entonces y los que se han de aplicar a su preparación.

Al arrancar las hojas, se colocan en pilas de veinte o veinticinco, entre las filas de matas. Otros peones las recogen, las extienden y las cubren con tela para protegerlas del sol. De este modo se llevan a la fábrica.

En Tierra Firme se prepara el tabaco de dos maneras distintas: una se llama *cura seca* y otra *cura negra*. La diferencia entre ellas consiste en que para la cura negra se somete el tabaco a una fermentación especial. El objeto de esto es obtener un jugo muy apreciado en el país. Con esta operación el tabaco se ennegrece, y a ello debe su nombre la preparación.

Cura seca

Cuando el tabaco llega a los departamentos donde se le prepara, lo dividen en paquetes pequeños que separadamente se ponen a la sombra hasta el día siguiente.

Al cabo de veinticuatro horas se cuelgan de barras y bajo un cobertizo las hojas de tabaco, colocándolas de dos en dos, si es en invierno, y de cuatro en cuatro, si en verano. El objeto de esto es que el tabaco pierda, al contacto del aire, la tensión de la hoja y el color verde; es decir, que se ponga amarillo y adquiera una suavidad que lo haga flexible. Si hay lluvias, tarda tres días en esto, pero bastan dos en tiempo seco.

Cuando ha adquirido el color y la suavidad que hemos dicho, se le baja, pero no se amontona porque puede quemarse. Se le quita la vena central desde cuatro pulgadas de

la punta hasta el lugar donde se unen hoja y tallo. Esto debe hacerse cuidadosamente y con los dedos, de modo de no dañar la hoja. Una vez desvenadas las hojas, se ponen a un lado, y al otro el tabaco averiado y las venas, pero sin amontonarlo porque todavía puede quemarse.

Al mismo tiempo con estas hojas se forma un cordón que se divide en montones de setenta y cinco libras, las cuales se reducen a veinticinco después de la preparación. Todo ha de hacerse con mucha rapidez, porque hay riesgo de que se sequen las hojas, lo cual acarrearía dificultades para arrancarles la vena y formar el cordón. De suerte que si se retarda la operación, o se demora demasiado en ella, se obtiene cuando más, un tabaco de segunda clase.

El interior del cordón se hace lo mismo que los puros, con las hojas rotas o averiadas, cubiertas con hojas buenas. Cuando ya tiene el grueso necesario, se sigue adelante, de modo que la parte donde termina sea el cominzo de un nuevo cordón. Esto impide que se destuerza todo.

Ya debe haberse formado una capa de más de un pie de espesor con hojas cubiertas de todo el tabaco deteriorado. Encima se colocan las bolas de tabaco unas al lado de otras, y se las cubre con las mismas hojas, sujetas con pesos o cueros. Todo ello debe hacerse a la sombra y bajo los toldos, porque hay que evitar el sol.

Si al quitarle la vena está bastante seco el tabaco, se deja fermentar cuarenta y ocho horas; pero si está justamente en su punto, sólo se deja veinticuatro horas. Luego se enrolla de nuevo, de modo que lo que formaba la parte externa del rollo pase a formar el centro, y se rocía ligeramente con agua para ayudar la fermentación. Si la primera vez se dejó cuarenta y ocho horas fermentando, ésta se deja veinticuatro, y viceversa.

Cuando está suficientemente fermentado se expone al aire, hasta que se enfria. Luego se revuelve por la mañana y en la tarde, durante tres o cuatro días. Repitiendo esta operación mayor o menor número de veces, se hacen desapa-

recer los defectos que pueden notarse en el tabaco. Carecerá de ellos si tiene el color negruzco, viscoso el jugo y agradable el olor.

Se deshace el rollo para poner el tabaco en manojos, los cuales se suspenden a la sombra, separados unos de otros, de modo que el tabaco pierda el exceso de humedad y adquiera el color que le da valor en el comercio. Si el tiempo está muy húmedo, es necesario encender fuego debajo del tabaco colgado, o basta colocar materias que produzcan humo suficiente. No puede decirse con precisión cuanto tiempo ha de tenerse el tabaco en este estado. Ello depende de la temperatura, de la mayor o menor cantidad de materias grasas que contenga y del cuidado que se haya puesto en su preparación. Para saber si está a punto, se abre y se exprime; si el jugo sale fácilmente, quiere decir que el tabaco no está bien seco. Por lo general tarda de cuarenta a cincuenta días en secar.

Hay partes donde primero forman los manojos de tabacos y los cuelgan. Cuando se presume que está seco, se unen los manojos y se dejan así varios días, de modo que por el contacto se concentre el jugo. Al disiparse la humedad superflua, se aprovecha la prima mañana o un día nublado para atar cada manojito en cuatro partes situadas a distancias iguales. Para esto se emplea corteza de plátano, de modo que no se rompa el tabaco. Luego se amontonan los manojos y se colocan sobre una capa de hojas secas de plátano, más o menos a dos pies de altura; se cubre el montón con hojas de plátano y sobre ellas se ponen pesos que lo compriman todo.

A los ocho días se descubre para observar el estado de fermentación. Si éste es muy grande, se cuelgan nuevamente los manojos en un lugar abrigado y aireado a la vez. Si la fermentación no está a punto, se forma un nuevo montón, poniendo encima lo que estaba debajo y cubriéndolo de igual modo que el anterior. Quince días después vuelve a observarse el estado de fermentación, para remover de nuevo el montón, dejándolo así quince días más.

A causa de la humedad de la atmósfera, hay a veces que alterar el orden de estas operaciones para preservar de corrupción el tabaco. Cada vez que se revuelve el montón, se ha de impedir que se rompa la cuerda y se abran los manojos.

Terminadas estas operaciones se sueltan los manojos y se extiende el tabaco en un departamento regado ligeramente, cuyo piso ha de cubrirse con hojas de plátano también rociadas o expuestas al sereno.

Se extiende una primera capa de tabaco; sobre ella se ponen hojas de plátano, luego, encima, va otra capa de tabaco, y en este orden se sigue hasta colocar la última capa de hojas de plátano, la cual es más gruesa y lleva los pesos que han de comprimir el montón. En casos se añade un poco de agua si se teme que el tabaco esté demasiado seco. Así se deja cuatro días. Finalmente se examina la calidad del tabaco, se separa el de inferior calidad, formando montones de veinte y cinco libras. Con el de primera calidad se hace lo mismo. Ambos se almacenan y ya no requieren vigilancia ni cuidado.

Cura negra

Estos son los procedimientos propios de la cura seca. Los de la cura negra difieren de ellos en que la primera fermentación se hace al sol y bajo las hojas verdes, con pesos que aumentan la compresión. A los tres días se levanta el aparejo y sale del tabaco una densa humareda. Se invierten los rollos, poniendo hacia afuera lo que estaba en el interior, y se pone a fermentar por segunda vez; luego se repite la operación una o dos veces más, hasta que por el color se advierta que es tiempo de poner el tabaco a la sombra. Hecho esto, vuelve a invertirse el rollo y se exprime por medio de pesos, recogiendo el jugo que vierte en envases especiales. Todavía se invierte nuevamente el rollo y se le saca otra vez el jugo. Este licor se conoce en el país con el nombre de *moo* o *chimó*.

Por lo demás, la preparación de este tabaco es poco más o menos la misma que la de la cura seca.



Mapa que acompaña la segunda edición alemana, de Berlín, 1808

El chimó no se consume tal como sale del tabaco. Se le cuece hasta darle consistencia de jarabe. Ya preparado tiene mucha aceptación entre los habitantes del interior del país, principalmente en la región de Barinas. Las mujeres usan una cajita que llevan prendida como un reloj. En lugar de llave tienen una paletica con la cual, de cuando en cuando, toman chimó y lo saborean. Es algo semejante a la mascada de los marineros.

De cómo el Rey paga el tabaco a los plantadores

El Rey compra el tabaco según la calidad de éste. Se divide en primer lugar en tabaco de cura seca y de cura negra. Cada una de estas especies se subdivide en tres clases, cuyos precios varían bastante. Justamente, en esta clasificación es que se cometen muchas injusticias que la ley no puede impedir. El 2 de Junio de 1787 se fijó un reglamento sabio, pero ineficaz, que prescribe cómo debe remitirse, recibirse, pesarse y clasificarse el tabaco.

Según este reglamento, todo eso ha de hacerse en presencia del factor, del tenedor de libros, del administrador del depósito, del visitador, del cultivador y del comisario general.

El visitador debe clasificar el tabaco sin que se le pueda impedir su tarea ni interrumpirlo en ella. Si el cultivador no queda contento, apela a los asistentes, los cuales no pueden proceder sino por unanimidad. Si hay votos diversos, se nombran expertos.

Aunque el tabaco no esté en condición de durar mucho tiempo, debe recibírsele de acuerdo con su estado y valor, con tal de que no se corrompa antes de cinco o seis meses.

El producto debe pesarse en presencia de los individuos de esta asamblea, y para manejar la romana se nombra uno de los guardas de la administración. Se extienden dos facturas firmadas por todos los asistentes. Una es para el hacendado y otra para la comisión general de plantaciones.

Después de todas estas formalidades, se le paga al plantador su tabaco a los precios siguientes:

Por un quintal de cura negra:

Primera clase	11 pesos fuertes
Segunda clase	10 pesos fuertes
Tercera clase	7 pesos fuertes

Por un quintal de cura seca:

Primera clase	10 pesos fuertes
Segunda clase	8 pesos fuertes
Tercera clase	3 pesos fuertes

REFLEXIONES SOBRE LA AGRICULTURA EN TIERRA FIRME

Causa asombro no hallar en el país más hermoso de la tierra, donde la vegetación tiene cuanto puede contribuir a su esplendor, sino plantaciones poco importantes. Un propietario con cuatro mil o cinco mil pesos fuertes de renta es tenido por rico. No pasan de veinte en estas provincias las haciendas que produzcan una renta mayor. No quiere decir esto que la propiedad se halla muy dividida. Es raro encontrar una hacienda donde esté cultivada la décima parte de su extensión total. Es cosa que da tristeza ver semejante resultado, después de tres siglos de trabajos consecutivos. En una extensión doscientas veces menor e infinitamente con menos riego y menos fertilidad, como lo es la isla de Santo Domingo, los franceses han logrado una producción diez veces mayor que la que actualmente dan las provincias de Caracas, y ha de teneres en cuenta que la población blanca de aquella isla es apenas la mitad de la de estas provincias.

Primera causa de la decadencia

¿A qué causa obedecen estos extraños efectos? Desde luego, una de ellas es el conjunto de hipotecas que gravan casi todos los inmuebles en Tierra Firme. Casi no merece mencionarse el escaso número de haciendas, casas o hatos sobre los cuales no pesan *censos* u obligaciones de pagar intereses

por capitales dados en hipotecas sobre ellos. Es costumbre entre los Españoles no vender ninguna propiedad. Se puede ser pobre, pero se ha de aparentar riqueza. Si necesitan dinero lo toman prestado sobre sus propiedades y se someten a pagar cinco por ciento de interés. Tales empréstitos son tanto más fáciles, cuanto que la falta de negocios comerciales establece una tasa muy baja para el dinero. El mejor inmueble produce apenas un cuatro o cinco por ciento; el dinero, sólidamente colocado al cinco por ciento, es pues un hallazgo para el prestamista; de modo que es natural que quien tenga fondos se apresure a prestarlos a quien necesita de ellos.

Segunda causa

Las mandas o legados piadosos y las prebendas, que van aumentando de generación en generación, obligan a los hacendados a pagar regularmente los intereses, y por consiguiente le sustraen los medios de fomentar el cultivo. Mil veces mejor sería para la prosperidad general que se pagasen en numerario las donaciones piadosas, aunque para ello fuese preciso vender todo el inmueble o una parte de él; pues con dejar acumularse sobre las posesiones la obligación de pagar intereses anuales que consumen la renta, hasta el propietario más activo tiene que paralizar su industria.

El cinco por ciento que se paga al rey sobre la renta, por el derecho de alcabala y los diezmos no acarrean tantos perjuicios a la agricultura como las hipotecas, porque no se perciben sino sobre los productos y por consiguiente están en proporción a ellos; mientras que los intereses de las hipotecas son siempre los mismos, aunque el año haya sido de abundancia o de escasez. Los contratiempos en dos o tres cosechas consecutivas, arruinarán para siempre a un propietario cargado de hipotecas, aunque sea muy trabajador; puesto que, al no poder pagar los intereses que pesan sobre su hacienda, se le cita ante los tribunales, donde debe sostener tantos procesos como hipotecas gravan su propiedad. Los gastos aumentan la suma de sus deudas; la pena le quita el amor al trabajo; sus bienes quedan secuestrados, y en forma de venta, pero con los mismos gravámenes, pasan a otro pro-

pietario, que está amenazado de la misma suerte del anterior. De modo que todo conspira contra el progreso de la agricultura porque de ella no derivan beneficios sino los abogados y los procuradores.

Tercera causa

La agricultura tropieza aún con un nuevo obstáculo, mayor, si fuera posible, que los que acabo de mencionar: el sistema empleado por los Españoles para administrar sus haciendas. Principalmente y de ordinario residen en las ciudades, donde todo propietario tiene su casa y su familia. El ajuar, el número de criados, los gastos, en una palabra, se disponen de acuerdo con el producto de la hacienda, pero no dejan de calcular éste al tipo del año más fértil y abundante. Por consiguiente, sólo por excepción, las entradas son mayores que los gastos, y en vez de economizar para mejorar el cultivo, se cargan de deudas, y las achacan al mal tiempo y a deficiencia de las leyes, cuando sólo se debe a la falta de orden de los hacendados.

El hacendado que una vez al año visita sus haciendas, está satisfecho de haberse ocupado bastante de sus intereses. A menudo, ni siquiera se ha enterado de los trabajos que se practican en su finca. Recuerdo que una vez le pregunté a un doctor español que acababa de pasar dos meses en su hacienda de caña, si el tiempo era bueno para las plantas, si se daba buena azúcar, en una palabra, si su industria marchaba bien. Me respondió, sonriendo desdeñosamente, que de esos detalles se ocupaba su administrador; y todos los presentes tomaron cartas en el asunto para indicarme seriamente que el señor doctor sólo iba a sus haciendas por placer y por gozar del buen clima y no a vigilar sus intereses ni a ocuparse de la administración de ellos. Hube de presentarle inmediatamente y con toda solemnidad mis excusas. Quedé confundido por haber molestado a un propietario español con preguntas que hubieran halagado al más poderoso de los hacendados franceses. Un país donde se desdeña de tal modo la agricultura, es indigno de gozar de los favores de la naturaleza.

Cuarta causa

La administración de las haciendas de Tierra Firme se confía a negros o a mulatos, rara vez a isleños blancos; pero nunca a criollos, porque éstos prefieren el ocio de los claustros, el atractivo de las charreteras o el laberinto de los tribunales a los nobles trabajos del campo.

Los empleos son la principal y única mira de la ambición del criollo. Aunque la mejor tierra del mundo le ofrezca todas las riquezas, no está satisfecho en sus deseos, mientras no obtiene un grado militar, un puesto en la hacienda pública, un oficio judicial o una orden honorífica. Pasa su vida y consume sus haberes en obtener grados y empleos y en solicitar otros nuevos. Todo español *honrado* y distinguido que reside en América, tiene un *apoderado* en Madrid que está de continuo a sus órdenes, dispuesto a recorrer las oficinas públicas en solicitud de los datos necesarios, y a obrar en ocasiones libremente para solicitar el empleo que crea conveniente para su poderdante. Pero este *apoderado* no da un paso ni dice una palabra sin que el dinero depositado en Madrid le responda del pago de sus trabajos y a veces también de los que no se ha tomado. No hay Español que no considere el envío de dinero a Madrid como condición preliminar del buen éxito de toda solicitud. Diariamente se ven hipotecas sobre haciendas, para realizar estas remesas de dinero, con lo cual se van secando las fuentes de riqueza territorial. Muy difícil será que gente tan sedienta de prerrogativas, se entregue por entero al estudio de la naturaleza productiva, y que renunciando al fasto de los honores, se contente con el mero título de agricultor, al cual nadie le presta la debida consideración.

La prueba de que todos los hombres son parecidos es que en nuestras Colonias hay hacendados que pueden competir con los Españoles en la manía de distinciones. Pero también es cierto que siempre la hacienda se resiente de la vanidad de su dueño y del menosprecio en que éste la tenga.

Por la clase de administradores pueden sacarse los múltiples defectos de la administración de las haciendas. Ni emu-

lación ni inteligencia cuentan en ella. Para que el producto sea siquiera aceptable, se necesita que la riqueza del suelo corrija los errores de la ignorancia con que se atiende al cultivo y a la preparación de las especies. Con semejante régimen, nuestras Colonias no producirían ni la décima parte de lo que producen. Como prueba de las ventajas que obtendrían la agricultura si los propietarios residieran en las haciendas, basta observar las fincas que prosperan, las que se sostienen y las que están en decadencia; se verá que a las primeras las administra su propio dueño, quien tiene toda su ambición puesta en aumentar sus rentas y se enorgullece de ser agricultor; por lo general, los que proceden así son Vizcainos. Las segundas pertenecen a Españoles que comparten su tiempo entre la vida del campo y la de la ciudad, y que disponen los trabajos cuando están en sus fincas y lo que se debe hacer cuando se hallan fuera de ellas. La hacienda que se arruina pertenece, con toda seguridad, a alguien que las visita como si fuera un extraño, que desdeña los conocimientos propios de un agricultor y corre tras de mercedes y empleos o bien es de un malbaratador.

Quinta causa

La quinta y última causa de la decadencia de la agricultura en Tierra Firme y que ha contribuido a disminuir inmensamente los productos, es la falta de introducción de negros.

Como indiqué en el capítulo II, en el artículo sobre los esclavos, los Españoles nunca han hecho la trata directamente. Les estaba permitido comprar esclavos en las Antillas, pagarlos en géneros del país, exceptuando el cacao, y revenderlos en Tierra Firme. Existían además, disposiciones legales tendientes a fomentar este ramo del comercio.

En 1791 ocurrió la sublevación de los Negros de las Colonias francesas, las cuales se vieron en tris de perderse por completo. Santo Domingo, la más rica y brillante de todas las colonias del mundo, se transformó en un teatro de carnicerías y devastación. Todos los elementos destructores reuni-

dos parecían disputarse la gloria de precipitar su destrucción. El esclavo no vio en el amo sino a una víctima, y el amo no halló en el esclavo más que un verdugo. Las llamas consumían las propiedades, mientras que Africanos y descendientes de Africanos se abrevaban en la sangre de los blancos. Semejante y terrible espectáculo fue, con razón, motivo de espanto para los vecinos de Tierra Firme. Comenzó a considerarse peligroso para la tranquilidad pública el que se aumentara el número de negros; por otra parte, la guerra creó dificultades en la importación de éstos. Transcurrieron doce años sin que llegase un solo negro a Tierra Firme.

Sin embargo, la agricultura necesitaba de brazos, los trabajos del campo languidecían y la masa de los productos se iba disminuyendo; con todo, era prudente tomar precauciones. El Intendente Don Juan Vicente de Arce logró conciliar los extremos, prohibiendo, por decreto del 21 de Mayo de 1803, la introducción de negros provenientes de las Colonias extranjeras; lo cual era de todo punto prudente, pues de haber quedado libre este comercio, alguien, por ambición, hubiera traído negros insurrectos de las Colonias francesas, los cuales introducían en Tierra Firme los gérmenes de la destrucción. Para proveer de negros a estas Provincias, el Intendente no dejó en vigencia sino el real permiso concedido a Edward Barry y compañía para la introducción de cuatro mil negros; pero habiendo muerto el concesionario, el permiso quedó sin efecto y sólo se concedieron permisos particulares. Dos comerciantes obtuvieron, en Mayo de 1804, permiso para introducir 1.500 negros cada uno. De este modo, siendo conocidos los introductores, se sabe a quien hacer responsable si no se cumplen estrictamente las disposiciones que rigen esta materia.

Sin embargo, tales medidas están aún muy por debajo de lo que necesita el país. Apenas cuenta con la veinteaava parte de las fuerzas necesarias para explotarlo como es debido. La natalidad de esclavos está muy lejos de compensar las defunciones. Los amos, por piedad o por humanidad, manumiten todos los años un buen número de esclavos que

a un mismo tiempo dejan de ser útiles a la agricultura y se transforman en una carga para la sociedad.

Todos los males que amenazan a este país con una lenta pero infalible disolución, parecen remediabiles facilitando la introducción de esclavos. Por desgracia, las circunstancias obligan a emprender esto con grandes precauciones.

He aquí algo que se ha constituido en un punto de economía digno de atraer la atención del legislador y la vigilancia del gobierno. Negar la entrada de los negros aparece como una medida radical, hasta igualar el número de esclavos y el de libres; admitirlos libremente, sin que el régimen local de negros esté sometido a una policía severa y protectora, es comprometer la tranquilidad pública.

La razón, la humanidad, la política, permiten aún emplear para la seguridad de estas Provincias otro medio con que no pueden contar las demás posesiones europeas del Golfo de México, el de aplicar a la agricultura a los pardos libres y a los Indios de las doctrinas y de las misiones. Las Islas Canarias, cuya juventud siente un gran atractivo por América, pueden suministrar además a Tierra Firme hombres útiles y laboriosos. A la sabia combinación de las leyes y al celo de los magistrados corresponde sacar provecho de este medio y consagrarse seriamente a levantar estas Provincias hasta el grado de prosperidad a que están llamadas por la naturaleza. Si se pagan bien los salarios de los obreros y se despierta el interés, la actividad reemplazará a la pereza.

De cómo puede fomentarse la agricultura

Habrà que convenir, sin embargo, en que las leyes no han favorecido ni favorecen la agricultura en todo lo que pueden. Su primer defecto consiste en no haber señalado al agricultor como digno de toda la estimación pública, y en no haber hecho de la agricultura el estado más honroso y favorecido.

Como el talento del legislador consiste en dirigir hacia el bien público la opinión, los prejuicios y aún las pasiones

de los ciudadanos, y como los Españoles observan, por lo general, un respeto casi religioso por cuanto tiene algo de representativo, creo que la agricultura podría sacar muchas ventajas del carácter nacional, si en cada capital se estableciera una cámara de agricultura compuesta de un número de individuos proporcionado a la población de la provincia.

Todo lo relativo a agricultura sería de la incumbencia de esta cámara, la cual celebraría sus sesiones dos veces por semana. Se ocuparía continuamente en estudiar los medios de simplificar los trabajos agrícolas por el empleo de máquinas y de aprovechar todos los brazos ociosos del país, de perfeccionar la preparación y la fabricación de los productos, etc. Esta cámara podría quedar investida del derecho de decidir, sin demora ni gastos, todas las diferencias por asuntos de riego, por daños ocasionados por animales de los vecinos, por pago de jornal a los peones, por maltrato a los esclavos, etc. Todas esas causas, aunque sumarias por naturaleza, suelen estar sometidas a largas y ruinosas formalidades legales, y adquieren esa solemnidad que en otras naciones no se concede sino a procesos mucho más complicados. Parece increíble, pero es lo cierto que si la Real Audiencia de Caracas dejara de conocer en semejantes procesos, el número de los que habitualmente cursan ante ella quedaría reducido en más de la mitad. Basta esto para probar la ventaja que se desprendería en favor de la prosperidad pública, de una reforma que de una vez haría aplicar a la agricultura la mitad de la inmensa suma de dinero que, bajo la denominación de gastos, se reparte entre notarios, abogados, procuradores, etc.

Demos por aceptada la utilidad de las cámaras de agricultura. La justicia y la buena política ordenan que el servicio gratuito exigido se pague en prerrogativas, honores y preferencias.

La primera vez, el Gobernador hará la elección de los miembros de la cámara, tomando en cuenta para ello las costumbres, las luces y el amor al trabajo de cada individuo. La mitad de la cámara se renovará todos los años, de modo que cada miembro de ella ejerza durante dos años. La mitad saliente será reemplazada en escrutinio por la cámara

entera, de acuerdo con una lista de candidatos, a la cabeza de la cual estarán los agricultores que en el curso del año hayan realizado descubrimientos útiles o presentado memorias de cierto mérito sobre el arte de cultivar y preparar los productos.

Los miembros salientes no podrán ser reelegidos sino al cabo de dos años, pues debe evitarse que la cámara se transforme en gaje de un pequeño número de personas. Nobles, blancos libres, militares, togados, sacerdotes, todos serán libremente elegibles. El color y la fata de bienes productores de géneros comerciaes serían los únicos impedimentos para ser elegido. Las elecciones se someterán siempre a la aprobación del Gobernador.

La condición de miembro de la cámara de agricultura, se tendrá en todos los actos públicos y privados como un título honorífico, al cual corresponde el tratamiento de señoría. Los miembros salientes conservarán de por vida el título de ex-miembros de la cámara de agricultura, aunque no el tratamiento de señoría. Tendrán también a perpetuidad derecho de asiento en la cámara.

En las ceremonias públicas la cámara de agricultura ocupará puesto inmediatamente después de la Audiencia. De igual modo, se le reservará un banco especial y ornamentado en la iglesia principal, donde los miembros podrán sentarse aisladamente o en cuerpo.

Los días de besamanos, cuando todas las corporaciones van a cumplimentar al Gobernador, la cámara de agricultura será recibida primero en las ciudades donde no haya Audiencia ni Obispo. El Gobernador le enviará seguidamente dos comisionados para retornarle los cumplimientos.

El cargo de secretario será a perpetuidad, y gozará de sueldo suficiente para vivir con distinción. En las grandes ciudades no puede ser menos de tres mil pesos fuertes.

Pero el establecimiento de cámaras de agricultura no puede llenar el importante objeto que se propone, si no se las provee de medios de propagar las luces, ya sea por correspondencia, por memorias y por publicación de las experiencias de que puede sacar provecho la agricultura. Para todo

esto es indispensable una imprenta. Sólo de ella puede esperarse la reunión en un sistema general de los principios constantes y los métodos particulares que han de tomarse en cuenta para obtener productos comerciales. En la actualidad, ningún hacendado aprovecha las experiencias de su vecino ni puede comunicarle las propias. Cada uno, al contrario, trata de ocultar a los demás lo que ha aprendido por un capricho de la casualidad. Procura ser el único en disfrutarlo, ya que nadie habrá de agradecerle la divulgación de su secreto. En cambio, si lo da a conocer a la cámara de agricultura, recibirá las gracias públicas de ésta, las cuales son para los Españoles, cuando menos tan halagüeñas como para el resto de los hombres. La publicación del descubrimiento, citando el nombre de su autor, hecha por la cámara de agricultura, será como un monumento honroso que recomendará a la memoria de las generaciones venideras el nombre de quien tuvo la felicidad de ser útil a sus conciudadanos.

Ha llegado la oportunidad de hablar de las dificultades que se han presentado para establecer una imprenta en Caracas. El Consulado persuadido de las ventajas que se desprenderían de ello, pidió permiso al Rey para instalar una imprenta en Caracas, bajo el mismo reglamento y vigilancia que se observa en la Habana, Santa Fé, Lima, México, etc. La petición recibió una negación absoluta en 1803, porque el Gobierno español, temeroso de que aun estuviese mal apagada la sedición de 1797, pensó que los revolucionarios podrían servirse de esta facilidad para dar a conocer sus proyectos y crear una opinión pública desfavorable y funesta a la soberanía española.

El tiempo que he permanecido en la capital de Venezuela, me ha permitido conocer bastante bien la disposición de los espíritus, y puedo asegurar que tales temores son quiméricos e injuriosos para los habitantes de aquella gran ciudad.

Mientras los empleos en los diversos ramos de administración civil, militar y religiosa estén en manos del Rey y éste los conceda y los pague, se necesitarán sacudidas superiores a todo cuando puede dar de sí la energía española para que la autoridad real corra el menor peligro. Todo Español

aspira a un empleo; el que se cree suficientemente rico para prescindir de ello, desea honores, cruces, *títulos de Castilla*, como el de marqués, conde o barón, y sólo del Rey pueden obtener este pasto a su ambición. Indudablemente, una imprenta en Caracas, por más libertad que se le diera, nada podría contra este estado de cosas. ¿Qué peligro, pues, habría en ella, sometiéndola a vigilancia y censura? Quien se forja fantasmas, tiene siempre ante sí objetos de pavor. Viendo el mal por doquiera, es imposible hacer bien. La prudencia ordena ser precavido, es cierto, pero las excesivas precauciones no se explican sino por pusilanimidad o por el miedo que oscurece el juicio. Carlos VII, por temor a ser envenenado, se abstuvo de comer, y murió por miedo a morir.

Además de las grandes utilidades que hemos mencionado, el establecimiento de una imprenta en Caracas ofrece otras no menos importantes. Una gaceta semanal, donde se insertaran avisos de todas clases, podría suplir la falta de comunicación entre los ciudadanos. Es cosa frecuente que el vecino tenga en venta objetos que se descan adquirir, pero como no hay medio de saberlo, queda uno sin hacer la compra y otro sin realizar la venta. Un comerciante puede tener en su almacén artículos que faltan en la ciudad o que podría dar a menos del precio corriente, pero como no se sabe, estos artículos quedan sin venderse. Un propietario quiere vender, alquilar o arrendar su hacienda, su casa, sus esclavos, y pasan años sin que reciba ninguna oferta por ellos, puesto que nadie conoce su intención. Por medio de una hoja semanal, cada quien puede enterarse de lo que le interesa y dar a conocer lo que puede interesar a otros.

El Gobierno para todas sus medidas; la Real Audiencia para sus reglamentos; el Obispo para sus edictos; la Universidad para sus actos; el Colegio para sus programas; la Intendencia para sus disposiciones; el Consulado para el comercio; la misma religión para sus oraciones y ejercicios, encontrarían en la imprenta medios de multiplicar prontamente y con poco gasto cuanto destinen a la publicidad; de modo que parece imposible que se presenten nuevos obstáculos al establecimiento de ella.

CAPITULO OCTAVO

Del sistema seguido por España en el comercio de sus colonias y del comercio en la parte oriental de Tierra Firme

Primeras relaciones comerciales de España con sus Colonias.— Establecimientos de los Franceses en América y su sistema colonial. Causas que impiden a España seguir este sistema.— Primeras relaciones comerciales de España con Venezuela.— Comercio holandés de contrabando. Inútiles esfuerzos del comercio español por hacer competencia al holandés.—Compañía Guipuzcoana. Prudentes condiciones de la concesión. Comercio exclusivo. Modificaciones de la Compañía. Funesto cambio de sistema.— Libertad de comercio. Revolución comercial que fue consecuencia de lo anterior. Habilitación de los puertos de América al comercio de España y atinada distinción que para el caso se ha hecho.—Bases políticas y fiscales de los aranceles españoles. Condiciones requeridas para comercial con América española.—Cómo se halla repartido el comercio en Tierra Firme. Ganancias del Comercio español. Gestiones de los cargamentos.— Importaciones por el comercio de la Metrópoli. Exportaciones. Compra de frutos. Calidad de los frutos de Tierra Firme. Sus precios. Flete de los frutos. Seguros.—Comercio recíproco de las posesiones españolas. Dinero en circulación.— Comercio con las Colonias extranjeras. Comercio de animales. Prohibición de exportar géneros a las Colonias extranjeras.— Apertura momentánea de los puertos a los extranjeros. Revocación de esta medida. Inactividad de la marina española en las Antillas. Nueva apertura de los puertos a los extranjeros.— Comercio con los enemigos.— Contrabando. Con Jamaica. Con Curazao. Con Trinidad. Con Surimán. Numerario invertido en contrabando. Medidas para impedir el contrabando. Como se introduce el contrabando. Tribunal para juzgar el contrabando.—Mercancías que convienen a los Españoles. Comerciantes al por menor.— Consulado. Condiciones de elegibilidad. Sueldos. Rentas. Competencia. Procedimiento. Diputados del Consulado. Asamblea del Consulado. Sus atribuciones. Cuadro de derechos de entrada y salida, etc.

PRIMERAS RELACIONES COMERCIALES DE ESPAÑA CON SUS COLONIAS

Cualesquiera que hayan sido los datos que condujeron a Colón al descubrimiento de América, es evidente que la especie de productos con que la naturaleza ha embellecido la zona tórrida, no entró en los cálculos de este gran hombre. El y los españoles que lo siguieron, apreciaron durante mucho tiempo a América sólo por la riqueza y abundancia de los metales que de ella podrían extraer. Hoy España, aunque mucho más ilustrada que entonces, y a pesar del ejemplo de otras naciones poseedoras de Colonias, sigue estimando las suyas según la cantidad de oro y plata que le producen. La tierra más fértil y que promete al cultivador riquezas periódicas e inagotables, es motivo de indiferencia para los Españoles, si al lado tiene un terreno montuoso y árido, cubierto de sólidas rocas, equistasas o graníticas, indicio no siempre seguro de la existencia de una mina. En fin, el hombre es agricultor en América cuando no puede ser minero, y aprecia menos la tierra que exige cultivo que aquélla donde se practican excavaciones con algún éxito.

Por preferir los metales a los géneros mercantiles, se privó España de las facilidades que se le ofrecían de ser la única en el comercio entre ambos continentes, haciendo el cambio recíproco de sus producciones, que es necesario y lucrativo por lo variado de ellos.

Hubiera podido hacer a todas las naciones de Europa sus tributarias, en lo que se refiere a los productos de la zona tórrida, como ya lo era América en cuanto a los efectos europeos; pero mientras poseyó sin émulos al Nuevo Mundo y esto fue por más de ciento cincuenta años, sólo trajo a Europa el oro y la plata.

Quiso la fatalidad que al mismo tiempo que España echaba las bases de su soberanía en América, experimentase una revolución interna que había de ser funesta a su industria y a las nuevas relaciones que acababa de crearse. La expulsión de los Moriscos y la emigración de los fabricantes nacio-

nales, sobre quienes se hizo caer el peso de los impuestos que aquéllos pagaban, fueron causa de la ruina de sus manufacturas. No advirtió el Gobierno, o fingió no advertir, la herida hecha al estado, porque el dinero americano le proporcionaba maneras de comprar en el extranjero los artículos que comenzaban a escasear en el país.

Sin embargo, Europa lanzó miradas de envidia a las riquezas que España obtenía en América. La imaginación, dada siempre a exagerar, pintó aquellos lejanos países como llenos de fuentes de oro y plata, en las que la avaricia podía saciarse rápidamente y sin el menor trabajo. Hombres audaces, emprendedores y ambiciosos, abandonaron sin vacilar sus respectivas naciones, en donde eran espuma de las costumbres y flor de la intrepidez, y volvieron la vista hacia esas comarcas pródigas en fortunas para aquéllos que se arriesgaban a los peligros de la mar. Pero las Leyes de Indias, que prohibían a los extranjeros radicarse en las Colonias españolas y hasta recalar en ellas, fueron un obstáculo que obligó a estos aventureros a detenerse en las Antillas, esperando sacar de estas islas tesoros emejantes a los que los Españoles hallaban en el continente. Después de las primeras búsquedas, los más inquietos y audaces decidieron vengarse de los Españoles que se negaban a aceptarlos en sus trabajos y buenas fortunas, y robar los cargamentos destinados a España. Estos hombres extraordinarios e inmorales, cuya memoria se ha conservado en la palabra de filibusteros, eligieron por morada y sitio de reunión la pequeña isla de la Tortuga, situada al norte de Santo Domingo. Relatar los actos de piratería y heroísmo, si se quiere, con que alimentaron durante más de cincuenta años su ambición y audacia, es extraño a mi propósito; bástame decir que el número de filibusteros se completó y aumentó con otros aventureros iguales en valor, dureza y costumbres; pero, finalmente, la fatiga, la inconstancia o la razón, dirigieron la ambición de aquellos hombres hacia las producciones territoriales, y el amor a la patria les hizo solicitar de la nación a que pertenecían jefes más ilustrados que los gobernarán.

ESTABLECIMIENTOS DE LOS FRANCESES EN AMERICA Y SU SISTEMA COLONIAL

Fue entonces cuando Francia, gobernada por el último de los Reyes que supieron hacerla respetar, y administrada por Colbert, el Ministro más hábil y virtuoso, pensó con seriedad en crear establecimientos sólidos en América. El amigo de las artes, el protector de las manufacturas, el entusiasta de la agricultura, formó el plan de las relaciones entre la Metrópoli y sus Colonias, guardándose de tomar como modelo el que España seguía con las suyas. Comprendió Colbert que la naturaleza había establecido entre Francia y América una reciprocidad de cambios ventajosos para los Franceses de ambos hemisferios; y sobre esta base, la más sólida que puede imaginarse, fundó sus relaciones políticas y comerciales.

Se impuso a las Colonias, en cambio de la protección que el Gobierno les acordó, la condición rigurosa de que los productos de consumo que importaran fueran franceses y de consagrar exclusivamente sus producciones al comercio con la Metrópoli; pero la absoluta exención de impuestos sobre todo lo que se llevara de Francia y la insignificancia que se cobraba sobre los géneros coloniales, hicieron preferibles estas relaciones a la libertad de comercio con todos los países; porque en este último caso, el comercio francés, menos seguro del reembolso, no hubiera concedido las importantes anticipaciones de dinero a que las Colonias deben su progreso. El fisco no tomó parte alguna en el régimen que se impuso a estas lejanas factorías; el gobierno francés dejó todas las ventajas al comercio. También se extendió la franquicia de derechos no sólo a todos los objetos nacionales que salían de Francia o entraban de las Colonias, sino hasta a aquéllos que el comercio de la metrópoli traía del extranjero para remitirlos a América. De manera que las mercancías extranjeras y nacionales que constituían el cargamento de los barcos franceses, se obtenían en las Colonias al mismo precio que en las manufacturas, con el único aumento del flete y de la modesta ganancia del comerciante francés que hacía el envío.

Gracias a esta amplia y profunda política, que ninguna otra Metrópoli ha tenido el valor, la generosidad y la prudencia de imitar al pie de la letra, las Colonias francesas llegaron a ser el mercado general de todos los establecimientos europeos que les quedaban próximos, principalmente de los Españoles, y el punto a donde iba a parar todo su numerario.

Si la Revolución ha suspendido momentáneamente este comercio secundario, puramente activo para el comercio francés, la vuelta del orden y el mismo régimen, naturalmente lo han de restablecer.

La mínima cuantía de derechos que pagan los artículos tanto a su embarque en las Colonias como a su llegada a Francia, y a su reembarque para el extranjero, ha de poner en manos del comercio francés la venta exclusiva de los géneros coloniales en los diferentes mercados de Europa.

Los Ingleses, únicos competidores que son de temerse, reciben el azúcar de Londres, según Mr. Bryan Edwards, gravada en dieciocho por ciento más de lo que nosotros la recibimos de las Colonias, y no pueden, por consiguiente, competir en los puertos extranjeros con los comerciantes franceses si éstos se contentan con un beneficio moderado. A esta sabia combinación se debió la preponderancia que obtuvo nuestro comercio, y la obtendrá de nuevo tan pronto como la abundancia de géneros coloniales vuelva a dar un impulso semejante al que antes tenían estos negocios.

Causas que impiden a España seguir este sistema

Hace bastante tiempo que España ha comprendido la excelencia de tal sistema, y con él hubiera reemplazado el suyo, si sus manufacturas estuviesen en condiciones de atender las exigencias de América; pero obligada a sacarlo todo, o casi todo, de otras naciones, ha visto con dolor que su comercio sólo podría servir de agente a los extranjeros, a quienes pasarían todos los elementos de prosperidad que reportan las relaciones con América.

Para no perderlo todo se ha valido de las prerrogativas de su soberanía, estableciendo en sus mercados enormes derechos, que se multiplican cada vez que los géneros pasan a un nuevo destino. El producto de estos impuestos disminuye, sin duda, la masa de los impuestos interiores de la Metrópoli, lo cual viene a ser casi el único beneficio que saca España de sus inmensas posesiones en Nuevo Mundo.

La teoría fiscal ha introducido en América las aduanas y además los impuestos locales, cuya descripción se encuentra en el capítulo noveno. El producto de estos impuestos locales sirve para pagar una infinidad de empleos que los Españoles de ambos mundos solicitan con insistencia y desempeñan con dignidad.

México y el Perú cautivaron de tal manera la atención de España, desde los primeros años del descubrimiento, que todo el resto de América ha sido visto con indiferencia; y las minas parecieron tan preciosas que no se hizo caso alguno de los otros productos. De esto provino el que la Provincia de Venezuela y sus dependencias fueron sólo apreciadas mientras se supuso en ellas la existencia de alguna mina abundante, que luego les daría valor. En realidad se descubrieron algunas que llenaron los corazones de esperanzas; pero felizmente varias circunstancias las hicieron abandonar. El comercio español evitaba frecuentar los lugares en donde no podía esperar el pronto y ventajoso despacho de sus mercancías, y cuando por casualidad aparecía algún navío por tales parajes era sólo con intenciones de engañar a los Españoles, de cautivar los Indios y de robarles sus propiedades.

PRIMERAS RELACIONES COMERCIALES CON VENEZUELA

Parece que las primeras relaciones mercantiles que existieron legalmente entre Venezuela y la Metrópoli, fueron promovidas por los colonos. Nada llegaba a España. Todo faltaba en estos países abandonados a su propia pobreza. Los Españoles ocupados en la conquista y los habitantes de Coro, El Tocuyo, Barquisimeto, Borburata, Valencia, Trujillo y El Colla-

do, únicos pueblos hasta entonces fundados, no contaban con más recursos para la guerra y la agricultura que los muy precarios que les ofrecía la naturaleza en estos mismos lugares. A los primeros los sostenía la ambición, a los segundos la constancia.

En uno de estos intervalos en que las riendas del Gobierno pasaban, en pedazos, a manos de los Cabildos, se envió a España (como queda dicho en el capítulo V) un diputado por la Provincia, llamado Sancho Briceño, a solicitar del Rey, entre otras cosas, el permiso para hacer venir anualmente y por cuenta de los habitantes, un barco de la Metrópoli al puerto de Borburata, cuyo cargamento no pagaría sino la mital de los enormes impuestos que gravaban el comercio con América. Esta solicitud fue acordada el ocho de Diciembre de mil quinientos sesenta; el barco vino puntualmente todos los años a Borburata y luego a La Guaira, cuando aquel puerto fue abandonado, hasta una época que la historia ha olvidado, pero que corresponde, sin duda, a un momento en que los colonos hallaron un medio más fácil de procurarse los mismos artículos que venían de España.

En todo el siglo XVI, la Provincia de Venezuela no produjo efectos comerciales de ninguna naturaleza. Las minas, que la engañada ambición de los entusiastas esperaba siempre descubrir, ahogaron por completo las ideas de agricultura. La avidez no encontró más alimento que las perlas de los alrededores de Margarita, y la pesca de ellas se hizo con tan inhumana actividad, que pronto, a fuerza de sacrificar Españoles e Indios en esta mortífera ocupación, se agotaron los ostrales.

COMERCIO HOLANDES DE CONTRABANDO

En 1643 ocuparon los Holandeses a Curazao y allí establecieron en seguida un importante depósito de mercancías; entonces fue cuando los habitantes de Tierra Firme, animados por estos nuevos e industriosos vecinos, pensaron seriamente en cultivar la tierra para obtener producciones que los Holandeses les cambiarían por sus géneros. Los criollos se dedicaron

especialmente al cultivo del cacao que, junto con los cueros, constituyó mucho tiempo el objeto de un comercio que la necesidad hizo aumentar rápidamente.

Inútiles esfuerzos del comercio español por hacer competencia al holandés

Al saberse en España este nuevo estado de cosas, se solicitó y se obtuvo permiso del Gobierno para enviar a Venezuela dos buques mercantes, pues era tal el sistema colonial de España que no se podía emprender ninguna expedición a América sin licencia del Rey, pagar enormes derechos y obligarse a tomar el puerto de Sevilla como lugar de salida y regreso. La licencia también costaba muy caro.

Sólo la locura o la ignorancia podían prometerse beneficios de unas mercancías ya encarecidas por la obra de mano española, y, si eran extranjeras, por la ganancia de una segunda mano, y además, gravadas por condiciones onerosas, en un país donde los Holandeses introducían los mismos artículos directamente de las manufacturas europeas, sin trabas ni derechos. Estas especulaciones debían, pues, ser ruinosas, y lo fueron. Los barcos españoles tuvieron que vender sus cargamentos con un sesenta por ciento de pérdida, y no hallaron casi nada para su retorno; lo que bastó para que el comercio español dejara de frecuentar estos países.

Desde entonces se establecieron unas relaciones más continuas, extensas y francas entre los Holandeses y los habitantes de Tierra Firme. Transcurrió el resto del siglo sin que ningún barco español arribara a la Colonia. En la primera treintena del siguiente siglo, la competencia hecha por los barcos españoles, prodigiosa si se compara con lo que había sido en los cuarenta años anteriores, fue casi nula dada la cantidad de cacao que produjo Venezuela y la que exportaron legalmente los Españoles; pues la producción de cacao alcanzó a 65.000 quintales cada año y la exportación legal no llegó sino a 21.000 quintales, que salieron para España, Veracruz, Santo Domingo, Canarias y otros dominios españoles. El resto fue despachado de contrabando.

El Gobierno español veía con satisfacción que una Provincia desdeñada tanto tiempo, diese esperanzas bien fundadas de transformarse en una de sus más importantes posesiones de América; pero tenía que ver con dolor que todas las relaciones provechosas de esta Provincia se tuviesen con extranjeros. El único expediente con que dio el ministerio para dirigir exclusivamente esas relaciones hacia la Metrópoli, fue el de establecer una estrecha vigilancia que impidiera toda comunicación con los Holandeses. Se persiguió ardorosamente el contrabando, se efectuaron muchas confiscaciones, se arruinó a muchas familias, se impusieron muchas multas y penas infamantes, y el mal que se quería remediar continuó lo mismo porque estaba en la naturaleza de las cosas, más fuerte que todos los medios coercitivos del hombre.

COMPANIA GUIPUZCOANA

En 1728 le propusieron al Rey varios comerciantes vizcaínos impedir a sus propias costas el contrabando que hacían los extranjeros con la Provincia de Venezuela, con tal que se les concediese el permiso para abastecer el país y enviar sus productos a la Metrópoli. Jamás fueron tan favorables las circunstancias ni proposición alguna tan fácilmente aceptada, aunque se encontró cierta dificultad local para que los buques destinados a América, en lugar de hacer sus entradas y salidas por el puerto de Cádiz, las hicieran por los de la Provincia de Vizcaya, que en los derechos reales era tenida por extranjera; mas el modo con que se solucionó este asunto prueba que no hay obstáculos a la necesidad.

Prudentes condiciones de la concesión

Estipulaba la real concesión que la Provincia de Guipúzcoa debía formar una compañía que enviara anualmente a Venezuela dos barcos de cuarenta o cincuenta cañones, con cargamento de artículos españoles para el puerto de La Guaira, y que luego que los barcos desempeñaran su cometido mercantil, debían ponerse en seguida a hacer el curso desde la desembocadura del Orinoco hasta Río Hacha, apresando cuan-

ta embarcación contrabandista hallaran; y para el caso, el Rey concedería las patentes necesarias.

En 1734 la Compañía obtuvo permiso de mandar tantos barcos como quisiese y de cargarlos en San Sebastián y en Pasages, pagando al Rey los derechos como si los barcos fuesen despachados de Cádiz, y a este puerto debían hacerse los retornos directamente, para pagar en él los derechos correspondientes a los artículos coloniales. Un tercio de las presas de contrabando se adjudicaba a la tripulación capturadora, y los otros dos a la Compañía; las mercancías apresadas debían venderse en Caracas, satisfaciendo los derechos de entrada. Los cargamentos de cacao capturados debían expedirse para España, y la Compañía podía armar en corso los barcos capturados. Sus factores podían enviar a Veracruz el cacao que no se exportara para España. Se obligaba expresamente la Compañía a abastecer no sólo a la Provincia de Venezuela, sino a Cumaná, Margarita y Trinidad. Se investió al Gobernador de Caracas con la facultad de decidir en todo lo relativo al comercio de la Compañía, de la cual fue nombrado juez conservador. De sus sentencias se debía apelar directamente ante el Consejo de Indias. Finalmente, el Rey prometió su protección a la Compañía y declaró que se podía tomar parte en el comercio, directa o indirectamente, *sin disminuir en nobleza ni perder en honor, estado o reputación*.

Se ve con asombro que en cambio de todas las condiciones impuestas a la Compañía, se le concediera sólo el simple derecho de comerciar con ciertas Provincias de Tierra Firme. El Rey se reservaba la facultad de promoverle competidores, en caso que no respondiese a lo que ella prometía; y ella, por su parte, contaba con la elección de los artículos de sus cargamentos, con el precio a que, por una economía extrema, le sería dado venderlos, y con el tino de su administración para hacer inútil cualquier intento de competencia. Es cierto que esta medida, en que la casualidad tuvo mucho más parte que la previsión, produjo dos efectos maravillosos: el primero, obligar a la Compañía a someterse en sus operaciones a principios justos y moderados; y el segundo, hacer que los habitantes de Tierra Firme la acogieran mejor. Así es que se la vio

aceptada sin las murmuraciones que podía temer; y, justificando las esperanzas que en ella había puesto el Gobierno, se la vio encaminar hacia la Metrópoli el cacao que antes pasaba al extranjero y era luego revendido en la propia España.

Desde 1730 hasta 1743, la Compañía envió directamente a España ochocientos cincuenta y ocho mil novecientos setenta y ocho quintales de cacao, es decir, un tercio más de lo que se había enviado en los treinta años precedentes, y el cacao, en estas primeras remesas de 1732, se vendió a cuarenta y cinco pesos fuertes el quintal, en vez de ochenta a que se pagaba antes.

Comercio exclusivo

Por todos respectos, pues, el Gobierno se felicitaba por el establecimiento de la Compañía, la cual supo luego aprovecharse de la confianza y consideración que se había granjeado tanto en Europa como en América, para solicitar el privilegio del comercio exclusivo, cosa que, de haberlo hecho antes, de nada le hubiera valido, y aun era difícil que llegara a obtener el privilegio cuando se trató del establecimiento de la Compañía.

Su política y sus éxitos le habían dado crédito bastante para intentar este paso, y lo dio sin tropiezos, exponiendo que, además de las ventajas que había procurado a la Metrópoli, podría aumentar en mucho sus relaciones si los adelantos que ella hacía a los agricultores necesitados, se le garantizaban concediéndole la facultad de comercio exclusivo. Una Cédula real, de 1742, se lo concedió para la Provincia de Caracas, y por otra, de 1752, lo obtuvo para la de Maracaibo. Desde entonces la Compañía apareció, ante los intereses alarmados o la previsiva desconfianza de los criollos, con el horrendo aspecto de un monopolio, y ya no se le vio más intención sino la de hacer más pesado su yugo sobre las Provincias y sacrificarlas a su codicia.

Aunque la historia no dice que la Compañía alterara su sistema, es muy razonable que con el solo hecho de haber solicitado el privilegio exclusivo, diera pie para toda clase de temores, sospechas y calumnias.



Ello es que se murmuró mucho, con fundamento o sin él, que hubo agrias quejas de que la Compañía abusaba de la victoria que había logrado evitándose la competencia. El descontento fue tan general y violento, que estuvo a punto de comprometer la tranquilidad interior de la Provincia, y hubiera llegado hasta la sedición, si la prudencia, dictando una medida, no calmara los ánimos agitados.

Modificaciones

En 1750 se convino en formar una asamblea presidida por el Gobernador General de la Provincia de Venezuela, y compuesta por un igual número de miembros de la Compañía y de agricultores del país. Esta asamblea fijaba los precios a que la Compañía había de comprar el cacao, sin que los pudiera variar ni aún en tiempos de guerra, sin una decisión formal de la asamblea. También se permitió a los agricultores que no se ajustaran a los precios fijados, enviar por cuenta propia a España la sexta parte de su cacao, en barcos de la Compañía.

México, Santa Fe, Santo Domingo, Puerto Rico, Cuba y las Islas Canarias continuaron, como antes, con facultad de tomar de Venezuela el cacao necesario a su consumo. También quedó la Compañía sometida a la indispensable aprobación del Gobierno superior de la Provincia en lo referente a los precios de venta de los artículos importados de Europa.

Quizás no exista en la historia del comercio ejemplo de una Compañía cuyo monopolio haya sido tan felizmente modificado por la ley como lo fue éste.

Veamos algo de sus operaciones.

Operaciones de la Compañía

Todos los interesados en ella eran vizcainos, y su asamblea general se efectuaba en San Sebastián, hasta 1751; y a partir de esta fecha, en Madrid, presidida por un miembro del Consejo de Indias. Los inmensos gastos que pesaban sobre esta Compañía, los importantes adelantos que hubo de conce-

der, las muchas personas a quienes confió el manejo de sus negocios, la gran provisión que se hallaba siempre en sus almacenes, las guerras que, a veces, perjudicaron sus operaciones, obligan a pensar que los beneficios que a pesar de todo ello produjo la Compañía a sus accionistas, dependieron por lo atinado de su administración y por la buena fe que felizmente halló en sus administradores, quienes fueron siempre de la Provincia de Vizcaya, que parece ser el asilo de las buenas costumbres; y sobre todo, por la escrupulosa prudencia que rigió siempre sus operaciones. En tiempo de guerra y en tiempos de paz, sus barcos estaban asegurados contra los riesgos marítimos.

Obligada a suplantar con su comercio el que los extranjeros hacían en Tierra Firme, la Compañía estableció a sus expensas el corso en las costas y resguardos en tierra para impedir el contrabando. En esto empleó diez barcos armados de ochenta y seis cañones y tripulados por ciento dieciocho hombres; tenía, además, en tierra ciento dos hombres, y gastaba en conjunto, por paga y mantenimiento, doscientos mil pesos fuertes, o sea un millón de francos. Hizo construir suntuosos edificios en los puertos de su concesión, para almacenes y alojamiento de sus factores. Hizo las calas de La Guaira y Puerto Cabello; la primera tiene setenta y cinco pies de largo por veintitrés de ancho; la segunda, doscientos treinta por treinta.

Dio, sin interés, seiscientos cuarenta mil pesos fuertes en adelantos a los colonos, y sin más esperanza de reembolso que los productos que debía recibir de ellos, a un precio fijado por la asamblea de que se ha hablado antes. Mientras duró la Compañía, Venezuela vio surgir de la nada los pueblos de Panaquire, Guatire, Calabozo, Pao de San Juan Bautista, Montalbán, Ospino, Ocumare, todos los establecimientos que se hallan desde Macarao hasta las orillas del Tuy, Volcán, San Pedro, Las Lagunetas, Las Mostazas y El Fraile. Envió todos los años a Tierra Firme seis barcos de no menos de trescientas toneladas cada uno. Antes de su creación no se conocía en Venezuela otro artículo de comercio sino el cacao y la Compañía añadió a éste los cueros y el tabaco, cuya exportación hizo ascender a doscientos mil pesos fuertes anuales.

Desde 1735 hasta 1763, el cultivo de cacao hizo extraordinarios progresos. El total de la cosecha se calculó en sesenta y cinco mil quintales para el año de 1735, y en 1763 se exportaron directamente:

para España	50.319 quintales	
" Veracruz	16.864	"
" Canarias	11.160	"
" Santo Domingo, Pto. Rico y La Habana	2.316	"
" al consumo se destinaron ..	30.000	"
<hr/>		
Total	110.659 quintales	
<hr/>		

Al mismo tiempo, en las llanuras del sur de Caracas se triplicaron los rebaños. Los derechos de todas clases, insuficientes hasta entonces para cubrir los gastos del Gobierno, llegaron a responder al presupuesto y el Rey no se vio obligado en lo adelante, como lo había estado por casi doscientos años, a enviar de México el pago anual de las tropas y tribunales de Venezuela y Cumaná. Finalmente todo adquirió en Venezuela un aspecto feliz, un aire de prosperidad que no se veían en ninguna otra posesión española.

Funesto cambio de sistema

Pero esta primitiva delicadeza de la Compañía sufrió una modificación funesta. Lo moderado de sus precios, su escrúpulo en la calidad de los artículos, la suavidad y cortesía de sus agentes, todo desapareció casi a un tiempo. Destinó una parte de sus ganancias a sobornar la asamblea que servía de freno a su codicia, o, por mejor decir, a paralizar su acción, interesando a su jefe en sus operaciones. Y a tanto llevó la Compañía el olvido de sus deberes y el abuso de su crédito, que hasta hizo contrabando con los Holandeses de Curazao, cuando estaba comprometida con el Rey a destruir ese comercio ilegal; de manera que los colonos se vieron vejados y la Metrópoli privada del comercio que la Compañía efectuaba con los extranjeros.

LIBERTAD DE COMERCIO

Semejante desorden trajo, como debía traer, la disolución de la Compañía; aunque no tan pronto como hubiera convenido, porque los partidarios que ésta se había ganado y conservaba a precio de oro, defendieron y protegieron el nuevo monopolio y las nuevas exacciones.

Así fue que, como la Compañía contaba con protectores en España y en América, el Ministro español no pudo obtener datos bastante precisos y auténticos para hierirla directamente; pero sí los suficientes para que se incluyesen los dominios donde ella ejercía su privilegio dentro del vasto plan formado para el comercio de América que fue puesto en ejecución por el reglamento llamado del comercio libre de 12 de Octubre de 1778.

Revolución comercial que fue consecuencia de lo anterior

Para gozar bien de la admiración que infunde la feliz revolución que experimentó el comercio entre España y sus Colonias, gracias a este reglamento, hay que recorrer la historia comercial de aquella nación durante los tres últimos siglos, los cuales fueron consagrados únicamente a entorpecer a los comerciantes en sus operaciones, a reducir las expediciones y a referirlo todo al fisco; en esta ley se ve, al contrario, el desarrollo de un sistema completamente opuesto al seguido hasta entonces. Aquí vemos la razón, ya que no destruyendo por completo, al menos atacando de frente los prejuicios; substituyendo las perspectivas estrechas por otras grandes y abriendo al ingenio, a la actividad y a la industria el campo que la rutina o la timidez del Ministerio les tenía cerrado.

Las leyes comerciales posteriores al reglamento de 1778 que salieron del Consejo de Indias, están concebidas con el mismo espíritu de prudencia, de cálculo y de audacia, que hace inexplicable el súbito cambio del sistema comercial.

Recorramos las diferentes disposiciones que han concurrido en estos últimos veinticinco años a fomentar el comercio de España con sus Colonias y a darle las facilidades que se le negaban antes de 1778.

Las únicas condiciones impuestas por el reglamento de 1778 a los barcos que hacen el comercio entre España y América, son: pertenecer a súbditos españoles y ser de construcción nacional. Los construidos con este objeto, que tengan un porte de más de trescientas toneladas, obtienen como prima la reducción del tercio de los derechos sobre los efectos españoles que en ellos embarque el propietario.

Los capitanes, pilotos, contramaestres, guardias marinas y las dos terceras partes de la tripulación, deben ser españoles o naturalizados.

En lugar del corto número de puertos españoles que estaban antes abiertos al comercio de América, han quedado los de Cádiz, Sevilla, Málaga, Almería, Alicante y Valencia (según orden real de 27 de Febrero de 1794) los de Alfaques, Tortosa, Santander, Gijón y Vigo, (abiertos por real orden de 27 de Julio de 1783) los de Santa Cruz de las Palmas, Palma de Mallorca y Palma de Canarias para sus producciones respectivas, y no para los artículos extranjeros, cuya salida sólo está permitida por los puertos de la Metrópoli (orden de 9 de Julio de 1799).

Habilitación de los puertos de América al comercio de la Metrópoli y atinada distinción que para el caso se ha hecho

Estas saludables medidas se han extendido también a la América, donde muy pocos puertos tenían antes derecho a comerciar con España. Gracias a ellas, casi todos aquéllos cuyas calas permiten la entrada de grandes buques, pueden no sólo recibir los barcos de la Metrópoli, sino hacer sus expediciones directas a España. Al abrir los nuevos puertos, la sabiduría del legislador ha llegado hasta declararlos menores.

Para comprender las ventajas que de ello resultan, hay que saber que España divide sus puertos de América en ma-

yores y menores: en los primeros se pagan todos los derechos que marcan las tarifas, es decir, todos los derechos reales y municipales; en los segundos, solamente los derechos municipales, tanto al salir de España como al entrar en el puerto menor. En el cuadro de los derechos, inserto al final de este capítulo, se dará al lector las luces que pueda desear sobre esta no muy clara materia. Esta división de los puertos tiene por objeto establecer una compensación entre los que son más frecuentados y los que lo son menos. En aquéllos, las mercancías se venden con mucha facilidad, y es igualmente pronta y fácil la formación de los nuevos cargamentos; al paso que en los puertos menos poblados o más distantes de las grandes ciudades y de los centros de cultivo, el comercio sufre largas demoras en la venta de sus géneros, y, de no hallar alguna ventaja en la disminución de los derechos, se abstendría de frecuentarlos. Si no se hubieran tomado estas medidas no llegarían nunca a cultivarse las regiones incultas del país, pues la industria, compañera inseparable del comercio, no se radica en los lugares de donde éste huye.

Los puertos mayores de la Capitanía General de Caracas son: La Guaira, desde su fundación; Puerto Cabello, por orden del Rey de 25 de Julio de 1798; Maracaibo es mixto; Cumaná, Barcelona, Porlamar y Angostura, son menores. Sólo el pueblo de Coro se ha visto privado del comercio metropolitano, a pesar de ser el primero que se abrió y de que ninguna ley ha suspendido expresamente el goce de este privilegio; pero, circundado de comarcas estériles y desiertas, la falta de artículos para el cambio lo ha privado naturalmente del comercio.

Si las mercancías pasan de un puerto mayor a uno menor, el fisco restituye al comerciante una parte de los derechos recibidos, la correspondiente a los puertos mayores; pero si van de uno menor a otro mayor le toca al comerciante abonar la diferencia. Sin embargo, por una concesión especial, los barcos que salen de Maracaibo para España pueden tocar en La Guaira sin perjudicarse en sus franquicias. (Orden real de 13 de Julio de 1794).

BASES POLITICAS Y FISCALES DE LOS ARANCELES ESPAÑOLES

Los derechos de entrada y de salida con que desde hace mucho tiempo se han venido gravando todas las mercancías, han experimentado una reforma en la que se ha combinado, hasta donde es posible hacerlo, la necesidad que tiene el fisco español del producto de las aduanas y la protección que reclaman la industria nacional, la actividad del comercio y el abastecimiento de la América española.

Todos los artículos que componen los cargamentos destinados a las Colonias se hayan divididos en tres clases: Se aforan en la primera todos los productos naturales de España, o de manufactura española, a los que se da el nombre de efectos libres, porque los derechos que se pagan por ellos parecen mínimos, comparados con los que pesan sobre las otras clases, sin que por esto sean menos del nueve y medio por ciento, tanto a su salida de España como a su entrada en América. Se consideran también como efectos nacionales los que han duplicado su valor por obra de la industria española, exceptuándose los artículos de las manufacturas de algodón de Cataluña y de otras partes del reino, sobre los cuales se deben percibir los derechos en virtud de la orden del Rey de 28 de Febrero de 1784, a menos que se pruebe que dichos artículos han sido fabricados con algodón de las Colonias españolas.

La segunda clase comprende los efectos de contribución, es decir, efectos que, venidos del extranjero, han recibido en España una obra de mano que dándoles nueva forma o perfeccionando la que antes tenían; no ha aumentado su valor en más de la mitad, pues, en el caso contrario, serian tenidos por nacionales.

Los objetos incluidos en esta clase pagan tanto a su salida de España como a su llegada a América, alrededor de un doce y medio por ciento.

En la tercera clase se afora todo artículo extranjero remitido de España a América. Estos artículos pagan: a su entrada en España quince por ciento; a su salida para América,

siete por ciento; a su entrada en las Colonias, siete por ciento, además los derechos de internación, de indulto y de consulado y otros módicos impuestos que hacen ascender hasta cuarenta y tres por ciento el precio de toda mercancía extranjera exportada por el comercio metropolitano.

Los géneros coloniales, excepto el cacao, pagan pequeños derechos a su salida de América y a su entrada en España y están exentas de impuestos a su salida ulterior para el extranjero.

Las materias primas que la nación no puede consumir y que van a alimentar las manufacturas extranjeras, pagan a su salida grandes derechos que, aumentando el precio de los objetos en que se emplean dichas materias, dan al comerciante español una ventaja incalculable sobre el extranjero.

Las lanas de vicuña, de llama y de oveja o carnero, libres de derechos a su entrada en España; a su salida para el extranjero pagan, las primeras, quince por ciento sobre el valor y además dos pesos fuertes por cada quintal, según la pragmática de 1800; las segundas, ocho por ciento y las terceras, treinta y tres y un tercio por ciento. Tales son los principios seguidos por el Gobierno español para sacar algún provecho del maravilloso mercado que ofrecen las Indias Occidentales a las manufacturas europeas.

Esta sabia combinación arancelaria ha debido tener por efecto el excitar la emulación y la industria nacional; pero el descuido, u otros vicios en la economía política, han defraudado las esperanzas del Gobierno, haciendo completamente favorable al contrabando una medida con la que se proponía hacer progresar las industrias españolas.

Varios reglamentos obligaban a los comerciantes a formar los cargamentos destinados a América con una mitad, por lo menos, de efectos nacionales. Pero al poco tiempo se rebajó esta obligación a una tercera parte, gratificando a quien cargara más de ella con una prima de reducción en los impuestos. Finalmente, por orden de 20 de Noviembre de 1797, el Rey concedió a los comerciantes la libertad de componer sus envíos como quisieran, de efectos nacionales o extranjeros.

*Condiciones requeridas para comerciar con
la América Española*

Para comerciar con la América Española precisa ser Español por nacimiento o por naturalización. Los extranjeros no pueden hacerlo ni aún en nombre o representación de su mujer ni de sus hijos ni de su suegro. Tan constante ha sido el sistema en este punto, que la última disposición real que lo trata es de 6 de Febrero de 1803, y según otra orden de 19 de Mayo de 1784 y una cédula de 19 de Julio de 1790, los efectos americanos no pueden ser consignados a extranjeros. Pero, gracias a las costumbres nacionales que mantienen por la vida ociosa —noble, como la llaman los españoles— un gusto que las leyes tratan en vano de destruir, éstos prefieren la calidad de testaferros a la de comerciantes. Y es voz general que los extranjeros residentes en Cádiz, almacén del comercio de América, encuentran fácilmente mediante una pequeña retribución a alguien que encubra bajo un nombre español una expedición a América; hay que añadir en elogio de esta nación, que no se ha dado el caso de que la confianza de los extranjeros haya sido burlada. Estas operaciones fraudulentas, si es que se puede calificarlas de tales, distan mucho de perjudicar a España, pues dan al comercio de la Metrópoli una actividad que no tendría nunca si lo ejercieran solamente los nacionales.

Según las disposiciones de 30 de Noviembre de 1762 y de 7 de Febrero de 1792, las mercancías que regresaban a España, por no haberse vendido en América, pagaban los derechos de entrada, y si las expedían de nuevo, volvían a pagar los de salida; pero, por orden de 26 de Febrero de 1803, las mercancías que se hallen en estas circunstancias, no sólo quedan exentas de todo derecho, sino que el fisco devuelve a su propietario el montante de los impuestos que haya pagado anteriormente por dichas mercancías.

COMO SE HALLA REPARTIDO EL COMERCIO EN TIERRA FIRME

El puerto de La Guaira, a pesar de lo malo de su rada, gozará por mucho tiempo sobre los otros puertos de la **venta**ja de ser más frecuentado. Por él se hace casi todo el comercio de las Provincias de Caracas con la Metrópoli, porque las producciones de los alrededores de Caracas, que son muy abundantes, tienen naturalmente su mercado en Caracas, allí las embarcan por La Guaira; además, como la población de esa ciudad es la que tiene mayor consumo de artículos de necesidad, de comodidad y de lujo, al comercio le conviene estar cerca de ella. Por razones semejantes, Puerto Cabello, que se halla situado a unas treinta leguas al occidente, ha de ser siempre la salida de los frutos que se producen en sus alrededores, en una parte de los Valles de Aragua, en Valencia, en San Carlos, y en San Felipe. Si las plantaciones llegaran a progresar tanto que sobrepasaran con el valor de sus frutos el de los cargamentos que traen los barcos de Europa, La Guaira quedaría siempre como puerto de descarga, donde se puede esperar una buena venta, para ir luego a Puerto Cabello a tomar el cargamento de regreso.

En Maracaibo, Cumaná y Angostura, tocan anualmente dos o tres barcos españoles, que sólo encuentran para cargarse, en Maracaibo un poco de cacao y algunos cueros de venado, en Cumaná algodón y un poco de café y en Angostura algunos frutos de Barquisimeto y de Barinas que llegan allá por el Apure y el Orinoco.

Ganancias del comercio español

Para los Españoles no es el comereio con Venezuela tan ventajoso como generalmente se cree. El cálculo ordinario es que los efectos llevados a América aumentan su precio, unos con otros, por derechos, fletes, seguros, comisiones y otros gastos menudos, en un treinta por ciento sobre el valor que tienen en España. Y se considera muy feliz quien logra vender sus mercancías con un treinta y tres y un tercio de ganancia sobre el precio a que las compró; de manera que viene quedándole

una utilidad líquida de tres y un tercio por ciento, y se puede decir que este mezquino beneficio no es real, pues con él hay que cubrir las pérdidas de las ventas a crédito, hechas para obtener el resultado de que acabo de hablar.

Gestiones de los cargamentos

Los comerciantes de los diferentes puertos de España hacen por su cuenta el comercio con Tierra Firme y con toda la América. Consignan sus barcos a los comisionistas que pululan en todos los Puertos de América, quienes tienen una comisión de cinco por ciento sobre las ventas y cuatro por ciento sobre las compras. A veces, aunque es poco frecuente, el mismo Capitán es el consignatario y alquila un almacén que suele llamarse registro de tal buque o de tal Capitán. Muy raro es que estas operaciones resulten beneficiosas, pues el Capitán que no puede conocer el país como lo conocen los habitantes, vende mal la mercancía. Si el Capitán concede créditos con facilidad, después, los cobros de éstos, lentos y dificultosos, prolongan la estadia del barco en el puerto, disminuyendo por consiguiente las ganancias.

Los comerciantes de Cádiz, sabedores de esta verdad, consignan siempre el cargamento de sus barcos o comisionistas residentes en América.

Solamente los Catalanes hacen a sus Capitanes consignatarios de sus barcos, y, a pesar de lo dicho, no les va del todo mal, porque suelen los Capitanes catalanes encontrar en América muchos compatriotas suyos ejerciendo el comercio, y que reúnen a la probidad el amor a su país y observan fielmente las obligaciones de la más pura amistad, bajo las más grotescas apariencias. Se sirven mutuamente todo lo más posible; son sobrios, laboriosos y probos. Hacen, por lo general, sus especulaciones en común. Para una compra de importancia no faltan jamás tantos Catalanes como divisiones sea posible hacerle a la cosa comprada. Es así como se vende la mayor parte de los cargamentos que vienen de su país. Uno o dos Catalanes hacen el trato, y en tanto, los demás callan; pero, al concluirse, aparece el hormiguero para la partición. El pro-

digio de esta fraternidad se debe incontestablemente al idioma particular que se habla en Cataluña. También reina una fraternidad semejante entre los Vizcaínos, aunque no produce el mismo efecto en los negocios.

Las mercancías que llegan de España a Tierra Firme se depositan en los almacenes de los comisionistas, donde los comerciantes al por menor van a verlas. No debo omitir la particularidad de que estos almacenes jamás tienen puertas a la calle. Están siempre en el interior de las casas, y a menudo hay que llamar a la puerta para que la abran. Por más que hagan las leyes, la opinión nacional niega todavía al comercio la consideración de que goza en otras partes. Los criollos sienten una repugnancia mayor aún que los Españoles por esta profesión. Todo lo que no es empleo a sueldo del Rey les parece desprovisto de atractivos.

Las mercancías se venden a los detalladores a plazos de cuatro a seis meses; pero el pago prometido por entero, frecuentemente es parcial, y la concesión de nuevos plazos dilata años en hacer efectivos los créditos. Es evidente, pues, que un barco que estuviera obligado a tan largas esperas en el puerto, para formar el cargamento de retorno, se le irían las ganancias en los gastos o produciría pérdidas enormes al armador. Así es que, para sacar utilidad del comercio con América, hay que tener fondos depositados en ella de antemano para poder comenzar desde que el barco llegue, a comprar los géneros, de los cuales rara vez se encuentra reunida gran cantidad como para completar en pocos días el cargamento de retorno. Los fondos producidos por los cargamentos anteriores sirven al comisionista para formar con rapidez y despachar el nuevo cargamento.

IMPORTACIONES POR EL COMERCIO DE LA METROPOLI

Ya es tiempo de dar a conocer al lector el monto de las importaciones que hace habitualmente el comercio de España a Tierra Firme. Las que se han hecho desde 1797 hasta 1803, no pueden servir de regla, porque las relaciones comerciales con la Metrópoli han sido casi nulas hasta la paz de Amiens,

y todavía en este momento no han recuperado su antiguo vigor.

Me parece que lo mejor que puedo hacer es referir las importaciones del año 1796, que llena una gran parte del intervalo de neutralidad que gozó España, entre su paz con Francia y su guerra con Inglaterra.

En esta época todavía no estaba Puerto Cabello abierto al comercio de la Metrópoli, y La Guaira era el único puerto de la Provincia al que llegaban barcos de España. El puerto de Barcelona estaba todavía cerrado; y Cumaná y Porlamar enviaban a La Guaira sus producciones, por no tener en sus puertos barcos europeos. Angostura continuó sus relaciones con las Colonias vecinas.

Según el resumen de las partidas de 1796, llegaron a La Guaira cuarenta y tres barcos, así: quince fragatas, cuatro polacras, dos jabeques, veintiún bricks y una goleta, que introdujeron, según la valuación de la Aduana, lo siguiente:

Efectos nacionales y libres por valor de	932,881 $\frac{3}{4}$	pesos f.
Efectos de contribución por valor de ..	753,442 $\frac{3}{8}$	" "
Efectos extranjeros por valor de	1.429,487 $\frac{3}{8}$	" "
Total	3.118,811 $\frac{1}{2}$	pesos f.
O sea	15.579,055	francos.

Estos efectos pagaron 281,328 pesos fuertes por derechos de entrada, o sea 1.406,640 francos.

Exportaciones

La declaración de guerra de España a Inglaterra sorprendió un gran número de barcos en el puerto de La Guaira. Muchos de ellos, para no arriesgarlo todo sin haber realizado los cobros, se vieron obligados a dejar sus fondos en poder de los comisionistas, en cuyas manos quedaron hasta la paz de Amiens.

No se expidió de La Guaira para España durante ese mismo año de 1796, sino doce fragatas, cinco polacras, dieciséis bricks y un jabeque, es decir, treinta y seis barcos, cuyos cargamentos se compusieron de producciones que la Aduana avaluó en 2,098,316 pesos fuertes, o sea 10.491,580 francos, pagando por derechos de salida 138,042 pesos fuertes, o sea, 690,210 francos.

COMPRA DE FRUTOS

En ninguna ciudad de Tierra Firme, ni siquiera en Caracas, tienen los comerciantes un sitio de reunión para tratar sus negocios. Cada quien trabaja en la soledad y en el silencio de su despacho. Allí se ignora absolutamente lo que es la bolsa; no se ve ningún papel en circulación, pues es absolutamente ignorada la aplicación del descuento. Todas las transacciones se hacen en privado y directamente entre el comprador y el vendedor. Tampoco existen precios de mercado. Estas ciudades son más bien factorías que plazas mercantiles.

La compra de frutos no se hace en Tierra Firme, como en otras Colonias, por grandes cantidades. La ciudad de Caracas es el depósito general de la Provincia, pero, por su situación entre montañas, que no permiten el transporte sino en mulas, los frutos llegan allí en pequeñas cantidades; el que los conduce los pasea por las calles para venderlos a quien ofrezca más por ellos. Los colonos no tienen, como en las posesiones francesas, contratistas de carros, ni comisionistas que reciban y vendan las producciones. El colono carece de toda clase de relaciones de interés o de intimidad con el comerciante; a veces la necesidad le obliga a un trato momentáneo con él; le promete entregarle, a un plazo convenido, tantos frutos a tal precio; frecuentemente se hacen estos tratos sin uñas garantías que la buena fe, y las cosas salen bien. Pero a menudo hay también reclamos en los tribunales, y claro está que quien los hace es el comerciante. Sus quejas versan, generalmente, sobre la impuntualidad del agricultor, la mala calidad o adulteración de los frutos. Bien se comprenderá que tales relaciones sirven más para establecer la desconfianza y el alejamiento entre el comerciante y el agricultor, que para unirlos y armonizarlos; y que esta falta de unión es uno de los mayores obstáculos opuestos a la prosperidad pública.

Calidad de los frutos de Tierra Firme

Los frutos comerciales de Tierra Firme son, como se ha dicho en el capítulo anterior, superiores en calidad a los de nuestras Colonias, excepto el algodón, cuya inferioridad debe atribuirse más bien a la mala preparación que al terreno que lo produce.

El cacao de Caracas, después del de Soconusco, obtiene en los mercados la preferencia sobre el del resto de América, y aun sobre el que se cultiva en el mismo Continente en los alrededores de la Provincia de Venezuela. Cuando el cacao de Caracas se paga en Cádiz a cincuenta pesos fuertes el quintal, el de la Magdalena está a cuarenta y cuatro, el de Guayaquil a treinta y dos y el de Marañón a veinticinco. El cacao se mide por fanegas, o sacos de ciento diez libras españolas, que corresponden más o menos a cien libras francesas.

El añil de Caracas no cede al honor de la superioridad al de Guatemala, y sobrepasa en un veinticinco o treinta por ciento el precio de cualquier otro. El comercio lo divide en tres clases: flor o primera calidad; sobresaliente u ordinario y corte o inferior. Cuando el primero está a doce reales libra, el segundo se paga a diez y el tercero a ocho.

Todavía no puede decirse el puesto que le concederá el comercio al café de Tierra Firme, porque aún no se ha exportado en cantidades suficientes para que se le asigne un precio fijo en los mercados europeos. Pero la figura de su grano y el sabor, que no puede negársele, anuncian que tal vez dentro de pronto se tendrá por el café de Tierra Firme el mismo aprecio de que goza desde hace tanto tiempo su cacao. El azúcar indica la torpeza e ignorancia de quien la fabrica y elogia la tierra que la produce.

Sus precios

En el mes de Mecidor del año XII, o Julio de 1804, estaba el cacao en Caracas a 160 francos el quintal. Generalmente su precio es entre cien o ciento diez francos. Para aquella misma fecha se pagaba el añil de flor a ocho francos la libra; el so-

bresaliente y el de corte a precios proporcionales con los citados arriba. El café, a sesenta y ocho francos el quintal. (Había poco a la venta en el mercado). El algodón, a ciento treinta francos el quintal, y el azúcar blanco de sesenta a ochenta francos el quintal.

Hay que añadir siempre al precio de los artículos comprados en Caracas los gastos de transporte hasta La Guaira; éste se hace en mulas a razón de cinco francos por carga de cuatro arrobas o dos quintales. El cotejo de los precios de Caracas con los de Cádiz, da la medida exacta de los resultados que obtiene el comercio español en sus relaciones con Tierra Firme; así pues, conviene indicar los precios sobre Cádiz.

En el mes de Thermidor del año XII, o Agosto de 1804, los artículos coloniales tenían allá un cuarenta y cinco por ciento de recargo sobre los precios de Caracas. Pero de esto deben restarse los derechos, los gastos, los capitales dormidos en Tierra Firme, etcétera.

Flete de los frutos

Entre los diversos motivos de la disminución de los beneficios del comercio español en Costa Firme, merece el flete una especial consideración. Durante la última guerra llegó a encarecerse de tal modo que bastaba él solo para hacer imposible el comercio de la Metrópoli con sus Colonias. El cacao, único fruto que se enviaba a España, pagaba doce pesos fuertes por quintal, de los cuales tres habían de darse por adelantado. Los demás frutos pagaban un flete proporcional a éste.

En tiempos de paz el flete del cacao es de tres pesos fuertes por fanega de ciento diez libras españolas.

La merma que sufre el cacao en la travesía se le carga al Capitán a quien se le concede el tres por ciento, es decir: que de ciento diez libras de cacao que recibe en La Guaira, sólo está obligado a entregar en España ciento siete. Pero frecuentemente, la merma es mayor, y entonces está obligado a completar a sus expensas las ciento diez libras. Esta pérdida se calcula en uno y medio por ciento. Se impone esta condición a fin de asegurar el cuido y la vigilancia del Capitán.

Seguros

El empleo de seguros, que está en España tan extendido como en otras naciones, anima mucho el comercio con América. Sin esta sabia institución se harían muchas menos expediciones comerciales que las que se hacen. En Cádiz existía una cámara de seguros sometida a reglamentos aprobados por el Rey; pero se disolvió a causa de las enormes pérdidas que sufrió en los comienzos de la guerra con Inglaterra en 1796. Hoy se hacen los seguros por pólizas parciales, de cantidades más o menos fuertes, que tal capitalista asegura sobre tal barco; el armador escoge sus aseguradores, y en caso de pleito judicial los persigue separadamente. Esto es desde todo punto de vista más ventajoso que el establecimiento de cámaras de seguros. La prima ordinaria en Cádiz para las navegaciones al Golfo de México es de dos y medio por ciento en tiempo de paz y según la estación.

COMERCIO RECIPROCO DE LAS POSESIONES ESPAÑOLAS

El comercio que sostienen las Provincias de Caracas con las otras posesiones españolas, es de muy escasa importancia. De Barcelona llevan a la Habana, o isla de Cuba, la carne salada y seca que llaman tocino, la cual se prepara en la propia Barcelona y cuesta a razón de un poco más de veinticinco francos el quintal y se vende en la Habana a sesenta o setenta francos; de allá se trae azúcar, cera y plata; de Maracaibo se envía cacao, etc.; de Coro quesos del país y cueros; de Puerto Cabello mulas, siempre que no se espere venderlas mejor en Jamaica; de La Guaira, cacao, zarzaparrilla, etc. Cumaná, Margarita y Guayana no sostienen relaciones comerciales con la isla de Cuba.

Todo lo que estas Provincias mandan a Puerto Rico o reciben de allá se transporta en una pequeña goleta que hace mensualmente el viaje de esta isla a La Guaira, para llevar la correspondencia que el correo de España deja en Puerto Rico a su paso para la Habana. Este comercio y el que sostiene con Cuba llegan, cuando más, a cien mil pesos fuertes anuales.

Hace algún tiempo existían entre La Guaira y Veracruz relaciones comerciales muy ventajosas para Tierra Firme, que le daban un nuevo mercado para su cacao, lo que contribuía no poco a sostener el precio de este fruto. En 1763 se exportó para Veracruz dieciséis mil ochocientos sesenta y cuatro quintales. Esta exportación continuó por algunos años, pero hoy es casi nula.

De toda Tierra Firme, es Maracaibo el puerto de donde salen más expediciones para México, las cuales se componen de cacao, bálsamo de copaiba, etc.; y de vuelta se trae cierta fazenza vidriosa que se fabrica en aquel país, fanales para los Rosarios, sacos de embalaje, telas de la India, que llegan a Veracruz por Acapulco, y lo restante en oro y plata. Este ramo del comercio era, sin embargo, más importante para Venezuela cuando solamente por él se obtenía todo el dinero que circulaba en el país; y si un feliz acontecimiento no lo hubiera reemplazado, se habrían visto las Provincias de Venezuela condenadas a una escasez de dinero que las hubiera sometido a todas las desastrosas influencias de la miseria. En la misma época en que la navegación de Tierra Firme a Veracruz iba decayendo hasta el punto de hacer temer que cesaría por completo, el Rey permitió, por orden de 1º de Setiembre de 1792, que los barcos que van de España a Veracruz pudiesen a la vuelta tocar en los puertos de la Capitanía de Caracas, con derecho de llevar de Veracruz a dichos puertos harina y otros artículos y emplear el producto de la venta de éstos en cacao, añil, etc., sin quedar sujetos a más impuestos que los que se pagan por el comercio de cabotaje. Por la misma orden se declaró exento de derechos el dinero que se llevara a Veracruz para estas compras.

No obstante que esta disposición parece muy sencilla, ha favorecido al comercio nacional y a Tierra Firme: al comercio nacional, porque los barcos que van de España a Veracruz encuentran allí salida a sus cargamentos a precios mejores que en otras posesiones españolas más cercanas a las Colonias extranjeras; pero, como la dirección que ha tomado la industria local obliga a pagar con dinero efectivo la mayor parte de los artículos de importación, estarían los barcos precisados

a llevarse en numerario el producto de sus cargamentos y a privarse por consiguiente de las utilidades del viaje de retorno, si no se les hubiera abierto los puertos venezolanos. Asimismo, esta disposición favorece a Tierra Firme, porque como Veracruz sólo puede ofrecer al comercio harina, la cual deja muy a menudo pérdidas en vez de beneficios, los barcos de Europa que salen de Veracruz no pueden llevar a Tierra Firme sino dinero en efectivo para comprar los cargamentos que van a tomar allá. De este modo, pues, se reciben en Tierra Firme cantidades que harían muy abundante el numerario, si el contrabando, de que hablaremos pronto, no lo hiciera desaparecer inmediatamente. Se puede asegurar que por esta vía entran en los puertos de Venezuela lo menos doscientos mil pesos fuertes cada año, sin que se haga más activa la circulación.

Dinero en circulación

Se calcula que el total de numerario en las Provincias de Caracas es apenas de tres millones de pesos fuertes, de los cuales la cuarta parte se halla en cierta moneda pequeña y cortada que llaman macuquina. Su forma, a la que en ninguna otra parte se le concederían los honores de la moneda, y sobre todo su peso, la retienen en el país, del que no podría salir sin perder más de un tercio de su valor. Un saco de monedas que represente el valor de mil pesos fuertes, no pesa sino lo que 700 efectivos; pero en la circulación nadie la rechaza, el cambio de ella por pesos fuertes se hace fácilmente y sin prima.

COMERCIO CON LAS COLONIAS EXTRANJERAS

En el sistema general de las Metrópolis, y sobre todo, en el de España, que acaso es el más rígido, es de admirarse la liberalidad de este Gobierno, que permite a los habitantes de sus posesiones americanas comerciar directamente con las Colonias extranjeras. Inexorable en la admisión a sus puertos de cualquier pabellón extranjero, consiente que bajo el suyo existan relaciones tan amplias como jamás las ha permitido ninguna otra Metrópoli a sus Colonias.

Todas han impuesto a sus posesiones de ultramar la obligación de recibir para su consumo únicamente los objetos que ellas les envían y la de no venderles sus especies sino al comercio nacional. Si alguna, como lo ha hecho Francia, ha modificado en algo estos principios permitiendo a sus Colonias recibir del extranjero lo que no pueden suministrarles directamente: madera, salazón, animales, etc., nunca han permitido que los géneros coloniales se destinen a otra parte sino a la Metrópoli misma.

El decreto del 30 de Agosto de 1784 no permitía expresamente pagar las mercaderías que podía importar el comercio extranjero, sino con jarabes, tafia y mercancías venidas de Francia. España es la única que le permite a sus Colonias llevar a las Colonias extranjeras todos sus productos, excepto el cacao. Todo lo que ha hecho en favor del comercio nacional ha sido limitar la importación de retorno a utensilios domésticos, negros bozales, oro y plata. Ningún barco puede tomar en las Colonias extranjeras otros objetos que los arriba mencionados, a menos que antes de su partida obtenga un permiso especial del Intendente, lo cual siempre es difícil.

A primera vista parece que una gran amplitud en las exportaciones ha debido favorecer el progreso de la agricultura; y sin duda esto fue lo que se propuso el legislador; aunque los acontecimientos no lo han justificado, pues se ve que durante el último año (1796) en que el comercio conservó el equilibrio consiguiente a los tiempos de paz, todo lo que salió para las Colonias extranjeras en productos agrícolas no pasaba de un valor de cincuenta mil pesos fuertes.

Pero los mulos, el ganado vacuno y los cueros aumentan considerablemente el total de las exportaciones, porque estos elementos son los que faltan en las Colonias extranjeras y abundan en Tierra Firme.

Comercio de animales

El espíritu español más afecto a la vida pastoril, con sus grandes intervalos de reposo, que a la vida agrícola que re-

quiere una actividad continua, prefirió las áridas llanuras del Orinoco, las que pobló de animales, a los fértiles valles de Venezuela en que hubiera podido plantar géneros preciosos. Desde el pueblo del Pao, en la Provincia de Cumaná, hasta Mérida, es decir, en una extensión de ciento cincuenta leguas de este a oeste y una anchura de cuarenta, se encuentran hatos más o menos importantes de ganado mular, vacuno y caballar. Muchos habitantes de Caracas tienen propiedades de esta clase, distante ocho, diez y doce días de la ciudad donde residen; y los de Calabozo, San Sebastián de los Reyes, Guanare, San Carlos, San Felipe, Barquisimeto, Carora, etc., casi no tienen otras. Las rentas de los hatos son lentas y precarias. Las inundaciones y las sequías exponen a pérdidas que frecuentemente destruyen las más bellas esperanzas de los criadores. Los mulos no son aptos para el trabajo sino desde la edad de cinco años. Las mulas son preferibles; se sabe que soportan mejor la fatiga y que se habitúan con más facilidad a los pastos nuevos. En la Provincia de Caracas se las utiliza en tan grande escala, que allí todo se trasporta en mula. Salvo el Orinoco, en Guayana, ningún río se utiliza para llevar los géneros al puerto de embarque.

Las mulas son también las únicas cabalgaduras que usan los Españoles de Tierra Firme en las montañas. Se les reconoce más solidez que a los caballos, al mismo tiempo que es más fácil mantenerlas y que soportan más tiempo el hambre y la sed. Todas las islas de Barlovento y de Sotavento, donde las mulas son indispensables para los carros y para los trapiches, tienen que proveerse de ellas en Tierra Firme. Trinidad las recibe por el Gutarapiche; Tobago por Granada, Barbada, San Vicente, Santa Lucía, Martinica; Guadalupe por Guayana, Cumaná y Barcelona; Puerto Rico por Santo Domingo; Cuba y Jamaica por Puerto Cabello. En Coro se embarcan también algunas para estas dos últimas islas.

El puerto de La Guaira está, puede decirse, cerrado para este comercio, a causa de la dificultad que su rada, siempre agitada, opone al embarque de animales.

Se puede juzgar la abundancia de mulas en Tierra Firme por la magnitud de su consumo. En efecto, se calcula que anualmente los hatos producen dieciséis mil mulas, de las cuales seis mil se emplean en el país y el resto se exporta a las Colonias extranjeras. Las mulas llamadas de "saca" o buenas para el trabajo han costado, durante la última guerra, puestas en el puerto, veinticinco pesos fuertes cada una. En los hatos se pueden comprar a catorce o quince pesos fuertes, pero los gastos y los riesgos de la conducción determinan a todo especulador prudente a no recibirlas por su cuenta sino en el momento de embarque.

Si la guerra de 1793 a 1801 hubiera sido una verdadera guerra para Tierra Firme, el precio de las mulas ha debido alzar cuando se firmó la paz; pero por una singularidad, que deseo se me dispense de explicar, el comercio de Tierra Firme se atrasó en la época en que, en el curso ordinario de las cosas, debía haberse hecho más activo. De modo que el precio de las mulas disminuyó en lugar de aumentar.

Pesos fuertes

Suponiendo que se sostuviera a veinticinco pesos fuertes, las diez mil mulas que se exportan cada año, harían un total de	250.000
El flete de los barcos españoles, en su más bajo precio, deduciendo el valor de las mulas que mueren en el mar, monta a	150.000
Total	400.000
O sean francos	2.000.000

Pero como en lugar de venderse en plaza a los extranjeros, los Españoles hacen por su cuenta el envío de las mulas que en las Colonias se venden a doscientos cincuenta o trescientos francos, resulta, suponiendo que se pierda una décima parte en el transporte, y calculándose al bajo precio de doscientos cincuenta francos, que producen una cantidad de

2.500.000 francos, que Tierra Firme debe recibir anualmente en utensilios domésticos, negros bozales o en plata.

Las precauciones adoptadas por las aduanas para conocer el valor de las mulas vendidas en las Colonias obligan a los negociantes a pasar por formalidades un poco molestas; pero la astucia da recursos para todo, o por lo menos para la mayor parte de las cosas; el favoritismo y la corrupción hacen el resto. El fin del asunto es que las dos terceras partes del valor de las mulas se emplean en mercancías secas, y éstas se introducen de contrabando.

El ganado vacuno, antes tan abundante que podía bastar al consumo local y al de todas las Antillas, está hoy tan reducido que apenas produce lo necesario al primero. La falta de exportación y el continuo régimen vicioso de los mataderos, hicieron que desde 1799 el ganado haya perdido mucho en precio; y en esa época hubo un alza en los cueros la cual ocasionó que los criadores no tuvieran en cuenta sino el valor del cuero y del sebo. La res ha llegado a valer en el hato sólo diez francos; y frecuentemente hay que llevarla a la ciudad para obtener por ella quince, que los gastos y los riesgos de transporte reducían a cinco. Los cueros valían en el lugar de la producción cinco o seis francos cada uno y se vendían tan pronto como se les había reunido. ¿Qué partido tenía que tomar el criador, oprimido por la miseria en medio de sus numerosos rebaños? el que tomó. Como el valor de los cueros, aunque pequeño, era seguro, tuvo que matar sus reses para aprovechar sólo el cuero y el sebo. Este oficio destructor se encomendó en cada hato a una docena de hombres a caballo y armados de lanza. Toros, bueyes, vacas, terneras; todo cuanto alcanzaban caían bajo el hierro matador. El resto del ganado huyó a bosques impenetrables, donde el terror todavía retiene una gran parte. Esta obra impuesta por la necesidad cesó con ella; los criadores pensaron muy pronto en reparar el estrago de la desesperación; pero este funesto ejemplo dio a bandidos propensos al crimen la idea de hacerse una profesión de la destrucción del ganado, para sacar de él los cueros. Muy pronto las llanuras se infectaron con estos hombres que viven sólo para desgracia de la socie-

dad. Dondequiera se hallaron reses despellejadas, abandonadas a la voracidad de las aves de presa. Los propietarios invocaron la autoridad de las leyes, la protección del Gobierno, el socorro de las fuerzas públicas. Sus quejas fueron oídas. Se dictaron decretos, se dieron órdenes, cuya no ejecución aseguró la impunidad de los malhechores y aumentó su número.

Prohibición de exportar géneros a las Colonias extranjeras

Iba a pasar a otro artículo cuando he sabido que por un decreto del Intendente Don Juan Vicente de Arce, fechado el 12 de Mayo de 1803, el derecho de exportaciones de Tierra Firme a las Colonias extranjeras ha quedado reducido únicamente a las mulas. Como no veo en esta medida sino un homenaje hecho a los principios de todas las Metrópolis y un ligero perjuicio para las transacciones comerciales de Tierra Firme, me pareció desde luego que no podía ser perjudicial; pero el clamor público me ha probado lo contrario. Como los derechos, los gastos de transporte, etc., son los mismos para el café bueno que para el malo, el comercio de España compra sólo el de primera calidad. Las calidades inferiores no hallan salida sino en las Colonias extranjeras. La prohibición de mandarlas allí impedirá vender la mayor parte del café que se cosecha en Tierra Firme, porque muchos de los hacendados que no tienen ni los utensilios ni las comodidades necesarias para la perfecta preparación del café, se limitan a producirlo de una calidad inferior, seguros de obtener un precio proporcional a lo que ha costado. España no consume ni la sexta parte del café que producen sus Colonias. El resto debe exportarse al extranjero, donde es imposible que el café comprado al precio de Tierra Firme, sobrecargado de derechos, fletes, comisiones, pueda soportar la competencia del café de otras potencias coloniales que lo llevan directamente a los mercados de Europa. Es preciso, pues, que este comercio resulte ruinoso para el negociante español, o que éste obtenga el café en Tierra Firme al treinta o cuarenta por ciento menos de lo que se vende en las Colonias extranjeras. Esta rebaja trae a su vez la ruina del cultivador,

al cual no le quedaría otro recurso que el de renunciar a este género de cultivo para dedicarse a otro; esto probablemente es lo que desea el Gobierno, sobre todo si el agricultor elige el cacao para sustituir el café.

Pero para hacer esta clase de cambios, siempre difíciles y costosos, se requieren una resolución y unos medios de que carecen la mayor parte de los Españoles. Es de temerse más bien que el desaliento y la carencia de facultades destruyan el poco cariño que los colonos tienen por la agricultura, y los determine a preferir el reposo a nuevas empresas y a trabajar en una producción nueva, cuyo éxito es siempre lento e incierto.

El producto de los cueros debe sufrir aún más con la restricción del comercio con las Colonias extranjeras. España recibe de Montevideo y de Buenos Aires mucho más que los que se consumen y éstos son infinitamente mejores y menos caros que los de Tierra Firme, de la cual España nunca ha importado cueros sino durante breves y raros intervalos en que la navegación de Buenos Aires sufre retardos extraordinarios o cuando la guerra la hace casi imposible. En 1796 en que se expidieron para España cuarenta y siete naves, sólo se embarcaron mil quinientas treinta y un cueros de los cuarenta mil que producen estas Provincias. Si la prohibición de exportarlos a las Colonias extranjeras continúa, será una rama perdida de las rentas del país, sin que la Metrópoli saque de ello ninguna ventaja. El Rey perderá el montante de los derechos de salida y la circulación más de sesenta mil pesos fuertes por año. Pero ya se le ha encontrado remedio sustituyendo con permisos particulares para exportar los géneros, la facultad general que ha sido abolida.

APERTURA MOMENTANEA DE LOS PUERTOS A LOS EXTRANJEROS

El extremo rigor de las leyes prohibitivas, sujeto al imperio de las circunstancias, lo mismo que todas las disposiciones humanas, ha tenido que ceder a necesidades urgentes a las cuales la ausencia del comercio nacional entregó las

Provincias de Caracas durante la última guerra del siglo XVIII. Los mares estaban tan cubiertos por los cruceros ingleses, que los barcos españoles no podían salir de sus puertos sin la certidumbre de ser apresados; en estas circunstancias cesaron absolutamente las expediciones para América. Los productos de las Provincias de Caracas se hallaban completamente faltos de salida, pues la misma causa que cortaba toda comunicación con España, la hacía igualmente peligrosa con las pocas Colonias vecinas que permanecían amigas o neutrales. La agricultura estaba, pues, amenazada por la mayor desgracia. Si se libraba de una completa destrucción, no podía por lo menos sustraerse a un estado de languidez casi equivalente a lo primero.

En otros tiempos estas consideraciones no hubieran bastado para despertar la solicitud del Gobierno español; pero por la reforma feliz de su sistema, la razón ha reemplazado al prejuicio, y la audacia de las medidas se calcula ahora con relación a la gravedad del mal. En lugar de perder el tiempo en inútiles deliberaciones y de esperar que el estado funesto de las cosas empeorase, el Rey cedió a las primeras representaciones que se le hicieron; y por primera vez, desde que América está bajo su dominio, permitió, el 18 de Noviembre de 1797, a los barcos neutrales expedidos de puertos españoles o extranjeros, comerciar con la América española, con tal que los objetos que introdujesen no estuvieran incluidos entre aquéllos cuya entrada se prohíbe a las Colonias, con cargo además de pagar los derechos del reglamento de 1778 para el comercio libre, lo mismo que si las expediciones se hiciesen de la Metrópoli, y de hacer su retorno a alguno de los puertos de España.

Por esta medida la nación española perdía ciertamente las ventajas de la navegación y se hacía tributaria de los extranjeros en el flete y en los beneficios; pero el fisco salvaba sus derechos y los colonos sus frutos. Este partido era preferible a perderlo todo.

Revocación de esta medida

Sin embargo el comercio español, más afecto a sus intereses que a los de la nación, hizo representaciones contra esta prudente medida del Rey, tan vivas y tan amargas como las que hicieron los negociantes franceses contra el decreto del 30 de Agosto de 1784; y quiso la desgracia que sus clamores no fueran desdeñados, pues el 13 de Febrero de 1800 el Rey revocó en todas sus partes no sólo la orden del 18 de Noviembre de 1797, sino todos los otros permisos que hubieran podido ser acordados en general o en particular por el Rey, los Gobernadores, los Virreyes o los Intendentes de América.

El correo portador de esta funesta orden llegó a La Guaira, y se la publicó en el mes de Abril siguiente; pero el genio protector de la Habana entregó a los Ingleses el mismo barco, en la travesía de Costa Firme a la Isla de Cuba y, por este feliz contratiempo, no fue allí interrumpido el comercio con el extranjero. La prosperidad que ha resultado de ello ha debido hacer que los habitantes de Tierra Firme deplorasen más de una vez que ese barco, destinado a ser presa de los Ingleses, no lo hubiera sido a su salida de España.

Todas las promesas que hicieron los comerciantes españoles al Gobierno de ponerlo nuevamente en posesión del comercio exclusivo de América, no tuvieron más resultados que expediciones que fueron a aumentar los medios del enemigo y ocasionaron bancarrotas que hicieron cesar toda relación comercial con América. De cada diez barcos salidos de España para las Indias Occidentales, apenas uno regresaba.

La correspondencia del Gobierno tampoco encontraba manera de pasar por entre los cruceros ingleses que abundaban dondequiera. En todo el curso del año de 1801 no llegó a la Habana ni un solo correo de Europa, a pesar de que suelen llegar allí cada mes.

Inactividad de la Marina española en las Antillas

Hay que convenir que estos reveses se debieron a la inacción de la Marina española.

Después de la declaración de guerra de Francia contra España, una fuerza naval salió para el Golfo de México. En 1793 fue enviada a Tierra Firme una escuadra que se dirigió directamente a Puerto Cabello; allí permaneció el tiempo suficiente para perder gran parte de su tripulación a causa de las miasmas pestilentes. Después de una estadía de seis meses, hizo lo más rápido que pudo la travesía de Puerto Cabello a Fuerte Delfin donde se quedó una parte y la otra siguió a la Habana. A principios de 1796, toda la escuadra, compuesta de siete navíos de línea y de diez fragatas, se reunió en la Habana donde a pesar de la ruptura con Inglaterra, esperó tan pacientemente la paz como si hubiera sido extraña a la guerra. Sin embargo era tan posible, con fuerzas marítimas tan importantes, disputar al enemigo la dominación de aquellos mares, como que en todo el golfo de México no hubo durante la guerra más de seis barcos ingleses tanto para defender a Jamaica como para proteger el comercio marítimo.

Tres o cuatro veces al año en épocas fijas partían para Europa convoyes compuestos de todos los barcos mercantes de todas las islas inglesas, que salían de Jamaica escoltados por un solo navío y una fragata, costeaban la isla de Cuba y continuaban sin que la escuadra española que dormía en la Habana, le pusiese obstáculo alguno. Esta escuadra que podía hacer en las Islas Occidentales una diversión tan ventajosa para la causa común de Francia y España, dejó no sólo comerciar libremente a los Ingleses, sino que les abandonó todo el comercio de los aliados. Los puertos franceses y españoles sucesivamente fueron bloqueados, cada uno por una fragata inglesa, en tanto que los bricks y hasta los simples goletas cruzaban aisladamente y apresaban todos los barcos que las dos Metrópolis enviaban a sus posesiones.

Se trata de justificar esta paralización de la escuadra con las averías sufridas por navíos que no estuvieran en el mar sino el tiempo necesario para ir de España a Puerto Cabello, a Fuerte Delfin y de Fuerte Delfin a la Habana, y con las bajas de la tripulación; pero ¿el arsenal de la Habana tan decantado en los fastos españoles, se había vaciado por en-

canto?, y de siete navíos y diecisiete fragatas era imposible obtener los navíos y marineros necesarios para equipar siete u ocho naves que hubieran sido más que suficientes para barrer los mares y conservar el imperio de ellos.

Omito cualquier reflexión sobre este punto. La crítica no es de mi incumbencia. He prometido hechos y los doy tal como los he hallado. Cabe, sin embargo, en mi narración añadir que estos barcos estaban podridos e ineapacitados de hacerse a la mar cuando se concluyó la paz en 1801 y se dio orden a la Habana de hacerlos partir para Europa.

Nueva apertura de los Puertos a los Extranjeros

Volvamos nuestra atención hacia las Provincias de Caracas, y veremos que el paro del comercio con los neutrales y la ausencia del comercio español les ofrecían una perspectiva desesperante que no podían evitar por ningún inedio legal. El único recurso que les quedaba era el contrabando. Antes de entrar en detalles conviene advertir que el Gobierno de Caracas, para disminuir las relaciones que se habían establecido con el enemigo, abrió de nuevo los puertos de Venezuela a las naciones neutrales, sin imponerles siquiera, como lo había hecho la referida orden del Rey de 18 de Noviembre de 1797, la obligación de hacer sus retornos a algún puerto de la Metrópoli. Este decreto fechado el 20 de Mayo de 1801, y firmado por Capitán General y el Intendente de Caracas, limitó este permiso al resto del año o a la fecha de la paz, si ésta se hacía antes. Efectivamente, la noticia de los preliminares de la paz llegó a Caracas y para el 7 de Diciembre se ordenó a los barcos neutrales que estaban en el puerto de La Guaira que lo abandonasen en el término de un mes; y se les negó puerto a los que llegaron después de aquella fecha.

En el breve espacio que duró este permiso los Americanos de los Estados Unidos ocurrieron a La Guaira, engañados por falsas ideas que en general se tienen sobre las posesiones españolas. Creían que el dinero abundaba en estas Provincias, que las mercancías alcanzaban precios exorbitantes y que los almacenes estaban llenos de géneros faltos de comprado-

res. Encontraron todo lo contrario. Sus cargamentos se vendieron lentamente y con pérdidas. Los de retorno se formaron de un modo incompleto y con productos adquiridos a precios que no dejaban sino muy pequeños beneficios, insuficientes para cubrir los gastos de navegación. Es cierto que parte de estos malos negocios se debió a las relaciones continuas entre los Españoles y los Ingleses, de las cuales hablaré en seguida.

COMERCIO CON LOS ENEMIGOS

¿Estarían los Ingleses ridículamente persuadidos de que el tratado de Basilea se debió a los reveses sufridos por España y no a su buena fe sorprendida? ¿O creyeron acaso que su alianza con Francia era más bien consecuencia de su situación topográfica que de su inclinación?, o bien incapacitados para sostener la guerra si no aumentaban considerablemente la actividad de sus manufacturas y no extendían proporcionalmente su comercio, ¿imaginaron los Ingleses que podían luchar contra el Gobierno español y formar con sus súbditos lazos de amistad y de interés que no han tenido precedentes en la historia? ¿Se animaron a proceder de esta manera esperando no encontrar obstáculos por parte de los Gobiernos subalternos? Todo esto, cierto o falso, posible o imposible, permanecerá ignorado hasta que la política inglesa tenga interés en publicarlo. Lo que ella no puede ocultar es que durante la guerra que terminó el año 10, los Españoles de América no sólo podían frecuentar los puertos ingleses sino que cada uno de sus barcos tenía salvoconducto expedido por el Almirantazgo inglés, que le servía para ser respetado, protegido y hasta escoltado por los cruceros ingleses. Los salvoconductos eran válidos sólo para un viaje; se les renovaba sin dificultad al principio, por la suma de 18 pesos fuertes: su precio aumentó con la demanda. La única formalidad que se exigía era que fuese presentado a la entrada en los puertos ingleses y a los navíos de aquella nación que se encontrasen en los mares. La bandera española fue la única a la cual los Ingleses protegieron con su egida. Jamás el pabellón tricolor se ha manchado con semejantes inteligencias. Cualquier barco

francés era buena presa para los ingleses, mas no ocurría lo mismo con los barcos españoles.

Cualquiera que haya sido la causa de esta extraña conducta de los Ingleses, es lo cierto que ella le ha valido la posesión exclusiva del comercio de la América Española completamente sin riesgos, ya que los mismos españoles, llevando su dinero y sus frutos, iban a los puertos ingleses a comprar las mercancías europeas. Jamaica era el almacén de la Isla de Cuba, de Guatemala y por consiguiente de México; también lo era de Santa Marta, Cartagena, Río Hacha, en el Virreinato de Santa Fé y las posesiones del mar del Sur; de Maracaibo y Puerto Cabello en la Provincia de Venezuela. Estos dos últimos puertos también comerciaban con Curazao. Trinidad sostenía relaciones comerciales con Margarita, Cumaná y Guayana. Se han contado en la rada de Kingston hasta ochenta naves españolas todas con su propio pabellón; en la de Curazao sesenta y en la Trinidad más de cuarenta. Este comercio ocupaba más de cuatrocientas naves que se despachaban de los puertos españoles para una Colonia francesa o neutral, a la cual nunca iban. A su regreso presentaban papales franceses cuya falsedad, aunque evidente, jamás era castigada ni averiguada.

Puerto Cabello sólo suministró a este comercio un centenar de barcos que, según los registros de las aduanas, han transportado en 1801:

Indigo	51.104 lbs. a 9 rls...	57.492
Algodón	18.099 qq. a 18 p.f...	325.791
Cacao	27.700 qq. a 12 p.f...	332.400
Cueros	59.247 qq. a 1 p.f...	59.247
Café	3.069 qq. a 10 p.f...	30.690
Cobre	170 qq. a 15 p.f...	2.550
Caballos	435 a 20 p.f...	8.700
Mulas	4.311 a 25 p.f...	107.775
Otros objetos menudos		80.000

El sistema de indulgencia que los aduaneros seguían con respecto al falso destino de los barcos, se extendía también a dejar pasar, sin distinción, y sin derechos, una buena parte de la carga. Según lo que he visto y el testimonio de personas a quienes no tengo por qué suponer exageradas, avaluó este beneficio en un tercio de cada cargamento	316.213
	<hr/>
	1.270.858
	<hr/>
O sean francos . .	6.354.290
	<hr/>

Hay que observar que estas exportaciones están muy lejos de dar la medida del comercio clandestino; porque, comprendiendo allí el dinero que acompañaba a los géneros y los créditos que obtuvieron los Españoles, las importaciones de mercancías secas excedieron en más de una mitad el valor de los géneros exportados.

Durante este mismo año de 1801 no había ninguna Colonia neutral o amiga, excepto la Guadalupe, que los Españoles pudiesen frecuentar legalmente, porque los Ingleses ocupaban las posesiones holandesas, danesas y suecas; y Santo Domingo había sido declarado por el Gobierno de Caracas en estado de revolución, y toda comunicación con la isla quedó prohibida. Era necesario, pues, que todos los barcos que iban a Jamaica, Curazao o Trinidad se despachasen para Guadalupe. De tal manera que los registros de la Aduana de Puerto Cabello le harán creer, a quien no conozca la clave del enigma, que entre esta Colonia y Tierra Firme existieron relaciones comerciales muy activas e importantes; al paso que las aduanas de Guadalupe no mencionarán ni un barco llegado con frutos de Puerto Cabello.

Este comercio llegó a ser tan habitual y a parecer tan natural que todo el mundo decía en alta voz que tal o cual barco iba para Jamaica, para Curazao, o que venía de estas islas; sólo los libros de la aduana de Puerto Cabello afirma-

ban que se despachaban o llegaban de Guadalupe. Comerciantes y agricultores, oficiales públicos y simples ciudadanos invertían sus fondos en expediciones de esta clase, con la misma seguridad que si hubiesen estado en completa paz con Inglaterra. La confianza de los Ingleses, seducida por la exactitud de los Españoles, al principio de estas relaciones llegó a abrirles créditos inmensos, porque los frutos y el dinero que iban a Tierra Firme no bastaban a pagar las mercancías que llenaban los almacenes ingleses, de las cuales querían salir sus propietarios para hacer lugar a otras nuevas. Estas facilidades dieron al comercio como era natural una actividad y una consistencia prodigiosas.

¿El Gobierno español no se creyó lo suficientemente fuerte para acabar y castigar estos abusos criminales; o se decidió a tolerarlos para impedir males mayores? Esto es lo que se ignora. El hecho es que las relaciones de los Españoles americanos con el enemigo no cesaron sino cuando concluyó la guerra; y sólo después de hechas las paces, en virtud de una Real orden, se persiguió judicialmente a quienes habían tomado parte en este comercio.

CONTRABANDO

No hay posesión española en América en que no se practique el contrabando porque las mercancías llevadas por el comercio a la Metrópoli llegan a ellas de tal modo recargadas de derechos y gastos, que las Colonias de otras naciones pueden suministrar los mismos objetos a precios que dejan, en cualquier tiempo, al contrabandista español beneficios muy importantes que él no puede dejar de procurarse, a despecho de las leyes fiscales y de sus agentes; y el lugar de toda la América donde el contrabando es más activo es Tierra Firme.

Con Jamaica

Santo Domingo en sus tiempos de prosperidad era el almacén de la Habana, Veracruz, Guatemala, Cartagena y Venezuela; no se pasaba una semana sin que cuatro o cinco pe-

queñas embarcaciones llegasen al Cabo o a Puerto Príncipe con veinte o veinticinco mil pesos fuertes cada una, destinados a comprar mercancías europeas. Los Españoles apreciaban las francesas más que las de cualquier otra nación. Sus cualidades y su precio les daban una preferencia que alejaba hasta el pensamiento de ir a Jamaica, a pesar de que esta isla está más cercana a las Colonias que acabo de citar. Después de los acontecimientos desastrosos de Santo Domingo, fue cuando Jamaica llegó a ser el almacén general de los Españoles en el golfo de México. Sin embargo debemos decir, en elogio de los comerciantes ingleses y de su Gobierno, que emplean para sostener esta rama lucrativa de comercio, medios en que jamás pensaron los comerciantes franceses. Estos, descansados en la bondad y baratura de sus mercancías, esperaban pacientemente al comerciante español, le vendían de contado y lo dejaban a todos los riesgos de la introducción en su país. Los Ingleses le abrieron crédito, muchas veces le llevaron ellos mismos las mercancías o escoltaron sus embarcaciones. Esta última maniobra se ha hecho habitual después de la paz de 1801. Como los guardacostas de los Españoles recomenzaron sus funciones al terminarse la guerra, los Ingleses pusieron en las mismas costas barcos armados para expulsar los corsarios y proteger el contrabando. Esta protección fue tan activa que me recuerda que a mediados de 1803 los barcos españoles encargados de impedir el contrabando no se atrevían a salir de los puertos, o si salían era con intención de no mantenerse muy lejos.

Con Curazao

La isla de Curazao, situada a once grados y algunos minutos de latitud, y a setenta y dos grados de longitud del meridiano de París, debe su existencia y su comercio a la vecindad de Tierra Firme, y, según lo que se ha dicho al principio de este capítulo, Costa Firme le debe el nacimiento de su agricultura. Los Holandeses tienen el cuidado de mantener este depósito bien provisto de mercancías que convengan a los Españoles, y la venta de ellas es considerable. Los puertos de Tierra Firme de donde salen los barcos españoles que fre-

cuentan a Curazao son Coro, Puerto Cabello y La Guaira; sus cargamentos se componen de cueros, añil, café y azúcar, sin que jamás, o en muy pocos casos, su valor compense el del cargamento de retorno; la cantidad suplementaria va en plata de contrabando; es raro que los cargamentos produzcan en Curazao más de cinco o seis mil pesos fuertes; los de retorno, en cambio, llegan a más de diez mil. Pero si la salida de los frutos para las Colonias continuara prohibida y la de animales fuera la única permitida, el contrabandista no tendría más pretexto para ir a Curazao que el del ganado vacuno, pues esta isla, que carece por completo de agricultura, no necesita ni de mulas ni de caballos. Pero como una población de quince mil almas tiene un consumo limitado de reses, sería preciso que se exportase plata para casi el total de compras; que el viaje se hiciese clandestinamente, y que no se tocase en Curazao sino como de paso.

Con Trinidad

La isla de Trinidad, que por la paz de Amiens pasó a poder de los Ingleses, está situada en la extremidad oriental de Tierra Firme, de la cual dista apenas cuatro leguas, y es el almacén natural y cómodo donde los contrabandistas de Margarita, Cumaná, Barcelona y Guayana van a hacer sus compras.

La situación de esta isla es particularmente favorable al contrabando. Las costas españolas de Barlovento, extensas, desiertas e indefensas, ofrecen tanto a los Ingleses como a los Españoles la mayor facilidad para hacer sus desembarques. El Golfo de Paria, que baña la parte occidental de Trinidad, recibe las aguas del río Guarapiche que penetra en la Provincia de Cumaná; por él van de Tierra Firme a Trinidad las bestias de trabajo y de matadero; y también todo lo de contrabando que la Provincia consume puede reanptarlo, o según las conveniencias, desembarcarse en muchos puntos sin el menor peligro. Generalmente entran por él los cargamentos destinados a Barcelona, y allí son repartidos para Caracas u otras ciudades. Las bocas del Orinoco, que atraviesan el Golfo de Paria de norte a sur, abren esta isla al comercio de Gua-

yana, de donde lo restante va por el Apure hasta Barquisimeto, Trujillo, Barinas, Mérida, etc.

Con Surinam

Los Holandeses de Surinam durante largo tiempo han comerciado de contrabando con la Guayana española, pero esta ventaja les ha sido usurpada por los Ingleses de Trinidad.

Numerario Invertido en Contrabando

Para formarse una idea de la inmensa cantidad de numerario que el contrabando extrae cada año de las Provincias de Caracas, basta saber que la masa de plata de circulación no aumenta, a pesar de las fuertes sumas que sucesivamente se le añaden.

Hemos calculado el que llega por vía de Veracruz para la compra de géneros en	400.000	p.f.
Comercio con las Colonias extranjeras	250.000	
Cueros	50.000	
Frutos	150.000	200.000
	<hr/>	<hr/>
		850.000
		<hr/>

Aunque la salida de estos dos últimos artículos está prohibida, según decreto del Intendente, del 12 de Mayo de 1803, he visto que, después de publicada esta disposición, se han concedido permisos parciales que la anulan.

De la suma anterior habrá que deducir lo correspondiente al valor de los negros que se introducen y a las herramientas de agricultura, o sea

	100.00	p.f.
quedan	<hr/>	750.000 p.f.
es decir, francos	<hr/>	3.750.000
		<hr/>

El numerario de la circulación debería aumentarse anualmente en esta cantidad. Pero no hay tal cosa, sino que se emplea en compras clandestinas en las Colonias extranjeras. Además, debe añadirse por lo menos un veinticuatro por ciento correspondiente a las ganancias del contrabando, para obtener el total de lo que consumen anualmente estas Provincias en mercancías de contrabando. Esta suma da un total de 937.000 pesos fuertes, o sean 4.687.500 francos.

Medidas para impedir el Contrabando

Tanto en mar como en tierra se emplea mucha gente para impedir el contrabando. El Rey ha dispuesto que haya un brick, seis goletas y seis chalupas armadas que continuamente estén costeano desde las bocas del Orinoco hasta el cabo de La Vela. En los momentos en que escribo, sólo hay cuatro goletas repartidas entre Puerto Cabello, Cumaná y Guayana y seis chalupas que no salen nunca de la rada de Puerto Cabello, pero cuyo mantenimiento y tripulación cuestan lo mismo que si estuvieran en plena actividad (1).

En el estado actual de cosas, es necesario que un contrabandista tenga muy mala suerte para que lo encuentre una de esas goletas, las cuales no se hacen a la mar sino en escasos y breves intervalos y deben proteger una extensión de trescientas leguas de costa que dondequiera tiene sitios propicios para desembarque. Sin embargo, al contrabandista no le sería difícil remediar su desventura: sacrificando una parte del contrabando, podría salvar la otra. Al extranjero quizás no se le ocurriría lo mismo, o por lo menos, la transacción le sería mucho más costosa.

En tierra los peligros serían mucho mayores que en el mar, si la miseria y el vicio no hiciesen de la vigilancia y de la severidad de los guardas una mercancía que no necesita

(1) En virtud de nuevas órdenes del Rey, los barcos empleados en proteger el comercio nacional impidiendo el contrabando, han sido objeto de una nueva organización y su número debe ser aumentado. (*Nota de Depons*).

sino compradores. Las condiciones de la transacción no son tan fáciles ni tan moderadas en el puerto como en el campo. Estorbados por los oficiales de aduana, de quienes temen ser destituidos, los guardas se conducen con más probidad y circunspección.

Los guardas forman compañías de las cuales se toman hombres para los puestos fijos de las costas y del interior y para la recorrida. En Coro hay una compañía de treinta y ocho hombres, un Comandante y un Teniente. Los puestos fijos que les están asignados son Sabanas Altas, Cumarebo, Arocuta y Teques. Queda un destacamento destinado únicamente a las recorridas.

En La Guaira no hay sino ocho hombres y un cabo que hacen el servicio en el mismo puerto y también la ronda entre Maiquetía y La Guaira.

La compañía de Caracas es de cuarenta y ocho hombres, un Comandante y un Teniente. Se emplean en recorrer, excepto cuatro hombres que se reparten en dos puestos situados en la montaña que separa a La Guaira de Caracas.

Puerto Cabello, como más vecino de Curazao, parece que debe estar mejor guardado. Para guarnecer diferentes puestos se cuenta con una compañía de veinticuatro hombres, tres cabos y un Capitán, que están repartidos así: cuatro en el Palito, seis en el Cambur y en el camino de Puerto Cabello a Valencia; cuatro en Patanemo, seis en Yaracuy y cuatro en el río Tocuyo. Otra compañía compuesta igualmente de veinticuatro hombres hace el servicio de la rada a las órdenes inmediatas del guarda mayor de Puerto Cabello.

En el puerto de Ocumare, al este de Puerto Cabello, hay un puesto de ocho hombres y un Comandante.

Guayana no tiene sino una pequeña compañía que sólo sale en casos extraordinarios de la capital de Santo Tomás.

Dos cabos y doce guardas hacen el servicio de Cumaná.

En Carúpano, en la Provincia de Cumaná, hay un puesto con un cabo y seis guardas que debe vigilar también la jurisdicción de San Felipe de Austria o Cariaco.

Cuatro guardas montados recorren los alrededores de San Juan Bautista.

En las salinas de Cumaná hay una chalupa con un cabo, un piloto y seis guarda-marinas.

En Barcelona hay un comandante, un cabo primero, dos cabos segundos y catorce guardas, de los cuales cinco o seis deben permanecer siempre en el puerto con un cabo y los otros forman el cuerpo volante.

En cada una de las salinas de Barcelona y de Piritu hay un guarda.

La aduana de Maracaibo no tiene sino cinco guardas; el fuerte de San Carlos, dos. Uno está empleado como portero de la oficina y dos se encargan de vigilar lo que se embarca en el muelle. Una chalupa con un cabo y siete guarda-marinas deben visitar los embarcaderos y las pequeñas radas del lago de Maracaibo.

Hay también una ronda montada compuesta de un cabo y seis guardas para vigilar los caminos que atraviesan los bosques.

Cómo se introduce el contrabando

Hay tres maneras muy comunes de introducir contrabandos: la primera es entrar en el puerto con su barco, y arreglarse con los guardias para descender a tierra durante la noche lo de más valor y menos volumen del cargamento. Sería una imprudencia peligrosa descargarlo todo de contrabando aun cuando se pueda hacerlo, porque es preciso que la declaración a la aduana contenga algunos objetos que justifiquen el viaje del barco. Para un español que esté práctico en ello, las negociaciones de esta clase son muy fáciles y poco costosas.

La segunda manera consiste en obtener de los empleados de la aduana que disminuyan la medida, el peso o la avaluación de las mercancías declaradas o por declarar. Por este medio no es difícil economizar, con consentimiento de los principales oficiales, los derechos de la tercera parte o de la

mitad del cargamento; los incumplimientos y las excesivas atenciones hacen una gran parte de los gastos de estos negocios y los regalos los completan.

Pero estas dos maneras no se pueden usar sino cuando se está bajo el pabellón español, pues cualquier otro pabellón es rechazado del puerto a cañonazos, fuera de los casos bastante raros, en que las circunstancias de la guerra hacen callar las leyes prohibitivas.

El tercer modo consiste en desembarcar en un punto de la costa bastante alejado de los puertos frecuentados y llevar las mercancías por tierra al lugar de su destino. Este medio más decisivo que los dos primeros, es también el más peligroso. Con él se arriesga no sólo ser cogido por los guardas, sino sufrir averías más o menos importantes.

Antes de salir para la Colonia donde ha de comprar, el contrabandista escoge el lugar de la costa donde va a hacer el desembarque, y hacia la época de su regreso se hace esperar por un número suficiente de hombres con bestias para transportar el cargamento a la ciudad indicada. Desde el momento del desembarque el propietario no vuelve a ver sus mercancías sino cuando las recibe en los almacenes. El cuidado de evitar los guardas o sobornar los que se topen por casualidad hállase por completo a cargo de hombres escasamente pagados.

Tránsitos de veinte, treinta o cincuenta leguas recorre el contrabandista en trance de sorpresa. Selvas, ríos, pantanos, todo lo franquea según la estación y los peligros a los cuales conviene más evitar. El menor movimiento inusitado que notan en los guardas los conductores del contrabando, los retiene semanas enteras en el fondo de los bosques alimentándose sólo con frutas silvestres. Jamás se ponen en camino mientras no se han disipado todos los motivos de temor. En fin, al cabo de un período más o menos largo, el propietario ve llegar sus mercancías en el mismo estado en que las había dejado. La buena fe y la delicadeza de los conductores en casos como éstos, en que la infidelidad no puede ser delatada ante los tribunales, me parecía un prodigio, hasta que supe, por ejemplos, que todo ofendido se constituye en juez y algo más

de su propia causa. Tal vez esto es lo que ha contribuido a acordarle al contrabando la ciega protección que ningún español, rico o pobre, es capaz de negar. Un barco que la tempestad tire sobre las costas españolas es robado y saqueado por los habitantes si se trata de una expedición legal; pero si es de contrabandista lo socorren y protegen.

En el primer caso salvan los efectos para apropiárselos; en el segundo, para sustraerlos al fisco y devolverlos al propietario. El Gobierno que opone inútilmente a esta opinión leyes más severas, invoca sin cesar la autoridad de la Iglesia para hacer reconocer como pecado lo que nadie tiene por delito. Las Reales Cédulas, renovadas y publicadas en el púlpito de tiempo en tiempo, ordenan a los Arzobispos que recuerden a sus fieles que el contrabando es un pecado mortal, que cometen también los que lo favorecen y los que compran o comercian mercancías de contrabando; que denunciarlo es un deber de que no puede dispensarse nadie sin pecar mortalmente. En fin, se les exige a los confesores negar la absolución a todo contrabandista que no restituye al Rey los derechos defraudados. No hay tiempo más perdido que el del sacerdote que se pone a hacer esta publicación, pues no hay acto de la liturgia eclesiástica que impresione menos a los Españoles.

Tribunal para juzgar el contrabando

Todos los asuntos relativos al contrabando son juzgados definitivamente por el Intendente de Caracas, de acuerdo con las conclusiones del fiscal y la opinión de su Asesor. La pena menor es una pérdida de todo lo que ha sido confiscado y la mayor, la confiscación de todos los bienes del contrabandista y las galeras a perpetuidad. En el intermedio entre estas dos penas es que obran el favor, la protección, el odio y la venganza.

MERCANCIAS QUE CONVIENEN A LOS ESPAÑOLES

Creería haber cumplido muy insuficientemente mi tarea si no diese una noticia sobre las mercancías europeas que más se consumen en las Provincias que motivan estas observaciones. Los cargamentos que llegan a la Metrópoli, sobre todo los que parten de Cádiz, donde se hacen las tres cuartas partes de las expediciones para Tierra Firme, nunca tienen más de un tercio de mercancías nacionales; muy a menudo ni siquiera una cuarta parte. El resto proviene de manufacturas extranjeras que el comercio de Cádiz recibe de diversas partes de Europa y que nacionaliza a fuerza de derechos. De estas mercancías extranjeras, la mitad son francesas; casi una cuarta parte, inglesas y el resto provenientes de las ciudades anseáticas, excepto algunos encajes que provienen de Italia. Por lo general los Españoles no gustan de las telas de algodón; sólo las han usado durante la última guerra, y esto a causa del bajo precio a que las sostenían en las Colonias inglesas. Las piezas de muselina bordada, que antes se vendían a treinta y cinco o cuarenta pesos fuertes, se vendieron allí, durante la guerra, de doce a catorce; pero, a medida que los almacenes se vacían, el precio aumenta, y el uso disminuye, y el gusto por las telas de lino, que sólo fue olvidado momentáneamente, recobra todas sus fuerzas. Lo único que hay que hacer es escoger, pues ello no es lo mismo para todas las posesiones españolas; y aunque la propensión al lujo sea la misma en ella, las capacidades son diferentes.

Así en México, en el Perú, en la Habana, los diamantes, la joyería y las telas muy finas se venden mejor y en mayor cantidad que en otras partes. En Tierra Firme, los falsos diamantes tienen proporcionalmente mejor salida que los diamantes finos. La joyería no se paga en lo que vale, porque los orfebres españoles trabajan el oro y la plata a mejor precio que en Francia. El trabajo, es cierto, es bastante diferente, pero la forma es poco más o menos la misma, y la baratura esconde los defectos de la hechura. Lo que contribuye más aún a hacer de la joyería una mercancía de poca salida entre los Españoles americanos, es la idea que tienen de que el color amarillo

pálido es la única prueba de la pureza del oro. A pesar de los resultados de la piedra de toque, el prejuicio persiste. El orfebre que hace la prueba pone siempre el oro subido de color cuatro o cinco quilates por debajo. Pretenden que el oro de Europa no tiene un color distinto del de América sino por la mezcla que contiene. Sin embargo, es bien cierto que sus joyas de oro no pasan nunca de dieciocho o diecinueve quilates y que no emplean para sus trabajos de plata sino la de las monedas, cuya ley está muy por debajo de la plata que trabajan los orfebres franceses.

Los encajes se usan aún en los trajes de lujo de los Españoles; los de Flandes son los preferidos; deben ser muy bellos, pues destinados a formar parte del adorno que más llama la atención, es necesario que su belleza evidencie la opulencia que cada cual quiere demostrar. La venta no es sin embargo importante, porque el uso de encajes está limitado a los principales personajes y a los días de grandes ceremonias.

Las mujeres usan pocos encajes; pero en cambio ponen en sus mantillas y en sus trajes de iglesia blondas negras cuyo ancho es de 15 a 20 pulgadas. Las blondas angostas se venden a quienes no las pueden comprar anchas. Hay respecto a este artículo un lujo muy provechoso para el comercio.

Todas las telas negras son muy usadas por los Españoles, principalmente sargas, prunelas, rasos y tafetanes. Las sotanas y los manteos de los sacerdotes son siempre de alguno de estos cuatro artículos; lo mismo ocurre con las cinco sextas partes de los trajes que usan las señoras en las ceremonias religiosas.

Desde hace diez años el uso de las telas gruesas se ha generalizado mucho en Caracas y sus dependencias. Son pocos los blancos que no llevan trajes de casimir cenizo o azul o de paño de Elbeuf o de Abbeville.

La sombrerería no deja de tener una salida importante. Sólo los blancos de la clase media y los jóvenes usan sombreros sin adornos. Todos los empleados y los militares usan sombreros arreglados; los clérigos se contentan con darle a

los sombreros grandes alas y copa baja un pliegue que los hace semejantes a una teja.

Los sombreros franceses son preferidos a los de otras fábricas.

La juventud española tiene nuevamente gusto por las botas y ha hecho de ellas su calzado corriente, que viene ya hecho de las posesiones inglesas. La calidad del cuero y el trabajo que los zapateros del país no pueden imitar, les sostiene el precio e impiden la competencia. No pasa lo mismo con los zapatos; los que se introduzcan del extranjero, ya sean de excelentes condiciones, nunca se les paga demasiado caro, porque en la región los hacen baratos y bastante buenos.

En materia de telas gruesas tienen general aceptación los paños de Bretaña, las telas de Ruan y las guingas N^o 2 y las de Rusia.

Comerciantes al por menor

Todos los detalles de mercancías están en manos de los Canarios y de muy pocos Españoles, los beneficios ordinarios de los comerciantes que detallan son del 25 al 30 por ciento. A juzgar por esto, pocos oficios conducirían más prontamente a la riqueza, y esto sería verdad si las ventas de cada uno fueran importantes. Pero como el género de vida consiguiente a esta profesión es muy sedentario, y por consiguiente conviene mucho a los Españoles, sucede que las tiendas se multiplican y las ventas se dividen hasta lo infinito; lo mismo ocurre con los beneficios, y no le queda a cada uno sino lo necesario para mantener su familia y sostenerse con decencia. De allí que esta clase que en otras partes progresa efectivamente, aquí se mantiene sin adelanto y en ella se ven más quiebras que fortunas.

No es necesario tener nociones muy profundas de comercio para adivinar que tales tiendas sólo se surten a favor de créditos que los comerciantes están obligados a abrirles. Es en efecto bien raro que un comerciante pague en el momento de la libranza; al contrario, el vencimiento de los plazos obteni-

dos para el pago lo sorprende generalmente desprovisto. Pero con paciencia, paga, porque en esta clase se nota mayor buena fe que en muchas otras.

Hay también en Tierra Firme cierta clase de tiendas conocidas con el nombre de bodegas, y también con el de pulperías. Su surtido consiste en cerámica, quincallería barata, herramientas, vinos, azúcar, jamón, grasas, frutos secos, quesos, tafia, etc. Sobre las otras tiendas tienen la ventaja de no estar obligadas a cerrar los días de fiesta y los domingos. Son tan necesarias que hay que tenerlas abiertas desde el alba hasta las nueve de la noche. Este ramo casi está exclusivamente en manos de Catalanes y Canarios, solteros, activos y económicos; y como sus géneros son frágiles y comestibles y expuestos a averías, es necesario buscar compensación en lo que se vende. Para no engañarse, no hay objeto que se venda con menos del ciento por ciento de beneficio, y a menudo el doble y el triple. Es así, a costa de detalles desagradables y penosos, como se echan las bases de fortunas que no se dan en ningún otro oficio.

CONSULADO

Hasta época muy reciente todos los asuntos comerciales cursaban ante los Tribunales Ordinarios y estaban sometidos a las mismas formalidades, las mismas demoras y a los mismos gastos que las otras causas. El Intendente de Caracas, Don Esteban de León, promovió la idea en los habitantes de Caracas de pedirle al Rey el establecimiento del Consulado, y la apoyó con toda su influencia y talento. A esta representación, fundada en el interés público y en la prosperidad del comercio, proveyó el 3 de Junio de 1793 una Real Cédula que estableció en Caracas un Tribunal de comercio, compuesto por el Intendente, que es su Presidente nato, un Prior, dos Cónsules, nueve Conciliarios y un Síndico, cada uno con sus respectivos suplentes, a más un Asesor, un Secretario, un escribano y dos porteros que deben ser blancos. Sus miembros, excepto los cinco últimos, ejercen sus funciones por dos años. La mitad de los miembros movibles se renueva cada año por vía de elección, de un modo muy bien entendido, que está prescrito

en la Cédula de creación. La del 4 de Setiembre de 1795 fijó como época de elecciones el 5 de Enero de cada año.

Condiciones de Elegibilidad

Los Marqueses, los Condes, los Barones, los hidalgos, los Caballeros de Ordenes militares, los agricultores, los rentistas, los comerciantes, en una palabra, excepto los clérigos, cualquier blanco que viva honradamente puede serlo.

El Consulado de Caracas tiene por escudo de armas el de la ciudad, rodeado con los atributos particulares de la institución.

Sueldos

Al principio se establecieron como sueldos del consulado 600 pesos por año al Prior; 400 a cada uno de los Cónsules; 300 al Síndico; 800 al Secretario; 300 para un escribano; al Notario 400; 500 al Asesor y 180 para cada portero; pero por una Real Cédula del 12 de Febrero de 1796, los sueldos se aumentaron a 1.600 pesos fuertes para el Prior; 1.400 para cada uno de los Cónsules; 1.200 para el Síndico; el del Secretario a 1.400, independientemente de la gratificación para un escribano; 1.500 para el Asesor; 1.000 para el Notario; 300 para un Consultor y 300 para cada uno de los porteros.

Rentas

Los fondos con que se cubren estos gastos y todos los que ordena el Consulado en bien de la agricultura y del comercio, provienen de las multas impuestas por el Consulado, por sus diputados y por los jueces de alzada, y de un derecho de avería fijado en el 1% sobre todos los artículos que se introducen o que se exportan para Europa o para las Colonias de América española; y del 3% sobre todo lo que va a las Colonias extranjeras o que viene de ellas, con excepción de las mulas y de los caballos que pagan un peso fuerte por cabeza, el ganado de cuerno no paga sino el 1%, y la introducción de negros bozales, la del oro y la de la plata está exenta de este derecho.

La Isla de Margarita goza de la exención de esta contribución. La percepción se hace en todas las aduanas, pero los productos, de acuerdo con los recibos del Prior, entran en la caja del Consulado y no se incluyen en las cuentas generales de las rentas. Este derecho asciende a ochenta o cien mil pesos fuertes. La administración de los fondos de que dispone el Consulado está a cargo de un Pagador y un Tesorero, que ganan mil cuatrocientos pesos fuertes al año cada uno. Sus funciones están en todo sometidas a las órdenes y decisiones del Prior y de los Cónsules.

Competencia

El objeto principal del establecimiento del Consulado en Caracas ha sido la administración de justicia en asuntos mercantiles.

Conoce, en efecto, en todos los incidentes que se presentan entre los comerciantes, sus socios o sus agentes, para todo lo que tenga relación con el comercio, como compras, ventas, cambios, seguros, cuentas de sociedad, fletes marítimos, en fin, lo mismo que conoce el Consulado de Bilbao, cuyas ordenanzas deben servir de regla al de Caracas. Una Real Orden del 31 de Julio de 1795 atribuye al Consulado de Caracas las causas relativas a averías y ventas ocurridas entre los Capitanes de barcos mercantes y los negociantes interesados en sus fletes y cargamentos.

El Tribunal se compone únicamente del Prior y de dos Cónsules. Si alguno de ellos es socio o pariente de alguna de las partes debe abstenerse de dar su voto, y los otros dos son competentes para fallar el juicio. En caso de larga ausencia o enfermedad de alguno de los jueces, lo reemplaza el suplente.

Es de admirarse la integridad, las luces y la exactitud de los miembros que alternativamente componen el Tribunal. Es la institución más bienhechora que el Rey ha podido fundar en estas Provincias.

Procedimiento

El procedimiento es sencillo, expeditivo y gratuito. El demandante se presenta en la audiencia pública, que se efectúa los martes, jueves y sábado de cada semana. Expone brevemente su demanda. Se cita en seguida al defensor. Se escuchan los alegatos de una y otra parte y a los testigos presentados y se examinan los documentos. Los jueces tratan de arreglar el asunto amigablemente. Si no lo logran, hacen salir las partes y redactan la sentencia, la cual firmada por los Jueces y el Notario y notificada a las partes, es ejecutable hasta ochocientos pesos fuertes; sin embargo, si la causa es demasiado complicada para expresarla verbalmente, se permite, a petición de una de las partes, exponerla por escrito con los documentos de apoyo y sin ayuda de Abogado, pues si los Jueces sospechan que la exposición ha sido escrita por un Abogado, antes de admitirla deben hacer jurar a la parte que la presenta, que no es obra de ningún hombre de leyes.

Si la suma excede de ochocientos pesos fuertes, puede apelarse de la sentencia dictada por el Consulado a un Tribunal llamado dealzada, compuesto por el Intendente y dos Jueces que el mismo Intendente nombra. Pero si se trata de multas o de otras penas en que se encuentre comprometido el honor, la apelación es inadmisible, cualquiera que sea la suma de que se trate, según lo dispuesto por el Rey el 21 de Setiembre de 1796.

Diputados del Consulado

La jurisdicción del Consulado de Caracas es la misma que la de la Capitanía General; pero, para mayor comodidad de los litigantes, ha nombrado diputados en los puertos de guerra el asento amigablemente. Si no lo logran hacer salir las Coro, Maracaibo, Puerto Cabello, Cumaná, Guayana y Margarita, a los cuales Su Majestad ha acordado el derecho de juzgar en todas las causas comerciales, asesorados por dos personas que ellos mismos nombren. Su ejercicio dura dos años. En las otras ciudades y en los pueblos, los juicios ordinarios son, como los del Consulado, llevados por apelación al Tribunal

de alzada, con diferencia que la suma de 800 pesos, en la cual el Consulado condena definitivamente, está reducida, por la Cédula del 14 de Setiembre de 1795, a doscientos pesos fuertes para los juicios de los diputados establecidos en Puerto Cabello, Cumaná y Maracaibo; a cien pesos, para los de Guayana, Barinas y Coro; y a cincuenta pesos para los de la isla de Margarita y otros lugares. Esta misma Cédula permite que los juicios de los diputados y de los Jueces ordinarios puedan ser llevados en apelación ante el Consulado. En caso de confirmación, la sentencia tiene carácter definitivo, pero si es revocada en todo o en parte, puede apelarse al Tribunal de alzada.

Asamblea del Consulado

Independientemente del Tribunal de justicia, el Consulado se reúne dos veces al mes en asamblea con Presidencia del Intendente y compuesto por el Decano, los Cónsules, los Conciliarios, el Síndico y sus suplentes respectivos, el Secretario, el Pagador y el Tesorero. Los miembros que falten a esta asamblea, sin excusa válida, son condenados cada vez a 20 pesos de multa.

Sus atribuciones

Todo lo que se relaciona, dice la Cédula de erección, con los adelantamientos de la agricultura, con la prosperidad del comercio, etc., debe tratarse en esta Asamblea, a la cual los Diputados y los ciudadanos deben el tributo de sus observaciones. El Rey encarga expresamente a la asamblea del Consulado de darle cuenta de todo lo que le parezca digno de su real atención, y de proponerle aquellas mejoras que crea convenientes para la intensificación de la agricultura, la industria y el comercio del país.

El artículo XXIII de la misma Cédula recomienda especialmente a la asamblea del Consulado, 1º penetrarse bien de la necesidad de construir buenos caminos de La Guaira a Caracas, de Caracas a los valles de Aragua y de Puerto Cabello

a Valencia, con el objeto de que la facilidad de las comunicaciones haga menos costoso el transporte de los frutos. 2º hacer limpiar el puesto de La Guaira y construirle un muelle para que la carga y descarga se pueda hacer sin averías. 3º hacer navegables los ríos que puedan servir al transporte de los géneros, como el Tuy y el Yaracuy, lo mismo que los que desaguan en el Orinoco.

Por la organización de esta asamblea y por los objetos de sus deliberaciones, se ve que el Rey espera de ella muchas luces y que Tierra Firme debe prometerse que ella le suministrará grandes provechos. Por la obligación que tenía de proponer todos los medios de mejorar la agricultura y el comercio, venía a ser el árbitro de la prosperidad del país; por su derecho a cartearse directamente con el Rey y de darle cuenta de todo lo que en estas Provincias se oponía a las miras bienhechoras de Su Majestad, debía vigilar todas las autoridades locales. Estaba destinada a ser el apoyo de la industria y el terror de los abusos. No ha sido, sin embargo, ni lo uno ni lo otro, porque sus miembros primitivos, poco convencidos de la importancia de sus funciones, o poco versados en el manejo de los negocios públicos, o impedidos por consideraciones particulares, o quizás por todos estos motivos reunidos, no vieron su nombramiento en esta asamblea sino como un favor meramente honorífico y no como empleo en el cual debieran desarrollar sus talentos, atenciones y vigilancia. Sus sucesores han encontrado más cómoda la imitación que la reforma. De este modo, la institución sobre la que debía reposar la felicidad de los ciudadanos y la prosperidad local no ha sido desde su nacimiento, ni lo será nunca, más que un cuerpo decrepito e inútil, del cual la economía política jamás tendrá nada que esperar ni que temer.

No puedo dejar de consignar la buena impresión que me hizo la Cédula de la creación del Consulado la primera vez que la vi. Fue su fecha la que más me llamó la atención. No podía concebir que en el mes de Julio de 1795, cuando la Revolución Francesa daba ya siniestra prueba de los peligros de las asambleas deliberantes, el Rey de España hubiese establecido una en Caracas, compuesta por veintinueve miembros,

reemplazados periódicamente por vía de elección, y que les confiriese el derecho de discutir y de deliberar en la misma forma de las asambleas populares, principalmente sobre la parte económica de una de las bellas posesiones españolas, donde jamás se había visto un establecimiento semejante. Pagué al atrevimiento y a la sabiduría de esta medida su justo tributo de admiración.

Esperaba que el examen de las primeras operaciones de la asamblea del Consulado diese abundante pasto a mi entusiasmo, y que éste aumentase cada vez más. Pero, habiendo logrado con bastante dificultad conocer sus trabajos en pro de la agricultura, encontré que se reducían a haber solicitado en 1797, de los agricultores ilustrados, memorias sobre el género de cultivo usado por cada uno de ellos; desde hace cuatro años estas memorias están en manos de los comisarios nombrados para examinarlas y dar una relación general de ellas, lo cual no se ha llegado a hacer, ni tampoco ha sido reclamado. Deseoso de ver estas memorias, las hallé por fin llenas de polvo en casa del señor Conde de la Granja, uno de los comisarios. Me las prestó con rara facilidad; las leí y se las devolví, y me atrevo a jurar que pasarán siglos antes que vuelvan a ser leídas (2).

¿Un pueblo tan descuidado podrá culpar con justicia a las leyes o al Gobierno de la lentitud o de la nulidad de sus adelantamientos en las ciencias y en las artes? ¿Qué mejor cosa podía hacer el Rey de España para llamar a los ciudadanos a contribuir con sus luces a la felicidad pública? Hombrés a quienes el embrutecimiento y la pereza hacen preferir el reposo de la miseria a la actividad de la fortuna, no deben quejarse de la desgracia ni de la pobreza.

Cuanto ha hecho de útil la asamblea consular de Caracas, desde su establecimiento, es haber emprendido la cons-

(2) En el *Boletín del Archivo Nacional*, N.º 37, de Noviembre a Diciembre de 1929, se comienza a publicar el Índice de los tomos del "Real Consulado", una vez ordenado y catalogado en esta Oficina. Es la primera vez, desde 1804 que leyó Depons dichas memorias, que se dan a conocer al público, aunque sea en síntesis, los valiosos documentos que componen la "Sección del Real Consulado". (N. del T.)

trucción de un camino entre Puerto Cabello y Valencia, aun cho menos bello que el antiguo. También la asamblea ha hecho abrir otro camino entre La Guaira y Caracas, que rodea la montaña que separa estas dos ciudades; será más largo que el actual, pero infinitamente más cómodo, y esta comodidad hace que el Gobierno apesure menos su construcción, por las razones que han sido expuestas en el Capítulo V, de la Fuerza Armada.

Los caminos de Caricagua y la comunicación de Caracas con los valles de Aragua, han llamado también la atención de esta asamblea y han costado mucho dinero, sin que los resultados justifiquen los gastos. En fin, al Consulado se debe el levantamiento del mapa de una parte de la Provincia donde la agricultura exige mayor fomento. Esta es toda la obra de doce años, durante los cuales el sistema de agricultura ha debido perfeccionarse lo suficiente para aumentar considerablemente los frutos, mientras que al contrario, han sufrido una inmensa disminución.

No he de acusar, por cierto, a la asamblea consular de Caracas de haber ocasionado directamente la decadencia del comercio que han sufrido estas Provincias (otras son sus causas) mas, no debe esperar por su celo elogios que ni por sus éxitos ni por sus medidas tiene derecho a pretender.

Para que el lector pueda juzgar el estado comercial de las Provincias de Caracas, creo conveniente presentarle las exportaciones hechas de 1793 a 1796, en comparación con los cuatro años siguientes:

Exportaciones de 1793 a 1796:

367.819 qq. cacao a 18 p.f.	6.620.742	
2.955.963 lbs. añil a 12 rls.	5.172.937	
1.498.332 lbs. algodón a 20 rls.	299.666	
1.325.584 lbs. café a 12 p.f. el q. ..	159.070	12.252.415 p.f.

Exportaciones de 1796 a 1800:

239.162 qq. de cacao a 18 p.f. ...	4.304.916	
793.210 lbs. de añil a 14 rls.	1.386.117	
2.834.245 lbs. algodón a 20 p.f. el q.	566.580	
1.536.967 lbs. café a 12 p.f. el q. ..	187.435	6.442.318 p.f.
Diferencia	5.810.097 p.f.	
o sean francos	29.050.485	

Sé que más fácil es culpar de este desastre a la guerra que convenir que es en parte el resultado de una administración defectuosa. Admitiendo que algo se deba a este motivo, es tan ridiculo como injusto atenerse a aquella frivola razón. La guerra no influye sino en el precio de los frutos; pero no puede perjudicar la producción sino quitándole a la agricultura los brazos que le son necesarios, lo que no ha ocurrido en estas Provincias, sino con unos centenares de hombres libres de color, que han sido destacados a los puertos de mar para la defensa del país; y no ha podido causar nunca una disminución anual en los frutos por valor de 100.000 pesos fuertes. Tampoco la guerra ha alterado el precio de los frutos, éstos han tenido en los cuatro años desfavorables el mismo valor que en los cuatro primeros; y el añil en uno de aquéllos ha estado a 14 reales la libra en lugar de 12.

Esta igualdad de precio durante los ocho años de que tratamos, es la mejor prueba de que siempre ha habido compradores y de que el comercio ha recibido y pagado, exceptuando el cacao, todo lo que el cultivador ha podido entregarle.

Insisto en que no es en la guerra donde hay que buscar la decadencia en que han caído las Provincias de Caracas; no puede atribuirsele a inundaciones, a ninguna plaga, a ninguna otra calamidad, como epidemias, sequías. Tierra Firme ha sido protegida por la Providencia. Hay que atenerse a las malas disposiciones locales, al descuido de los que están especialmente encargados por el Rey de descubrir los abusos y

los vicios, de denunciarlos, y de proponer los medios de hacerlos cesar.

El Rey lograría mejor su propósito dejándole al Consulado solamente las materias relativas al comercio, de las cuales se ocupa con un celo digno de alabanza, y sustituyéndole por una cámara de agricultura, en todo semejante a la que tenemos en nuestras Colonias, como ha sido propuesta en el capítulo precedente.

He prometido terminar este capítulo con la lista de los derechos que se perciben a la entrada y salida de los diferentes puertos que se encuentran en la extensión de la Capitanía General de Caracas. Ha llegado el momento de cumplir mi promesa.

Demostración de los derechos que se pagan en los Puertos de la dependencia de la Capitanía General de Caracas, por todo lo que llega directamente de España, de las Islas Canarias y de Mallorca, y por las mercaderías cargadas al regreso para esos mismos destinos.

PROVINCIA DE VENEZUELA (PUERTOS MAYORES)

Por derecho de almojarifazgo	{	Mercancías extranjeras	7%
		" de contribución	3%
		" libres	
		Sederías, 5 centavos la libra	
Alcabala de mar			4%
Corso			3%
Consulado			1%

(Véase la naturaleza de estos impuestos
en el capítulo Hacienda)

Para habilitación y armamentos de milicias:

Por cada barril de aguardiente	1	p.f.
Por cada barril de vino	½	p.f.

A la salida:

Derechos de armada y armadilla unidos ..	2%
Derechos por cada qq. de cacao	6 rls. de a ocho
Por cada cuero	$\frac{1}{2}$ rl.
Por la docena de cordobanes	$1\frac{1}{2}$ rl.
Por qq. de queso y pescado	$\frac{1}{2}$ rl.
Por qq. de palo de Brasil	$\frac{1}{2}$ rl.
Por qq. de tabaco de Barinas	$\frac{1}{2}$ rl.
Por qq. de tabaco de Caracas	$\frac{1}{2}$ rl.
Corso	3%
Consulado	1%

Observaciones

1º Para la percepción de los derechos de entrada señalados arriba, los recibidores aumentan en un ocho por ciento el valor de las facturas sobre lo que fija el reglamento de comercio libre del 12 de Octubre de 1778. Este aumento es conforme al artículo XXI del mismo reglamento. Mercancías libres y de contribución no están exentas sino del derecho de Almojarifazgo; pagan todos los demás.

2º Según orden del Rey de 24 de Marzo de 1799, el avituallamiento de los buques debe pagar conforme a su especie, como si fuese parte del cargamento, los mismos derechos reales y municipales.

3º Desde que en la Provincia de Caracas comenzó a ejecutarse el proyecto real de 20 de Abril de 1720, cesaron de pagarse los derechos prescritos por el reglamento de 1641 del pagador Melchor Candario para todo lo que llegaba de España y de Canarias.

Por el reglamento de comercio libre de 1778 y por la Real Orden de 27 de Diciembre del mismo año, el comercio de Canarias fue asimilado en todo al de España y Mallorca; en lugar del medio real que pagaban indistintamente todos los cueros, hoy se percibe en los puertos principales tres cuartos de real por cada cuero, o un real por los cueros de buey, medio real

por los de vaca y solamente dos por ciento del valor del tabaco de Barinas y de Venezuela.

4º El añil, el algodón, el café, el azúcar, las carnes saladas o secas, el sebo, el lino, el cáñamo y las maderas para la catedral de Canarias, están exentas a la salida del derecho de armada y armadilla, y no deben pagar sino los derechos municipales de corso y Consulado. El azúcar de Venezuela, que ya ha pagado la Alcabala de tierra, paga además uno por ciento para completar los seis por ciento a los cuales la ha sometido una declaración de la Intendencia de 29 de Junio de 1799.

5º Los productos de Cumaná y Guayana que se embarquen por cualquier puerto de Venezuela para España, Mallorca o las Canarias, pagan los mismos derechos que si fueran despachados directamente de aquellas Provincias; mas entonces hemos de tener en cuenta lo dicho en el artículo precedente con respecto a los derechos que paga el azúcar en estas mismas Provincias. Los productos de Barinas que se transportan a Guayana, deben ser considerados como si fuesen originarios de Guayana. (Orden del Rey de 17 de Agosto de 1792).

PROVINCIAS DE CUMANA Y GUAYANA

(Puertos menores)

A la entrada.

Corso	1½%
Consulado	1 %

A la salida

Corso	2%
Consulado	1 %

Observaciones

1º Según el artículo 21 del reglamento de comercio libre, se aumenta en 5% el valor de los efectos incluidos en la factura. Los derechos de armada y de armadilla unidos, que fue-

ron declarados derechos reales, por la Intendencia, el 28 de Junio de 1799, no pesan sobre los frutos de Cumaná y Guayana.

2º Los víveres destinados al consumo de la tripulación y de los pasajeros pagan, a la entrada y a la salida, los derechos municipales, como se ha dicho en el segundo artículo de las observaciones referentes a los puertos de Venezuela.

3º La asamblea del comercio del 25 de Mayo de 1793 añadió un 1% al 2% establecido para el mantenimiento de los guardacostas, sobre todo lo que se despacha por La Guaira, o le llega de España por este puerto; pero este suplemento no se ha extendido a los otros puertos. En Cumaná y Guayana se cobra sólo el 2% como derecho de corso.

4º Los productos de Venezuela y de Maracaibo que salen para España por los puertos de Cumaná y Guayana, pagan los mismos derechos que si fueran despachados de sus Provincias de origen. Es preciso pues, como se ha dicho en la cuarta observación sobre los puertos de Venezuela, pagar un 1% de suplemento de Alcabala de tierra por el azúcar de Venezuela, pero no por el de Maracaibo, por motivos que se explican en el artículo siguiente.

5º El azúcar proveniente de las provincias que tienen puertos menores privilegiados, está exento de los derechos reales, y en consecuencia, no debe pagar el suplemento de la alcabala de tierra, si proviene de Cumaná o de Guayana, según la declaración de la Intendencia de 26 de junio de 1799. (Véase lo que se ha dicho en la quinta observación sobre los artículos de Barinas).

PROVINCIA DE MARACAIBO

(Puerto Mixto)

A la entrada.

Corso	2%
Consulado	1%

A la salida.

Armada y armadilla juntos	2%
Por los mismos derechos que se pagan por el puerto de La Guaira, corso	2%
Consulado	1%

Observaciones

1º Para hacer la avaluación sobre la cual se perciben los derechos, el valor de la factura se aumenta en un cinco por ciento. En cuanto a viveres para barcos, véase el artículo 2º de las observaciones sobre los puertos de Venezuela.

2º En la Real Orden de 25 de Mayo de 1793, se dispone que los productos de Maracaibo, destinados para España, paguen los mismos derechos que se perciben en La Guaira. De este modo, todo lo que sale de Maracaibo con destino a España, Mallorca o las Canarias, paga el derecho de armada o armadilla. Sólo el azúcar no paga el suplemento de uno por ciento de Alcabala, por los motivos expresados en el artículo 5º de las observaciones referentes a Cumaná y La Guaira.

3º Los productos de Cumaná o de Guayana que se embarcan por Maracaibo con destino a España, a Mallorca o Canarias, a su salida pagan sólo los derechos que pagarían si fuesen despachados de sus puertos de origen.

4º Según la asamblea de comercio, de 26 de Junio de 1799, el derecho de corso no debe cobrarse en Maracaibo sino en un dos por ciento.

5º En lo que se refiere a los géneros provenientes de Barinas, véase el artículo 5º de las observaciones sobre Cumaná y La Guaira.

Relación de los derechos Reales y Municipales que se perciben en los Puertos de la Capitanía General de Caracas, sobre todo lo que se envía recíprocamente de un Puerto a otro de las Posesiones Españolas.

PROVINCIA DE VENEZUELA

A la salida:

*Por los Puertos mayores y menores en la jurisdicción de la
Capitanía General o fuera de ella*

Almojarifazgo	2%
Armada y armadilla	2%
Por cada quintal de cacao	6 reales
Por cada cuero	$\frac{1}{2}$ real
Por la docena de cordobanes	3 reales
Por la docena de pieles de venado	$1\frac{1}{2}$ real
Por quintal de queso o pescado	$\frac{1}{2}$ real
Por quintal de lana o zarzaparrilla ...	4 reales
Por quintal de palo de Brasil	$\frac{1}{2}$ real
Por quintal de tabaco de Barinas	12 reales
Por quintal de tabaco de Caracas	6 reales
Corso	2%
Consulado	1%

A la entrada:

(Puertos Mayores)

Almojarifazgo	2%
Armada y armadilla	4%
Alcabala de mar	2%
Corso	2%
Consulado	1%

(Puertos Menores)

Corso	2%
Consulado	1%

Observaciones

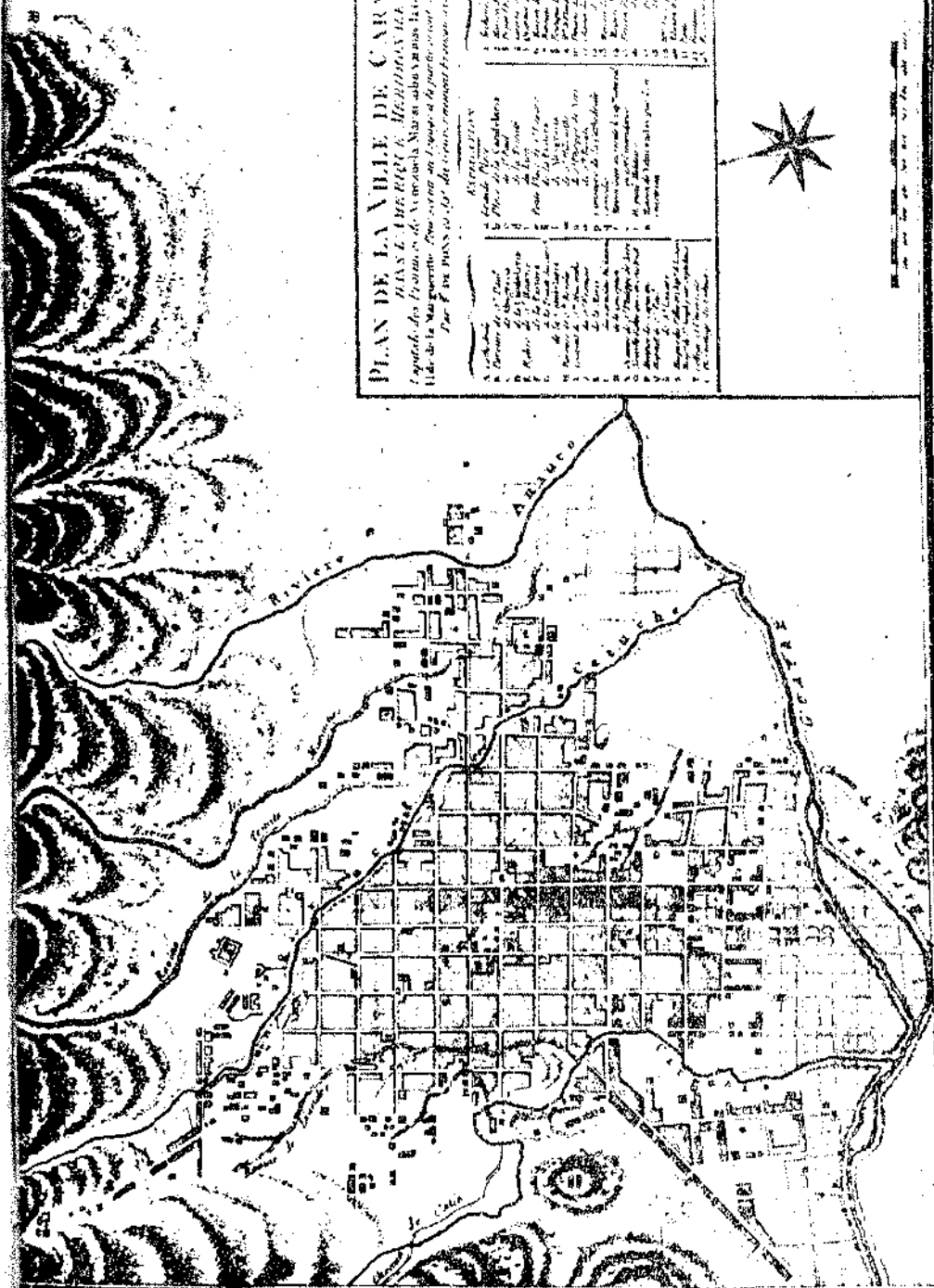
1º El ganado caballar, vacuno, mular y bovino destinado para las posesiones españolas no paga sino el cuatro por cien-

PLAN DE LA VILLE DE CARACAS.

HAAS L'INGENIEUR HEDDINGHUS.
 Capitale de l'Etat de Venezuela. Située au pied du Mont de la Cruz, sur le
 rive de la Mer. Elle est au centre de la partie occidentale de la terre ferme.
 Elle est à 1000 toises au-dessus du niveau de la mer.

REMARQUES

1. Le Mont de la Cruz.
2. Le Mont de la Cruz.
3. Le Mont de la Cruz.
4. Le Mont de la Cruz.
5. Le Mont de la Cruz.
6. Le Mont de la Cruz.
7. Le Mont de la Cruz.
8. Le Mont de la Cruz.
9. Le Mont de la Cruz.
10. Le Mont de la Cruz.
11. Le Mont de la Cruz.
12. Le Mont de la Cruz.
13. Le Mont de la Cruz.
14. Le Mont de la Cruz.
15. Le Mont de la Cruz.
16. Le Mont de la Cruz.
17. Le Mont de la Cruz.
18. Le Mont de la Cruz.
19. Le Mont de la Cruz.
20. Le Mont de la Cruz.
21. Le Mont de la Cruz.
22. Le Mont de la Cruz.
23. Le Mont de la Cruz.
24. Le Mont de la Cruz.
25. Le Mont de la Cruz.
26. Le Mont de la Cruz.
27. Le Mont de la Cruz.
28. Le Mont de la Cruz.
29. Le Mont de la Cruz.
30. Le Mont de la Cruz.
31. Le Mont de la Cruz.
32. Le Mont de la Cruz.
33. Le Mont de la Cruz.
34. Le Mont de la Cruz.
35. Le Mont de la Cruz.
36. Le Mont de la Cruz.
37. Le Mont de la Cruz.
38. Le Mont de la Cruz.
39. Le Mont de la Cruz.
40. Le Mont de la Cruz.
41. Le Mont de la Cruz.
42. Le Mont de la Cruz.
43. Le Mont de la Cruz.
44. Le Mont de la Cruz.
45. Le Mont de la Cruz.
46. Le Mont de la Cruz.
47. Le Mont de la Cruz.
48. Le Mont de la Cruz.
49. Le Mont de la Cruz.
50. Le Mont de la Cruz.
51. Le Mont de la Cruz.
52. Le Mont de la Cruz.
53. Le Mont de la Cruz.
54. Le Mont de la Cruz.
55. Le Mont de la Cruz.
56. Le Mont de la Cruz.
57. Le Mont de la Cruz.
58. Le Mont de la Cruz.
59. Le Mont de la Cruz.
60. Le Mont de la Cruz.
61. Le Mont de la Cruz.
62. Le Mont de la Cruz.
63. Le Mont de la Cruz.
64. Le Mont de la Cruz.
65. Le Mont de la Cruz.
66. Le Mont de la Cruz.
67. Le Mont de la Cruz.
68. Le Mont de la Cruz.
69. Le Mont de la Cruz.
70. Le Mont de la Cruz.
71. Le Mont de la Cruz.
72. Le Mont de la Cruz.
73. Le Mont de la Cruz.
74. Le Mont de la Cruz.
75. Le Mont de la Cruz.
76. Le Mont de la Cruz.
77. Le Mont de la Cruz.
78. Le Mont de la Cruz.
79. Le Mont de la Cruz.
80. Le Mont de la Cruz.
81. Le Mont de la Cruz.
82. Le Mont de la Cruz.
83. Le Mont de la Cruz.
84. Le Mont de la Cruz.
85. Le Mont de la Cruz.
86. Le Mont de la Cruz.
87. Le Mont de la Cruz.
88. Le Mont de la Cruz.
89. Le Mont de la Cruz.
90. Le Mont de la Cruz.
91. Le Mont de la Cruz.
92. Le Mont de la Cruz.
93. Le Mont de la Cruz.
94. Le Mont de la Cruz.
95. Le Mont de la Cruz.
96. Le Mont de la Cruz.
97. Le Mont de la Cruz.
98. Le Mont de la Cruz.
99. Le Mont de la Cruz.
100. Le Mont de la Cruz.



to por estar gravado con el Almojarifazgo y el derecho de corso, según Real Orden de 25 de Enero de 1793 y la declaración del Intendente de 22 de Marzo del mismo año.

2º Los derechos municipales de corso y de Consulado no se pagan sino una sola vez a la entrada o a la salida de los puertos dependientes de Caracas. Están exentos de estos derechos los productos que constituyen un socorro mútuo para estas Provincias, según la asamblea que se reunió para el establecimiento del primero de estos derechos y varias Ordenes Reales; pero como no se ha logrado precisar los objetos que pueden ser incluidos en esta clase, se ha elevado el asunto en consulta a la Intendencia, la cual no ha dado todavía su decisión. La Real Orden de 17 de Agosto de 1792 establece que los géneros de Barinas que van a Guayana deben ser considerados como socorros mútuos, y en consecuencia están libres de este derecho.

3º Todo lo que habiendo sido expedido directamente de España, Mallorca o las Canarias, para Maracaibo, Cumaná, Guayana u otro puerto mayor o menor fuera de la jurisdicción de la Intendencia, y se introduzca luego en la Provincia de Venezuela, debe pagar exactamente los mismos derechos que si hubiera tenido este destino al salir de Europa; excepción hecha de los impuestos municipales, que no se pagan por segunda vez si se prueba que ya se han abonado en alguno de los puertos del distrito.

4º Lo que se recibe de España, Mallorca o las Canarias en alguno de los puertos mayores de Venezuela no paga nada a su reexportación para los puertos mayores de América, y si esta reexportación se hace para alguno de los puertos menores, los derechos pagados a la entrada en Venezuela, deben ser restituidos, conforme lo dispuesto por el Rey en su Orden de 14 de Abril de 1801, a menos que la mercancía haya pasado a otro dueño y la exportación se haga por cuenta del nuevo comprador.

5º Según las declaraciones de la Intendencia, de 10 de Diciembre de 1795, los víveres de los barcos pagan los mismos derechos que si formasen parte del cargamento.

6º Si las carnes saladas o secas, el sebo y el azúcar no se consideran como artículos de socorro mútuo, se exigirán derechos a la entrada o a la salida de los puertos de la jurisdicción de la intendencia. Pero cuando se les exporta para otra parte, deben pagarse los derechos de Alcabala de tierra, de corso y de Consulado, más un uno por ciento para completar el seis por ciento a que están sujetos según declaración de la Intendencia de 28 de Junio de 1799.

7º La tafia (aguardiente de caña) de Venezuela que ha pagado los derechos de regalía establecidos en estas Provincias, no debe pagar a su entrada ni a su salida ningún derecho real ni municipal; pero la tafia que viene de lugares no dependientes de la Intendencia, debe pagar todos los derechos que gravan los otros artículos, según los puertos de donde vengan, además un peso fuerte de derecho de regalía por cada barril de veinte y seis botellas, según declaración de la Intendencia de 22 de Junio de 1799.

8º La sal proviene de las salinas que están a barlovento de La Guaira paga sólo el derecho de regalía fijado en un peso fuerte por quintal, pagable la mitad en el momento en que se recoge y la otra mitad a su introducción. La sal de las salinas de sotavento paga sólo la Alcabala en donde se vende, a pesar de que por un decreto de la Intendencia, de 26 de Junio de 1799, se haya ordenado que se siga en los puertos de su jurisdicción la costumbre establecida a este respecto.

PROVINCIAS DE MARACAIBO, CUMANA Y GUAYANA

A la salida:

(Para los Puertos mayores o menores de las diversas posesiones españolas)

Corso	2%
Consulado	1%

A la entrada

(Para los puertos mayores)

Estos derechos son iguales a los que se pagan en los puertos de Venezuela; pero véase a continuación el primer artículo de las observaciones siguientes:

(Para los puertos menores)

Corso	2%
Consulado	1%

Observaciones

1º Los oficiales de aduana han preguntado al Intendente si los productos de los puertos mayores a su entrada por los puertos menores, deben pagar los derechos reales establecidos para el comercio recíproco en todo el continente hispanoamericano. La consulta no ha sido resuelta todavía. Si se resuelve afirmativamente, se procederá conforme a lo que ha sido dispuesto para diferentes objetos, como se ha dicho en el artículo 5º de las observaciones precedentes y en el 3º de las referentes al comercio de España con Venezuela.

2º Como las mulas, los caballos, el ganado vacuno y las ovejas causan Almojarifazgo, y como el Almojarifazgo, según ya se ha dicho, es un derecho real, se ha preguntado también si la exportación de aquéllos para los puertos menores puede estar exenta de los derechos reales y municipales; la consulta aún no ha sido resuelta.

3º Lo que ha sido dicho en los artículos 7º y 8º de las observaciones precedentes respecto a la sal y la tafia, se extiende también a las importaciones y exportaciones que se hacen por los puertos de Cumaná, Maracaibo y Guayana.

4º Deben recordarse en este punto las disposiciones contenidas en el artículo 2º de las observaciones precedentes relativas a los productos de Barinas.

5º En cuanto a los derechos que causan, los viveres de los barcos se consideran como parte del cargamento.

Relación de los derechos Reales y Municipales que pagan en los Puertos de la jurisdicción de la Intendencia de Caracas, para el comercio permitido en tiempo de paz con las Colonias Extranjeras.

A la salida:

1º Comprometiéndose a traer negros de retorno.

Almojarifazgo	6%
Corso	2%
Consulado	3%

2º Comprometiéndose a traer de retorno oro, plata, herramientas de agricultura y utensilios domésticos:

Almojarifazgo	15%
Corso	2%
Consulado	3%

3º Exportación de animales para traer de retorno negros, oro o plata:

Almojarifazgo	5%						
Corso	2%						
Consulado	<table> <tr> <td>{ Para mulas o caballos</td><td>1 p.f.</td></tr> <tr> <td>{ Para bueyes u ovejas.</td><td>1 p.f.</td></tr> <tr> <td>{ Para otros objetos ..</td><td>3%</td></tr> </table>	{ Para mulas o caballos	1 p.f.	{ Para bueyes u ovejas.	1 p.f.	{ Para otros objetos ..	3%
{ Para mulas o caballos	1 p.f.						
{ Para bueyes u ovejas.	1 p.f.						
{ Para otros objetos ..	3%						

4º Exportación de animales comprometiéndose a traer de retorno herramientas de agricultura y utensilios domésticos:

Almojarifazgo	15%						
Corso	2%						
Consulado	<table> <tr> <td>{ Por cada mula o caballo</td><td>1 p.f.</td></tr> <tr> <td>{ Por cada buey u oveja</td><td>1 p.f.</td></tr> <tr> <td>{ Por otros objetos</td><td>3%</td></tr> </table>	{ Por cada mula o caballo	1 p.f.	{ Por cada buey u oveja	1 p.f.	{ Por otros objetos	3%
{ Por cada mula o caballo	1 p.f.						
{ Por cada buey u oveja	1 p.f.						
{ Por otros objetos	3%						

A la entrada:

1º Los negros no pagan a su entrada ningún derecho real ni municipal; sin embargo, véanse más adelante los artículos 1º, 2º y 3º.

2º El oro y la plata no causan ningún derecho de introducción; los otros objetos pagan:

Almojarifazgo	15%
Corso	2%
Consulado	3%

3º La introducción de negros, oro y plata está exenta de todo derecho; véanse los artículos 2º, 3º y 4º de las observaciones siguientes:

4º Por las herramientas de agricultura, cilindros y utensilios domésticos se paga:

Corso	2%
Almojarifazgo	15%
Consulado	3%

Observaciones

1º Cuando se trae en oro o en plata el valor de los géneros que se habían exportado con compromiso de traer en retorno negros, y ellos no se han obtenido en las Colonias extranjeras, se paga nueve por ciento de Almojarifazgo, por complemento 15% que ha debido pagarse a la salida. Si en lugar de traer negros, el valor del cargamento ha sido invertido en herramientas de agricultura y utensilios domésticos, se deben pagar los derechos reales y municipales que gravan la entrada de estos efectos.

2º Del mismo modo, cuando el producto de animales exportados con condición de traer negros de retorno, sea introducido en oro o en plata, no debe pagarse la diferencia de Almojarifazgo, que, sin esta condición, ha debido abonarse a la salida; a menos que haya sido empleado en herramientas de agricultura y utensilios domésticos, pues en este caso se exi-

ge la diferencia, que es de 10%, más todos los derechos que gravan estos efectos a su entrada, además de todos los otros derechos establecidos sobre esta clase de artículos.

3º Si parte del producto de los frutos o animales exportados con obligación de traer negros de retorno se emplea en la compra de alguna embarcación, en virtud del permiso del Intendente para adquirirla, la diferencia de Almorlazgo no se percibe sino sobre el valor de las mercaderías, y no de los otros objetos, en proporción de la suma exportada, a la cual corresponde la suma empleada, tomando el peso fuerte de las Colonias por peso fuerte español, y la embarcación está exenta de todos los derechos reales y municipales, según la Real Orden de 25 de Julio de 1794.

4º Aunque se compruebe haber empleado una parte de la suma en hacer reparaciones al barco o en pagar los gastos de tripulación, el suplemento de los derechos se paga siempre. Sólo se exceptúan los gastos de absoluta necesidad, como sueldo del Capitán, almacenaje, comisiones y otros de esa especie.

5º Todo lo que se embarca para avituallar la tripulación y los pasajeros está sujeto a los derechos reales y municipales, lo mismo que si fuera parte del cargamento, según declaración del Intendente de 28 de Junio de 1799.

6º El azúcar que se embarca para las Colonias paga sólo los derechos municipales de corso y consulado, más 1% de alcabala de tierra, para completar el 6% correspondiente, según la misma declaración.

7º Algunos oficiales de aduana han preguntado al Intendente si la Real Cédula de 24 Noviembre de 1791, que permite tanto a los Españoles como a los extranjeros la libre introducción de negros, se debe considerar como anulada a partir del 21 de Diciembre de 1797. La asamblea superior de hacienda decretó el 20 de Febrero de 1800 que la Cédula era válida en lo relativo a los Españoles; pero que había que exigir a los extranjeros todos los derechos reales y municipales, impuestos a los demás objetos que forman parte del comercio permitido con los extranjeros, hasta que lo decida Su Majestad Católica.

CAPITULO NOVENO

De la Administración de las Rentas y de las Contribuciones

Resumen de las rentas en las Provincias de Caracas. Establecimiento de una Intendencia en Caracas. Los Gobernadores particulares son sus delegados. Funciones y prerrogativas de los Intendentes.—Oficiales superiores de Aduanas. Tribunal de cuentas. Asamblea superior de rentas.—Impuestos. Derecho de alcabala. Almojarifazgo. Armada y armadilla. Derecho de consulado y avería. Aprovechamientos. Tafias. Aduanas de la laguna. Pulperías. Composición de tierras. Confirmación de tierras. Arriendo de tierras.—Canoas de paso del Apure. Lanzas. Medias anatas. Novenos reales. Tributo de los Indios. Cargos venales. Papel timbrado. Propiedades realengas. Quinto de minas. Hospitalizaciones. Salinas. Restituciones. Confiscaciones. Diezmos reales.—Corso. Guarapo y Gallos. Pena de Cámara.—Sucesiones vacantes. Mesadas eclesiásticas. Medias anatas eclesiásticas.—Vacantes mayores y menores.—Bulas. Bula común de vivos. Bula de laticinios. Bula de muertos. Bula de composición. Precios de las bulas. Venta exclusiva del tabaco.—Resultado.

Resumen de las rentas en las Provincias de Caracas

Tuve ocasión, en el capítulo precedente, de dar bastantes detalles sobre el estado decaído de las Provincias de Caracas hasta la mitad del siglo XVIII, y no espere el lector que ahora nos remontemos en la historia de la hacienda pública hasta una época tan distante.

Méjico y el Perú son los únicos países, entre los vastos dominios españoles, que han producido inmensos tesoros después de su descubrimiento. España ha destinado siempre una parte del remanente del presupuesto interior de estos dos países, en favor de las provincias americanas cuyos recursos locales no

bastan a cubrir sus propios gastos. Tierra Firme ha estado en estas condiciones respecto a Méjico, hasta que un cultivo más diligente y una población menos contrabandista, permitieron al fisco prescindir de la ayuda de Méjico. Si esta revolución fiscal no es obra de la Compañía Guipuzcoana, al menos tuvo lugar durante la existencia de esta compañía, pues antes de su establecimiento, Maracaibo, Caracas y Cumaná recibían de Méjico una tercera parte de su presupuesto.

Establecimiento de una Intendencia en Caracas

En los países donde comienzan las rentas, su administración tiene que ser muy sencilla, y hay también menos empleados y menos pretendientes. En el Capitán General se reunían los poderes administrativos y militares. El aumento de las entradas hizo ver que era necesario dar a la administración de las rentas públicas una organización más cónsona con su importancia. Se aumentó sucesivamente el número de empleados y en 1777 se nombró un Intendente, cuya autoridad se extendía a todo el distrito de la Capitanía General.

Los Gobernadores particulares son sus Delegados

Los Gobernadores particulares han continuado administrando las rentas públicas de su jurisdicción, con el título de Delegados del Intendente. Disponen todos los gastos ordinarios pero no pueden autorizar los extraordinarios sin el concurso del Intendente. También deciden provisionalmente todas las dificultades sobre percepción de derechos que surgen en sus distritos, con facultad de apelación ante el Intendente, y bajo la condición, en caso de que no se apele, de someter su fallo a la decisión del Intendente. También envían a éste al fin de cada año el estado general de las entradas y gastos.

Funciones y prerrogativas del Intendente

El Intendente es independiente en absoluto de todas las demás autoridades. En el régimen interior de las rentas de su distrito, puede dictar los reglamentos que crea convenientes.

Ocupa el puesto más alto en la administración. Ordena todos los pagos que hace el Tesoro de Caracas. Provee, provisionalmente, todos los puestos vacantes en la administración. Suspende a voluntad los empleados que se conducen mal. Les sigue proceso y juzga definitivamente sus negligencias y faltas. Pero si la falta es digna de revocación, reemplaza interinamente al empleado y envía los documentos al Rey, para que éste decida. Su ejercicio dura cinco años.

Los asuntos litigiosos, relacionados de algún modo con la administración, pasan a un abogado que tiene el título de Asesor de *Real Hacienda* (1) o de finanzas, quien dicta las sentencias sobre las conclusiones del Fiscal de Finanzas, pero las cuales no tienen valor hasta firmarlas el Intendente, quien puede, bajo su responsabilidad, dictar una sentencia diferente a la del Asesor, o hacer examinar los documentos por otro abogado para oír su opinión. Incumben también al Intendente el contrabando y las presas hechas en el mar a los enemigos del Estado, y son juzgados de la misma manera.

La apelación de las sentencias dictadas por el Intendente, se hace ante la Asamblea Superior de Rentas, de la cual vamos a hablar. En este caso la preside el Regente de la Audiencia y no el Intendente como de costumbre.

La agricultura, el comercio, y la navegación están bajo la inmediata protección del Intendente, quien debe consagrar todos sus cuidados y solicitud a estas tres grandes fuentes de prosperidad pública.

El Intendente no tiene derecho a reglamentar la agricultura pero puede transmitir al Rey sus observaciones sobre los medios de hacerla progresar. No está en el mismo caso con respecto al comercio y a la navegación, en los que puede reprimir los abusos y dictar reglas para perfeccionar el régimen, aunque siempre debe dar cuenta de estas medidas.

Al constituirlo Presidente nato de la Asamblea General del Consulado y Juez de Apelación de sus sentencias, se ve que el Rey quiso darle una gran influencia en las materias que

(1) En español en el original. (N. del T.)

forman las atribuciones de este Tribunal, creado con el único objeto de imprimir a las transacciones mercantiles y marítimas un movimiento capaz de excitar la industria y animar la agricultura.

La ciudad provee la casa del Intendente de una guardia continua y el Intendente recibe de los militares los honores de Mariscal de Campo. Su sueldo fijo es, como el de los Capitanes Generales, de 9.000 pesos puertos por año. Su parte en los comisos de contrabando y sus otros emolumentos doblan esta suma.

OFICIALES SUPERIORES DE ADUANAS

En todas las aduanas principales hay un Contador o Pagador y un Tesorero, que llevan el título de Oficiales Reales, y cuyas funciones son casi iguales.

El Contador lleva un registro separado en el cual debe firmar el Tesorero, y el Tesorero lleva otro registro en el que no firma el Contador.

El Tesorero goza, por la ley, de preferencia de alojamiento y siempre debe vivir en el edificio donde se encuentre la caja.

Ambos firman juntos todas las actas de administración. En caso de enfermedad, ausencia o impedimento de uno de los dos, el otro firma solo y su firma hace fe, con tal que se exprese el motivo que impidió firmar a su compañero. Cada uno de ellos tiene una llave de la caja que corresponde a una cerradura diferente, de tal modo que uno no puede abrirla sin el concurso del otro. Los oficiales superiores deben presentar fianza antes de entrar en ejercicio de su cargo, cada diez años se examina de nuevo la garantía, y si se ve que ésta ha disminuido hasta el punto de presentar dudas respecto a su solidez, se la hace renovar.

A los oficiales superiores, lo mismo que a sus mujeres y a sus hijos, les está prohibido poseer minas o casas y practicar cualquier clase de comercio.

Tanto ha previsto la ley que la intimidad en sus relaciones puede comprometer su circunspección, que les prohíbe hacerse acompañar en las fiestas y ceremonias públicas por cualquier persona a excepción de sus criados, bajo pena de una multa de 15 escudos de oro al particular que contravenga esta disposición, y de 10.000 maravedíes al Oficial Real que la infrinja.

Para evitar connivencias funestas a la contabilidad, todo Oficial Real que contraiga matrimonio entre la parentela de su colega, incurre en la pena de destitución, y para que ésta sea aplicable basta una proposición verbal o escrita.

Al mismo tiempo que la ley ha tomado todas las precauciones que dependen de ella para reprimir la inclinación del Oficial Real a la inexactitud o a la disipación, le ha designado, en la jerarquía de las autoridades constituidas, un lugar distinguido que le puede atraer la consideración pública. En todos los actos de gran ceremonia, los Oficiales Reales se colocan inmediatamente después de los *Contadores de Cuentas* (2), quienes van, o se sientan, después de la Audiencia. Se offician directamente con el Intendente y le someten todas sus dudas. Le pasan, además, una breve relación mensual de las cuentas, y una relación general cada año.

Tribunal de Cuentas (3)

Las cuentas de las aduanas y de los recibidores están sometidas a la revisión y control de un tribunal que se llama de *Cuentas* (4). Está compuesto este tribunal por dos oficiales que tienen el título de *Contadores Mayores* (5), y tres mil pesos fuertes de sueldo, cada uno. Tienen que revisar todas las cuentas antes de enviarlas a España. Obligan al pago a los administradores morosos o a los que no han cobrado según las tarifas, y ordenan la restitución de lo que se haya recibido de más, en una palabra, regularizan la contabilidad en todos sus puntos. Su jurisdicción es la misma que la de la Intendencia.

(2) En español en el original. (N. del T.)

(3) En español en el original. (N. del T.)

(4) En español en el original. (N. del T.)

(5) En español en el original. (N. del T.)

Asamblea Superior de Hacienda

Contra las sentencias del Tribunal de Cuentas y del Intendente se puede recurrir en apelación a una Asamblea Superior de Hacienda, compuesta por el Intendente, que la preside, el Regente de la Audiencia, y el Tesorero decano. Se abstienen de formar parte de esta asamblea los miembros de ella que han dictado la sentencia de apelación, y en este caso son sustituidos por sus colegas o por sus subalternos inmediatos.

Por esta sucinta descripción de las autoridades administrativas de Caracas, podría creerse que su régimen fiscal es muy sencillo y que está a cargo de muy pocas personas; pero, no hay que engañarse; fuera del mundo español no hay país en que sean más numerosas las personas encargadas de recoger los impuestos, en proporción al total de las rentas públicas.

IMPUESTOS

La especie y la teoría de los impuestos son poco más o menos las mismas en la América española que en la Metrópoli. No son aquí conocidos la capitación ni el impuesto territorial; pero el fisco se indemniza de ello bajo tantas otras denominaciones, que uno no sabe qué es más digno de admiración, si su habilidad o la resignación de los contribuyentes. Los colonos españoles no pueden sentir la exención del impuesto territorial, porque sus leyes los han apartado del horrendo cuadro que ofrecía el cobro de este impuesto en la antigua Francia. En los gobiernos españoles, las gabelas no pesan sino sobre la producción o sobre la renta.

Examinemos la naturaleza de estos derechos comenzando por el de alcabala, por ser el más antiguo y productivo.

Derecho de Alcabala

El derecho de Alcabala fue acordado a los Reyes de España en 1342, para proveer a los gastos de la guerra contra los moros, y principalmente para la toma de Algeciras. Esta

concesión estaba en un principio limitada a tres años, pero fue prolongada aun después que Algeciras estaba en poder de los Españoles. Este derecho en sus comienzos fue de un cinco por ciento, y en 1366, por un decreto dado en Burgos, se ascendió a un diez por ciento, pero con carácter provisional. No ha habido nunca, o al menos no he visto, ningún título nacional ni real que haya ordenado la percepción a perpetuidad. Para ello ha bastado el consentimiento tácito de la nación que jamás ha reclamado contra su recaudación ni ha censurado su clasificación entre los impuestos que todo Soberano tiene derecho a levantar para la tranquilidad y defensa del Estado.

Por otra parte, sería ocioso tratar de averiguar el verdadero carácter de ese impuesto, cuando hoy, cinco siglos de existencia le dan una legalidad que no lograrían quitarle los razonamientos más sutiles. Existe, pues, hoy un derecho real, verdaderamente unido al dominio del Rey. ¿Cuál será el derecho un poco antiguo que tenga un origen más respetable? La gabela o impuesto de la sal se estableció en Francia en tiempos de Felipe el Largo, con carácter provisional: a la talla o impuesto territorial dio motivo el proyecto de una segunda cruzada formada por San Luis, y ha debido cesar después de la expedición. Los subsidios no eran, al principio, sino un tributo voluntario del súbdito al Rey o del vasallo al señor, en momentos de urgente necesidad. Felipe de Valois fue el primero en hacerlos obligatorios con objeto de sostener la guerra contra los ingleses. La capitación o impuesto por cabeza fue introducida en Francia el 16 de Enero de 1695 sólo para atender momentáneamente a los gastos de la guerra que terminó con el tratado de Riswick, fue abolida después de la paz, pero establecida de nuevo en 1710 a causa de la guerra de sucesión, y sufrió diversas modificaciones en el monto de su cuota. Esta especie de embeleco de que tan a menudo se ven los gobiernos obligados a valerse, es ocasionado por la tenacidad con que el ciudadano se niega a deshacerse de una parte de su propiedad para que la sociedad le garantice la otra. Y esta tenacidad depende, a su vez, de que se quiere gozar de las ventajas de la sociedad sin soportar las consiguientes obligaciones. Así es que, cuando un impuesto, afianzado por una causa poderosa

de que nadie duda, es aceptado por el contribuyente, en lugar de hacer cesar el efecto con la causa, parece más sencillo y político mantener el impuesto al cual el contribuyente se ha sometido, en lugar de presentarle otro que tal vez rechace, por más justo que sea su objeto, o bien será difícil hacérselo pagar pues no tomará en cuenta el contribuyente que el nuevo derecho es la compensación del derecho suprimido. Pero me he alejado mucho del Derecho de Alcabala.

Numerosos autores han examinado si este tributo, impuesto para hacer la guerra a los moros, podía establecerse legítimamente en América, donde no existía esta causa; pero como han tratado de un hecho consumado y no de un proyecto, se han decidido por la afirmación: "Porque, dice Baldo, uno de estos examinadores, el Derecho de Alcabala, reconocido por las leyes del reino, puede incontestablemente, sin ninguna nueva concesión ni prorrogación, establecerse en todas las posesiones posteriormente unidas al Imperio Español". Sin embargo, los reyes españoles no exigieron en sus nuevos dominios el Derecho de Alcabala, sino mucho tiempo después de haberlos conquistado. La Real Cédula que lo estableció en Méjico data de 1574 y la que extendió esta disposición al Perú, de 1591. Al principio se le tasó en un dos por ciento, para hacerlo de más fácil percepción y se aumentó después en proporción a las necesidades del Estado y a la sumisión del pueblo.

En Tierra Firme, durante mucho tiempo se mantuvo este impuesto en el 2%; pero lo elevaron al 5% hace cosa de unos cincuenta años. La causa de este aumento fue la asonada que hubo en Caracas, en aquella época contra la Compañía Guipuzcoana. Tal acontecimiento hizo pensar en que la guarhición de Caracas debía componerse de tropas de línea que el país pagara mediante el aumento del Derecho de Alcabala.

Este derecho se percibe sobre todo lo que se vende, mueble o inmueble, y se exige rigurosamente a cada venta o reventa. Una propiedad cualquiera que, por vía de compra, cambia de dueño, debe pagar un 5% de su precio de venta. Un haz de leña paga este mismo derecho. Todas las mercancías, las producciones territoriales, los animales, las aves de corral,

los huevos, las legumbres, el forage, etc., quedan sujetos a este impuesto desde que se les pone en venta. Los comerciantes pagan el Derecho de Alcabala por ajuste. Cada año se hace un justiprecio de la tienda y se calcula un 5% sobre el valor de la venta presumible. No importa que el comerciante venda poco o mucho en el curso del año, de todos modos debe pagar lo ajustado.

En un país en que las transacciones civiles fueran más activas el fisco se tragaria todas las riquezas en poco tiempo, y obligaría a los habitantes a renunciar a toda clase de comercio, empresa o especulación. Pero gracias a la indolencia local, el Derecho de Alcabala no llega, en las provincias de Caracas, sino a 400.000 pesos fuertes anualmente.

También se paga, a la entrada y a la salida de los puertos, un derecho que llaman *Alcabala de Mar*. Es de un 4% en vez del 5%. En estas provincias ha producido:

En el año 1793, 150.862 pesos fuertes; en 1794, 151.408; en 1795, 105.251; en 1796, 130.644; y en 1797, solamente 10.248 pesos fuertes, porque el comercio marítimo fue casi suspendido en este último año.

Almojarifazgo

Los Españoles asimilaban, con razón, este derecho al que los Latinos llamaron *portorium*, porque únicamente se percibe sobre lo que se embarca o se desembarca, es decir, a la entrada o a la salida de los puertos. Entre los romanos se cobraba la octava parte de la cosa sometida a este impuesto. Recién descubierta América, quedó fijado en un 15% sobre todo lo que iba de España a las Indias Occidentales. A menudo se hicieron excepciones, temporales o indefinidas, con respecto a los países que se procuraba conquistar. Pero, poco a poco, quedó establecido en toda América.

(Tanto para lo que se refiere a su cantidad como al modo de ser cobrado véase el estado de los derechos inserto al fin del Capitulo VIII). Este derecho produjo, en el año 1793, en la jurisdicción de la Intendencia de Caracas, 187.727 pesos fuertes.

Armada y Armadilla

Estas palabras, en el caso presente, significan *marina militar*. Vienen a ser el nombre de un derecho para sufragar los gastos de los barcos que el Estado debe mantener en las costas de América, para protegerlas contra los piratas, quienes hacían con mucha facilidad sus incursiones, pues no encontraban oposición alguna.

Tiempo después se confió esta defensa a pequeños barcos armados, muy aptos para mantenerse sobre las costas y entrar en todos los puertos y embarcaderos; esto dio lugar a que se estableciera el derecho adicional conocido con el nombre de Armadilla, diminutivo de Armada.

Ya hace mucho tiempo que los piratas no visitan estas costas, sin embargo, el derecho destinado a rechazarlos existe y existirá probablemente hasta que se cambie del todo el actual sistema fiscal; lo que puede durar todavía algunos siglos.

La entrada del primero de estos derechos ascendió, en 1797 a 15.415 pesos fuertes, y el de Armadilla a 25.288 pesos fuertes, pero producen el doble generalmente. Se les cobra en las aduanas marítimas.

Derecho de Consulado y Avería

También se le percibe en las aduanas marítimas, y su producto se destina al pago de los empleados del Consulado, y el remanente para el fomento de la agricultura y el comercio. (Véase el artículo "Consulado" en el Capítulo VIII).

Aprovechamientos (6)

Esto significa bonificaciones. Se llama *aprovechamientos* las sumas que exceden al avalúo hecho antes de la venta de los objetos pertenecientes al Rey. Para el caso se abre una cuenta en las Tesorerías, en la que se apunta en el haber las cantidades que sobrepasen el precio fijado a dichos objetos

(6) En español en el original. (N. del T.)

después de su venta, y en el debe lo que falta para completar el precio, cuando esos objetos se venden por menos de lo que se habían avaluado. Por ejemplo, los objetos de contrabando, primeramente avaluados y vendidos en seguida, dan para esta cuenta la diferencia entre el producto de la venta y el primer justiprecio. También se apunta allí lo que sobra de papel timbrado o lo que se ha vendido de más, después de sus dos años de validez, etc. Está claro que lo que la administración española entiende por *aprovechamientos* es lo que los comerciantes llaman cuenta de pérdidas y ganancias. El saldo de los *aprovechamientos* en favor de la Caja fue, en 1797, de 1.970 pesos fuertes.

Es raro que pase de 3.000 pesos fuertes.

Tafias

El Gobierno Español impone a los fabricantes de tafia —o aguardiente de caña— la obligación de pagar un peso fuerte por cada barril que contenga un quintal de este producto. El impuesto alcanzó en 1797, a 32.091 pesos fuertes.

Aduanas de la Laguna (7)

Con este nombre se designa un mezquino derecho que se percibe en el Lago de Maracaibo. En 1793 alcanzó a 3.867 pesos; en 1794, a 21 pesos y los años siguientes a nada.

Pulperías (8)

Se llaman *pulperías* ciertas tiendas en que las bebidas alcohólicas constituyen la base del surtido. El permiso para este ramo de comercio se paga por anualidades. Las pulperías de las grandes ciudades pagan 30 pesos por el primer permiso; las de los campos pagan según la venta presumible. Las primeras pagan después, anualmente mucho menos, pero este im-

(7) En español en el original. (N. del T.)

(8) En español en el original. (N. del T.)

puesto no las libra del Derecho de Alcabala. La renta de pulperías ascendió en 1797 a 29.989 pesos fuertes; ordinariamente fluctúa entre 25 y 30 mil.

Composición de tierras

Hemos dicho en el Capítulo VII que las concesiones de tierras en las Indias Españolas no se hace gratis, como en nuestras Colonias; sino se subastan. El producto de estas ventas se llama, en finanzas, *composición de tierras* (9). Las tierras que por su situación podrían provocar competencias, están concedidas desde hace mucho tiempo, por consiguiente, la entrada proveniente de estas ventas debe ser de poca importancia. En efecto, en 1797 fue de 5.839 pesos fuertes; el año precedente había sido de 14.422.

Confirmación de tierras

Además del precio de la tierra, es preciso, para ser su propietario legal, obtener la confirmación del Intendente, que da los títulos auténticos. Por esto se paga un derecho que llaman *confirmación de tierras* y que produjo en 1797 3.566 pesos fuertes.

Arriendo de tierras

Es el producto del arriendo de las tierras pertenecientes al Rey. En las Provincias de Caracas sólo hay tierras de éstas en los alrededores de Barinas. Generalmente producen de 30 a 40 pesos fuertes por año.

CANOAS DE PASO DEL APURE

El alquiler de esta canoa, cuyo producto ingresa en las cajas reales, es alrededor de 300 pesos fuertes por año.

(9) En español en el original. (N. del T.)

Lanzas

El Rey concede el título de Marqués, de Conde, de Vizconde o de Barón, al español que se avergüenza de no haberlo recibido de sus abuelos, y que quiere sacrificar una parte de su fortuna para dejarle a sus descendientes un puesto en la sociedad. Además de las grandes protecciones que hay que emplear en la Corte, pagándolas bien, el Rey exige una fianza directa de 10.000 pesos fuertes. Se contenta S. M. con el interés anual de esta suma, si el titulario no quiere redimirse pagando el capital. Este interés constituye el derecho llamado de *lanzas*. Su producto aumenta las rentas públicas anualmente en 3 ó 4.000 pesos fuertes.

Medias Anatas

La Media Anata consiste en un derecho que se paga al ingreso de cualquier beneficio o empleo, (secular en este caso) y que equivale a la mitad de lo que dicho empleo produce en un año. En los cargos judiciales y administrativos no se paga sino una sola vez. Quien pasa a otro empleo más lucrativo paga la Media Anata del exceso de sus entradas, y en el caso de que haya honorarios, la mitad de la suma anual en que éstos están calculados. Los cargos meramente honoríficos pagan igualmente. Los Alcaldes elegidos cada año pagan $6\frac{1}{4}$ pesos fuertes.

Los honores de un empleo superior al que se ocupa pagan una Media Anata, que fija el Consejo de Indias. Están exentos de este impuesto los cargos de nueva creación.

Novenos Reales

Es la parte de los diezmos que se reserva al Rey. Por la bula de Alejandro VI, los reyes de España, encargados de conquistar las Indias Occidentales y de hacer prender en ellas los gérmenes de la Fe, adquirieron también su dominio eclesiástico. En virtud de esta concesión, los Reyes Católicos establecieron, por la Cédula de 5 de Octubre de 1501, los diezmos en todas sus posesiones de América. Su producto fue destinado

a construir Iglesias, a sostenerlas y pagar sus Ministros, en una palabra, a todo lo relativo al culto católico. Carlos V ordenó el 3 de Febrero de 1541 que el producto de los diezmos se dividiera en cuatro partes, de las cuales una sería entregada al Obispo, otra al Capitulo, para que se repartiera según las dignidades, y que las dos partes restantes se dividieran a su vez en nueve partes, las cuales se destinarían así: dos para el Rey, tres para la fundación de Iglesias y Hospitales y cuatro para pagar los curas y los otros empleados al servicio de los curas. La única modificación que ha introducido el tiempo en esta disposición ha sido la de reunir a los cuatro novenos de la mitad de los diezmos, los tres novenos reservados para la construcción de Iglesias y Hospitales, ya que los templos eran bastante numerosos y sólo de tarde en tarde había necesidad de construir alguno nuevo.

La administración de los diezmos corre a cargo del Obispo y del Capitulo, cuando aquéllos alcanzan para sus salarios y el Rey no se ve obligado a suministrarles, de su tesoro, ningún suplemento; pero la repartición de los diezmos debe hacerse en presencia de los Oficiales Reales y de un Oidor, en los lugares donde hay Audiencia, y la adjudicación no se hace sino a condición de que el adjudicatario pague directa y personalmente, a los Oficiales Reales los dos novenos que corresponden al Rey.

El diezmo se cobra a todos los hacendados y sobre toda clase de productos del país. Sólo es de un 5% en los géneros que exigen una elaboración costosa para hacerlos comerciables, como son el azúcar, el indigo y el café, pero se cobra rigurosamente el 10% sobre el cacao, el algodón, los granos, las caraotas, las legumbres, las semillas, el casabe, el ganado lanar, el cabrio, las gallinas, los patos, la leche, la mantequilla, el queso, la lana, las vacas, las yeguas, los mulos, los burros, toda clase de frutas, excepto el ananás, las raíces, las aceitunas, la jardinería, la miel, la cera, los enjambres, etc., etc.

El producto de los diezmos ha seguido necesariamente, el progreso del cultivo. Llegaron a tomar algún incremento en las Provincias de Caracas, después del establecimiento de la

Compañía Guipuzcoana, pues antes los géneros que se comerciaban con los holandeses de Curazao no pagaban diezmos a la Iglesia ni derechos al Rey.

En 1742, cuando la extensión del Obispado de Caracas, era tres veces mayor, los diezmos no alcanza-

ron sino a	89.372 p. ftes.
en 1735	92.872 " "
" 1736	100.148 " "
" 1737	96.734 " "
" 1738	81.328 " "

Pero en toda la Intendencia de Caracas los diezmos se han elevado:

en 1793	309.942 p. ftes.
" 1794	323.307 " "
" 1795	338.571 " "
" 1796	308.682 " "
" 1797	300.575 " "
Lo que hace como término medio	316.215 " "

Y se puede añadir a esta suma veinte y cinco por ciento, por administración y beneficio de los arrendatarios

79.053 " "

Así pues, los diezmos producen
anualmente

395.269 " "

Tributo de Indios

Es una especie de capitación impuesta a los indios civilizados, desde la edad de diez y ocho años hasta la de cincuenta. He tenido ocasión de hablar de esto en el Capítulo *Indios*; ahora basta con remitir a él al lector. Este impuesto mal percibido y peor pagado llega anualmente en todo el distrito de la Intendencia de Caracas, sólo a 25 ó 30.000 pesos fuertes, restando los gastos de percepción. Este impuesto se invierte en el pago de los misioneros doctrinarios. El Tesoro Real hace el cobro, paga los misioneros, guarda el exceso o cubre el déficit, según los casos.

Cargos Venales

En América como en España, el Rey vende todos los empleos de los Cabildos, menos lo de los Alcaldes, que son elegidos cada año. Los Notarios, los Procuradores, los Recibidores de la Audiencia, los Tasadores, etc., están obligados, para obtener sus provisiones, a entregar una contribución proporcional al valor del empleo, que los Oficiales Reales tienen derecho a fijar.

Al principio los empleos fueron adquiridos solamente por los titulares, pero por Cédula de 14 de Diciembre de 1606, se les permitió a los titulares vender sus oficios, siempre que en la primera dimisión los compradores desempeñaran el cargo por la mitad de sus emolumentos, y que en las ulteriores dimisiones lo desempeñaran por un tercio de su valor primitivo.

Para la validez de la venta se estableció, como condiciones, que los dimisionarios vivieran veinte días después de la venta, que el comprador tuviese los talentos y cualidades necesarias para ejercer bien las funciones del cargo, y que en el curso de setenta días después de la compra, presentara su título a la Audiencia o al Gobernador político para ser puesto en posesión. Además en los cuatro primeros años de ejercicio del empleo adquirido, debía obtener el comprador la confirmación del Rey, por lo cual, se paga un derecho que entra en la cuenta de los cargos venales. El producto de este ramo fiscal se reduce, en las Provincias de Caracas, de 6 a 8.000 pesos fuertes por año.

Papel timbrado

Por Cédula Real de 28 de Diciembre de 1638, el papel timbrado quedó establecido en América, como lo estaba en España. Desde entonces, toda acta pública, todo contrato, todo escrito judicial, debe hacerse en papel timbrado.

Este papel es de malísima calidad. Difiere poco del papel de estraza: se le envía de España ya timbrado, con una inscripción que determina los dos años de su validez, porque pa-

sados éstos, queda sin ningún valor. Se le reemplaza entonces por otro papel que la Metrópoli tiene cuidado de enviar de antemano. Cuando la guerra u otros acontecimientos impiden que se reciba a tiempo el nuevo papel timbrado, el gobierno prolonga la validez del primero, que no tendría ninguna sin este requisito.

Hay cuatro clases de papel timbrado, o mejor, cuatro sellos de diferentes precios. Sobre el papel de primera clase se escriben los títulos y las gracias acordadas por los Virreyes, los Presidentes de las Audiencias, los Tribunales de Cuentas, los Gobernadores, los Capitanes Generales o por cualquier otro Ministro de Justicia. Pero si el título no puede escribirse en una sola hoja, para las demás que se necesitan se emplea el papel de tercera clase. La hoja de papel de primera clase cuesta 6 pesos fuertes.

El papel de segunda clase sirve para todos los contratos, testamentos y en general para todas las actas que se hacen ante notarios. Sólo la primera hoja es de rigor; las restantes pueden ser de tercera clase. Cada hoja de segunda vale $1\frac{1}{2}$ peso fuerte.

Se emplea el papel de tercera para todo lo que se hace en justicia, ante los Virreyes, Cancillerías, Audiencias y toda clase de Tribunales y Jueces. La hoja de este papel vale $\frac{1}{2}$ peso fuerte.

El papel de cuarta clase está destinado para los despachos oficiales y para los escritos presentados por los pobres o por los indios. Cada hoja vale un sexto de peso fuerte.

Las entradas por papel timbrado en el distrito de la Audiencia de Caracas, son de 20 a 25.000 pesos fuertes anuales. Antes era mucho mayor, lo que prueba que la pasión por los procesos comienza a disminuir.

Bienes mostrencos

Estos son cosas extraviadas o perdidas, de las cuales se ignora el verdadero propietario. Quien las encuentre está obligado a entregarlas al Fisco, el cual se encarga de guardarlas

durante un año y pasado este tiempo se consideran como propiedad del Rey. Sin embargo, se le permite al dueño, aun después de transcurrido este plazo, hacer el reclamo, y si los Tribunales lo declaran justo, entra en posesión de la cosa perdida, pagando todos los gastos que haya ocasionado su cuido y alimento, lo mismo que los de justicia. Los bienes mostrencos son generalmente, animales o esclavos fugados y detenidos por la fuerza armada. Parece que entre los españoles, el dueño sabe guardar sus cosas, o que lo que se pierde queda tan bien perdido para el Fisco como para su propietario, pues esta especie sólo produce anualmente de 300 a 400 pesos fuertes.

Quinto de minas

En las Provincias de Caracas no hay minas de oro ni de plata en explotación, sólo existen las de cobre de Aroa, de las que no se saca todo el provecho que se podría sacar. Dan al Fisco un producto tan miserable que hay años en que no pasa de 40 pesos fuertes.

Hospitalidades

Es el descuento que se hace en la paga de los soldados que están en el Hospital. Llega, por lo general, de 4 a 5.000 pesos anuales.

Salinas

Toda la sal que se introduce en las Provincias de Venezuela, proveniente de las salinas situadas en las costas orientales de Caracas, paga al Rey un peso fuerte por quintal. Esto produce anualmente de 13 a 14.000 pesos fuertes.

Restituciones

Los confesores españoles hacen de la restitución de los derechos defraudados al Rey, una condición esencial para la absolución, y por esto hay en el Tesoro un registro destinado exclusivamente a anotar las sumas restituidas. Verdad es que

si se compara lo restituido con lo defraudado, se verá que este medio no es del todo eficaz, porque sobre 400.000 pesos fuertes de derechos defraudados anualmente, no vuelven al Tesoro sino 400 ó 500.

No obstante, debo decir, en elogio de las conciencias españolas, que no hay año en que las confesiones pascuales no impulsen a los particulares a restituciones notables. Los confesores son a menudo la vía por donde vuelve la cosa robada a su legítimo dueño. El nombre del penitente y las circunstancias del robo quedan en silencio. Al dueño le corresponde adivinarlos.

Confiscaciones

El Rey percibe, sobre el contrabando confiscado, los derechos que la mercancía hubiere debido pagar. El objeto confiscado se reparte luego entre el denunciador, si lo hay, el Intendente, el Consejo de Indias, los capturadores y el Rey. La parte que recibe el Fisco hace un total de 3 a 4.000 pesos fuertes por año.

Diezmos por cuenta del Rey

Es el producto total de los Diezmos de Guayana y de Cumaná, el cual entra entero en las cajas reales, porque éstas corren con todos los gastos que en otras partes se pagan con los diezmos. Cuando el Rey percibe los diezmos de un Obispado se dice que este es *obispado de caja*, en este caso está el de Guayana. Sus diezmos son de 20 a 25.000 pesos fuertes por año.

CORSO (10)

Así se llama un derecho que se paga a la entrada y a la salida de los puertos de mar, cuyo producto se utiliza en sostener los barcos empleados contra el contrabando. Es de 150.000 pesos fuertes por año.

(10) En español en el original. (N. del T.)

Guarapos y gallos

El guarapo es una bebida embriagante que resulta de la fermentación del agua de papelón. Está muy generalizada en Tierra Firme. Los indios y los negros la prefieren al mejor de los vinos. Los que la venden necesitan un permiso del arrendador, y por el cual tienen que pagar.

Las riñas de gallos tan populares entre los españoles, constituyen también un ramo de las rentas públicas. El Gobierno concede mediante el pago de cierta suma, el privilegio exclusivo de tener galleras. De éstas no hay más que una en cada ciudad, y está prohibido efectuar riñas de gallos fuera de las galleras públicas. Los productos de estos dos impuestos se emplean en sostener el Hospital de San Lázaro de Caracas.

Penas de Cámara (11)

Consisten en multas impuestas por los Tribunales. A pesar de la multitud de procesos, hay muy pocas multas que contribuyan a aumentar el Tesoro Real.

SUCESIONES VACANTES

En nuestras colonias, las herencias de personas muertas *ab intestato* y sin parientes conocidos, son mucho más numerosas que entre los Españoles, quienes radican en ellas y forman familia; por ello se encuentran siempre en las provincias americanas, parientes a quienes la ley entrega la herencia. Además, la prohibición de que los extranjeros se radiquen en los dominios españoles, contribuye a hacer más escasas las sucesiones vacantes. Si por casualidad cae alguna, siempre es de poca importancia, y proviene generalmente de algún europeo sorprendido por la muerte durante la corta estada que pensó hacer en América.

(11) En español en el original. (N. del T.)

MESADAS ECLESIASTICAS

Por esto se entiende la suma que pagan los curas a su nombramiento y que corresponde al producto del primer mes de curato. Se avalúa lo que el curato puede producir en un año y de ello recibe el Fisco la doceava parte, que el cura paga al ser nombrado. Sobre los Obispos pesa también este impuesto, cuyo monto se reserva el Rey para España.

Medias Anatas Eclesiásticas

Consisten en la renta de seis meses que pagan de las entradas de sus beneficios, los canónigos y prebendados al Fisco. El producto de este impuesto va también a España, lo mismo que el siguiente.

VACANTES MAYORES Y MENORES

Es una renta que consiste en los sueldos de los cargos de Obispos y Canónigos que quedan vacantes, y el Gobierno la percibe hasta que otro titular toma propiedad del cargo. Los fondos que produce se destinan al pago de los misioneros, a socorrer las viudas de los empleados que no tienen derecho a pensión y a otros fines piadosos. Lo restante se remite a España.

BULAS

Estaría completamente fuera de mi plan hablar de la bula de la santa cruzada, si no formase un ramo muy importante de las rentas del estado. La variedad de su precio, según la persona que la compre y según el objeto a que la aplique, me obliga a tratar su historia, aunque la abreviaré cuanto me sea posible.

Los reyes de España, siempre favorecidos por el papa, obtuvieron, en tiempo de las cruzadas, importantes dispensas para los españoles que se dedicaban a exterminar a los infieles. Las Bulas que contenían estas dispensas, eran tasadas y distribuidas por un comisario español, y lo que produjeran

debía emplearse en los gastos de la expedición. La manía de hacer entrar a tiros a la gente en el Paraíso, sufrió al fin la suerte de todas las manías: la razón la hizo desaparecer. Sin embargo, las Bulas continuaron viniendo de Roma, y en España continuaron vendiéndolas, considerando que las gracias que dispensaban eran bastante preciosas, y que la renta fiscal les sacaba mucho provecho, para renunciar a ellas.

Es verdad que el tiempo, que todo lo cambia y perfecciona, obligó a los Papas a darle a estas Bulas virtudes que no tenían al principio, y una división análoga a su objeto. Según la concesión primitiva de la Bula, nadie podía gozar sus favores si no se hallaba, en el momento, haciendo armas contra los infieles, o pagando a alguien que lo sustituyera. Pero, por medio de una tarifa, cada quien puede quedarse en su casa gozando de la Bula. Hoy hay cuatro clases de Bula: la Bula común de vivos, la de laticinios, la de muertos y la de composición.

Bula común de vivos

Todo cristiano español o residente en tierras de España, debe adquirir la primera de estas Bulas, que dura diez años. Las gracias que dispensa son generales, y abarcan los fines particulares a cada una de las otras tres aunque de un modo menos directo. Esta Bula tiene tan eminentes virtudes que me es imposible dejar de citar algunas.

Quien tenga esta Bula, puede ser absuelto, por cualquier sacerdote, de todos los crímenes, hasta los reservados. Sólo exceptúa el caso de heregia contumaz, pero de éste es inútil tratar, pues quien se halla en él, hará muy poco caso de la absolución.

Los poseedores de la Bula, sus parientes y su servicio, tienen derecho a oír misa aun en los tiempos de entredicho, a recibir los sacramentos y a ser enterrados en tierra bendecida.

Con la Bula, el sacerdote puede decir misa y el secular oírla una hora antes del día y una hora después del medio día. Sin embargo, hay autores que pretenden que este artículo

no puede ser acordado sino por el comisario general de la cruzada.

Quien tiene la Bula puede ser dispensado por cualquier confesor, de los votos que haya hecho, excepto los de castidad, de hacerse sacerdote, monje o monja y el de viajar por Tierra Santa.

Los juramentos hechos en nombre de Dios, resisten al poder de la Bula lo mismo que una mancha de aceite al jabón.

Por medio de la Bula se ganan en América las indulgencias que se obtienen en Roma con las Estaciones.

Un solo día de ayuno y algunas oraciones, valen al dueño de la Bula la rebaja de quince veces quince cuarentenas de la penitencia que le había sido impuesta.

En los días de abstinencia, con tal que el secular tenga la Bula, puede comer de todo menos carne, pero aún esto le está permitido si la debilidad de su temperamento o alguna ligera indisposición le hacen temer por su salud. Desde el primero de Enero de 1804, la Bula dispensa de la abstinencia de los viernes y de casi toda la cuaresma.

El que ha comprado las Bulas de Vivos, obtiene por duplicado todas las gracias que cada una acuerda.

Bula de Lacticinios

Todos los fieles tienen la facultad, por la Bula común de vivos de tomar leche y comer huevos en la cuaresma, pero no los eclesiásticos, de quienes la iglesia tiene mayores derechos a esperar más exactitud en la observancia de sus leyes. Ha sido preciso, pues, establecer otra Bula especial, para levantarles la prohibición de la leche y de los huevos, durante la cuaresma. Esto es precisamente, el objeto único de la Bula de Lacticinios. Todo eclesiástico menor de sesenta años, debe tomarla a más de las de vivos, si no quiere provocar la cólera celeste, por la transgresión de las leyes de la iglesia sobre los huevos y la leche.

Bula de muertos

La Bula de Muertos es una especie de tarjeta de entrada al Paraíso, que permite franquear el fuego del purgatorio y conduce directamente a la mansión de los bienaventurados. Pero cada una de estas Bulas no sirve sino para una sola alma. Así, en el momento en que expira un español, sus parientes envían a alguien al Tesoro a comprar una Bula de Muertos, en la que se escribe el nombre del difunto. Cuando la familia de éste es tan pobre que no puede comprar la Bula de Muertos^a es decir, cuando está reducida a la última miseria, se van por la ciudad mendigando para comprar la Bula. Si el éxito no llega a coronar la empresa, entonces son los llantos, los gritos espantosos, que expresan menos el dolor de la muerte del pariente que el no poder proveer su alma del trascendental pasaporte.

La virtud de esta Bula no se limita sólo a impedir el paso por el purgatorio, sino que puede hacer salir el alma que, semejante al amianto, se blanquea en las llamas. También se tiene la facultad de designar el alma a quien se quiere librar. Basta con escribir en la Bula el nombre de la persona que ella animó en este bajo mundo, y al instante se abrirán para ella las puertas del cielo. Es siempre necesario una Bula para cada alma, pero se pueden tomar todas las Bulas que se deseen, con tal que se paguen. Con piedad y riqueza, es pues, muy fácil desocupar el purgatorio, el cual no permanecerá, cierto es, mucho tiempo despoblado, porque la muerte, que no cesa de cosechar, renueva a cada momento sus habitantes.

Bula de Composición

La Bula de Composición es sin duda aquélla cuyos efectos son más sensibles, más próximos y más singulares. Tiene la inconcebible virtud de transmitir al injusto poseedor de los bienes ajenos, la propiedad de todo lo que haya podido robar a ignorancia de las leyes. No se exige para su validez sino una condición, que consiste en que el robo no se haga pensando en el apoyo que le puede prestar la Bula. El pudor ha hecho agregar la condición de que no se conozca el primer propie-

tario de la cosa robada, pero, por los casos especificados para su aplicación se ve que esta última condición es ilusoria, pues encuéntrase, en un volumen impreso en Toledo en 1758, por orden del Comisario General de la Santa Cruzada, sobre las virtudes de las bulas, que la Bula de Composición favorece a quienes poseen bienes que deberían restituir a la Iglesia o emplearlos en obras piadosas, o bienes que no han sido ganados legítimamente por medio de oraciones. La Bula de Composición favorece también a los deudores que no pueden encontrar a su acreedor, o cuando las condiciones del préstamo son onerosas; favorece al heredero que retiene la totalidad de una herencia en la que existen legados, aunque éstos sean a favor de un Hospital. Si al cabo de un año no le ha sido reclamada la manda, la Bula de Composición permite al tenedor quedarse con la mitad del legado, y entregar la otra mitad. Favorece también, de un modo pleno, a aquéllos que no conocen el propietario de los bienes que poseen injustamente. Así, pues, un reloj, un diamante, una bolsa llena de oro, robados en medio de la multitud, se convierten, por la Bula de Composición en propiedad del ladrón. En fin, la Bula hace desaparecer el remordimiento del comerciante enriquecido con la adulteración de las pesas y medidas. La Bula de Composición le asegura la propiedad de todo lo que él ha adquirido por medios que deberían conducirlo al cadalso.

Uno mismo avalúa el objeto que quiere adquirir por medio de la Bula de Composición, y va a comprar las bulas necesarias para que el precio de éstas sea equivalente al seis por ciento del capital que se desea guardar. Sin embargo, no se pueden tomar más de cincuenta bulas por año. Si el precio total de ellas no completa el seis por ciento de lo que se retiene, hay que recurrir al muy ilustre Comisario de la Santa Cruzada, quien puede extender cuanto quiera esta facultad y reducir su tasa.

Ninguna Bula tiene virtud antes de haber sido pagada, y de quedar escrito en ella el nombre y apellido de la persona que la ha adquirido.

Las Bulas de la Santa Cruzada están en castellano, en una hoja de papel común, en caracteres medio góticos y muy mal impresos.

Cada dos años se publica la nueva Bula de la Cruzada, con gran aparato y solemnidad. La ceremonia se celebra en Caracas el día de San Juan, y en los otros lugares el de San Miguel.

Las Bulas se depositan al principio en el Convento de las Concepciones.

Las autoridades y el pueblo van a buscarlas triunfalmente, para colocarlas en la Catedral, sobre una mesa ricamente decorada, entonces hay una gran misa y un sermón consagrado por entero a analizar las infinitas gracias de la Bula. El Comisario de la Santa Cruzada, que generalmente es un Canónigo, ocupa el primer puesto en esta solemnidad. Este primer puesto le está de tal modo consagrado al Comisario, que, en el embarazo de saber si debe cedérsele al Obispo, se encuentra más cómodo recomendarle al Prelado que no asista a la fiesta.

Después de la misa todos los fieles se aproximan a la mesa donde están las Bulas, para tomar cada quien una análoga a sus facultades y a su rango, porque el precio de las Bulas varía según el empleo y riquezas de quienes la toman, aunque sin embargo, todas tienen las mismas virtudes, a pesar de su diferencia de precios, con tal que no se haga fraude al tomarlas, quien toma una Bula inferior en precio a la que le corresponde por su rango y fortuna, no gozará de ninguna de sus gracias.

He aquí la tarifa más reciente de las Bulas: "Sus precios están más elevados, dice el Comisario General de la Cruzada, en su mandamiento fechado en Madrid el 14 de Setiembre de 1801, a causa de los nuevos cargos del Estado, y la necesidad de recoger los bonos reales que la penuria de dinero obligó a emitir durante la guerra".

BULA COMUN DE VIVOS

Primera clase

Los Virreyes deben pagar 15 pesos fuertes para esta Bula y lo mismo sus mujeres.

Segunda clase

A razón de 3 pesos fuertes para los Arzobispos, Obispos, Inquisidores, Abades, Priors, Canónigos de Catedrales, o Colegiatas, Duques, Marqueses, Condes, Vizcondes, Señores, Capitanes Generales, Tenientes Generales, Mariscales de Campo, Brigadieres, Coroneles, aun cuando no tengan sino el grado, Presidentes, Consejeros, Alcaldes y Fiscales, aunque no sean sino honorarios, Alguaciles Mayores, Secretarios, Relatores de las Audiencias Reales, Caballeros de las Ordenes Militares, Secretarios del Rey, comprendiendo también los honorarios, Oficiales Reales, Gobernadores, Corregidores, Alcaldes de Fuertes y Ciudades, particulares que poseen más de 12.000 pesos fuertes de fortuna, Alcaldes Ordinarios y Regidores de los pueblos, cuyo capital sea mayor de 1.200 pesos fuertes. Las mujeres de todos los anteriores están sujetas a la misma tarifa que sus maridos.

Tercera clase

La Bula de 1½ peso fuerte, para todo capitalista de 6.000 pesos fuertes.

Cuarta clase

Todas las demás personas, de cualquier estado y profesión, pagan esta Bula de 2½ reales a ocho.

BULAS DE LACTICINIOS

Primera clase

Los Patriarcas, los Primados, los Arzobispos, los Obispos, y los Abades, deben pagar por esta Bula 6 pesos fuertes cada uno.

Segunda clase

Los Canónigos Dignatarios de las Catedrales y los Inquisidores, que la pagan a 3 pesos fuertes.

Tercera clase

Los Prebendados de las Catedrales y los Curas de Parroquia, la pagan a 1½ pesos fuertes.

Cuarta clase

Los demás sacerdotes seculares que deben dar por esta Bula 3 reales de a ocho.

BULA DE COMPOSICION

Todo el mundo paga 2¼ pesos fuertes por esta Bula.

BULA DE MUERTOS

Primera clase

Todas las personas comprendidas en las tres primeras clases de la Bula de Vivos, deben pagar la Bula de Muertos 6 reales de a ocho.

Segunda clase

Son los comprendidos en la cuarta clase de la Bula de Vivos y pagan la de Muertos a razón de 2½ reales de a ocho.

VENTA EXCLUSIVA DE TABACO

De todos los impuestos que se perciben en la extensión de la Intendencia de Caracas, el más productivo y reciente es el del tabaco. Antes de 1777 era el tabaco, como dijimos en el Capítulo VIII, al tratar de los demás géneros, cultivable y comerciable por todo el mundo. Pero tan pronto llegó a figurar con alguna importancia en el cultivo y en el comercio, lo destinaron a engrosar las rentas públicas. Sin embargo, se dio entonces a elegir a los habitantes de Caracas entre someterse a

la venta exclusiva del tabaco, como hacía tiempo estaba establecida en Méjico y en el Perú, o pagar al Rey una contribución equivalente a doce pesos fuertes por quintal, sobre todo el tabaco cosechado y preparado.

Es de admirarse esta opción que pocos otros gobiernos hubieran propuesto, y de aplaudirse las otras disposiciones de la Cédula de 24 de Junio de 1777 que tendían, en conjunto, a achacar esta innovación a los gastos preparatorios de una guerra que entonces parecía próxima, y a la necesidad de aumentar los gastos de gobierno y defensa que era necesario hacer, a medida que estas Provincias aumentaban de población y riqueza. Por su parte los habitantes no dejaron oír ningún murmullo. Así se puede decir que jamás ha habido impuesto solicitado con tanta cortesía, ni consentido con tanta sumisión. Todas las dificultades que sobrevinieron después se debieron más a defectos de cálculo de parte de los habitantes que a resistencia, y más a la aspereza de los empleados del Fisco que al rigor del Monarca, como es necesario convencerse por los hechos que luego acaecieron.

El Comisario encargado de poner en ejecución esta Cédula fue el señor Avalos, primer Intendente de Caracas, quien no se ocupó de esto sino en 1779. Los primeros indicios le hicieron pensar que las Provincias preferirían el impuesto personal a la venta exclusiva de tabaco; y, según esta opinión, repartió en todas las ciudades, pueblos y aldeas, una imposición cuyo total se elevaba a 159.084 pesos fuertes, de los cuales correspondían a Caracas 11.470; a La Victoria, 2.851; a La Guaira, 862; a Turmero, 3.550; a Maracaibo, 2.930; a Valencia, 3.114; a Coro, 2.233; a Puerto Cabello, 1.031; a Barquisimeto, 5.972; a Carora, 3.412; a Guanare, 2.693; a San Felipe, 3.402, etc.

Era notable en esta imposición, que no parecía que ella debiera seguir la progresión del cultivo del tabaco. El silencio a este respecto indicó también que al abono del impuesto debería efectuarse de tal modo que el uso y el comercio del tabaco, en todas las Provincias de la Intendencia de Caracas, quedarían libres de todo derecho ulterior, de toda traba y toda

formalidad. El Intendente no cumplió en esto el sentido de la Cédula, que era reservar a las Cajas Reales 12 pesos fuertes por cada quintal de tabaco cosechado. Pero ese error, esta inadvertencia o esta omisión del Intendente, iba en pro de los habitantes de Caracas, quienes hubieran podido reclamar siempre, por esta suma anual, la entera franquicia del tabaco.

Esta ventaja no fue advertida. El Cabildo de Caracas y después de él, todos los de las diferentes provincias vieron en esta imposición un horroroso tributo que asimilaba los Españoles a los Indios, o una capitación que les confundía a todos en la clase de pecheros. Entre los partidos se escogió el peor. Se cedió todo al amor propio y nada al interés, todo al despecho y nada a la razón. Se prefirió la venta exclusiva del tabaco a una contribución que se veía como el estigma de la deshonra y de la servidumbre.

El Intendente juzgó la determinación de todos los cabildos por la que el de Caracas tomó y le envió, el 26 de abril de 1779 y juzgando bien, desde el día siguiente dictó las medidas para la venta exclusiva de tabaco.

Inmediatamente fueron prohibidas las plantaciones. Todos los que tenían tabaco recibieron orden de llevarlo a los almacenes reales, para venderlo a un precio muy módico. La venta y el despacho de tabaco fue prohibido bajo penas muy severas, y se concentraron en "estancos" u oficinas de tabaco. Se escogieron los lugares para plantaciones de tabaco en territorios donde parecía fácil impedir el contrabando, y nadie pudo cultivarlo sin un permiso expreso de la administración y bajo su vigilancia. Una nube de fiscales cubrió el suelo de estas Provincias, como la langosta cubrió el suelo de Egipto. El recurso que ofrecía la libre cultura del tabaco quedó anulado. Los desgraciados que hasta entonces habían vivido de su producto, se vieron condenados a la más espantosa miseria. La parte menesterosa de las poblaciones, a la que la fácil manufactura y lo poco penoso de la venta del tabaco alimentaba, fue obligada a dividirse, según la edad y el sexo, entre el ejercicio escandaloso del vicio y el humillante de la mendicidad. Un resultado tan funesto debía provocar, y provocó en efecto, los más fuertes clamores.

La generalidad comprendió que había dejado escapar la ocasión. Se procuró hacerla renacer. Se dirigieron al Rey y lo encontraron dispuesto a conciliar las necesidades con las conveniencias de la contribución. Una Cédula Real de 31 de Octubre de 1792, ordenó la abolición de la venta exclusiva de tabaco en las Provincias de la Intendencia de Caracas, "con tal que los habitantes pagasen, por vía de contribución, la misma suma que la administración de tabaco producía entonces". Esta condición difería de la de la Cédula de 1777, en que no imponía más impuesto que el de tres pesos fuertes por arroba, o sean doce por quintal; pero dicho impuesto debía seguir la progresión del cultivo del tabaco, aunque el Intendente Avalos lo hubiese considerado como casi fijo; mientras que la condición de 31 de Octubre de 1792, determinó invariablemente la suma del nuevo impuesto según la que entonces producía la venta exclusiva.

Esta nueva disposición del Rey dio materia para muchos escritos, muchos debates y poco esclarecimiento. Hubo mucha agitación para no salir del mismo punto.

El Intendente Don Esteban Fernández de León, envió oficialmente esta última Cédula al Cabildo de Caracas el 14 de Enero de 1793, invitándolo a nombrar inmediatamente personas que asistieran a la liquidación de lo que producía la venta del tabaco, a fin de que pudiera obtener de los habitantes igual suma, que se pagaría por trimestre, por semestre o por año al Tesoro. También preveía la conveniencia de tomar como tipo el término medio de los cinco años de 1788 a 1792.

El Cabildo respondió, el 19 del mismo mes, lo que hubiera debido responder el 26 de Abril de 1779, que este asunto era común a todas las ciudades y pueblos de la jurisdicción de la Intendencia de Caracas y que iba a invitarlos a nombrar Diputados que pudiesen concurrir con el Cabildo de Caracas a tomar una determinación uniforme.

Casi todos los Cabildos, al recibir la invitación mandaron sus Diputados. Algunos solicitaron datos para aclarar su deliberación; pero todos estaban unánimes en el deseo de la abolición de la venta exclusiva, y no diferían sino en el modo de reemplazar el impuesto.

Sólo el Cabildo de Barinas votó, el 3 de Abril de 1793, por la continuación de la venta exclusiva. Sostenía que, en su principio, este impuesto tenía todos los caracteres de una vejación, pero que se había mejorado de tal modo que, para aquella época, constituía la felicidad de los habitantes de Barinas; que su supresión sería la ruina de los cultivos y de los pobladores, porque los adelantos que la administración hacía para la cultura del tabaco, eran su único nervio y su único sostén; que suprimido este fomento tenía que venir la miseria general; y que así pues, el Cabildo de Barinas se creía dispensado de concurrir a una operación que no aprobaba.

¡Es cierto, pues, que una misma medida no convendrá jamás a todos los individuos! ¿Cuál es, pues, la ley que podrá reunir los sufragios de todo un pueblo cuando ésta que tenía por objeto romper las cadenas de un monopolio y volver la libertad a la industria y al comercio, encontró detractores? Felizmente que, para el descargo de la imaginación, se halla una explicación de este extravagante deseo del Cabildo de Barinas, en una memoria muy metódica, detallada e instructiva, fechada en Caracas, el 7 de Octubre de 1794, y firmada por La Torre, Sanz y Escalona, Diputados por los Cabildos de Valencia y El Tocuyo, en la que se ve que los miembros del Cabildo de Barinas votaron por el sostenimiento de la administración de tabaco, menos por las ventajas que de ello sacaba la Provincia, que por sus propios y personales beneficios. ¡Hombres viles y sórdidos, que vuestros nombres pasen a la posteridad con todos los epítetos del desprecio!

Los Diputados de los otros Cabildos se reunieron en Caracas. Se estableció una lucha entre ellos y el Intendente, en la que se empleó mucho papel y demasiado tiempo.

Los primeros solicitaron que la venta exclusiva fuese abolida, y que todo el mundo recobrara la libertad de cultivar el tabaco, y que su comercio y consumo saliesen del círculo de las combinaciones fiscales. Las razones en que apoyaban sus pretensiones eran perentorias; pero no se quiso admitir por cuenta del impuesto reemplazante, el monto que la venta exclusiva había producido anualmente, tomando como término

medio el de los años de 1788 a 1792, sino sobre el producto que ella había dado desde su establecimiento, y para el pago de esta suma se consentía en un impuesto de 12 pesos fuertes por quintal, cuya percepción se haría como la de los otros derechos.

El Intendente objetaba que la cuota de la suma que se quería imponer, para compensar el producto de la venta exclusiva del tabaco, lo más juiciosamente que se podía fijar era sobre el término medio de los años de 1788 y 1792, que sólo montaba a 428.000 pesos fuertes; mientras que de seguir literalmente la orden del Rey de 31 de Octubre de 1792, debía ser la cuota sobre lo producido aquel año, o sea 494.654 pesos fuertes, en lugar de la suma anterior. Pero pretendía el Intendente que este nuevo impuesto debía aumentarse cada año en proporción al cultivo del tabaco; lo que no era justo, pues la orden del Rey determinaba el impuesto en lo que por el momento producía la administración del tabaco: *la misma cantidad que ahora produce la mencionada renta* (12).

En cuanto a los doce pesos fuertes por quintal que se proponían imponer sobre el tabaco para llegar a la suma exigida, el Intendente encontraba este medio insuficiente, por la facilidad que había entonces de defraudarlo. Proponía reunir este impuesto a un derecho de cinco por ciento sobre todo lo que entrara o saliere por las Aduanas Marítimas, para cubrir el déficit, en caso de que lo hubiera.

De una parte y de otra se llenaron resmas de papel, y los puntos de divergencia continuaron lo mismo. Los quince años de existencia de la venta exclusiva del tabaco habían hecho conocer sus ventajas, para poder sustraerse de ella con la misma facilidad con que se hubiera podido lograrlo antes de su establecimiento. Todos los razonamientos, las conjeturas, las hipótesis, caían ante la evidencia de los cálculos fiscales. Y se pensó, que no pudiendo convencer al Intendente, convenía hacerlo odioso. El Cabildo de Caracas aseguró que la administración adulteraba al tabaco en su preparación. El Sin-

(12) En español en el original. (N. del T.)

dico General, Don Luis López Méndez, provocó en Diciembre de 1794 una información sobre la mala calidad de los tabacos que vendía el estanco.

Se oyó a veinte testigos, y todos declararon que el tabaco que expendía la administración era muy malo y nocivo a la salud.

Se dice que la guerra obligó a dejar las cosas en este estado, pero la paz de Amiens, que la terminó, no les imprimió ningún nuevo movimiento.

Y mientras tanto los únicos que cultivan tabaco en Tierra Firme, son los particulares que tienen permiso del Director de la Administración o de sus antecesores, y sólo en la extensión designada por el Intendente. Los cultivadores le entregan el tabaco al Rey, quien lo paga, según la calidad, a los precios dichos en el Capítulo VIII, artículo tabaco. La Administración lo vende en los estancos a los precios siguientes:

Todo el tabaco en rama, sin distinción de calidad, es decir: el que la Administración paga a 11 pesos fuertes el quintal, como el que ha pagado a 3 pesos fuertes, lo vende

a	50 pesos fuertes
El zumo de tabaco moo y urao	100 " "
chimó	200 " "
Tabaco en polvo fino de la Habana . .	300 " "
Rapé	200 " "

✓ Dudo de que en la historia fiscal se encuentre un impuesto que haya progresado tan rápidamente, como el del tabaco en las Provincias de Caracas. En los ocho últimos meses de 1779, época de su establecimiento, dio un producto neto de 77.139 pesos fuertes; en 1781, 154.235½; en 1782, 300.319; en 1788, 368.922; en 1791, 405.103; en 1793, 526.353; y en 1802, 724.430. Estas sumas no provienen exclusivamente del tabaco que se consume en las Provincias de la dirección de Caracas, cuyo distrito es el mismo que el de la Intendencia, sino de todo el que se cosecha en las plantaciones de la Administración. Aunque el consumo de tabaco es muy fuerte entre los españoles, pues todo el mundo fuma, queda sin embargo

un excedente anual considerable, que la administración vende a los extranjeros. Se paga el tabaco en mercancías secas o en negros, a razón de veinte pesos fuertes el quintal de primera calidad.

Antes de la guerra que terminó con la paz de Amiens, la administración española enviaba a Amsterdam todo el tabaco que sobraba del consumo de las Provincias. Allí se vendía por cuenta del Rey, y los fondos se llevaban a España. Todo anuncia hoy que las cosas volverán por el antiguo camino tan pronto como se llenen los mercados que existen en este momento (1804) a menos que la guerra no obligue a renovarlos.

Todos los fondos que provienen del tabaco consumido en las Provincias, o exportado, deben ser enviados a España, y vertidos en el tesoro real. Pero, cuando el producto de los derechos locales no puede cubrir enteramente los gastos, la administración de tabaco suple el déficit, y el resto se envía a España.

Para no privar a las Provincias del numerario, no se le hace pasar en especies. Se les da por partes de 15, 20, 30 y 50.000 pesos fuertes a los españoles domiciliados en las Provincias, quienes suministran sus letras de cambio sobre Cádiz a seis u ocho meses y dan caución en Caracas por su pago. Con este dinero compran sus géneros y los envían por su cuenta a Cádiz, donde son vendidos. Sobre su producto se pagan las letras de cambio. Los beneficios o las pérdidas de la especulación van por cuenta de los libradores.

RESULTADO

Es raro que la totalidad de los derechos locales pueda cubrir los gastos interiores. Y sobre todo, después de 1796 es que los impuestos establecidos en las Provincias de Caracas dejan mayor déficit. Años ha habido en que todos los productos del tabaco no han bastado para establecer el balance entre las entradas y salidas. En 1801 la Intendencia de Caracas se vio obligada a tomar prestado en las cajas de Santa Fé, una suma de 200.000 pesos fuertes que se envió en

oro y por tierra. Sin embargo, el equilibrio se restableció en ese momento mediante 100 a 150.000 pesos fuertes que suministró la Caja de la Administración de Tabaco. Los derechos cuya percepción está en mayor decadencia son los de aduana. La de La Guaira que tenía entrada de 6 a 700.000 pesos fuertes, hoy no produce sino una tercera parte de esta suma. ¿Cuál es la causa? La disminución de la producción territorial.

Creo que el mejor modo de terminar este capítulo es con el estado de las entradas y salidas de estas Provincias. En él se comprenderán los fondos que provienen del tabaco, puesto que se administran por separado, y tienen sus cajas y su destino particulares.

ESTADO DE LAS ENTRADAS Y SALIDAS EN TODO LOS RAMOS DE LA INTENDENCIA DE CARACAS

Años	Entradas liquidadas por todas las contri- buciones	Gastos de todas clases	Balance	
			Favorable	Desfavorable
	Pesos fuertes	Pesos fuertes	Pesos fuertes	Pesos fuertes
1793	1.313.188 $\frac{1}{4}$	1.503.583 $\frac{3}{8}$		191.365 $\frac{1}{2}$
1794	1.561.931	1.639.900		77.969
1795	1.443.056	1.549.874		106.817
1796	1.389.804	1.049.247	340.565	
1797	1.140.788	1.886.363		745.475

NOTA.—No se ha comprendido en este estado la entrada de las Bulas, que monta anualmente a 26.000 pesos fuertes, ni la de la venta exclusiva de tabaco que se eleva, deduciendo sus gastos, a 700.000 pesos fuertes por año.

CAPITULO DECIMO

Descripción de las ciudades

Gobernación de Venezuela.— Caracas. Sus prerrogativas. Temperatura. Meteorología. Situación. Aguas. Calles. Plazas públicas. Casas. Edificios Públicos. Su Obispado. Catedral. Iglesias y Conventos. Prácticas religiosas. Costumbres religiosas de las mujeres. Costumbres de penitencia. Fiestas. Nuestra Señora de la Copacabana. Nuestra Señora de la Soledad. Teatro. Juego de Pelota. Habitantes. Blancos europeos. Mujeres. Esclavos domésticos. Libertos. Universidad. Policía. Mendicidad. Comunicaciones con el interior. Con España. Comerciantes. La Guaira.—Puerto Cabello.—Vadencia.—Maracay.—Turmero.— La Victoria.— Coro.— Carora.— Barquisimeto.— El Tocuyo.— Guanare.— Araure.— Calabozo.— San Juan Bautista del Pao.— San Luis de Cura.— San Sebastián de los Reyes.— San Felipe.— Nirgua.— San Carlos. —Gobierno de Cumaná.— Cumaná.— Cumanacoa.— Cariaco.—Nueva Barcelona.—Concepción del Pao.—Gobierno de la Isla de Margarita.— Gobierno de Maracaibo. Maracaibo.— Mérida.— Trujillo.— Gobierno de Barinas.— San Jaime.— San Fernando de Apure.

Para satisfacer en lo que pueda la curiosidad del lector acerca de Provincias tan desconocidas hoy en el mundo político, como aquellas regiones de China más cerradas a los extranjeros, será conveniente añadir a las nociones generales expuestas en los anteriores capítulos, otras particulares, que sean como desarrollo de lo que hasta ahora sólo he esbozado respecto a las costumbres, las instituciones políticas y sobre la situación e importancia de las ciudades.

La uniformidad de carácter y de usos no permite apreciar muy marcadas diferencias entre las costumbres de una ciudad y otras. Para formarse una idea de las ciudades secundarias, le bastaría al lector la descripción de la capital, de donde salen el tono, las modas, las innovaciones. Sin embargo, me creo obligado a consignar ciertos matices formados por la diferencia de parajes y producciones.

Esta descripción se hará por Provincias, para dar a conocer la composición e importancia de éstas. Como los honores de primacia se deben por todos respectos a la Provincia de Venezuela, comenzaremos por ella y por la capital de estos inmensos países.

PROVINCIA DE VENEZUELA

Caracas

Esta ciudad, situada a 10° 31' de latitud Norte y a 69° 3' longitud occidental del meridiano de París, fue fundada por Diego de Losada en 1567; cuarenta y siete años después de Cumaná, treinta y nueve después de Coro, treinta y tres después de Barcelona, y quince después de Barquisimeto.

Sus prerrogativas

Es capital no sólo de la Provincia de Venezuela, sino también del inmenso territorio ocupado por los Gobiernos de Maracaibo, Barinas, Guayana, Cumaná y la isla de Margarita, ya que en ella tienen su asiento la Capitanía General, cuya autoridad política y militar se extiende a todas estas Provincias; la Real Audiencia, la Intendencia y el Consulado, cuyas jurisdicciones son las mismas que la del Capitán General.

Temperatura

Su temperatura no corresponde en absoluto a la latitud en que se halla. En vez de un calor insoportable, como parece que debiera sentirse a tan corta distancia del ecuador, la primavera reina allí casi de continuo. Goza de esta ventaja gracias a su altura de cuatrocientas sesenta toesas sobre el nivel del mar.

Sin embargo, no hay día en que el sol no trate de hacer valer en Caracas los derechos que ejerce en todas las regiones situadas en la misma latitud; pero la situación topográfica de la ciudad se los disputa con ventaja. De estas transi-

ciones del calor de la zona tórrida al frescor de las templadas, resultan frecuentes enfermedades, sobre todo la llamada catarro por los Españoles.

Meteorología

Variaciones del termómetro Farenheit en Caracas.

Invierno

Generalmente, a las	6 a. m.	58
" " "	2 p. m.	73
" " "	10 p. m.	68
Máximum		76
Mínimum		52

Verano

Generalmente, a las	6 a. m.	72
" " "	2 p. m.	79
" " "	10 p.m.	75
Máximum		85
Mínimum		69

Humedad según el higrómetro de Duluc

Generalmente	47
Máximum	58
Mínimum	37

Mareas atmosféricas

El mercurio, que sube en las regiones más meridionales de Europa en las variaciones de la atmósfera hasta once líneas sobre la altura barométrica de París, no pasa, en la Parte Oriental de Tierra Firme, más allá de dos líneas.

En Caracas se observan, en todas las estaciones, cuatro pequeñas mareas atmosféricas cada veinte y cuatro horas; dos en el día y dos en la noche.

Azul del cielo, según el cyanómetro de Seaussure

Generalmente 18

Oxígeno y nitrógeno

En cien partes de aire, veinte y ocho de oxígeno y setenta y dos de nitrógeno. Máximum del oxígeno: veinte y nueve; mínimum, veinte y siete y medio.

Declinación magnética

El 27 de Setiembre de 1799, 4° 38' 45"

Inclinación del polo: generalmente, 43, 52|100

Oscilaciones del péndulo

En quince minutos, mil doscientas setenta oscilaciones.

Situación

Caracas se levanta en un valle de cuatro leguas, orientando de Este a Oeste, entre las montañas que bordean el mar desde Coro hasta Cumaná. Está como en una hoya de esa misma cadena, pues tiene al Norte y al Sur montañas de igual altura. La superficie de la ciudad es de dos mil pasos cuadrados. Su suelo está aun tal como lo dispuso la naturaleza; nada ha hecho el arte por nivelarlo ni por allanar sus quebraduras. Por esta razón, muy pocas son las calles de la ciudad donde no se haya de subir o bajar. Principalmente en la dirección Norte-Sur la pendiente es muy fuerte, y su valor, desde la Puerta de La Pastora hasta el río Guaire, que bordea la ciudad por el Sur, es de setenta y cinco toesas.

Sus aguas

Goza de las aguas de cuatro riachuelos. El primero, llamado el Guaire, la limita por la parte Sur, sin penetrar en la ciudad. Aunque no suficientemente caudaloso para darle

el nombre de río, lo es bastante para merecer uno más honroso que el de arroyo. El segundo, llamado Anaueo, corre por la parte oriental; y el punto donde más se aproxima a la ciudad es Candelaria, allí hay un hermoso puente que facilita las comunicaciones con el valle de Chacao. El tercero es el Caroata, cuyo lecho, rocalloso y bordeado de barrancas, sigue un curso Norte-Sur en la parte occidental de la ciudad, y la separa del barrio llamado San Juan. Une las dos partes de la ciudad un puente de piedras de bastante solidez, pero cuya regularidad no iguala a la del puente de Candelaria. El cuarto se llama Catuche; la ciudad le debe la existencia de infinitas fuentes públicas y particulares cuyas aguas provienen de ese arroyo. Sin embargo, insensibles a sus beneficios, los habitantes de Caracas lo dejan correr por el mismo lecho que le han labrado los siglos, y en medio de las deformidades ocasionadas por aguas pluviales, pues los cinco puentes de comunicación tendidos sobre él, se deben a la necesidad (la cual los requiere en mayor número) y no al ornato. Para éste precisa que la mano del hombre repare los estragos del tiempo, de los cuales muestra el río la ingrata huella en todo el trecho de su curso comprendido entre los límites de la ciudad.

Estos cuatro riachuelos, luego de haber servido para todos los usos domésticos de la ciudad, se reúnen en un solo lecho, atraviesan el valle de Chacao, que abunda en frutos, víveres y especies comerciales, y, finalmente, confunden sus aguas con las del Tuy, que desemboca en el Océano, a doce leguas al este de Cabo Codera.

Calles

Las calles de Caracas, como las de toda ciudad moderna, son rectilíneas, se orientan hacia los cuatro puntos cardinales, distan entre sí más o menos unos trescientos pies y tienen cerca de veinte de ancho. Tal es la única regularidad, la única simetría que se nota en esta gran ciudad, por lo demás, bastante bien construida.

Plazas públicas

Sólo hay tres dignas de tal nombre, y ni aun esas se hallan libres de irregularidades. A la llamada Plaza Mayor, que debería ser la mejor proporcionada, la afean unas barracas construidas en los ángulos sur y oeste, las cuales se alquilan a mercaderes, en provecho del Ayuntamiento. De esta forma, por una ganancia miserable se le roba a la vista una perspectiva que nada puede compensar. Esta plaza ocupa el espacio de una manzana o cuadra (1), es decir, alrededor de trescientos pies cuadrados. Está bien pavimentada, y en ella se efectúa el el mercado de todas las provisiones. Legumbres, frutas, carnes, salazones, pescado, aves, caza, pan, loros, monos, perezosos, pájaros, todo se vende allí. Tiene dos entradas de cada lado. La Catedral, situada en la parte oriental, no guarda con ella ninguna simetría.

La segunda es la de la Candelaria, rodeada, con bastante regularidad, por una verja de hierro asentada en una mampostería de desigual altura. La plaza, aunque no embaldosada, tiene un piso de arcilla, mezclada con arena que sustituye el mejor pavimento; en conjunto presenta más bien agradable aspecto, no debido, en verdad, a los edificios que la rodean, pues ninguno de éstos es digno de llamar la atención. Sólo la iglesia de Candelaria le sirve de ornamentación; y si no existe acuerdo geométrico entre la plaza y la iglesia, ésta tiene una fachada agradable a la vista y que no perjudica a la plaza.

La tercera es la de San Pablo; su única regularidad consiste en su forma cuadrada, y su único adorno, es una fuente colocada en el centro. No está embaldosada, ni allanada. En el ángulo Sureste se levanta la iglesia de San Pablo, que sólo concuerda con la plaza en formar uno de sus lados.

Las otras plazas son: la de la Trinidad, que ni forma de plaza tiene, y cuyo terreno quebrado servirá para recordar a la posteridad, no el buen gusto, sino la incuria de los Caraqueños. La de San Jacinto, donde está el convento de los

(1) En español en el original (*N. del T.*)

Dominicos; por el Oeste bordéala el pavimento de una calle, y otra la atraviesa, con lo cual parece que no se hubiera tenido intención de hacer allí una plaza. La de San Lázaro es una especie de cercado frente a la iglesia del mismo nombre, situada al sureste de la ciudad. Esta plaza tiene el mérito de ser bastante limpia, pero, como se halla tan alejada del centro de la ciudad, no parece formar parte de ella. La plaza de la Pastora: la misma plaza, las casuchas que la circundan, y aun la iglesia para cuya ornamentación ha debido ser hecha, muestran sólo el triste aspecto de monumentos abandonados a la voracidad del tiempo. La de San Juan, es espaciosa, pero irregular, no tiene embaldosado; sólo por el lado occidental la borda una hilera de casas medianamente construidas. En esta plaza se ejercitan las milicias a caballo.

Casas

Las casas particulares son bellas y bien construidas; hay muchas de alto dentro de la ciudad, con muy hermosa apariencia. Algunas son de ladrillos; pero la mayor parte son de tapias, hechas por encajonamiento; más o menos como acostumbran los romanos, y como se practica hoy para construir en los pantanos, en el mar, etc., según el método publicado por M. Tardiff en 1757. Se hace una especie de cajón sin fondo, con planchas de madera de cinco pies de largo por tres de ancho, el cual sirve de molde al pedazo de pared que se está levantando. La parte sobre la cual se construye viene a ser el fondo del cajón, al que sostiene un andamio, que se corre cada vez que se agrega un lienzo a la pared. En esta horma se echa y se apisona la mezcla llamada en el país *tapia* (2). La hay de dos especies: La una, llamada pomposamente *tapia real* (3) se compone de arena de río y cal, a veces se le añaden guijarros y piedras pequeñas. La otra es de arena y de tierra con muy poca cal. Fácilmente se advina cual de estas dos combinaciones es más durable; con todo, una y otra a fuerza de pisón adquieren tal consistencia

(2) En español en el original (N. del T.)

(3) En español en el original (N. del T.)

que desafían largo tiempo la inclemencia de las estaciones. Estas casas, después de enjalbegadas, lucen tan bien como si fuesen de sillería.

Los tejados son puntiagudos o de dos aguas. El maderamen, bien tramado, es sumamente elegante y de excelentes maderas que se dan abundantemente en el país. La techumbre es de tejas curvas.

Las casas de los notables de la ciudad están por lo general amuebladas con decencia y hasta con riqueza. En ellas se ven hermosos espejos, cortinas de damasco carmesí en las ventanas y puertas del interior, sillas y sofás de madera, cuyo asiento de cuero o de damasco, va relleno de cerda, y trabajado góticamente, aunque con excesivos dorados; altos lechos con hermosas colchas de damasco y muchas almohadas de plumas con fundas de ricas muselinas guarnecidas de encajes; sin embargo, no hay más que un lecho de semejante magnificencia en cada casa principal; ordinariamente es el lecho nupcial, el cual, por otra parte, es sólo un mueble de gala.

La mirada se detiene también sobre mesas de patas doradas, cómodas en las que el dorador agotó los recursos de su arte, bellas arañas colgadas en el apartamento principal, cornisas que parecen haber sido empapadas en oro, soberbias alfombras que cubren por lo menos toda la parte de la sala donde están los puestos de honor, pues los muebles se hallan dispuesto en las salas de modo que el sofá, parte esencial del mobiliario, quede colocado en una proximidad, con sillas a derecha e izquierda, y en la otra extremidad la cama principal de la casa, en un cuarto cuya puerta permanece abierta, a menos que no esté en una alcoba igualmente abierta y al lado de los puestos de honor.

Estas especies de apartamentos, siempre limpisimos y muy bien adornados, parecen como vedados a los habitantes de la casa. Sólo se abren, con muy pocas excepciones, cuando alguien viene a llenar los dulces deberes de la amistad o el pesado ceremonial de la etiqueta.

Edificios públicos

Los únicos edificios públicos de Caracas son los dedicados a la religión. El Capitán General, la Real Audiencia, el Intendente y todos los Tribunales ocupan casas alquiladas. Hasta el hospital militar está en una casa particular. La Contaduría o Tesorería es el único edificio perteneciente al Rey, y su fábrica anda muy lejos de indicar la magestad de su dueño.

No ocurre lo mismo con el cuartel; es nuevo, hermoso, construido con elegancia, y situado en un paraje desde donde se domina la ciudad. Tiene alto y dos patios. Puede alojar cómodamente a dos mil hombres. Está ocupado por la tropa de línea. Las Milicias tienen su cuartel, es decir, la casa que hace las veces de tal, en el otro extremo de la ciudad.

Lástima que el piso no haya sido nivelado a dos o trescientos pasos en torno del nuevo cuartel; y que no esté rodeado por un muro de dos pies de alto, coronado por una verja de hierro. Haciendo esto, se dotaría a la ciudad, con poco gasto, de un pasco agradable, y a la tropa de un sitio cómodo para maniobras y ejercicios. Con doce o quince mil pesos fuertes, añadidos a los doscientos cuarenta mil gastados en construir este edificio, que no adorna nada y está afeado por sus alrededores, se le daría una perspectiva que aumentaría su atractivo y utilidad.

Arzobispado

El Arzobispado de Venezuela tiene su sede en Caracas. Su diócesis es muy extensa; al Norte la limita el mar, desde el río Unare hasta la jurisdicción de Coro; al Este, la Provincia de Cumaná; al Sur, el Orinoco; y al Oeste, el obispado de Mérida. Ya dije que fue elevado a la categoría de Arzobispado en 1803.

Su renta anual depende de la abundancia de las cosechas y del precio de los artículos que dan lugar a percepción de diezmos. Ya hemos visto que éstos se reparten entre el Arzobispo, el Cabildo, el Rey y los ministros de la iglesia. Antes

de la guerra terminada con el tratado de Amiens, la parte correspondiente al prelado alcanzó a sesenta mil pesos fuertes. A causa de la decadencia de la agricultura, las rentas episcopales, durante mucho tiempo, serán inferiores a esa suma. El Arzobispo no goza ni aun de la totalidad de la cuarta parte de los diezmos. El Rey se reservó la disposición de la tercera parte de ese cuarto, y con ella ha asignado pensiones.

En 1532 se estableció en Coro la sede de este Obispado, pues, como ya lo hemos dicho, por ahí comenzó a poblarse de Europeos la Provincia de Venezuela. Su traslación a Caracas en 1636, sin formar parte importante de la historia, se efectuó de modo bastante singular para dejar de mencionarla.

A la aridez natural de los alrededores de Coro, cuyo suelo no produce sino pocos frutos y muy escasos viveres, se añadió una sequia tal como no se había visto nunca. Hubo una miseria atroz, los viveres faltaron por completo y el hambre comenzó sus estragos.

El prelado Bohórquez, sin duda para huir de una tierra a la cual el cielo negaba sus beneficios, como para sustraerse a ayunos no impuestos por la Iglesia, partió de Coro y fijó su residencia en Caracas el año de 1613. Apenas llegado, determinó al Gobierno a que prestase su apoyo a la petición que pasó al Rey, solicitando la traslación de la Catedral de Coro a Caracas, como ya lo había solicitado su antecesor, el Obispo Alcega. En la emigración de Abraham de la estéril Caldea a la fértil Canaan, halló suficiente justificación a su cambio de residencia, ya que se encontraba en circunstancias más estrechas y premiosas que este patriarca.

Tanta fé tenía el Obispo en el buen éxito de su petición, que el 4 de Junio de 1613 escribió al Capitulo de Coro ordenándole trasladarse inmediatamente a Caracas, y traer consigo los esclavos, ornamentos y demás bienes de la Catedral. El Deán estaba de acuerdo con el Obispo, pero el Chantre y el Tesorero se opusieron. El Cabildo de Coro, por su parte, tan pronto se enteró de las diligencias practicadas, se presentó al Capítulo a protestar contra ellas. Hizo entonces constar que la Real Cédula de 19 de Mayo de 1589 prohibía al Gober-

nador dar su consentimiento para semejante traslación. Luego se pasó cuenta de todo ello al Rey, quien negó la solicitud del Obispo.

En 1635, el Obispo Agurto de la Mata, con experiencia de lo ya ocurrido, tomó mejor sus medidas para consumir la traslación. Encontrándose en Caracas, se limitó a escribir al Capítulo que pasara a esta ciudad. El Deán le obedeció sin pérdida de tiempo, so pretexto de un permiso para resolver algunos asuntos eclesiásticos. El Chantre y el Tesorero permanecieron algún tiempo más, esperando oportunidad para retirar todo lo perteneciente a la iglesia, a escondidas de los habitantes de Coro. Así lo hicieron a principios de 1636.

Acto continuo se dio cuenta de ello al Rey, quien hubiera negado seguramente su autorización si previamente se le consultara sobre la traslación de la Catedral, pero, una vez efectuada, sólo aprobándola podía ejercer su soberanía, y así lo hizo el 16 de Noviembre de 1636.

El Papa, cuya voluntad en lo referente a las Indias Occidentales ha de ser siempre igual a la del Rey de España, confirmó la traslación de la sede episcopal de Venezuela, y desde entonces la iglesia matriz de la Provincia está en Caracas, donde la sirven ministros que, por la edad avanzada de unos, por la sana complexión de otros y por la virtud de todos, demuestran que, en realidad, se ha encontrado un sitio igualmente beneficioso a la salud del alma y a la conservación del cuerpo.

Los habitantes de Coro reclamaron a la Audiencia de Santo Domingo, la cual les denegó la reclamación. Igual suerte tuvieron cuando apelaron al Consejo de Indias. Sus instancias dieron lugar en cambio, a que el 20 de Junio de 1639 una Real Cédula confirmara definitivamente la traslación, que sólo había sido aprobada provisionalmente por la Cédula de 16 de Noviembre de 1636.

Catedral

La Iglesia Catedral no merece ser descrita sino en atención a su puesto en la jerarquía de los templos. Causa asom-

bro no hallar, en una ciudad tan populosa como Caracas y donde se venera tanto la religión cristiana, una Catedral que corresponda en realidad a la importancia del Azobispado y de la ciudad misma. Si hermosas tapicerías y doraduras realzan el interior de la iglesia; si las vestimentas sacerdotales y los vasos sagrados muestran riqueza, cual conviene al templo a que pertenecen; la construcción de éste, en cambio, su arquitectura, dimensiones y distribución, nada tienen de magestuosas, de imponentes ni de regulares.

Mide cosa de doscientos cincuenta pies de largo por setenta y cinco de ancho. En su interior se apoya en veinte y cuatro pilares, dispuestos en cuatro filas en sentido longitudinal. Las dos filas del centro forman la nave mayor, de veinticinco pies de ancho, y las otras dos marcan las naves laterales, anchas de doce pies y medio cada una; de esta suerte, la nave central viene a ser dos veces más ancha que las laterales. El altar mayor no está dispuesto en forma romana, sino adosado a la pared. El coro ocupa la mitad de la nave, y la distribución del templo es tal que al celebrante no pueden verlo más de cuatrocientas personas, sea cual fuere el altar en donde oficie.

Lo exterior no muestra ni gusto ni habilidad en su hechura. Tan solo el campanario, si bien ningún embellecimiento debe al arte tiene por lo menos cierta audacia que falta por completo en la Catedral. El único reloj público de Caracas se halla en este campanario, da los cuartos de hora y divide el tiempo con bastante regularidad.

La humildad arquitectónica del templo principal tiene, sin embargo, su causa. Debo referirla para no humillar a los Caraqueños. La sede episcopal fue traída de Coro a Caracas en 1636; por consiguiente, hasta entonces no podia existir la Catedral de Caracas, y cuando se comenzaba a ejecutar el proyecto de un suntuoso templo el 11 de Junio de 1641, a las ocho y tres cuartos de la mañana sobrevino un fuerte temblor de tierra, que causó muchos daños en la ciudad y se le consideró como aviso de la providencia para que el edificio fuera más adecuado a resistir catástrofes de esta

naturaleza que a despertar admiración en los curiosos. Desde entonces no se pensó más en magnificencias; mejor dicho, se prescindió de ellas a trueque de darle al templo mayor solidez. Pero, como no se han sentido más movimientos sísmicos, se ha vuelto al proyecto de construir una hermosa Catedral.

Iglesias y Conventos

En Caracas hay cinco parroquias: la Catedral, Santa Rosalia, San Pablo, la Candelaria y Altagracia. Tres conventos de religiosos: los Franciscanos o Cordeleros, los Dominicos y los Mercedarios; una casa de Oratorienses, un hospicio de Capuchinos; dos conventos de Monjas, las Concepciones y las Carmelitas; una casa de Educandas; tres iglesias: San Mauricio, la Trinidad y la Divina Pastora; los Españoles llaman ermitas estas iglesias, porque no son parroquias ni pertenecen a conventos u hospitales. Las ermitas deben su existencia y sostenimiento a la piadosa liberalidad de los habitantes del barrio donde están situadas. Cada una tiene una cofradía que dispone los gastos y las ceremonias y recoge las limosnas; en cada una hay un limosnero y muchos asistentes. Hay además dos hospitales, uno de hombres y otro de mujeres, un hospital de leprosos y una iglesia dependiente del Seminario.

En general, las iglesias de Caracas están bien construidas. La iglesia parroquial de Altagracia es la mejor de todas y su fábrica honraria hasta a las principales ciudades de Francia. El derecho de la virtud a la estima y admiración públicas me obliga a hacer constar que los pardos libres vecinos de esta iglesia, la construyeron y ornaron a sus expensas, ayudados por algunas contribuciones de los blancos. La de Candelaria debe su edificación a los Isleños de Canarias que habitan en aquel barrio.

Después de estas dos iglesias, y por lo que respecta a la arquitectura, debo citar las de los tres conventos de religiosos, construidas todas según un mismo plan, aunque en su interior la de San Francisco y la de las Mercedes están eje-

cutadas con mayor cuidado. Tienen la particularidad de estar provistas de un atrio frontero que avanza justamente hasta la calle, y se halla rodeado de un muro, el cual, frente a la puerta de la iglesia se levanta e impide ver al interior. Ello se debe, según me han explicado, a la necesidad de obedecer a la decencia, no exponiendo a la irreverencia de los transeúntes el santuario ni la celebración de los misterios. La Iglesia de San Felipe de Neri, o de los Oratorienses, cuya magnitud no excede a la de una capilla corriente, será reemplazada por un gran edificio, en el cual se trabaja actualmente, gracias a la liberalidad de una señora de Caracas.

En todas las iglesias se observa un aseo extremado. Se hallan recargadas de dorados desde el pie de los altares hasta los artesonados. Los autores que, como Roberston, se han hecho lenguas de la riqueza de estas iglesias, no se han formado su idea viendo las de Caracas, a menos que hayan tomado por oro todo lo que reluce; pues de no ser así resultaría inexplicable el error que han cometido. Las iglesias poseen cuanto es menester al decorado del culto; pero no hay ni profusión ni suntuosidad. En telas, encajes, tapicerías, en los vestidos de las Vírgenes y de los santos, cuando se los lleva en procesión o se los expone en las octavas, en los ornamentos sacerdotales, se ha debido gastar mucho dinero; pero estos objetos, una vez ejecutados, no representan ya un valor efectivo, y no pueden considerarse como riquezas. El oro, la plata y los diamantes solamente conservan su valor intrínseco; y allí no abundan estas materias, que son las que constituyen la verdadera riqueza. Puede juzgarse por el hecho de que la Catedral presta frecuentemente sus grandes candelabros de plata a las otras iglesias para las celebraciones solemnes.

Prácticas religiosas

A igual de todos los Españoles, los Caraqueños se enorgullecen de ser cristianos, y no les falta razón; pero se engañan en creer que para serlo es necesario poner ostentación en las prácticas religiosas. Sin duda, no en el fausto se complace Dios tanto como en la humildad de sus criaturas. Basta

la caridad o sea el amor a Dios y al prójimo, para hacer del hombre un cristiano y un ciudadano. Pero olvido que soy historiador y no teólogo, observador y no reformador. Trate de este inagotable tema quien desee hacerlo, que yo, por mí, vuelvo a mi camino y a mi propósito.

Los Españoles son muy asiduos a los oficios divinos, es decir, a la misa los días de precepto, a los sermones y procesiones; pues, aunque es difícil creerlo, no incluyen las vísperas entre sus ejercicios religiosos, al contrario de lo acostumbrado en Francia y en la propia España.

La vestimenta de los hombres para ir a la iglesia es más o menos igual a la que usamos nosotros. Sin embargo, han de ir de casaca o llevar capa o sobretodo. Ni el color ni la posición social eximen de uno de estos tres vestidos.

Trajes religiosos de las mujeres

El traje de las mujeres, ricas o pobres, principalmente de las blancas, ha de ser rigurosamente negro. Consiste en basquiña y manto negros. Sólo a las esclavas se les permite el uso de mantos blancos.

El objeto de semejante traje fue imponer el uso del velo, y con ello desterrar del templo lujos escandalosos, coquetearías seductoras, deseos impuros y lascivas miradas, y, además, al establecer la uniformidad en el traje y en el color de éste, recordar a los fieles su igualdad ante los ojos del Señor e impedir que riquezas, alcurnia o grados sociales, profanaran la santidad del sitio, dando lugar a diferencias siempre aflictivas para quienes unen a la propia indigencia un nacimiento oscuro. Pero esta sabia costumbre, como todo cuanto sale de manos del hombre, se ha corrompido en el tiempo, y de su pureza primitiva solo se conserva hoy el color negro del traje.

Si éste, al principio, debió ser igual para todas las mujeres, y, seguramente, de telas de escaso valor, es hoy el más escogido y costoso. Los mantos de gasa descubren los rasgos y frescuras de la mujer a quien desee recrearse en ello. Este

traje, meramente religioso, pues se usa de modo exclusivo para asistir a los oficios divinos, hecho en seda o terciopelo y adornado con ricas blondas, cuesta a menudo de cuatrocientos a ochocientos pesos fuertes. Si alguna se avergüenza de dar a conocer su pobreza llevando vestidos menos ricos, se impone toda clase de privaciones para rivalizar con las demás. Otras más impacientes prefieren, en vez de la economía, camino lento e impracticable a veces, medios más rápidos aunque menos honestos. En cuántas ocasiones esta vestimenta del pudor y de la modestia, es en realidad el precio de los encantos y de la condescendencia! Sin embargo, en punto al traje no hay tanto rigor que no quepan algunas excepciones.

Hábitos de penitencia

Muchas mujeres para apartar de sí la cólera divina, cuando se creen amenazadas por ella, en casos de enfermedades mortales u otros, hacen votos de asistir a las ceremonias religiosas vistiendo el hábito emblemático del patrono a quien se han acogido, por un tiempo determinado, cuya duración depende de la inminencia del peligro o de la importancia de la petición. De esta suerte, si invocan a Nuestra Señora de las Mercedes, llevan un hábito muy semejantes al de los mercedarios, o por lo menos de la misma tela y color. Quien se acoge a Nuestra Señora de los Dolores, lo lleva negro con un corazón de tela roja del lado izquierdo. La gratitud a Nuestra Señora del Carmelo se atestigua por un hábito violeta con un medallón del lado izquierdo, cuando se trata de San Francisco, llevan el hábito de su orden, cuyo color, en América Española, es azul.

Las que no tienen medios de procurarse trajes adecuados para asistir a las ceremonias, han de ir a las misas que se dicen antes del alba, llamadas misas de madrugada, cuyo objeto justamente es la comodidad y el beneficio espiritual de quien carezca de vestidos bastante decentes para presentarse en la iglesia durante el día.

Fiestas

Los Españoles no conocen otras fiestas fuera de las señaladas por el calendario romano. En Caracas son tantas que, en realidad, en muy pocos días del año no se celebra la de algún santo o virgen. Se multiplican hasta lo infinito porque a cada fiesta la precede una novena, consagrada únicamente a las preces; y la sigue una octava, durante la cual los fieles del barrio, y aun los del resto de la ciudad, mezclan las plegarias con diversiones públicas, como fuegos artificiales, música, bailes, etc. Sin embargo, nunca tales fiestas se transforman en banquetes. Los festines que, hasta por la etimología de la palabra, deben ser el alma de las fiestas, y lo son en verdad dondequiera, parecen desconocidos de los Españoles. ¡Este pueblo es sobrio hasta en el delirio de los placeres!

Las más brillantes de tales fiestas son las procesiones. Por lo general tienen lugar en la tarde. El santo, en tamaño natural, se encuentra vestido ricamente. Lo llevan en andas muy bien adornadas, seguido o precedido de otros santos de la misma iglesia, arreglados con menos suntuosidad. Muchos pendones, y la cruz abre la marcha. Los hombres van en dos filas. Cada uno de los principales sostiene un cirio; luego viene la música, los clérigos, las autoridades civiles, y por último, las mujeres contenidas por una barrera de bayonetas. El cortejo siempre es muy numeroso. Por donde ha de pasar la procesión, se adornan las ventanas con flotantes colgaduras, y ello da al barrio un grato aspecto de fiesta. En las ventanas, lucen mujeres que de toda la ciudad han venido a gozar de tan agradable espectáculo.

La devoción principal y casi exclusiva de los Españoles es la Santísima Virgen. Se encuentra en todas las iglesias bajo diversas advocaciones, y cada una de estas imágenes tiene una historia más o menos milagrosa; hay dos, principalmente, muy notables por la singularidad de su dedicación, de suerte que deseo compartir con la tradición el cuidado de conservar la memoria de ellas.

PLAN DU PORT DE LA GOAYRE.

Plan dressé par l'ingénieur à la
partie orientale de la Terre
Normale des Antilles, M. de la
Porte, le 10 Mars 1804, sous le
Gouvernement de l'Empereur
Napoléon.

Explication.

1. Rade.
2. Batterie de l'ancrage.
3. Compagnie de mousquetaires.
4. La ville.
5. La Prison.
6. La Poudrière.
7. Le Colonneau.
8. L'Église de la Sainte Vierge.
9. L'Église.

Echelle de 100 Toises.



Plano del Puerto de la Guaira para 1804, que trae Depons en el tomo III, página 124 de su obra "Voyage á la partie Orientale de la Terre Ferme", publicada en Paris en 1806

Nuestra Señora de Copa Cabana

La primera es Nuestra Señora de Copa Cabana. Cuenta la tradición que un Indio, que paseaba por las calles de Caracas, se quitó el sombrero y vio caer al suelo una moneda de medio real, cuyo tamaño es semejante al de medio franco. Muy asombrado con el hallazgo, se dirigió presuroso a la primera taberna y lo empleó en aguardiente. Salió de allí y fue a sentarse en la acera de la esquina. Volvió a quitarse el sombrero, y nuevamente cayó medio real al suelo. Más asombrado aún, lo empleó también en aguardiente. Poco después se quita nuevamente el sombrero, y por tercera vez otro medio —o quizás el mismo—, cae al suelo. Lo recoge, lo examina, observa en él la imagen de una virgen, y coloca la preciosa moneda en el escapulario que le pende del cuello, debajo de la camisa. Algún tiempo después este Indio cometió un homicidio, fue preso, encarcelado y condenado a la horca. Cuando el verdugo le puso la cuerda al cuello, ésta se rompió; lo mismo ocurrió con una segunda cuerda. Entonces el Indio declaró que tal milagro se efectuaba por virtud de nuestra Señora de Copa Cabana. Pidió que le quitaran el escapulario, y allí encontraron efectivamente la moneda, la cual había crecido hasta alcanzar el tamaño de un peso fuerte, y la imagen de la Virgen estaba triste y sudorosa.

El Indio pidió que se la colocase en la iglesia de San Pablo y que se recurriese a ella cuando se quisiera obtener algo del cielo. Así se hizo y el Indio fue ahorcado. El Cabildo o Municipalidad de Caracas decidió que se dirigieran a la Virgen las rogativas para hacer cesar las sequías. En realidad, cuando las lluvias no se presentan a debido tiempo, se va procesionalmente a San Pablo en busca de Nuestra Señora de Copa Cabana; de allí se la traslada a la Catedral, donde sus fiestas duran dos días. Luego, con igual solemnidad se la vuelve a San Pablo. El Arzobispo, el Cabildo, todos los curas, los sacerdotes, los monjes de los conventos, el Capitán General, la Real Audiencia y el Ayuntamiento asisten a estas dos procesiones. Sin ir contra la esencia del milagro, debo advertir que la tradición no es absolutamente exacta en todos sus puntos, pues según ella, la imagen, que debía hallarse grabada sobre

un peso fuerte, está representada en realidad por una figurita de madera, de siete a ocho pulgadas de altura, a la cual se ha cubierto de oro y pedrerías. ¿Por qué si antes fue plata, hoy es de madera, y si fue medalla se ha transformado en estatua? Esto debe tener su causa y es probable que muchas viejas la conozcan, pero yo no he podido dilucidarla.

Nuestra Señora de la Soledad

La segunda Virgen cuya presencia en Caracas es obra de un milagro, es Nuestra Señora de la Soledad. Una rica señora de Caracas, dueña de bienes raíces en la costa entre Puerto Cabello y La Guaira, había pedido a España una copia de la imagen de Nuestra Señora de la Soledad que se venera en Madrid, en la capilla de su nombre. Cierta día paseándose por la playa, topó con una caja grande, en la cual se leía el nombre de la mencionada dama. Sorprendida ante tal acontecimiento, hizo transportar la caja a su hacienda. Al abrirla, una magnífica imagen de bulto de la Soledad apareció a la vista de todos los que allí estaban. Estos se echaron de hinojos, clamando milagro, y desde entonces no hubo imagen más venerada. Algunos días después, llegó a La Guaira el barco en que debía venir la copia encargada a España. El Capitán se dirigió a casa de la señora, le entregó la carta de remesa, y luego, deshecho en llanto, le confesó que, durante una tempestad, para aligerar el barco, se había visto obligado a echar la carga al mar, y que desgraciadamente la imagen de la virgen formaba parte de la echazón. Confrontando los datos, se comprobó que la Virgen de la Soledad había sido hallada en la playa el mismo día de la tempestad. Nuevamente se proclamó el milagro. La noticia cundió por donde quiera, y la fama de Nuestra Señora de la Soledad se afirmó de modo indestructible. La señora, a su muerte, legó la imagen al convento de los Franciscanos, y su intercesión se invoca cuando ya no se espera más remedio.

Teatro

El teatro es la única diversión pública de Caracas. Sólo hay función los días de fiesta. El precio de entrada, un real

—sesenta céntimos más o menos— basta para indicar la calidad de los actores y la comodidad y hermosura del lugar. Las obras, muy malas en sí mismas, están además muy mal representadas. La declamación, en este teatro que deja atrás al carro de la farsa, es a manera de monótono balbuceo, semejante al tono con que un niño de diez años puede repetir su mal aprendida lección. Ni gracia ni acción, ni inflexiones de la voz, ni gestos naturales; en una palabra, nada de lo que constituye a un actor corriente. Los cómicos de Caracas pueden compararse a aquellos farsantes que van de feria en feria, viviendo no del regocijo de sus espectadores sino de su piedad.

Por supuesto, nadie, ante la descripción de semejante espectáculo, dejará de imaginárselo siempre desierto o frecuentado por el último populacho, falto por completo de gusto y educación. Debo, sin embargo, desmentir tal error; ricos y pobres, jóvenes y viejos hidalgos y paisanos, gobernantes y gobernados, todos asisten asiduamente a este teatro.

En mis observaciones sobre Caracas, el único problema que no he podido resolver, es por qué los Caraqueños, cuyo gusto e instrucción se muestran en otras cosas, miran con tanta indiferencia una parte tan esencial de las diversiones públicas.

A las autoridades locales se les ha de reprochar semejante negligencia, pues a ellas están encomendados el ornato público y las distracciones del pueblo. Caracas es bastante importante, tanto por su población como por su comercio, y debía, de consiguiente, poseer un teatro cuya fábrica embelleciera a la ciudad y cuyos actores no fueran sólo autómatas.

El teatro, como parte esencial a la instrucción pública, es muy digno de atraer la atención de los magistrados. Pero cuando el teatro es un fugarío, y los actores faltos de talento, parecen hablar más por mecanismo que obedeciendo al sentimiento, entonces no sirve sino para reducir las ideas, encadenar el espíritu, rebajar el alma y alimentar o crear la pusilanimidad.

El teatro encierra un peligro, cuando las obras son obscenas o inmorales; cuando la intriga es burda, cuando queda

escarnecida la virtud y ridiculizada la autoridad paterna, cuando se mofa de las leyes y hace triunfar la cobardía; entonces sólo es escuela de vicio y corrupción.

Para ser verdaderamente útil, el teatro no debe presentar sino aquellas obras en que la astucia, la mala fe, la seducción sólo alcanzan un triunfo efímero, y donde el necio orgullo, la desequilibrada vanidad y la fea mentira acaban por ceder los honores del sufragio a la modestia y a la franqueza; donde el verdadero valor, la lealtad y el altruismo ocupen su puesto entre las principales virtudes; donde el respeto filial y el amor paterno cautiven la admiración del público, y donde queden exaltados la industria y el trabajo; donde la calumnia inspire horror y desprecio la maledicencia.

Aun tratándose de obras teatrales muy bien urdidas, su aprovechamiento queda siempre subordinado a las condiciones de la representación. Una pieza excelente, dicha con frialdad y sin observar los principios del arte, no produce en los espectadores más efecto que la salmodia de las vísperas en los cristianos poco fervorosos.

El actor debe estar convencido de su papel, para lograr representarlo con éxito. Su alma ha de moverse con los sentimientos de la obra, para que éstos puedan pasar a la del espectador; pues es imposible hacer sentir a los demás lo que uno mismo no siente.

Si no ha de haber soltura y seguridad en los ademanes, ni precisión en las modulaciones de la voz, ni limpidez en la dicción, más agradable y útil es leer la obra que verla representar.

Un espectáculo regido por los principios que acabamos de mencionar, es una escuela de buenas costumbres, donde se modela el corazón, adquiriendo el amor a la virtud y el horror al vicio, una cátedra de lengua nacional, donde cada quien puede aprender a precisar sus ideas, tomando la palabra en su recta acepción; un modelo de declamación, pues enseña a los que se dedican a los tribunales o al púlpito a despertar los sentimientos y a abrirse el camino de los corazones con el irresistible poder de la oratoria.

Desde este punto de vista, un buen teatro es una de las más provechosas instituciones de que puede estar dotada una ciudad. A la juventud le sirve de instrucción y de deleite, y a las personas mayores, de recreo; y si el magistrado lo dirige con tino, también contribuirá a infundir el respeto a las leyes y la debida obediencia a la autoridad.

Si por azar llegaren hasta vosotros, estas cortas reflexiones, oh Caraqueños, recibidlas como tributo de mi gratitud por el aire que pude respirar en vuestra ciudad.

Juego de pelota

Puesto ya a describir las diversiones públicas de Caracas, no he de pasar por alto los tres frontones donde se juega a la pelota con pala o a mano limpia. Uno está situado en el extremo Sur de la ciudad, cerca del Guaire, el segundo hacia el Oriente, no lejos de Catuche y el tercero también al Este, queda a cosa de medio cuarto de legua de la ciudad.

Los Vizcaínos introdujeron este juego, pero lo han abandonado a los del país, quienes observan exactamente las reglas, y, sin desarrollar una habilidad tan grande como la de aquéllos, lo practican bastante bien para distraer a los aficionados que asisten a sus partidas. Muy pocos blancos juegan con la mano descubierta, frecuentemente emplean la pala o raqueta.

Algunos billares deteriorados, diseminados por la ciudad y en los cuales casi nadie va a jugar, forman, en cierto modo, el resto de las diversiones de Caracas.

Se engañaría, sin embargo, quien de esta escasez de diversiones dedujese que a los Españoles no les gusta el juego; esta pasión los domina mucho más que a nosotros. Puede llamárseles con razón jugadores temerarios. Ni cuando ganan ni cuando pierden dejan ver señales de impaciencia o de placer. Las sensaciones que les produce la buena o la mala suerte se les concentran en el alma. En realidad, sólo cuando juegan parecen despreciar el dinero. Hasta 1800 las autoridades perseguían a los grandes jugadores, quienes para burlar su vigi-

lancia se veían obligados a mudar frecuentemente de punto de reunión y a no admitir entre ellos sino a los que formaban la partida. Pero desde hace tres o cuatro años, sólo los miserables son perseguidos, encarcelados y condenados en multa por causas de juego. Entre la gente distinguida se goza del tácito derecho de arruinarse unos a otros, sin que la autoridad intervenga en ello.

Si Caracas poseyera paseos públicos, liceos, salones de lectura, cafés, sería ahora la oportunidad de hablar de ellos. Pero, para vergüenza de esta gran ciudad, debo decir que allí se ignoran estas características de los progresos de la civilización. Cada Español vive en su casa como en prisión. No sale sino a la iglesia o a cumplir sus obligaciones. Ni siquiera trata de endulzar su soledad con juegos cultos; gusta sólo de aquellos que lo arruinan, no de los que pueden distraerlo.

Población

De acuerdo con el censo eclesiástico de 1802, la ciudad de Caracas tiene treinta y un mil doscientos treinta y cuatro habitantes. Pero, por lo dicho respecto a ese censo en el Capítulo III, puede calculársele cuarenta y dos mil almas. Esta población se divide en blancos, esclavos, manumisos y muy pocos Indios. Los primeros constituyen más o menos la cuarta parte del total; los esclavos forman una tercera parte; los Indios una veinteava parte, y el resto lo componen los manumisos.

Entre la población blanca se cuentan seis *títulos de Castilla*; tres marqueses y tres condes. Todos los blancos presumen de hidalgos; de éstos, a la tercera parte, por lo menos, hay que tomarle lo de la hidalguía a título de inventario. En realidad, un Español blanco no pasa por plebeyo sino cuando está en la miseria.

Todos los blancos son hacendados o negociantes, militares, clérigos o monjes, empleados judiciales o de hacienda. Ninguno se dedica a oficios o artes mecánicas. El Español blanco, y principalmente el Criollo, se siente deshonrado si se gana el sustento con el sudor de su frente y si lo debe a los

callos de su mano. Aguanta el hambre, la sed, las inclemencias del tiempo con admirable estoicismo, movido sólo por el horror a la fatiga; nada, según su criterio, puede degradar tanto a un hombre como el trabajo. Juzga imposible conservar la dignidad y honrar debidamente a sus antepasados, a no ser con la pluma en la mano, la espada al cinto, o el breviario ante los ojos. El Capítulo III contiene cuantas referencias pueden desearse a propósito de los Criollos; basta pues con que el lector se remita a él.

Blancos Europeos

En esta ciudad, sede de todas las autoridades, los Europeos, forman por lo menos dos clases diferenciadas con bastante claridad.

La primera comprende a los empleados venidos de España. Como luego abusan generalmente del fruto de sus largas solicitudes, dan pábulo a quejas de los Criollos, quienes consideran injusto el que se emplee a otros y no a ellos. El lujo de estos empleados viene también a pugnar con el de los Criollos. Estos carecen de recursos para sostener la emulación, y con bastante frecuencia se repite el caso de la rana y el buey. Si la competencia se mantuviera en el terreno de los conocimientos adquiridos, indudablemente los Criollos llevarían la ventaja, pues en general, los venidos de España encuentran en el país gente que los supera en cultura. Los Criollos, como ya lo he indicado, tienen mucha disposición natural. Se interesan por las ciencias y son capaces de mostrar mucha aplicación. Entre ellos hay grandes teólogos y muchos buenos abogados. Si no se encuentran grandes economistas, se debe a que en sus escuelas está vedado cuanto no sea Cánones o Derecho Civil.

La segunda clase de Europeos residentes en Caracas, se compone de aquéllos a quienes la industria o el deseo de hacer fortuna llevan a estos lugares. Casi todos son oriundos de Vizcaya o de Cataluña. Unos y otros son igualmente industriuosos; pero los Vizcainos, sin fatigarse tanto, administran mejor sus negocios. Como dispuestos a los riesgos del comercio y como

constantes en la agricultura, suelen superar a los Catalanes. Pero éstos a su vez los superan en laboriosidad, si bien, en verdad, son menos arrojados y menos cultos. El Vizcaino nunca se arredra por la magnitud ni por el riesgo de una especulación. Confía bastante al azar. Los otros, más parsimoniosos, no emprenden sino lo cierto y lo que juzgan dentro de sus fuerzas y recursos. Muy pocas veces, o nunca, la cultura tiene lugar entre sus proyectos de fortuna. Son espíritus puramente mercantiles. Pero tanto los Vizcainos como los Catalanes se distinguen entre sus conciudadanos por su buena fe en los negocios y por su exactitud en los pagos.

Los Españoles de Canarias, quienes, más por necesidad que por ambición abandonan su país natal para establecerse en Caracas, son tan trabajadores como los Vizcainos y los Catalanes. Por su espíritu se asemejan más a los primeros de aquéllos. En conclusión, todos estos son elementos útiles a la sociedad; pues todos tratan de ganarse la vida por vías legítimas, y tienen a honra probar, por medio del ejemplo personal, que el hombre ha nacido para el trabajo.

Mujeres

Ornato de Caracas son sus mujeres, encantadoras, suaves, sencillas, seductoras. Hay pocas rubias; la mayoría tienen cabellos negros como el jade y tez de alabastro. Sus ojos, grandes y rasgados, hablan expresivamente ese lenguaje común a todos los países, pero no a todas las edades. Sus labios encarnados matizan agradablemente la blancura de la piel y contribuyen a formar ese conjunto que se llama belleza.

Es lástima que la estatura de las mujeres de Caracas no corresponda a la armonía de sus facciones. Muy pocas sobrepasan la estatura media y muchas están por debajo de ella. Raras son las que tienen pies pequeños. Como pasan la mayor parte de la vida en la ventana, podría decirse que la naturaleza ha querido embellecerles sólo la parte de cuerpo que dejan ver con más frecuencia. Se adornan con bastante elegancia. En cierto modo les halaga la vanidad el que se las tome por Francesas; pero, aunque el traje sea semejante, les falta mu-

cho en el talante, el paso y la gracia, de suerte que no es posible confundirse.

En Caracas se hace muy poco por la educación de los hombres, y nada por la de las mujeres. No hay escuelas para señoritas. Estas, pues, no tienen otra educación, fuera de la que les dan sus padres, la cual se limita a rezar mucho, a leer mal y a escribir peor. Tan sólo un joven inflamado de amor puede descifrar semejantes garrapatos. No les enseñan música, ni baile, ni dibujo. Cuanto aprenden se reduce a tocar por rutina un poco de guitarra o de piano. Muy pocas han alcanzado las primeras nociones de música. No obstante su deficiente educación, las mujeres de Caracas pueden mal que bien unir las maneras sociales con la honestidad y el arte de la coquetería con la modestia propia de su sexo.

Estas observaciones no son aplicables sino a aquellas mujeres cuyos padres o maridos poseen algunos bienes de fortuna o ejercen empleos lucrativos; pues las blancas de Caracas a quienes la suerte ha condenado a ganarse la vida, no tienen a su alcance más medio que el de provocar las pasiones para ganar cualquiera cosa satisfaciéndolas luego. Más de doscientas de estas desdichadas pasan el día cubiertas de andrajos, en el fondo de sus cuchitriles, que cuidan de tenerlos siempre cerrados, y salen de noche a ganar mediante el vicio el burdo sustento del día siguiente. Su traje suele consistir en falda y mantas blancas, con un sombrero de cartón cubierto de tela y adornado con flores fingidas o lentejuelas. A menudo el mismo vestido sirve alternativamente y durante una misma noche a dos o tres seres inmorales a quienes la pereza retiene en la crápula. A este medio de ganarse la vida lo acompaña, o mejor dicho, lo sigue el de pedir limosna. A lo último se dedican exclusivamente cuando la edad o las enfermedades ya no les permite contar con los productos del libertinaje.

Esclavos domésticos

Los esclavos domésticos son muy numerosos en Caracas. Se cree que la riqueza de una casa está en proporción al número de los esclavos de ella. En cada casa debe de haber

cuatro veces más que los realmente necesarios. Lo contrario pasa por tacañería denunciadora de pobreza, y ésta se ha de esconder cuanto se pueda. Cualquiera blanca, aunque su fortuna no se lo permita, va a misa seguida de dos esclavas negras o mulatas. Las verdaderas ricas llevan cuatro o cinco esclavos, y si otra persona de la misma casa va a otra iglesia, lleva consigo igual número de esclavos. En Caracas hay casas que tienen doce o quince esclavas, sin contar con los sirvientes de los hombres. Para mitigar el daño que semejante lujo ocasiona a los trabajos agrícolas, sería un medio infalible establecer un impuesto crecido sobre cada sirviente doméstico superfluo, de modo de reducir su número. Si por vanidad prefieren pagar dicho impuesto, su producto podría dedicarse a una institución pública que compensara a la sociedad de los brazos que se les sustraen.

Manumisos

En proporción a las otras clases sociales, probablemente no hay en todas las Indias Occidentales, ciudad con más manumisos o descendientes de manumisos.

Estos ejercen todos los oficios desdeñados por los blancos. Todos los carpinteros, ebanistas, albañiles, herreros, tallistas, cerrajeros, orfebres, son manumisos o descendientes de manumisos. En ningún oficio descuellan; pues como los aprenden por rutina, carecen de los principios del arte. Por otra parte su natural despreocupación, apaga en ellos la emulación a que las artes deben su progreso. Sin embargo, en la carpintería y en la albañilería ha habido ciertos adelantos; pero la ebanistería está aún en pañales. Todos estos artesanos, oprimidos por la pereza que parece serles particular, pero que en realidad es general en la tierra en que viven y a la nación a que pertenecen, estos artesanos, digo, trabajan muy poco, y aunque parezca contradictorio, su trabajo es mucho más barato que el del obrero europeo. Se sustentan gracias sólo a su gran sobriedad en medio de toda clase de privaciones. Por lo general, sobrecargados de familia, viven en casas malas, duermen sobre un cuero y se alimentan con víveres del país. Las excepciones son muy escasas.

Su pobreza es tal que no se les puede encargar trabajo alguno, sin que pidan adelantos. El herrero nunca tiene hierro ni carbón, ni madera el carpintero, y necesitan dinero para adquirirlos; además, siempre hay alguna necesidad de familia que debe satisfacer quien encarga el trabajo. Sucede que se comienza por comprometerse con el operario y quedar bajo su dependencia. Ni siquiera puede recurrirse a otro, pues se tropezaría con los mismos inconvenientes. No hay más, sino apurarlos, estar sobre ellos, y, sin embargo, quedan las fiestas, las enfermedades y los viajes, para llevar hasta el último lindero la paciencia mejor templada. De suerte que se está muy mal servido y, sobre todo, con mucha lentitud.

Semejante negligencia en el oficio, como fácilmente puede observarse, no depende sino de la adversión al trabajo. Los más de ellos no se acuerdan del oficio sino cuando les aprieta el hambre. Los domina el gusto por pasar la vida en ejercicios religiosos. Forman la totalidad de todas las cofradías. Casi todas las iglesias cuentan con cofradías compuestas de pardos libres. Cada una de éstas tiene su uniforme, entre los cuales la única diferencia es el color. Son como sayales de monje, y varían de color según la cofradía a que pertenezcan. Los hay azules, rojos, negros, etc. Las cofradías asisten a las procesiones y a los entierros. Sus individuos marchan en orden, precedidos por el pendón. Lo único que ganan con esto es el placer de verse vistiendo un hábito que les parece imponente. Van a todas las iglesias, pero especialmente por la de Altagracia se preocupan más que por otra. Los pardos en general tienen como punto de vanagloria personal el ornato, riqueza y aseo de esta iglesia. Todos los rosarios que discurren por la ciudad desde la caída de la tarde hasta las nueve de la noche se componen exclusivamente de manumisos. No se ha dado el caso de que ninguno de éstos haya pensado en cultivar la tierra.

Universidad

La educación de la juventud de Caracas y de la arquidiócesis entera se realiza en el Colegio y la Universidad reunidos. La fundación del Colegio precedió en más de sesenta años a

la de la Universidad, y fue debida al piadoso celo del Obispo Antonio González de Acuña, quien murió en 1682. Al principio no se enseñaba allí sino latin, y no se profesaba sino Teología y Filosofía.

Con el crecimiento de la ciudad nació la idea de dotarla de más amplios y diversos medios de instrucción. Entonces se solicitó la fundación de una Universidad, la cual fue acordada por el Papa el 19 de Agosto de 1722 y confirmada luego por Felipe II (sic). La instalación tuvo lugar el 11 de Agosto de 1725. Se redactaron los estatutos, y el Rey los aprobó el 4 de Mayo de 1727.

Desde esa fecha, y en virtud de estos títulos, la ciudad de Caracas posee una Universidad, a la cual, como ya se ha dicho, está anexo un colegio.

En este doble instituto hay una escuela de escritura y lectura.

Tres clases de Latinidad, en una de las cuales se enseña Retórica.

Dos profesores de Filosofía, uno de ellos sacerdote secular o laico y otro dominico.

Cuatro profesores de Teología: dos de Escolástica, uno de Moral, y otro de positiva o expositiva. Este último ha de ser fraile dominico.

Un profesor de Derecho Civil.

Un profesor de Derecho Canónico.

Un profesor de Medicina.

La Universidad y el Colegio de Caracas tienen un capital de 47.748 pesos fuertes 6 y $\frac{1}{2}$ reales, colocado a interés, que produce 2.387 pesos fuertes y $3\frac{1}{2}$ reales al año. Con esta suma se debe pagar a los doce profesores. En 1804 se le pidió al Rey un suplemento, el cual debe de haber sido otorgado.

Todos los grados de Bachiller, de Licenciado y de Doctor se reciben en la Universidad. El primero lo da el Rector, los

otros dos el Cancelario, quien al mismo tiempo es Canónigo Maestrescuela de la Catedral.

El juramento en todos los grados consiste en obligarse a sostener el dogma de la Inmaculada Concepción, a no enseñar ni practicar el regicidio ni el tiranicidio y a defender la doctrina de Santo Tomás.

A la Universidad y Colegio de Caracas asistían en 1802 sesenta y cuatro internos y cuatrocientos dos externos, repartidos así:

A las clases inferiores, comprendidos entre éstas la	
Retórica	202
A la de Filosofía	140
A las de Teología	36
A las de Derechos Canónico y Civil	55
A la de Medicina	11
A la escuela de canto llano	22
	<hr/>
	466
	<hr/>

De este plantel salen los ministros de la iglesia, los magistrados de la justicia y los defensores del público.

Policía

Entre todos los pueblos conocidos, los Españoles son quienes menos que hacer le dan a la policía en lo referente a la tranquilidad pública. Su natural sobriedad, y, principalmente, su carácter flemático ahorran la frecuencia de riñas y tumultos. En las calles de Caracas nunca hay ruido. Todos pasan silenciosos, melancólicos, graves. Tres o cuatro mil personas salen de una iglesia, y no hacen más ruido que las tortugas caminando en la arena. En igual circunstancia, los Franceses, cansados por el silencio que ha de observarse durante los oficios divinos, al salir del templo reaccionarían de modo opuesto. Hombres, mujeres, niños con sus conversaciones formarían un ruido que se oiría a buena distancia. Un número cuatro veces mayor de Españoles no producen siquiera el zumbido de un abejorro.

Pero, si el magistrado no ha de temer delitos ruidosos, no por eso debe ser menos vigilante ni menos activo. Los asesinatos, robos, fraudes, infidelidades, le exigen tantas diligencias, tantas investigaciones, tantas medidas, que bastan a poner a prueba el celo más acucioso cuando no la más penetrante sagacidad.

Lejos de hallarse libre de él, sienten los Españoles quizás más que otra raza cualquiera, ese espíritu vengativo, cuyo mayor peligro consiste en escoger las tinieblas para asestar sus golpes y velar el rencor bajo matices de amistad para hallar más fácilmente ocasión de satisfacer aquél. Cuando alguien que por su rango social debe tomar venganza personalmente, recibe una ofensa, apenas da a conocer su cólera o la disimula por completo, pero a partir de ese instante no dejará pasar la ocasión en que pueda clavar un puñal en el pecho de su nuevo enemigo, y acogerse luego al asilo de una iglesia, para que el tribunal eclesiástico se encargue de presentar como un caso fortuito aquella premeditada asechanza y como cosa perdonable aquel indigno homicidio.

Particularmente se acusa de esta costumbre criminal a los Españoles de Andalucía. En Caracas me han asegurado que estos siniestros acontecimientos no se vienen registrando sino desde 1778, época en que se extendió a casi todos los puertos de España la facultad de comerciar con Venezuela, facultad que hasta entonces había sido privilegio de la Compañía Guipuzcoana. A consecuencia de ello comenzaron a venir entonces a Caracas muchos Españoles de todas las provincias, principalmente de Andalucía.

Casi todos los asesinatos ocurridos en Caracas son obra de Españoles europeos. Los imputables a los Criollos son tan escasos como los robos atribuibles a los primeros. Los Criollos blancos, o pretensos blancos, a quienes la pereza y los vicios por ella engendrados hunden en la crápula y la abyección, y los manumisos, a quienes les parece demasiado penoso vivir del trabajo, son los únicos autores de cuanto robo ocurre en Caracas.

La adulteración de pesas y medidas, la falsificación y mezcla de los frutos y de los víveres, son también delitos fre-

cuentes, porque se consideran más bien como pruebas de habilidad que como pillerías.

Basta esto, sin duda, para darle trabajo a la más vigilante policía. Muchas otras cosas están a su cargo: el abastecimiento de la ciudad, por ejemplo, el cual, lejos de honrar a los magistrados encargados de él, es una muestra patente de su negligencia. ¿Creeráse que Caracas, capital de unas Provincias donde se cría suficiente ganado para proveer a todas las Colonias extranjeras de América, carece muchas veces de carne de matadero? Pero es así: Caracas, residencia de un Capitán General, sede de un Arzobispo, de una Real Audiencia, de los principales Tribunales de alzada, con más de cuarenta mil habitantes, y una guarnición, de más de mil hombres, experimenta escasez en medio de la abundancia.

Si en sus calles no se acumulan basuras, es por obra de las lluvias, no por los cuidados de la policía; las menos traficadas se cubren de una especie de grama, *panicum dactyloicum de Linneo*.

En todos los países, la policía tiene que hacer con la mendicidad. La de Caracas parece ignorarla completamente. En las calles pululan pobres de ambos sexos, que se sustentan únicamente de limosnas, y prefieren vivir de este modo antes de trabajar. La religión, muy mal interpretada en lo tocante a esto, impide a los Españoles averiguar si el mendigo, por sus facultades, edad o salud, puede ganarse la vida sin pedir limosna. Creen o por lo menos proceden como si creyeran que el Evangelio, al elogiar la limosna, recomienda el que se la pida.

Desde que alguien comienza a mendigar, se coloca bajo la protección de la policía, en vez de quedar bajo su vigilancia. A toda hora entran mendigos en las casas. El inválido y el robusto, el viejo y el joven, el ciego y el que goza de buena vista, todos tienen igual derecho a la caridad. Cada quien da o niega la limosna según sus propias facultades y no de acuerdo con la necesidad de quien la pide.

A los extranjeros les cuesta trabajo conciliar la ciega caridad de los Españoles con el desagradable cuadro que durante la noche presentan los pobres tendidos en las calles, a lo largo de las paredes de las iglesias y del palacio arzobispal, sin ninguna protección contra el sereno, tan peligroso en la zona tórrida, ni contra cualquiera otra inclemencia del tiempo. Se tiene impresión de estar en un país bárbaro. Pero si se examina a fondo la cosa, se comprende que semejante desorden proviene de un exceso de piedad. Aquéllos que parecen desgraciados, no son sino mendigos a quienes la embriaguez les impide buscar mejor asilo, y que no van a dormir a los hospitales porque, como en éstos se cierran temprano las puertas, no podrían gastar en aguardiente lo que han recogido durante el día. La policía sabe muy bien lo que pasa, pero no puede oponerse a ello, pues si lo hiciera se la juzgaría como falta de caridad. La librea de Dios, con que se viste el mendigo, lo exime de obedecer a cualquier reglamento, lo pone al abrigo de toda censura, lo hace inviolable.

Para darse cuenta del número de mendigos callejeros, basta saber que el Arzobispo reparte una limosna general todos los sábados, cada mendigo recibe medio esquelino, o sea la dieciseisava parte de un peso fuerte, y que en esto se invierte cada vez de setenta y cinco a setenta y seis pesos fuertes; lo cual corresponde a un minimum de doscientos mendigos. En esta lista no se incluyen los pobres vergonzantes, cuyo número es mayor aún, y entre los cuales reparte secretamente sus rentas Don Francisco Ibarra, digno Prelado criollo de Caracas.

Una policía bien organizada debería recoger a todos los que mendigan porque efectivamente no pueden ganarse la vida, y cuidar de su subsistencia en casas destinadas al efecto; por otra parte, podría proporcionarle a los otros un trabajo adecuado a sus fuerzas, con el cual se procuraran su alimento y si fuere posible realizaran algunas economías. No puede pensarse que obligar a los hombres a trabajar sea menos agradable a los ojos de Dios, que protegerlos en la ociosidad, donde viven entre vicios ofensivos a un tiempo a las buenas costumbres, a la religión y al orden público. Semejantes abu-

sos desaparecerían, sin duda, con la formación de nuevas leyes municipales. Permita el Cielo que los prejuicios de la costumbre cedan su puesto a la razón, y que al fin la ciudad de Caracas goce de los beneficios de una atinada administración de la cual dependan la seguridad, la concordia y la dicha de los ciudadanos.

Muchas personas, demasiadas, dirigen la policía de Caracas. La vigilancia pública exige una dirección central que oiga todas las quejas y reciba todos los datos capaces de darle a conocer la conducta de cada uno de los individuos sujetos a su vigilancia. Cuando esto existe, rara vez surten su efecto las falsas delaciones y los informes engañosos. Además, cuando se tiene en las manos el hilo de las intrigas de los individuos sospechosos, se puede estar siempre sobre alerta a cuanto amenace la seguridad pública. En lo referente a esto, como puede observarse en nuestras grandes ciudades, el Cabildo, con sus veintidós miembros, secundado por los Alcaldes de Barrio, que son comisarios de policía repartidos en la ciudad, sería harto suficiente para manejar los resortes de la policía. Pero la presencia de otras autoridades deseosas de compartir las prerrogativas del gobierno, ha obligado a dividir los asuntos de policía entre el Gobernador, el Teniente de Gobernador y un individuo de la Audiencia, que, con el nombre de Juez de Provincia, se entiende, durante tres meses, en los asuntos de policía cuya solución no le exija ausentarse de la ciudad. De esta suerte, el Cabildo ha quedado desposeído de su jurisdicción natural, excepto en los casos que requieren trabajos y cuidados que las otras autoridades consideran como indignos de su categoría.

Comunicaciones con el Interior

Caracas, centro de todos los asuntos políticos, judiciales, fiscales, militares, comerciales y religiosos de sus dependencias, lo es naturalmente también de todas las vías de comunicación. La extensión del país y su escasez de población indican el estado en que deben hallarse los caminos. La mayoría de ellos están solamente trazados. Los atascaderos, las riadas, la

falta de puentes y de barcos para atravesar los ríos, hacen impracticables los caminos durante la estación lluviosa; si bien no hay época en que lleguen a ser cómodos. Se acostumbra medir la distancia por jornadas y no por leguas. Según mi propia experiencia, calculo la jornada en diez leguas de dos mil pasos geométricos cada una.

Las órdenes remitidas por el Gobierno a diversas ciudades del Interior, las lleva un propio y lo mismo ocurre con las cuentas y pleitos que recibe. Los únicos correos regulares y periódicos que salen de Caracas son los de Maracaibo, Puerto Cabello, Santa Fe, Cumaná y Guayana. Las ciudades que se encuentran en el itinerario de estos correos gozan de la ventaja de poder enviar con ellos su correspondencia.

El correo de Maracaibo sale de Caracas todos los jueves a las seis de la tarde con la correspondencia de La Victoria, Turmero, Maracay, Valencia, San Felipe, Puerto Cabello y Coro. Gasta veinte días de Caracas a Maracaibo. El correo de Maracaibo no llega a Caracas sino cada quince días, pero el de Puerto Cabello llega todos los martes.

Los días seis y veintidós de cada mes, sale el correo de Caracas para Santa Fe con la correspondencia de San Carlos, Guanare, Araure, Tocuyo, Barquisimeto, Barinas, Mérida, Cartagena, Santa Marta y el Perú. Llega, o debe de llegar a Caracas los días cuatro y veinte de cada mes. Ordinariamente emplea cuarenta y dos días de Caracas a Santa Fe.

El correo de Cumaná y Guayana llega a Caracas una vez al mes. Se adelanta o retarda según el estado de los caminos y de los ríos. A los cinco días de su llegada, vuelve a salir. La correspondencia de Guayana va por un correo directo de Barcelona, la de Cumaná y Margarita va por otro. Esta última tarda doce días y treinta la de Guayana.

Con España

En Caracas se recibe mensualmente la correspondencia oficial de España. Una nave del Rey sale de Coruña en los tres primeros días del mes, toca en las Canarias, donde deja la

correspondencia para aquellas islas, de allí se dirige a la Habana y al pasar por Puerto Rico deja los paquetes destinados a aquella isla y los de las Provincias de Caracas. Estos salen inmediatamente para su destino en un barco especial.

En tiempos de guerra, el correo de España, en vez de tocar en Puerto Rico, lleva a Cumaná la correspondencia dirigida a Caracas y sus Provincias, y a Cartagena las del Virreinato de Santa Fe y va luego a La Habana, de donde sale periódicamente para España. La correspondencia de Caracas para España, aun la oficial, se despacha en barcos mercantes que hacen la travesía de la Guaira a Cádiz.

Comerciantes

El capítulo del comercio contiene todos los detalles que pueden exigirse sobre el de Caracas; por comodidad para el lector y para mí, basta en este punto con remitirlo a él. Sin embargo, por si desea conocer el nombre de los comerciantes mayoristas que trabajan por su cuenta o por comisión, doy aquí la lista de ellos:

Abazolo, Don Bruno Ignacio; Aguerrevere, Don Pedro Ignacio; Alzuade, Don Jerónimo; Arámburu, Don Francisco; Argos, Don José Joaquín de; Arrizurieta, Don Antonio; Baracarte, Don Martín; Barrera, Don Miguel Antonio; Bolet, Don Jaime; Borges, Don Tomás; Carballo, Don Antonio; Cortegoso, Don José Antonio; Díaz Flores, Don Antonio; Echenique, Don Juan José; Eduardo, Don Juan; Eduardo, Don Pedro; Emazábel, Don Joaquín; Echezuría, Don Manuel; Echezuría, Don Pablo; Echezuría, Don Pedro; Fornes, Don Juan; Garay, Don José; García Jove, Don Joaquín; García, Don José Manuel; Godoy y Codina, Don José; González, Don Salvador; Galguera, Don Juan Vicente; Herrera, Don Juan Pascual; Iturralde, Don Juan Francisco; Iturralde, Don Juan Bautista; Key Muñoz, Don Fernando; Landaeta, Don José; Larrain, Don Juan Bernardo; Linares, Don Vicente; Lizarraga, Don Manuel de; Llamosas, Don José de las; López Méndez, Don Isidro Antonio; Martí, Don Mariano; Martínez de Abia, Don Félix; Mayora, Don Simón; Olivert, Don Juan; Orea, Don Telésforo;

Quintero, Don Isidoro; Ramírez, Don Próspero; Romero, Don Antonio José; Saviñón, Don Nicolás; Segura, Don Joaquín; Ugarte, Don Juan Ignacio; Ugarte, Don Simón; Villa Santa, Don Felipe; Zubieta, Don Juan Antonio; Zulueta, Don Francisco.

LA GUAIRA

Si los habitantes de Caraballeda no hubieran abandonado aquel puerto por las razones que expuse en el Capítulo II, nunca le habría tocado a La Guaira una suerte mejor que la de ser residencia de algunos pescadores o el embarcadero de alguna hacienda. La dificultad de poblar nuevamente a Caraballeda, obligó a escoger otro sitio que pudiese servir de puerto a Caracas; la elección recayó sobre La Guaira. La navegación no ganó nada en el cambio; pues esta rada es más agitada e incómoda que cualquier otra.

La ciudad, o el pueblo de La Guaira, para seguir la costumbre española de no llamar ciudad sino a los lugares con Cabildo, se halla encajado de tal modo en el cerro, que las piedras, al desprenderse, causan a menudo serios perjuicios. El único horizonte visual es el del mar, que queda al Norte. Esto explica fácilmente la causa de los grandes calores reinantes nueve meses al año. El termómetro sube por lo general hasta veinticinco o veintiocho grados Reamur. Todos los años, por Julio, Agosto y Setiembre, se presentan fiebres pútridas y malignas, mortales principalmente para los Europeos recién llegados.

El orden y la división de la ciudad misma obedecen a la irregularidad y estrechez del paraje. Las calles son angostas, torcidas y mal pavimentadas; las casas miserablemente construidas. Lo único regular y curioso son las baterías de defensa. El Gobierno sólo ha querido hacer un puesto militar y el comercio se ha contentado con tener un embarcadero para la capital.

En La Guaira viven pocos comerciantes. Los negocios tienen lugar en Caracas; de allí se va a recibir los cargamentos remitidos de Europa, o a comprar mercancías. Ya sean éstas

propiedad del comerciante o las haya recibido en consignación, se transportan a Caracas, donde se venden. En La Guaira queda sólo lo necesario para el consumo de la localidad. Igual pasa con los frutos: se almacenan en Caracas, y se remiten a La Guaira sólo cuando se van a embarcar.

El camino entre las dos ciudades es escarpado; bueno en verano, pero fatigante en invierno. Mide escasamente cinco leguas. Las acémilas lo recorren en cinco horas, pero una mula de silla, sin salirse del paso, puede hacerlo en tres horas y media. Según las alturas tomadas por el Barón de Humbolt, saliendo de La Guaira se suben seiscientos ochenta y cuatro toesas, y luego se bajan doscientas treinta y cuatro, antes de llegar a Caracas. Pocas veces los viajeros hacen el camino sin detenerse en él. A quinientas sesenta y seis toesas de altura, se encuentra una posada que los Españoles llaman venta, donde por lo general se deja reposar la cabalgadura, y el viajero descansa también.

El agua que se bebe en La Guaira proviene de un riachuelo, o mejor dicho, de un arroyo, cuyo manantial se halla en la montaña, a dos leguas del mar. Esta agua, siempre tibia y poco grata al paladar, adquiere al pasar por capas de zarzaparrilla, una virtud antivenérea que no queda sin producir su efecto.

En La Guaira reside un Comandante de la Plaza, que al mismo tiempo es Teniente de Justicia, es decir, está autorizado a juzgar en primera instancia todos los asuntos civiles, y de él se apela para la Real Audiencia. Su principal obligación consiste en dar cuenta diariamente del movimiento del puerto al Capitán General. Sin orden expresa de ésta, no puede conceder a ningún extranjero permiso para pasar a Caracas, si bien es bastante fácil obtener este permiso: basta con alegar motivos que parezcan justificados.

La guarnición de la plaza consiste de ordinario en una Compañía destacada del Regimiento de Caracas. En tiempos de guerra se la refuerza con otras tropas de línea y Milicia de Caracas.

La Guaira cuenta con una población de seis mil habitantes. De ellos, ciento treinta están empleados en las chalupas cañoneras; setecientos once forman la guarnición o sirven en los guardacostas y galeras. El limosnero de a bordo despacha todos los asuntos curiales de estos individuos. La ciudad no tiene sino una iglesia, servida por un cura.

PUERTO CABELLO

El puerto de Borburata, a una legua hacia el Este de Puerto Cabello, sostuvo durante mucho tiempo y de modo exclusivo las relaciones marítimas que hoy mantiene Puerto Cabello, y no porque el primero superara las condiciones del segundo. Al contrario, carece de comodidad para los barcos y de ventajas para la Provincia.

La casualidad llevó, al principio de la conquista, algunos barcos a Borburata. Los primeros conquistadores establecieron allí un puerto, y el Gobernador Villegas envió, en 1549, para formar el núcleo de la ciudad unos ochenta hombres, de los cuales cuatro fueron nombrados Regidores y dos Alcaldes, para dejar establecido el Cabildo.

Las naves extranjeras que visitaban esos lugares en son de contrabando, interesadas en realizar sus desembarques clandestinamente y evitar los puertos frecuentados, escogieron para sus operaciones el sitio donde hoy se asienta Puerto Cabello. Casi en seguida algunos pescadores construyeron allí sus barracas, a éstas se añadieron luego otras de contrabandistas holandeses. Así el puerto vino a estar poblado, durante mucho tiempo, por gente de esa ralea, y, más que del gobierno español, dependía de Curazao.

Cuando se tuvo noticia del incremento adquirido por aquella aldea, poco halagüeño para la tranquilidad pública y para el dominio español, se trató de sustituirla por algo más legal. Para ello se empleó la fuerza de las armas, en tres o cuatro ocasiones; pero se encontró tal resistencia que al cabo se renunció a la empresa, y Puerto Cabello llegó a ser, gracias a su independencia, el refugio de la peor gente del interior y de los que lograban escapar a la mano de la justicia.

Tal era su condición cuando la Compañía Guipuzcoana comenzó sus relaciones con estas Provincias.

Desde un principio la Compañía resolvió aprovechar las ventajas de la rada de Puerto Cabello, y establecer allí sus principales almacenes; pudo lograrlo merced a sus fuerzas marítimas. Desde entonces aquellos hombres sin freno ni ley comenzaron a vivir sometidos a más sociales condiciones, y, a causa de la influencia paulatina de los Europeos, hoy sólo quedan vestigios de la corrupción original. Sin embargo, al cabo de casi un siglo, Puerto Cabello sirve de refugio todavía a todos los sujetos del interior del país a quienes su mala conducta o turbulencia obligan a alejarse de su familia o de la policía que los inquieta. Curazao administra también su contingente de individuos de color, libres o esclavos.

La Compañía hizo construir una cala magnífica, de noventa y dos pies de largo por doce de ancho, para comodidad de los barcos. Además levantó fuertes para su defensa, y un edificio, más grande que hermoso y más sólido que elegante, donde estableció su factoría, y donde permanece aún, a pesar de haberse extinguido sus privilegios.

Como sistemáticamente no empleaba en sus almacenes y barcos sino oriundos de Vizcaya, éstos afluyeron a todos los lugares donde tuvo establecimientos. Así pues, no es de extrañarse que la mayoría de los Europeos residentes en Puerto Cabello se componga de Vizcainos, quienes se distinguen tanto por su actividad y honradez, como por su lenguaje singular.

Tan cerca del agua se ha construido el pueblo, que muchos de sus sitios estaban antes sumergidos, y se han levantado por medio de terraplenes. Observando su recinto, se comprende que cuando lo trazaron no se pensó en que había de extenderse tan pronto hasta el punto de necesitar dos veces más espacio para alojar la población.

El mar rodeaba la población primitiva, excepto en un trecho de cien toesas situado al Oeste. Allí se abrió un canal, para comunicar la parte de mar que queda al Sur con la que está al Norte; dejándola transformada en una isla, de la cual

no se puede salir sino por un puente, en cuyo extremo se han colocado el principal puesto de guardia, y una puerta que se cierra por las noches.

Cuando su recinto no bastó ya para albergar a todos los moradores, fue forzoso levantar las nuevas construcciones en el Oeste, sobre la única faja de terreno que dejaban libres las aguas. Estos edificios, constrandos como a espaldas de las autoridades, y contra las ordenanzas que prohíben edificar a cierta distancia de las plazas fuertes, no se sometieron a ninguna regla de ingeniería. En realidad se había tolerado su construcción, pero se les consideraba como llamados a desaparecer cuando la necesidad lo exigiera o cuando el Comandante de la plaza lo deseara. Por esto, la llamada calle de la *Jeringa*, que fue la primera en formarse, carece de proporciones regulares y del debido alineamiento. Las muchas casas que allí se fueron levantando ocasionaron pronto cierta desazón al Comandante de la plaza, quien elevó una representación a sus superiores, haciéndoles ver que aquel barrio, cuya importancia igualaría en breve la del mismo Puerto Cabello, hallándose tan próximo a la población, podría constituir un estorbo para la defensa, y de igual modo, si el fuerte de la boca del puerto se viera forzado a disparar sus cañones, necesariamente había de demoler aquellas casas, cuyos dueños no dejarían de pedir indemnización al Rey por tales daños, inevitables aunque involuntarios, el día en que se presentase un enemigo en Puerto Cabello. Como consecuencia de esto, se ordenó la desocupación de aquel sitio; pero sus habitantes ofrecieron correr todos los riesgos en caso de ataque, prescindiendo de cualquier derecho a indemnización por los daños que ocasionara la defensa y así obtuvieron permiso para conservar sus casas y construir otras. De este modo, lo que hasta entonces era sólo tolerancia, se transformó en derecho condicional.

A partir de esa fecha se construyó con más confianza, solidez y orden. Se sometieron las nuevas casas a alineamiento, se abrieron plazas públicas y se hizo lugar para un mercado; en fin, esta parte, considerada como una prolongación del pueblo, ha llegado a ser la residencia de los negociantes y mercaderes.

La población total de Puerto Cabello es de siete mil quinientos habitantes; ninguno de ellos tiene pujos nobiliarios, excepción hecha de los Oficiales militares y de hacienda.

La ocupación general de los blancos es el comercio y la navegación. Mantienen relaciones principal y casi exclusivamente con los puertos del mismo continente y las colonias vecinas, pues, aunque el puerto fue abierto en 1798 al comercio de la metrópoli, poco se ha utilizado esta facultad. Todo lo importado de España, llega allí en cuatro o cinco barcos al año, y estos mismos sirven para la exportación a la metrópoli; en cambio, más de sesenta barcos de diversas capacidades se emplean en el servicio de cabotaje. Curazao acapara, por lo menos, una tercera parte del comercio y Jamaica otro tanto. A juzgar por las declaraciones de aduana, estas relaciones no resultan importantes, porque los cargamentos de ida valen poco, y menos aun los de retorno. Pero clandestinamente se exporta dinero que se emplea en Curazao y en Jamaica en mercancías secas, las cuales se desembarcan en la costa, antes de presentarse en el Puerto, o bien se llevan al mismo puerto, según las connivencias y facilidades que cada quien sea capaz de procurarse.

Puerto Cabello es el depósito de toda la parte Occidental de Venezuela. En sus almacenes se surten completamente las regiones de Valencia, San Carlos, Barquisimeto, San Felipe y parte de los Valles de Aragua. A Puerto Cabello va también gran parte de los frutos de esas regiones. Unos veinte Europeos, más o menos emprendedores, constituyen el núcleo de los comerciantes de Puerto Cabello. Aquéllos sobre quienes tengo datos particulares que me obligan a dar a conocer sus nombres, son:

Amat, Don Cristóbal; Burgos, Don Bernardo; Delgado, Don José; Herrera, Don José; Herrera, Don Pedro; Hillas, Don Gaspar; Iturrondo, Don Manuel; Villasanta, Don...

Este mismo puerto, el mejor de Tierra Firme, como se ha dicho en el Capítulo II, ofrece facilidades a los armadores para reparar y aun construir barcos, y en realidad, acuden allí de todos los puertos vecinos. La Guaira, por ejemplo,

que recibe tantos barcos, recurre siempre a Puerto Cabello cuando se trata de calafatear, carenar o construir embarcaciones.

A Puerto Cabello, para ser el primer puerto de América, sólo le falta un poco de salubridad. Y no es que carezca de aires puros, ni que la brisa deje de moderar regularmente el excesivo calor, Tanto es así que las tripulaciones de los barcos surtos en la rada y sin contacto alguno con tierra, se preservan siempre de las influencias malignas que inficionan la ciudad.

Puede crerse a primera vista que las lagunas cubiertas de mangle, formada por el mar al Este de la ciudad, exhalan pestilencias causantes de la insalubridad. Pero no es así, puesto que las casas construidas y que siguen construyendo sobre esas mismas lagunas, son más sanas que otras más distantes del pretendido foco de infección.

No ocurre lo mismo hacia la parte Sur, donde las aguas pluviales caen en una llanura arcillosa, bastante extensa, y no tienen salida sino por evaporación y filtración. Esta última es casi nula en aquel terreno. Las aguas allí estancadas se corrompen rápidamente, se vuelven verdes y fétidas, y con las primeras lluvias, después de un lapso de sequía, se provocan emanaciones pestilentes, capaces de alterar la salud más vigorosa y de corromper el cuerpo más sano. Los que allí tienen sus casas son las víctimas principales de tan pérfido vecino. Esta causa funesta ejerce su acción más directa y destructivamente en los Europeos no aclimatados aún.

En 1793, una escuadra española, mandada por el Teniente Genera Aristizábal, ancló en Puerto Cabello y permaneció allí desde Julio hasta Diciembre. La tercera parte de su tripulación pereció, y más hubieran sido las muertes, sin los cuidados y la habilidad del Doctor Gaspar Juliá, Médico del Rey en Puerto Cabello. Los conocimientos del Doctor Juliá son tan profundos, que de Tierra Firme y las islas vecinas le consultan todo caso de gravedad.

En 1802 los barcos franceses "Torville" y "Celoso", la corbeta "Útil" y la goleta "Adelaida" fueron enviados en mi-

siones de Santo Domingo a Puerto Cabello. Llegaron el 5 de Julio. En cuanto la tripulación bajó a tierra, adquirió la enfermedad del país, y en treinta días murieron sesenta hombres, entre marineros y Oficiales. Del "Tourville" perecieron ciento seis; del "Celoso", treintitís; de la "Util", diez y de la "Adelaida", doce. Una estadía más larga hubiera expuesto estos barcos a encontrarse al fin sin gente para hacerse a la mar. De suerte que hubieron de partir antes de llenar su cometido. Pudo observarse que la tripulación del "Celoso", cuyo Capitán no le concedió fácilmente permiso para bajar a tierra, se conservó indemne durante algún tiempo, y que el contagio comenzó al establecer la comunicación con tierra. Sin embargo, las ocasiones que ofrece la ciudad a la intemperancia de los marineros, tienen gran parte, sin duda, en la insa'ubridad que se le atribuye. La enfermedad endémica de Puerto Cabello, como de todas las costas tropicales, se conoce con el nombre de fiebre amarilla. Contra ella han resultado inútiles los esfuerzos de la medicina; sigue siempre su curso y no disminuye su furor.

Por conveniencia propia y por humanitarismo, el Gobierno español debería suprimir el aguazal donde se origina la peste de Puerto Cabello. La operación no es difícil ni costosa. Echando terraplanes en los sitios más profundos y abriendo desagües hacia el mar o hasta el río, que no pasa muy distante, se llenaría el objeto. Varias veces he oído decir allí mismo, a personas instruidas, que veinte mil pesos fuertes, no malbaratados, bastarían para dejar a Puerto Cabello tan salubre como cualquier otro puerto de Tierra Firme.

El agua que se toma en Puerto Cabello proviene de un riachuelo cuya desembocadura se halla a un cuarto de legua al Oeste de la ciudad. Se la conduce por medio de canales mantenidos con más cuidado que éxito, y luego se distribuye para el uso público en varias fuentes, colocadas a conveniente distancia unas de otras. Estas aguas son buenas en tiempo seco, pero, cuando llueve mucho, se cargan de partículas terrosas, que las hacen malsanas y poco agradables. A esto se previene usando piedras de filtrar, pero el mal está en que estos muebles de lujo no se hallan al alcance de todas las for-

tunas, y el estómago de los pobres permanece expuesto a todos los malos resultados.

La ciudad, considerada como plaza fuerte, está principalmente bajo las órdenes de un Comandante Militar, quien ejerce casi todos los poderes. A su cargo están los asuntos de policía, y hasta la administración de justicia en primera instancia. De él se apela ante la Real Audiencia.

Los Porteños solicitaron la creación de un Cabildo; pero sólo han obtenido hasta ahora derecho para elegir un solo Alcalde, que se renueva anualmente. Esta prerrogativa, vigente desde 1800, ha traído más inconvenientes que ventajas, pues, como parte de las atribuciones legales de este oficial civil se han venido ejerciendo consuetudinariamente por el Comandante Militar, la dificultad de arrancárselas da a cada instante lugar a conflictos seguidos de procesos siempre funestos a la armonía general.

No es precisamente por sus templos que brilla la religión en Puerto Cabello, sólo existe una iglesia parroquial situada cerca del puerto. No hay conventos. Sin embargo, en el extremo de la ciudad, hacia el Sur, se comenzó a construir una iglesia, pero las donaciones y limosnas apenas alcanzaron para los trabajos preliminares. Cuando se notó que la falta de dinero iba a condenar el recién comenzado edificio a ser testimonio del poco fervor de los porteños, los ministros de la iglesia discurrieron un medio, cuya eficacia no fue tal como esperaban.

Convinieron en no imponer como penitencia sino la obligación de llevar hasta el pie de la fábrica piedras cuyo número y tamaño habian de depender de la gravedad de los pecados. Pero sea que en Puerto Cabello no se ofende a Dios, sea que los pecadores de allí se creen perdonados con la sola confesión de sus culpas, sea que la penitencia resultara demasiado pública cuando se deseaba ocultar los pecados, lo cierto es que con tal medida no se obtuvieron sino algunas docenas de piedras acarreadas por negros viejos y viejas, y aun estos penitentes se cansaron pronto de aquel ejercicio.

Yo he visto, sin embargo, a algunas mujeres llevar piedras al templo, movidas las unas por el deseo de acabar con las inconsecuencias de sus maridos, otras, deseosas de obtener un primogénito que el matrimonio por sí solo no bastaba a procurárselo. También llevaban piedras para recuperar objetos perdidos. Por desventura tales preces no fueron escuchadas y esto bastó para demostrar que Dios, al negarles al local virtudes milagrosas, lo declaraba indigno de ser uno de sus templos. Al cabo obra y proyecto fueron abandonados. La hierba y la marea cubren hoy los trozos de fábrica y los materiales dispuestos para ella.

En Puerto Cabello hay dos hospitales: uno para la tropa y otro para particulares, llamados Hospital Militar el primero, La Caridad el segundo. En tiempo de paz, guarnece la plaza una Compañía del Regimiento de Caracas. En tiempo de guerra se refuerza con tropa de línea y Milicias. Además, hay allí permanentemente un presidio con trescientos o cuatrocientos forzados, que se emplean en trabajos públicos.

Residen además los siguientes empleados de Hacienda: un Tesorero, un Contador, muchos amanuenses, un Guarda-Almacén, un Visitador, un Guardia Mayor y unos treinta guardias encargados de impedir el contrabando.

Puerto Cabello dista treinta leguas de Caracas, embarcándose en La Guaira; y cuarenta y ocho si se sigue la vía de San Pedro, La Victoria, Turmero y Valencia.

El termómetro de Reaumur marca 26° en Agosto y hasta 18° o 19° en enero. Está situado a los diez grados veinte minutos de latitud Norte y a los setenta grados treinta minutos de longitud Occidental del meridiano de París.

VALENCIA

La ciudad de Valencia fue fundada en 1555, bajo el gobierno de Villacinda, con el objeto de establecer un puesto más próximo a Caracas, que facilitase la conquista de este país, tan justamente elogiado por Fajardo. Francisco Díaz de Moreno, el fundador de la ciudad, tenía orden de esta-

blecerse a orillas del lago Tacarigua, llamado hoy lago de Valencia, pero, con buen sentido, juzgó que la insalubridad de aquél obligaba a establecer la ciudad lejos de allí. Para el caso escogió un sitio a media hora del lago, en una hermosa llanura cuya fertilidad y aires puros invitaban a fijar morada allí, y, efectivamente, allí asentó la ciudad llamada luego Valencia del Rey. Está a 10° 9' de latitud Norte y 70° 45' de longitud Occidental del meridiano de París. El termómetro Reaumur marca generalmente entre 16° y 23°.

Su población, según el censo eclesiástico de 1800, es de seis mil quinientos cuarenta y ocho habitantes, pero de acuerdo con otros datos más fidedignos, puede calcularse en más de ocho mil personas, y si se juzgase por la extensión de terreno que ocupa, habría de dársele una población dos veces mayor. Todos los habitantes de Valencia son criollos, o vástagos de viejas familias del país, si se exceptúan algunos canarios y muy pocos Vizcaínos. Las calles son anchas y pavimentadas en su mayor parte. Las casas, construidas como las de Caracas, se diferencian de éstas en tener solo un piso.

Sólo hay una iglesia parroquial, servida por dos curas y un sacristán. El templo, bastante bien edificado, se halla al Este de una hermosa plaza, de suerte que completando cada uno el embellecimiento del otro, hacen de aquel sitio el más agradable de la ciudad.

En 1804 se estaba construyendo, hacia un extremo de la ciudad, un templo dedicado a Nuestra Señora de la Candelaria. Su proyecto se debe a los Canarios residentes en Valencia, pero a la fábrica contribuyen con sus limosnas todos los fieles.

Los Franciscanos tienen un convento con ocho religiosos, cuyos servicios son muy útiles para el beneficio espiritual de la comunidad, pues una sola parroquia no da abasto para ello. A causa de la pobreza que ha reinado en Valencia durante dos siglos, sin otro motivo real que la pereza de sus moradores, la existencia de este convento ha debido ser muy penosa durante mucho tiempo y quizás a eso mismo se deba

que sea el único convento existente en Valencia. Su iglesia, bien construida, es muy limpia y elegante. En el local del convento se han practicado algunas reparaciones, señal de que ya pasaron los tiempos de penuria.

No hace ni cincuenta años, los Valencianos pasaban con razón, por ser los más perezosos de la Provincia. Para ellos, el trabajo, patrimonio de los plebeyos, podría dar lugar a que se desconociese la nobleza que habían heredado de sus abuelos. No concebían que un hombre fuese digno, si no pasaba su vida tendido en una hamaca o recorriendo las calles espada al cinto. Cualquiera otra cosa les parecía vil, innoble y despreciable. Ni aun sus mismas necesidades eran capaces de sacarlos de la indolencia; se limitaban a quejarse y a invocar inútilmente a la Providencia. En una palabra, tan grande era su holgazanería, que un Comandante Militar enviado a Valencia para asegurar los consumos de la ciudad, se vio precisado a ordenar, bajo severas penas, que cada habitante plantase una cantidad determinada de frutos. Efectivamente se castigó a los infractores de esta orden. Poco a poco fueron familiarizándose con la idea de que el cultivo de la tierra honra al hombre, en lugar de degradarlo, y así comenzaron las plantaciones.

Desde entonces Valencia ha ido perdiendo su triste aspecto de pobreza, para adquirir, en cambio, otro más próspero. Y no precisamente porque se dediquen al comercio un número de habitantes proporcionado a la población de la ciudad ni a la extensión y excelencia de sus tierras; pero ya existe el impulso, se ha destruido el prejuicio, la razón lo ha sustituido, ya la pereza no usurpa los honores debidos a la virtud; se ha formado la justa emulación y ha nacido la actividad que día tras día echa las bases del progreso. De esta suerte, pues, es de esperarse que, en lo futuro, tengan los Valencianos tanto aprecio por la agricultura y el comercio, como desdeño les tuvieron las pasadas generaciones.

Por su situación goza esta ciudad de ventajas que no posee otra alguna en Venezuela y vergüenza debiera ser el que no las hayan aprovechado hasta hoy. Distante sólo diez leguas de Puerto Cabello y comunicada con él por un buen

camino, tiene facilidad de transportar sus frutos sin mayor costo; y una vez terminado otro camino que ya está abierto, con el cual la distancia se reduce a seis leguas, el precio de los trasportes se reducirá más aún. Pero no sólo para la agricultura es ventajosa la situación de Valencia, sino también para el comercio.

Todo lo que el interior del país exporta por Puerto Cabello, ha de pasar por Valencia, como lo destinado a La Guaira pasa forzosamente por Caracas. Los Valles de Aragua, las regiones de San Felipe, San Carlos, San Juan Bautista del Pao, El Tocuyo, Barquisimeto y todos los Llanos, no pueden llevar sus frutos y su ganado a Puerto Cabello sino atravesando por Valencia. ¿Por qué, pues, los habitantes de esta ciudad, tan favorecida por su situación, no han pensado en establecer allí el depósito de los frutos destinados a Puerto Cabello y de las mercancías que necesita el interior? El comerciante del interior prefiere siempre negociar con una plaza cercana, pues ahorrando tiempo aumenta sus beneficios. Algo semejante pasa con el comercio de Caracas; La Guaira no es sino su embarcadero, como Puerto Cabello lo es de Valencia. Si los límites de esta descripción me permitieran extenderme, podría probar con facilidad que más razones hay en favor de Valencia que de Caracas. Pero basta con haber indicado las principales; cualquiera imaginación más o menos viva puede descubrir las demás.

Los Valencianos son abiertos de espíritu, pero más proclives a la ciencia que al cultivo de la tierra.

La ciudad está muy bien provista; la tierra da allí toda clase de frutos y de granos, muy abundantemente y de exquisito sabor; los llanos suministran a sus jiferías todo el ganado que puede consumir, a buen precio y abundantemente.

MARACAY

Hacia el Oriente del lago de Valencia se encuentra un pueblo llamado Maracay. Convengo en que por no ser ciudad ni villa, no debería figurar en este Capítulo; pero es tan

interesante en sí mismo, que me complazco en compartir con el lector mi recuerdo de los gratos momentos pasados allí, durante una breve estancia en 1801.

Se halla situado en los famosos Valles de Aragua, de los cuales he hablado en tantas ocasiones. Bastante cercano al lago, puede gozar de todas las ventajas de éste y al mismo tiempo está suficientemente alejado de él como para no sufrir sus malignas influencias. Maracay, a causa de su terreno arenoso, es sano, aunque cálido. Hace treinta años apenas hubiera merecido el nombre de aldea; hoy presenta un grato aspecto al viajero. Las tres cuartas partes de sus casas parecen construidas todas en una misma y muy reciente fecha. Las calles no están pavimentadas, pero esto no se nota sino cuando el viento levanta torbellinos de arena que incomodan la vista. Un templo nuevo, amplio y de bastante armonía arquitectónica, le sirve de iglesia parroquial. El único ministro del culto es un cura y la única autoridad civil un Teniente de Justicia, que hace las veces de Juez de policía y de primera instancia.

Al igual del pueblo, sus habitantes son dignos de la admiración del observador. Nadie presume de alcurnia ni se envanece con las distinciones.

La industria, la actividad, el trabajo, son base de sus sentimientos. Por una beneficiosa emulación la agricultura ha llegado a ser la pasión dominante de todos. Muchas haciendas de algodón, añil, café, trigo, etc., mantenidas con inteligencia y cuidado, son testimonio inequívoco de la laboriosidad de aquellos hombres y fuente de su bienestar. No cabe duda de que la mayoría de ellos han de ser Vizcaínos, pues éstos, entre todos los españoles europeos residentes en Tierra Firme, se dedican con preferencia a la agricultura. Los oriundos de Canarias les siguen las huellas, aunque no les igualan. Las hermosas siembras que atraen la mirada en los alrededores de Maracay, se extienden por todos los Valles de Aragua ya se llegue a ellos por Valencia o por las montañas de San Pedro, que los separan de Caracas. Allí se tiene la impresión de estar en otro país, en una comarca poblada por la gente

más laboriosa y amiga de la agricultura. En las quince leguas de Este a Oeste ocupadas por estos valles sólo se ven campos de frutos coloniales, regados con arte, molinos de agua y soberbios edificios destinados a la fábrica y preparación de los productos. Lo más notable, sin embargo, es la gran actividad que parece hija de aquella tierra. La gente libre que en otras partes casi no hace nada, aquí se dedica a trabajar, mediante un salario razonable, de suerte que el hacendado no ha de comprar sino muy pocos esclavos, únicamente los necesarios al mantenimiento de la hacienda. En los trabajos extraordinarios, como la siembra, la limpia y la cosecha, se emplea jornaleros libres.

TURMERO

Turmero, situado igualmente en los Valles de Aragua, a dos leguas de Maracay, es también muy moderno y bien construido. Allí viven muchos hacendados, pero principalmente residen los oficiales, factores y empleados de la administración de tabacos, pues en los alrededores del lugar se cultiva este producto por cuenta del Rey. Posee una hermosa iglesia. Un cura desempeña las funciones religiosas y un Teniente de Justicia las civiles. Su población es de ocho mil habitantes.

LA VICTORIA

A seis leguas al Este de Turmero, en el camino de Caracas, se encuentra el pueblo de La Victoria. Fundado por misioneros y poblado al principio por Indios únicamente; cuando la industria fijó asiento en los Valles de Aragua, llegaron allí muchos trabajadores blancos, y una parte de ellos se radicó en La Victoria. En breve el pueblo adquirió otro aspecto.

Se comenzó a cultivar las tierras de los alrededores, y, gracias a ello, las chozas de los Indios fueron reemplazadas por casas decentes. El lugar ocupado por el pueblo conserva aún sus naturales irregularidades y las conservará seguramente mucho tiempo, pues al ornato del pueblo no se ha atendido, sino con la edificación de una iglesia, que por su

belleza y tamaño podrá competir con las mejores Catedrales de América. Sin embargo, esta obra, a la cual prestaba mucha actividad el celo del Regidor Don Miguel de Adarraga, ha sido suspendida durante la administración que sucedió a la de aquel funcionario.

La Victoria cuenta con siete mil ochocientos habitantes de todos los colores. Los blancos, que forman una buena parte, han solicitado del Rey el pomposo título de villa para su pueblo, lo cual tiene por consecuencia y objeto el establecimiento de un Cabildo. Pero, como en la opinión del Ministerio, estas instituciones municipales son más funestas que útiles a la autoridad real, según hemos explicado en el capítulo V, la petición no ha sido concedida ni denegada. Simplemente se la ha eludido, dejándola sin contestación. Mientras tanto, La Victoria conserva su humilde calidad de pueblo, gobernado por un Teniente de Justicia y Regidor.

Aunque aquí hay más actividad que en muchos otros lugares de la Provincia, no hay tanto como en el resto de los Valles de Aragua. Como prueba palpable de esto diremos que los habitantes de La Victoria son excesivamente aficionados al juego, y, como se sabe, esta pasión casa mal con el verdadero amor al trabajo.

En La Victoria reside el estado mayor de las Milicias de los Valles de Aragua.

Hay en estos mismos Valles otros pueblos, de los cuales no me atrevo a ocuparme aquí particularmente, temeroso de ofender el amor propio de las villas, pues éste puede herirse, al ver figurar en el Capítulo dedicado a ellas cinco pueblos que no presentarían merecimiento alguno, salvo el brillo de su industria. Debo, sin embargo, decir que sus nombres son: Cagua, San Mateo, Mamón (por otro nombre El Consejo), Escobar y Magdaleno. El primero tiene cinco mil doscientos habitantes; el segundo, dos mil ochocientos; el tercero, tres mil; el cuarto cinco mil cuatrocientos; y el quinto, dos mil setecientos.

En 1786 había en los Valles de Aragua ciento ochenta y seis haciendas, mil seiscientas casas, 10.929 blancos, 447 in-

dios exentos, 3.378 indios tributarios, 12.159 individuos de color y 3.882 esclavos. Total: 30.795.

En el momento en que escribo (1804) esta población llega a cerca de cincuenta mil almas.

C O R O

Por circunstancias fortuitas, Coro, después de Cumaná, fue el primer establecimiento de Europeos en la parte oriental de Tierra Firme. El tiempo, que sitúa cada cosa en su propio lugar, se ha encargado de darle el rango que le corresponde a causa de la esterilidad de sus tierras.

Como se dijo en el Capítulo I, para someter a las leyes a los traficantes españoles de Tierra Firme, cuyos pasos se señalaban siempre por un nuevo crimen, la Audiencia de Santo Domingo mandó a Juan de Ampies. No le indicó punto fijo donde debiera desembarcar, por consiguiente, no necesitaba luchar contra vientos y corrientes, y, dejándose llevar por ellos, atracó en Coro. Allí aprovechó el espíritu pacífico de los Indios para fundar, a poca distancia del puerto, una ciudad que, a todas luces, hubiera debido ser feliz bajo la sabia administración de su fundador. Pero sólo durante los cuatro primeros años gozó de esta dicha. El destino la condenó a ser guarida de los feroces bandidos a cuyas manos pasaron estas comarcas por un contrato entre Carlos V y los Welsers.

Durante dieciocho años sufrió Coro la vergüenza y el dolor de ser el albergue de los devastadores de aquellas virgenes regiones y el lugar donde amontonaban sus criminales despojos. Vuelta al poder del monarca español, la ciudad continuó de asiento del Gobierno. Gozó de las prerrogativas de capital de Venezuela, hasta que la fertilidad de los valles donde recientemente había sido erigida Caracas, incitó al Gobernador a cambiar aquellos eriales por una tierra cuya multitud de ríos y espesos bosques auguraban las riquezas que debía suministrar con el tiempo. Juan Pimentel, en 1576, fue el primer Gobernador de Venezuela que fijó su residencia en Caracas.

El Obispo y el Capitulo, únicas autoridades importantes que entonces quedaron en Coro, hicieron cuanto tenían a su alcance para seguir las huellas del Gobernador. Mas, como les fuera imposible realizarlo por vías legales, en 1636 decidieron fugarse, según se ha relatado en el artículo sobre Caracas.

Coro está situado en una árida llanura, arenosa y falta de riego. Allí no se ven sino cactus y nopales, infalibles señales de la esterilidad del terreno. A tres leguas de la ciudad se levantan unos repechos menos áridos, donde mal que bien se cultivan todos los frutos del país.

En general, los habitantes de Coro, son, cuando menos, tan apegados, como los demás Españoles a la vida sedentaria y ociosa. Muchos de ellos se enorgullecen de descender de los primeros conquistadores y creen que se les seca el árbol genealógico si lo riegan con el sudor de la frente. Basta esto para indicar que en la ciudad abunda la nobleza y falta la riqueza y que hay en ella más perezosos que trabajadores.

El escaso comercio local se reduce a mulas, cabras, cueros, badanas, quesos, etc., lo cual proviene en gran parte del interior del país, principalmente de la ciudad de Carora. Estos artículos se expiden de Coro para las islas vecinas. Sus relaciones más importantes son con Curazao, de donde se importan mercancías secas que se introducen burlando unas veces la vigilancia de los guardas y pagando en otras el precio de su corrupción.

La población de Coro, formada por gente de todos los colores, es de diez mil habitantes. Se cuentan pocos esclavos, porque a causa de una rareza más fácil de admirar que de explicar, los Indios, que dondequiera se llevan bien con los negros, en Coro les tiene marcada aversión.

Semejante antipatía fue de gran utilidad en 1797 para la tranquilidad pública. Los negros de las haciendas quisieron imitar a los esclavos de Santo Domingo: eligieron un jefe, bajo su mando cometieron algunos actos de bandolerismo. Los Indios de Coro se unieron a los blancos y marcharon

contra los sublevados, mostrando un valor que no se les hubiera supuesto. Muy pronto se logró someter a los revoltosos; los más notables murieron en la horca y todo volvió a su orden primitivo. Los rebeldes nunca llegaron a reunir más de cuatrocientos hombres.

Los Indios desempeñan en Coro todas las faenas. Su salario, de acuerdo con la miseria local, es verdaderamente mezquino. Allí se vive, en efecto, con tanta economía, que si va por fuego a la casa del vecino ha de llevarse un pedazo de leña, en pago del tizón que se va a buscar, y, con todo, a veces se presentan dificultades para realizar este cambio.

No hay fuentes en la ciudad. El agua se acarrea en barriles, desde media legua de distancia. Dos barriles constituyen la carga de un burro, y se venden a un real de a ocho.

Antes las casas estaban bien construidas; hoy no se las puede mirar sin tristeza. En todas se ven las huellas del tiempo y de la miseria. Las de los indios se hallan aún en peor estado. Las calles, aunque tiradas a cordel, no tienen pavimento. Los edificios públicos dedicados todos al culto, consisten en una iglesia parroquial, a la que los habitantes de Coro siguen llamando Catedral, aunque hace ciento sesenta años no hay en ella ni Obispo ni Capítulo. Ahora la sirven dos curas. Hay además un Convento de Franciscanos con siete u ocho religiosos y otras des iglesias dependientes de la parroquial.

La autoridad civil está a cargo del Cabildo. Desde 1799 se ha establecido un Comandante Militar, el cual desempeña a un tiempo la autoridad judicial y la alta policía. Su sueldo es de 2.000 pesos fuertes al año.

Coro está situado a $10^{\circ} 8'$ de latitud Norte y $72^{\circ} 25'$ de longitud Occidental del Meridiano de París. Queda a una legua del mar; a ochenta leguas al Oeste de Caracas, treinta y tres al Norte de Barquisimeto y a cincuenta y cinco al Este de Maracaibo.

A dos leguas al Norte de Coro se halla un istmo, de cosa de una legua de ancho, que une la península de Paraguaná

al continente. Se extiende de Suroeste a Noroeste unas veinte leguas aproximadamente. Lo pueblan Indios y muy pocos blancos, a quienes el gusto por la vida de pastor los ha llevado a residenciarse en esa tierra, propia únicamente para hatos. Allí se crían numerosos rebaños, que en su mayor parte pasan de contrabando a Curazao, cuyo matadero está siempre mejor provisto que el de las más importantes ciudades de Tierra Firme, a pesar de provenir de aquí el ganado.

C A R O R A

La ciudad de Carora está a treinta leguas al Sur de Coro. Salvo un aire saludable, nada le debe el lugar a la naturaleza, pues hasta el agua misma le fata a veces en el verano al Morere, riachuelo a cuyas orillas se halla Carora. Su terreno, árido y cubierto de plantas espinosas, no da sino aquellos productos que deben casi toda su existencia al calor. Allí se conoce una especie de cochinilla silvestre, tan fina como la misteca, pero se la deja perecer en la planta. Hay bálsamos tan odoríferos como los de Arabia, y resinas aromáticas, buenas para sanar heridas y preservativas del tétano. Pero no son estos artículos los que mueven la ambición de los pobladores de la región, quienes han preferido criar en esta tierra estéril animales productivos, como bueyes, mulas, caballos, ovejas, cabras, etc. El cuidado y aplicación que ponen en sacar partido de ellos, son dignos de elogio, y llevan a pensar que en las Indias Occidentales españolas hay pocas ciudades tan activas como Carora.

Allí los más ricos viven del producto de sus rebaños; los otros se ganan la vida en el laboreo de las materias primas que éstos producen. Se trabajan cueros y pieles. Los venados, muy abundantes en la región, y a los cuales se les caza continuamente, pagan también a las curtiembres el tributo de su piel. Sin embargo, debemos convenir en que estos productos no se preparan con toda la perfección posible. El amor propio, siempre excusable cuando va acompañado de la buena voluntad, le echa la culpa de ello a la casca y al agua que se usa; pero en realidad, hay también una buena

parte de ignorancia de los procedimientos. Sin embargo, el consumidor nada tiene que reprocharle al fabricante, pues resulta inconcebible que se puedan vender esos artículos, sea cual fuere su calidad, por el módico precio a que se venden.

Una gran parte de los cueros y pieles preparados en Carora, se utilizan allí mismo en la fabricación de botas, zapatos, monturas, riendas y correas. El resto se expide para Maracaibo, Cartagena y Cuba. También se venden excelentes hamacas, hechas con una especie de pita, *Aloe disthica*.

Estos trabajos son ocupación y mantenimiento de una población de seis mil doscientas personas, que han sabido sacar su bienestar de un suelo estéril, no obstante que la naturaleza parecía oponerse a ello.

La ciudad está bastante bien construida; las calles son anchas y tiradas a cordel; la iglesia parroquial, hermosa y bien cuidada. Hay además una iglesia filial, dedicada a San Dionisio Aeropagita, y un convento de Franciscanos.

La Administración de justicia corre a cargo del Teniente Gobernador y del Cabildo. El Comandante Militar no ejerce autoridad alguna.

Carora se halla a 10° de latitud, a quince leguas al Este del lago de Maracaibo, a doce al Norte del Tocuyo, a diez y ocho al Noroeste de Barquisimeto y a noventa al Oeste de Caracas.

BARQUISIMETO

Barquisimeto, ciudad quince años más antigua que Caracas, está situada a los 9° 45' de latitud Norte, sobre una meseta cuya elevación le permite gozar de la frescura de todos los vientos. Gracias a esta ventajosa situación, se atempera el excesivo calor. El termómetro de Reaumur sube hasta 28 y 29 grados, cuando los rayos solares no encuentran en la atmósfera nada que los modere. En Barquisimeto reina más constante y uniformemente el viento Nordeste.

Los habitantes de la ciudad hallan en las colinas, llanuras y valles de los alrededores, lugar donde desarrollar su propia industria y vocación. Las llanuras, cubiertas de pasto excelente, facilitan la cría. A los que se han aplicado a esta industria, les ha ido bien en sus negocios. En las llanuras hay además plantaciones de caña de azúcar y de trigo.

En los valles, la frescura conservada por medio del riego, permite cultivar en abundancia cacao de buena calidad; y en las colinas, desde hace poco tiempo se viene cosechando café, y si lo prepararan con más cuidado, sería de excelente calidad.

Tomando en cuenta solamente la inmensidad de tierras fértiles y de riego que aún están incultas en las cercanías de Barquisimeto, podría tal vez tacharse de perezosos a sus pobladores, pero cuando se contemplan las variadas plantaciones y los rebaños extendidos en la llanura y se piensa en las grandes dificultades para transportar aquellos géneros a los puertos de mar, por lo menos a cincuenta leguas que se halla el más próximo, no se puede sino elogiar a los barquisime-tanos.

En el aspecto de la ciudad, se reconoce el bienestar de sus once mil trescientos habitantes. Las casas son bien construidas, las calles tiradas a cordel y bastante anchas para que el aire circule libremente. Dos curas sirven su hermosa iglesia parroquial. Allí se venera un Cristo, cuya devoción se extiende por todas las ciudades a veinte leguas a la redonda. Hay además un buen convento de Franciscanos y un hospital bastante mal atendido.

Barquisimeto está a ochenta leguas al Oeste-Suroeste de Caracas; a ciento cincuenta al Nornordeste de Santa Fe y a quince al Nordeste del Tocuyo.

EL TOCUYO

La ciudad de El Tocuyo se levanta en un valle formado por dos montañas. Su distribución y construcción han sido bastante bien planeadas. Las calles son rectas y suficientemente

espaciosas. Un templo muy bien construido le sirve de iglesia parroquial. Hay una iglesia filial, un convento de Franciscanos y otro de Dominicos. La gobierna un Cabildo. El cielo está allí frecuentemente cargado de nubes. La temperatura es más bien fría; sin embargo, el aire es sano.

La tierra se presta, lo mismo que en Barquisimeto, a toda clase de cultivo, y los tocuyanos la aprovechan mejor. Son a un mismo tiempo, pastores, agricultores, artesanos y comerciantes. El trigo del Tucuyo es tenido como el mejor de la Provincia, y se consume en muchas ciudades del interior. Se calcula que anualmente se exportan para Barquisimeto, San Felipe, Guanare y Caracas diez mil quintales de harina.

Allí se fabrican con lana de carnero, mantas y otras telas que se envían a Maracaibo y Cartagena. Hay también tencerías y curtienbres, cuyos productos, a igual de lo que se hace en Carora, se trabajan allí mismo. El resto lo exportan.

Los Tocuyanos tienen también un ramo muy lucrativo de comercio en la sal que se procuran de las salinas de Coro. Gracias a su actividad, casi han monopolizado este producto.

La población se calcula en diez mil doscientas personas. Se le atribuye la manía del suicidio. Nada le importa a un tocuyano degollarse o ahorcarse. Apenas se cansa de la vida, ya no la soporta más, y se deshace de ella con la misma facilidad que echaría al suelo un fardo demasiado pesado. Semejante cobardía, no valor; semejante extravagancia, no filosofía, sólo ha encentrado partidarios hasta ahora en el Tucuyo.

Esta ciudad se halla a noventa leguas al Suroeste de Caracas, veinte al Norte de Trujillo; y a los 9° 35' de latitud Norte y 72° 40' de longitud Occidental del meridiano de París.

GUANARE

A Guanare la dotaron sus fundadores, en 1593, de las instituciones civiles y religiosas que entonces se solían establecer en todas las ciudades, es decir: un Cabildo y un cura.

Mucho elogiaron su situación los que la fundaron allí; primero por su río, cuyas aguas, bastante buenas, sirven al consumo de los moradores, riegan sus campos y calman la sed de sus animales; y luego porque nada le impide al viento circular libremente por las calles y refrescar la atmósfera.

Considerando la situación de Guanare en relación a los trabajos del campo, encontramos tierras muy fértiles, hacia el Occidente, adecuadas a la producción de todos los frutos, y hacia el Sur y el Oriente, inmensas llanuras, donde abundan pastizales destinados evidentemente por la naturaleza para la cría de ganado. Los Guanareños, en general se dedican a esta industria. La mayor parte de sus riquezas consiste en numerosos rebaños. Allí mismo se venden muchos novillos y mulas; el excedente se exporta por Coro, Puerto Cabello y Guayana. Antiguamente se cultivaba muy buen tabaco en los valles de Tucupido, Sipororo y en las orillas del río Portuguesa, pero, después de establecida la venta exclusiva de tabaco, aquellas plantaciones sufrieron la suerte común a todas las que se hallaban fuera de los territorios designados por los Administradores para cultivar tabaco por cuenta del Rey.

La población de Guanare es de doce mil trescientas personas. Sus calles, rectas y anchas, se forman entre casas cuya construcción, si no suntuosa, al menos es pasable. Hay un hospital, dotado de una renta bastante escasa; pero la iglesia parroquial es grande, bella y ricamente ornamentada. Una buena parte de su esplendor se debe a que allí se venera la imagen de Nuestra Señora del Coromoto, cuyas virtudes y milagros me obligan a dar algunos detalles sobre su aparición y sobre la inmensa multitud que atraída por su devoción viene de las Provincias vecinas a Guanare.

Sólo la tradición local habla conservado memoria de las circunstancias relativas a la aparición de Nuestra Señora del Coromoto, hasta el 3 de febrero de 1746, fecha en que hallándose en Guanare en calidad de visitador, el Doctor Don Carlos de Herrera, cura rector de la Catedral de Caracas, abrió una indagación pública, con propósito de dejar asentados positiva e indiscutiblemente los hechos, de modo

que la tradición no olvidara algunos o alterara su memoria. He aquí el resultado:

Un día del año 1651, un terrateniente de la región, llamado Juan Sánchez, iba de la villa del Espíritu Santo al Tocuyo, por un camino que atraviesa áridas sábanas. Un Cacique lo detuvo para decirle que una mujer muy hermosa se le había aparecido en cierta quebrada y le había ordenado que fuera, en compañía de los suyos, a buscar a los blancos para que éstos les echaran agua en la cabeza, como único medio de abrirse el camino del cielo. Sánchez, que iba de prisa, aplazó para su retorno, que fue a los ocho días, el examen de esto. El Cacique lo esperó puntualmente en el mismo sitio el día indicado, tan convencido como al principio de lo que la mujer le había dicho. Se les avisó a los Alcaldes que toda la nación del Cacique iría a la iglesia a recibir las aguas del bautismo, lo cual se ejecutó puntualmente, y, en menos de una hora, más de setecientas personas entraron por el camino de la salvación eterna.

Después de aquel acto solemne, todos los niños hijos de los Indios bautizados veían a la mujer en la quebrada donde había aparecido por primera vez. Como iban a buscar agua, y permaneciendo más tiempo del necesario, sus padres los reprendían y azotaban a menudo. La misma falta y el mismo castigo se repetían diariamente, hasta que al fin los niños confesaron que una mujer se les aparecía, en tan hermosa apariencia, que no podían cansarse de admirarla.

Las personas mayores no lograban ver nada, pero por lo que decían los niños se les atribuyeron virtudes milagrosas a las aguas de la quebrada. Su fama creció de punto en 1699, cuando, habiendo mandado el Obispo Diego de Baños, un poco de esa agua a Madrid, se supo que, al cabo de diez meses, había llegado tan fresca como si se acabara de coger en la quebrada. Por aquellos tiempos, el Gobernador Don Nicolás Eugenio de Ponte, envió a las Canarias otro poco de agua para su mujer, y también, cuando la recibieron, la hallaron igualmente fresca.

Muchos, por sus necesidades, van a bañarse a la quebrada, llevando luces encendidas. El agua se envía a todos los pueblos. Hasta las mismas piedras se consideran como reliquias y hay quien las lleva colgadas al cuello. Sin embargo, lo extraño está en que, en medio de esta fe general por tales milagros, el único que persistió empedernido en su incredulidad fue el mismo Cacique que contó aquellos hechos a Juan Sánchez.

El 8 de setiembre de 1652, dice la investigación llevada a cabo por el Dr. Herrera, se trató de obligar al Cacique a asistir a los oficios divinos. El se negó a ello, y se retiró a su morada, distante dos leguas de allí. Apenas había llegado, se le apareció la Virgen, con tanto esplendor, que en medio de la noche daba tanta luz como el sol a mediodía. El Cacique al verla, le dijo: —¡Oh, Señora! hasta cuándo me has de perseguir. Bien puedes volverte; no te he de obedecer. Por ti estoy pasando trabajos. Quiero regresar a mis bosques, ahora que me arrepiento de haberlos abandonado. La mujer del indio le dijo a su marido: —“No insultes a la Señora; no tengas tan mal corazón”. El Indio entonces echó mano a sus flechas, tratando de herir a la Virgen, pero ésta se le aproximó tanto, que no pudo ejecutar sus designios. El quiso echársele encima, pero ella entonces desapareció, y de nuevo reinó la oscuridad. Al mismo tiempo, el Cacique sintió algo entre sus manos, hizo luz y vió una imagen de la Virgen; la escondió entre la paja del techo de su choza y salió al bosque, donde murió, mordido de serpiente.

Un niño de doce años encontró la pequeña imagen y la colgó en su escapulario. Pero en cuanto se supo la cosa, vinieron a buscar la imagen con toda la solemnidad del caso. La transportaron a la iglesia, la cual muy pronto se transformó en un templo digno de la reliquia. A ella acuden de continuo los fieles a tributarle homenajes con profunda veneración. Sólo le ha faltado a la Virgen de Coromoto, para igualar a Nuestra Señora de Loreto, los tesoros de la Virgen italiana, pues al par de ella, se la considera todopoderosa.

Guanare está a los 8° 14' de latitud Norte y a los 72° 5' de longitud Occidental del meridiano de París; a noventa y

tres leguas al Sursuroeste de Caracas, y a veinte y cuatro al Sureste de Trujillo.

ARAURE

La villa de Araure es el feliz resultado de los trabajos de los primeros capuchinos misioneros andaluces que, en la Provincia de Venezuela, se propusieron valerosamente emplear sólo la persuasión para inducir a los Indios o abandonar la idolatría y la vida salvaje, cosa hasta entonces tenida por imposible de realizar sin el concurso de las armas. En el Capítulo VI hemos visto lo mucho que han alcanzado estos ministros del Dios de Paz en pro de la soberanía española y de la tranquilidad pública. Para ahorrar repeticiones, remitiré al lector a aquellas páginas.

La situación de Araure es hermosa, grata y ventajosa. Tres ríos riegan la comarca, esparciendo fertilidad por ella. Sus habitantes, a decir verdad, no la aprovechan todo lo posible. Se dedican principal y casi exclusivamente a la cría de ganados. Sólo siembran algodón y un poco de café. Quien ande buscando gente laboriosa, se ha de dirigir muy lejos de Araure.

El espacio ocupado por la villa es bastante agradable y regular. Las calles son rectas. Hay una hermosa plaza. Las casas, aunque bien construidas, nada tienen de notable. Sólo la iglesia es soberbia.

Nuestra Señora de la Corteza, es lo principal en la iglesia de Araure. Su veneración se extiende a todos los pueblos y ciudades de los contornos. En 1702 tuvo lugar su milagrosa aparición, a poca distancia del poblado. De la investigación judicial levantada en 1757, se desprende lo siguiente: Una mulata llamada Margarita había salido de Araure, movida por la devoción a Nuestra Señora del Coromoto, pero obligada a detenerse en el camino, ató su montura a un árbol; luego, cuando vino a desatarla, vio en la corteza de éste una imagen de la Virgen y la desprendió de allí, sirviéndose de un cuchillo. Cuando regresó a Acarigua, colocó la imagen en un rincón de su casa, y, prendiéndole velas, comenzó a rezarle. Un misionero capuchino del lugar, llamado Miguel de Placencia fue

a ver la imagen y quiso conocer su historia; la mulata se la refirió punto por punto. El capuchino le pidió insistentemente que le entregase la imagen. La mujer se oponía a ello, pero mediante un relicario, una estampa de la Virgen del Rosario y otra de la Concepción, obtuvo la imagen y la trasladó a la iglesia parroquial de Araure, donde ha hecho muchos milagros. Sin embargo, no es tan célebre ni parece tan poderosa como Nuestra Señora del Coromoto.

CALABOZO

La fundación de Calabozo es reciente. Al principio era sólo una aldea de Indios, donde se habían establecido algunos Españoles, deseosos de vigilar más de cerca sus rebaños. La Compañía Guipuzcoana se atribuye a sí misma en sus informes, el mérito de haber imprimido a Calabozo el progreso que lo hace figurar hoy entre las villas.

Su temperatura es excesivamente cálida, aunque por lo general la modera el viento Nordeste. Sus tierras no se prestan sino a la cría de ganado, y sólo en esto se aprovechan. El pasto es bueno y abunda el ganado vacuno. Sin embargo, desde hace algún tiempo, por obra de la corrupción de las costumbres o por falta de vigilancia de los magistrados, los hatos vienen sufriendo alarmantemente los efectos del robo y la devastación. Pandillas de cuatreros, enemigos del trabajo, recorren de continuo las inmensas llanuras entregados al abigeato, y conducen luego el fruto de sus rapiñas a Guayana o a Trinidad. Muchas veces, como ya lo he dicho, matan la bestia para aprovechar solamente el cuero y el sebo. Si no se toman prontas y enérgicas medidas, los hatos distantes de los pueblos, como lo están casi todos, quedarán desiertos, y la posteridad sólo por tradición sabrá que allí hubo en un tiempo numerosos rebaños.

La villa de Calabozo situada al Este del Guárico y al Oeste del Orituco, se halla más cerca del primero que del segundo. Estos dos ríos, corren de Norte a Sur, y juntan sus aguas cuatro o cinco leguas más abajo de Calabozo. Recorren luego unas veinte leguas, y van a morir al Apure, afluente del Orinoco.

Cuando a causa de las lluvias, crecen aquellos dos ríos, lo cual ocurre todos los años, los habitantes de Calabozo pasan muchos trabajos. Tienen que suspender sus viajes y sus labores. El ganado se retira a las alturas y permanece allí hasta que las aguas dejan libres los llanos.

Las casas y las calles de Calabozo presentan un aspecto bastante grato. La Iglesia, aunque no muy hermosa, es decente.

En 1786 había en Calabozo y en los cinco pueblos de su jurisdicción, quinientas cuarenta y nueve casas, mil seiscientos ochenta blancos, mil ciento noventa y seis indios libres, no tributarios, tres mil trescientos un pardos, novecientos cuarenta y tres esclavos, ciento diez y seis haciendas y hatos, mil ochocientas setenta y dos mulas, veintiséis mil quinientos cincuenta y dos caballos y setenta y siete mil cuatrocientos cincuenta y siete novillos y vacas. Hoy, en 1804, la ciudad tiene una población de cuatro mil ochocientas personas. Está situada a 8° 40' de latitud Norte, a cincuenta y dos leguas al Sur de Caracas, y casi a la misma distancia al Norte del Orinoco.

SAN JUAN BAUTISTA DEL PAO

Los principales habitantes de esta villa son criadores de ganado. Aquí abundan excelentes pastos, y hay muchos hatos poblados de burros, caballos, mulas y novillos. Las ganancias ocasionadas por la venta de estos animales, se aumentan con la producción de quesos.

La villa tiene cinco mil cuatrocientos habitantes; su construcción es regular; la iglesia parroquial se distingue, si no por su arquitectura, al menos por su aseo. El calor sería insostenible, pero lo modera el viento Nordeste, que sopla fuerte y frecuentemente. El paraje es muy sano; no se conocen allí sino las enfermedades que atacan al hombre en cualquier punto de la tierra.

El río Pao corre al Este de la villa, siguiendo la dirección Norte Sur. Hubo un tiempo en que desembocaba en el lago de Valencia; pero a consecuencia de transformaciones operadas

en el terreno, su curso se desvió hacia su actual dirección. Ahora, después de recibir las aguas de muchos pequeños ríos, va a dar al Apure, afluente del Orinoco.

El nuevo curso del Pao parece un beneficio de la Providencia, como si ésta hubiera deseado abrir una comunicación directa entre Valencia y el Orinoco, atravesando un espacio de cien leguas. Fácilmente se podría establecer esa navegación, canalizando el Pao en diez o doce leguas a partir de su nacimiento. El comercio obtendría con esto ventajas incalculables, porque principalmente en tiempos de guerra, la Provincia de Venezuela podría conservar sus relaciones con Guayana, a despecho de los cruceros enemigos. No es necesario ser un genio para comprender que por esta vía, imposible de ser interceptada por el enemigo, en caso de invasión se pueden conducir pronto socorros a Guayana.

El Pao está a 9° 20' de latitud Norte y dista cincuenta leguas de Caracas, en dirección Suroeste.

SAN LUIS DE CURA

La villa de San Luis de Cura está en un valle formado por dos montañas de singular aspecto. La del Suroeste se halla coronada por rocas cuya única utilidad es la de hacerle comprender al hombre la fragilidad de su efímera existencia y el continuo correr de los siglos. El valle es fértil, hay unas pocas sementeras; pero su principal riqueza está en la cría.

El clima de la villa es cálido y seco. El terreno, de arcilla rojiza, es sumamente pantanoso en invierno. Sus aguas son sanas, aunque turbias. Tiene cuatro mil habitantes, gobernados por un Cabildo. Su iglesia, poco notable hasta ahora, está adquiriendo actualmente una celebridad que trabajo le costará a los siglos hacerla desaparecer, y que será obra de los milagros de Nuestra Señora de los Valencianos.

Hace cosa de treinta años, un Indio halló a esta Virgen en la quebrada de su nombre; la llevó a su choza y la expuso a la adoración de los fieles. La Virgen, a la escasa luz de una

mala vela de sebo y bajo un humilde techo de paja, fue tan pródiga en milagros, como si se hallara bajo lambrequines de oro. Apenas tuvo el Cura noticias de estas circunstancias, se trasladó a la casa del Indio, y le pidió la Virgen para colocarla en la Iglesia. No deseaba el Indio desprenderse de bien tanpreciado, que constituía la felicidad de su vida. Pero al fin prevalecieron las razones del cura y la Virgen llevada en procesión a la iglesia, obtuvo allí un sitio digno de ella.

Pronto la noticia cundió por la Provincia. Acudieron devotos de todos los pueblos y comenzó la lluvia de limosnas. Diariamente alguna donación venía a enriquecer el número de las joyas recibidas en gracias a los favores concedidos. Las retribuciones aumentaban el pie de altar del cura. En una palabra, todo iba adquiriendo un aspecto espléndido, cuando despertándose los celos o los sentimientos piadosos del cura de San Sebastián de los Reyes, vinieron a disipar esta halagüena perspectiva.

Solicitó, en justicia, que se le entregase la Virgen, porque la quebrada de los Valencianos, donde había sido hallada, formaba parte de su territorio parroquial, y, en consecuencia, la Virgen le pertenecía incontestablemente a la iglesia de San Sebastián. El Cura de San Luis opuso en contra razones tan poderosas como las alegadas por su contendor; con ello se encendió el proceso, y los litigantes emplearon cuanto tenían a su alcance en prueba de sus derechos.

Cohibido el Obispo ante cuestión tan singular, determinó trasladar la Virgen a Caracas y depositarla en el episcopado; allí permaneció junto con el suspendido proceso, hasta la muerte del Obispo. Su sucesor, el Obispo don Francisco Ibarra, prelado que poseía todas las virtudes civiles y religiosas, propuso en 1802 al cura de San Sebastián, quien ya no era el promotor del suceso, que desistiese de las pretensiones de su predecesor y consintiese en que la Virgen fuera devuelta al Cura de San Luis. El asunto concluyó, pues, de esta manera, de acuerdo con los siempre pacíficos deseos del venerable Obispo. El proceso se extinguió, cesó la discordia, y Nuestra Señora de los Valencianos regresó triunfante a San Luis de Cura, al cabo de treinta años de destierro.

La villa de San Luis de Cura está a los 9° 45' de latitud Norte; a veinte y dos leguas al Suroeste de Caracas y a ocho al Suroeste del lago de Valencia.

SAN SEBASTIAN DE LOS REYES

Su fundación data de fines del siglo XVI. En consecuencia, desde el principio tuvo Cabildo y cura. El terreno de la región, aunque propio a muy diversas clases de sementeras, no produce sino maíz, porque allí ni se siembra nada. En sus pastizales se crían numerosos rebaños, preferidos por los moradores a los productos agrícolas. Esta villa, cuya construcción no presenta nada de notable, deja ver su vetustez. El paraje es agradable, aunque la vida allí resulte incómoda a causa del calor, demasiado fuerte, a pesar de que el viento del Nordeste sopla continua y reciamente. Las aguas no son buenas, aunque abundantes. Además de la iglesia parroquial, hay un hospital de muy poca importancia. Su población es de tres mil quinientos habitantes. Está situada a los 9° 54' de latitud Norte; a diez leguas al Sur-sur-oeste de Caracas.

SAN FELIPE

Una aldea miserable, llamada antes Cocorote, a expensas de la población de Barquisimeto y de los naturales de Canarias establecidos en ella, se ha transformado en la ciudad de San Felipe el Fuerte, tan notable por la actividad como por la industria de sus habitantes. Su suelo, extraordinariamente fértil, lo riegan al Este el río Yarani y al Oeste el río Arva, y lo cruzan además infinidad de arroyos y quebradas. Por otra parte, como está expuesto alternativamente a grandes lluvias y fuertes calores, constantemente se renuevan en él los principios de la fecundidad. Allí se cultivan cacao, añil y café, un poco de algodón y un poco menos de caña de azúcar. La riqueza del suelo contribuyó en gran parte a sacar a San Felipe de su primitiva oscuridad, y la Compañía Guipuzcoana completó la obra, pues escogió el sitio para establecer almacenes más al alcance de los consumidores del interior, destinándolos al mismo tiempo a recibir los frutos tomados en pago. Como era natural, de las muchas personas

empleadas por ella, una parte se residenció en el lugar, y esto trajo un aumento de población y de recursos.

San Felipe cuenta seis mil ochocientos habitantes. Su des lluvias y fuertes calores, constantemente se renuevan en construcción es regular; sus calles rectas y anchas; la iglesia parroquial, hermosa y bien cuidada. El Cabildo tiene a su cargo la policía y la administración de justicia. El clima es cálido y húmedo, en consecuencia poco sano. Sin embargo, según se dice, lo que más incomoda a los habitantes son las enfermedades venéreas.

San Felipe está a los 10° 15' de latitud Norte, a cincuenta leguas al Oeste de Caracas, a quince al Noroeste de Valencia y a siete al Noroeste de Nirgua.

NIRGUA

La villa de Nirgua debe su fundación a las minas descubiertas en aquella región y, como hemos dicho en el Capítulo I, fue uno de los primeros establecimientos españoles en Venezuela. Sus alrededores son fértiles, pero el clima es malo. Hasta los mismos naturales del país padecen de enfermedades graves que acarrear la muerte. Nunca hubo allí ranchos blancos; pero éstos disminuyeron grandemente después que los zambos de Nirgua, por sus servicios a la soberanía real, obtuvieron del Rey el título de *sus fieles y leales vasallos, los zambos de la villa de Nirgua*. Los blancos hubieron de abandonar aquel sitio, pues el favor concedido a los zambos únicamente, no les prometía sino inconvenientes y discordias; se fueron retirando paulatinamente y en la actualidad no existen sino cuatro o cinco familias, las cuales se tendrían por muy felices si por su color pudieran gozar allí de las mismas consideraciones que se conceden al negro o al cobrizo. Todos los individuos del Cabildo son zambos; sólo el Justicia Mayor, nombrado por el Gobernador de la Provincia, es blanco.

La ciudad presenta indudables síntomas de decadencia; sus casas, arruinadas por el tiempo, no reciben reparación alguna. La población es de tres mil doscientos habitantes.

Voy a darle al lector algunas nociones sobre los zambos, cosa que seguramente debería haber hecho ya. El zambo es el resultado de la mezcla de Indio con negro; su color es muy semejante al del hijo de mulato y negro. El zambo goza de buena complexión, es nervioso y resistente para la fatiga; pero todos sus gustos, inclinaciones y facultades tienden hacia el vicio. La palabra zambo significa en el país lo mismo que libertino, perezoso, borracho, impostor, ladrón y hasta asesino. De diez crímenes, ocho son obra de la maldecida raza de los zambos. La inmoralidad es su elemento. No se podría decir lo mismo de los negros, ni de los mulatos ni de otra raza pura o mezclada. Me ha llamado la atención el que los hijos de blanco e india cuyo color es blanco pálido, sean siempre delicados, buenos, agradables y dóciles, y que la edad no destruya esas cualidades, sino más bien las aumente y las haga más notorias.

Nirgua queda a 10º de latitud Norte y 71º 10' de longitud Occidental, y a cuarenta leguas de Caracas.

SAN CARLOS

La villa de San Carlos debe su existencia a los primeros misioneros llegados a Venezuela, y su crecimiento y belleza a la actividad de sus habitantes. La mayor parte de su población es blanca, formada por Canarios, y como éstos no abandonan sus islas natales sino para mejorar de condición, llegan siempre con buena voluntad de trabajar y con valor para entender todo lo que juzguen propio a la consecución de su propósito. Su ejemplo despierta en los criollos una especie de emulación, de la cual no salen sino beneficios al público bienestar. Al menos, no encuentro otra forma de explicarme la prosperidad reinante de San Carlos. En la cría de ganados reside la base principal de la riqueza de los pobladores. Allí abundan novillos, caballos y mulas. La agricultura, si no muy próspera, no se halla del todo abandonada; casi no se cultiva sino añil y café; las frutas, a consecuencia de la calidad del terreno, son exquisitas, principalmente las naranjas, cuya fama es conocida en toda la Provincia.

La villa es grande, hermosa y bien repartida; tiene nueve mil quinientos habitantes. La iglesia parroquial, por su cons-

trucción y aseo, está de acuerdo con la actividad industrial y con la piedad de los moradores.

Allí reina el calor, y sería excesivo si la violencia del viento del Nordeste no mitigase el ardor de los rayos solares. San Carlos está a 9° 20' de latitud Norte, a sesenta leguas al Suroeste de Caracas; a veinte y cuatro al Sur-suroeste de Valencia y a veinte de San Felipe.

GOBIERNO DE CUMANÁ

El Gobierno de Cumaná se compone de dos Provincias: Cumaná, propiamente dicho, y Barcelona. No se sabe cómo Barcelona y sus dependencias han merecido el nombre de Provincia, puesto que nunca han tenido Gobernadores propios. Desde su conquista, siempre ha formado parte del Gobierno de Cumaná. He aquí el resultado de mis averiguaciones sobre el particular:

El territorio llamado hoy Provincia de Barcelona, estaba incluido en la Provincia de Venezuela, y, por consiguiente, en la concesión hecha en 1528 a los Belzares. Estos dirigieron todas sus empresas hacia el Sur, y no se ocuparon del Este de la Provincia. Sólo mucho tiempo después de haberse extinguido el privilegio de los Belzares, comenzaron los Gobernadores Españoles la conquista del territorio de Barcelona.

El Gobernador Pimentel, en 1579, confió a Garci González, el mando de la primera expedición, en cuyo contingente entraron cien Españoles y cuatrocientos Indios. Su objeto primitivo era atacar a los Indios Quiriquires de las orillas del Tuy. Los atropellos cometidos más al Este por los Cumana-gotos, lo determinaron a ir contra ellos. Sin embargo, el número, el valor feroz y las ventajosas posiciones de los Indios, les dieron la victoria. Los Españoles fueron combatidos, rechazados, perseguidos, absolutamente derrotados, y nadie quiso en lo sucesivo hacerse cargo de aquella empresa tan dificultosa y llena de peligros.

Fue menester imponérsela como pena a Cristóbal Cobos, condenado por la Audiencia de Santo Domingo a servir a ex-

penas propias en la conquista de Venezuela, en expiación del crimen cometido por su padre, el Gobernador de Cumaná, quien por celos había hecho extrangular en su prisión a Francisco Fajardo, como se dijo en el Capítulo I.

En lugar de una fuerza importante, como aquella empresa lo exigía, sólo obtuvo Cobos del Gobernador Rojas, ciento setenta Españoles y trescientos Indios de la Costa. En Marzo de 1685 penetró en el territorio de los Cumanagotos, quienes enorgullecidos por sus anteriores victorias, le salieron al encuentro en varias batallas, donde dieron muestras de intrepidez y valor. Sin embargo, de combate en combate y de victoria en victoria, Cobos logró someter en cierto modo una extensión de terreno suficiente como para fundar una ciudad a poca distancia de la desembocadura del río Salado. A esta ciudad le dio el nombre de su patrono.

Cuando se vio dueño de aquel país, cuya conquista juzgaba imposible al principio con los escasos medios de que disponía, resolvió vengarse del Gobernador Rojas. Celebró varias conferencias con Rodrigo Núñez Lobo, Gobernador de Cumaná, y de ellas resultó convenida la reunión de lo conquistado por Cobos al Gobierno de Cumaná. La poca actividad de Rojas dio lugar a la consolidación de aquel arreglo, pues Núñez Lobo tuvo tiempo de escribir al Rey dándole cuenta de él y de recibir la real aprobación. La cosa era fácil de obtener, pues en realidad poco se le daba al Gobierno de la metrópoli que el territorio conquistado por Cobos formara parte de Cumaná o de Venezuela. De esta suerte, los límites de Venezuela, antiguamente en Maracapana, se **fijaron en el Unare**, y así han continuado hasta hoy. El Gobierno de Cumaná, según puede presumirse, dio a su nueva adquisición el nombre de Provincia de Cumanagotos, y seguramente lo cambió luego por el de Provincia de Barcelona cuando esta ciudad llegó a ser su capital.

El Gobierno de Cumaná está limitado al Norte y al Este por el mar, al Oeste por el Unare, y al Sur por el Orinoco, exceptuando las partes habitadas de la orilla izquierda de este río. La jurisdicción del Gobernador de Guayana se ex-

tiende hasta un tiro de cañón de los establecimientos situados al Norte del Orinoco.

Desde el Unare hasta el propio Cumaná, el terreno es bastante fértil. De Punta Araya hacia el Este, en una extensión de veinticinco leguas, la costa es árida, arenosa e ingrata. Allí sólo existe una mina inagotable de sal, marina y mineral a la vez. Luego, al irse acercando al Orinoco, se presentan terrenos propios para la cría de ganados, utilizados en ello efectivamente. Allí se encuentran todos los hatos de la Provincia.

Lo restante es admirablemente fértil. Las llanuras, valles y colinas en su verdor y en la calidad de sus productos, muestran que allí prodigó la naturaleza los principios más activos de la germinación; pero el dominio de tales lugares no se le disputa a los animales salvajes. Es cosa singular de ver como los tigres, los caimanes, y ni siquiera los monos muestran temor al hombre. Árboles preciosísimos, gayac, caoba, palo del Brasil y campeche, crecen donde quiera, hasta en la misma costa de Paria. El aire está poblado de aves hermosas y raras.

Hacia el interior se levantan montañas, entre las cuales hay algunas muy altas; la principal de todas es el Turimiquire, que tiene novecientos treinta y cinco toesas sobre el nivel del mar.

En esa montaña se encuentra la cueva del Guácharo, famosa entre los Indios. Es inmensa, y en ella se albergan miles de aves nocturnas (nueva especie del *caprimulgus* de Linneo) de cuya grasa se saca el aceite de guácharo. Se halla en un lugar imponente, rodeado de vegetación exuberante. De la caverna sale un riachuelo caudaloso, y en el interior de ella se escucha de continuo el grito lúgubre de las aves que, según los Indios, son las almas de los muertos. Estas deben entrar en la caverna, antes de pasar al otro mundo, pero si su conducta en esta vida no ha sido intachable, permanecen en la caverna, durante un tiempo más o menos largo, según la gravedad de los pecados. Esta morada tenebrosa, incómoda

y llena de dolores, les arranca gemidos y gritos lamentables, que se oyen desde fuera.

Los Indios creen en esta leyenda alimentada por la tradición, como en una verdad digna de todo respeto; de suerte que al morir uno de sus parientes o amigos, acuden a la boca de la cueva, para indagar, por los gritos que desde allí salen, si su alma ha encontrado obstáculos en su tránsito. Si no les parece haber escuchado la voz del difunto, regresan llenos de alegría, a celebrar con borracheras y danzas el feliz tránsito. Si les parece haber escuchado la voz, se apresuran a anegar en bebidas embriagantes, en medio de danzas que pintan la desesperación, el dolor que aquello les produce.

Así pues, sea cual fuere la suerte del alma del difunto, sus parientes y amigos se entregan a los mismos excesos, diferenciados en un caso u otro, tan sólo en el carácter de las danzas.

En el Gobierno de Cumaná y del Orinoco, todos los Indios no convertidos a la fe, y una buena parte de los que en apariencia lo están, conservan aún por esta conseja sobre el destino del alma de los muertos tanto respeto como el que le profesaron sus mayores. Esta creencia al menos no aparece, a diferencia de otras muchas sobre el mismo asunto, como hija de la impostura y del fanatismo, puesto que no tiene por consecuencia ceremonias religiosas cuyo importe vaya a aumentar los beneficios de su inventor. Por otra parte, no se hallan en la caverna restos ni señales de que allí haya existido alguno de esos monumentos que suele levantar la credulidad sometida al dominio de la impostura. La superstición de que venimos tratando es pues hija del miedo, siempre ingenioso en formarse fantasmas e imaginar cosas que lo excitan. Para los Indios de doscientas leguas a la redonda de la cueva, bajar al Guácharo es sinónimo de morir.

Según Humboldt, en las montañas de Cumaná, principalmente en la de Turimiquire, se encuentra una capa de tierras calizas y arcillosas con gran cantidad de carbón, en un espesor de tres toesas, más o menos. Sobre esta capa se extiende a trechos otra de tierra arenosa, de formación reciente. Es un

yacimiento de conchas, cuarzo y piedras secundarias. Es fácil engañarse con respecto a la formación de esta tierra arenosa, pues a treinta toesas de profundidad estas capas parecen ser de tierra de cal muy pura, pero, cuando se la examina con atención, se advierte la existencia de cuarzo en la masa, luego la base de cal va desapareciendo gradualmente y aumentando el cuarzo en igual proporción, hasta llegar a ser exclusivo.

Las principales dependencias de Cumaná quedan en la costa occidental, como Barceidna, Piritu, Clarines, etc. A doce leguas al Sur de Cumaná, se encuentra el valle de Cumanacoa, donde se planta tabaco por cuenta del Rey. Aquel suelo es tan propicio a este cultivo, que su tabaco se prefiere a todos los demás de Tierra Firme. Los buenos fumadores no tienen inconveniente en pagar por los tabacos de Cumanacoa el doble de lo que valen otros. En las cercanías de Cumanacoa hay varias aldeas de Indios, San Fernando, Arenas, Acarigua, situadas en terrenos cuya gran fertilidad no se aprovecha en nada. Siguiendo hacia el interior se encuentran los valles de Caripe, Guanaguana, Cocoyar, etc., muy fértiles e incultos.

En cambio, en la costa de Paria, desde la desembocadura del Guarapiche hasta la boca más septentrional del Orinoco, se nota mayor actividad agrícola. Allí están situados unos pueblos de reciente fundación, Güiria y Bimina, habitados por Españoles y Franceses, provenientes de Trinidad, que abandonaron aquella isla cuando la ocuparon los ingleses en 1797. El adelantamiento de la agricultura de entonces a acá, permite suponer que dentro de poco tiempo esta comarca será la más rica de la Provincia. Es cierto que, con tener de vecinos a los Ingleses de Trinidad, se les proporciona a los agricultores de Paria un estímulo que no hallarían en otra parte. Allí encuentran a bajo precio, y muchas veces a crédito, todas las herramientas necesarias a sus trabajos, y venden sus frutos inmediatamente, sin derechos, casi sin gasto de fletes, y a precios más altos que en cualquier puerto español. El Gobierno puede decidirse a tolerar estas relaciones clandestinas, que, en realidad, han de considerarse como ligeros inconvenientes, si se comparan con los beneficios que

reportan a la Provincia; o bien, tomar medidas para suprimirlas. Su prudencia le dictará la mejor solución de este problema; pero a mí me parece lo más político no tomar por el momento medida alguna, y aplazarla hasta que la riqueza de las haciendas del golfo de Paria sea suficiente para atraer al comercio español.

Quebradas, arroyos, ríos, útiles para el riego, para mover maquinarias hidráulicas y para la navegación, cruzan en todas direcciones el territorio del Gobierno de Cumaná. En el mar de las Antillas, como ya he dicho, desembocan el Manzanares y el Neveri; uno y otro no muy caudalosos y de poca corriente. Los ríos de la hoya del golfo de Paria riegan mayor extensión de terreno. Algunos caen en el Guarapiche: el cual es navegable en un curso de veinte y cinco leguas. Estos ríos son el Colorado, el Guatatar, el Caripe, el Pumeres, el Tigre, el Guayuta, etc.; otros corren hacia el Sur y van a morir al Orinoco.

Así pues, las producciones del Gobierno de Cumaná pueden hallar salida, según se desee, al Norte por Barcelona y Cumaná; al Este por el golfo de Paria, y al Sur por el Orinoco. Dificil le hubiera sido a la naturaleza mostrar mayor prodigalidad de beneficios, de suerte que de la languidez de esta región se ha de acusar a los hombres y no a la Providencia. Y en realidad ¿cómo va a progresar, con una población total de ochenta mil personas diseminada en tan inmensa extensión? Y se ha de tomar en cuenta que en esta población están incluidos los Indios de las misiones de Capuchinos Aragoneses, cuya reducción aún es incierta y que son absolutamente inútiles a la agricultura. Estas misiones, llamadas *chaymes*, quedan en las montañas, donde hay muchos Indios salvajes que ponen a prueba el celo y la paciencia de los misioneros.

Si la Provincia de Cumaná contara con un millón de agricultores, podría suministrarle a España más frutos que todas sus demás posesiones, pues en ningún país se reúnen, como en Cumaná, la riqueza del suelo, la fecundidad de los riegos, la comodidad para transportar los frutos y su situación a barlovento de Tierra Firme.

CUMANÁ

Cumaná, la ciudad más antigua de Tierra Firme, fue fundada, como ya hemos dicho, en 1520 por Gonzalo Ocampo, a cosa de un cuarto de legua del mar, en un terreno arenoso y árido.

Está situada a los 10° 37, 37" de latitud Norte y a los 66° 30' de longitud Occidental del meridiano de París. El termómetro de Reaumur sube en Julio hasta 23° en el día y hasta 19° en la noche.

Temperatura máxima	27
Temperatura mínima	17

Su altura sobre el nivel del mar es de de cincuenta y tres pies. En Julio el higrómetro de Duluc indica generalmente de 50 a 53 grados de humedad.

Humedad máxima	66
Humedad mínima	46

Según el cianómetro de Seaussure, hay 42½ grados de azul celeste, mientras que en Caracas no se registran sino 18 y en Europa 14, por lo general.

En Cumaná tiene su asiento el gobierno de las dos Provincias. El Gobernador, nombrado por cinco años, es al mismo tiempo vice-patrono real, y, como tal, llena los curatos vacantes y provee todos los empleos del culto religioso, lo cual forma parte de las prerrogativas del Rey. Como subdelegado del Intendente, tiene a su cargo la administración de las rentas del departamento; vigila la percepción de derechos, resuelve las dudas, dispone los gastos ordinarios y recibe las cuentas de los oficiales administrativos. En lo referente a asuntos militares y relaciones políticas con las colonias extranjeras, depende del Capitán General de Caracas. También está sometido a las órdenes del Intendente en lo relativo a reglamentos de hacienda y medidas de comercio.

Sin embargo, Don Vicente Emparan, natural de Vizcaya, siendo Gobernador de Cumaná durante la guerra de 1793 a 1801, cargó con la responsabilidad de dar entrada en los puertos de su Gobierno a los barcos neutrales. Con esta feliz iniciativa, opuesta a las órdenes que habia recibido, proporcionó abundancia a su departamento, mientras el resto de Tierra Firme carecia de todo, excepto de mercancías secas que les suministraban las Colonias Inglesas. Hay más aún: en caso de haber prestado obediencia a las medidas prohibitivas, aquella guerra hubiera sido funesta para las Provincias de Cumaná y Barcelona; pero en realidad dio ocasión y lugar a un progreso que hará bendecir siempre el nombre del Gobernador que arrojó los reproches del Rey en beneficio del país cuyo gobierno le habia sido confiado. Pero S. M. C., siempre justo en sus decisiones, lejos de condenar la conducta de Emparan, le tributó elogios. En Abril de 1804, Don Vicente Emparan obtuvo su retiro con goce de sueldo de Gobernador en Cumaná. Para reemplazarlo fue nombrado el Brigadier del Ejército Real, Don Juan Manuel de Cagigal. Yo he conocido a este sujeto y lo he visto de cerca en el desempeño de sus funciones de Teniente de Rey en Caracas, y puedo pronosticar que los habitantes de Cumaná tendrán ocasión de aplaudir este nombramiento.

Al Norte de la ciudad de Cumaná está el golfo de Cariaco, del cual ya he dado una ligera descripción cuando traté de la corografía. La Iglesia de la Divina Pastora es el edificio público que se halla más cerca de él.

El Manzanares corre bordeando la ciudad por el Este y el Sur, y por aquí la separa de un barrio de Indios Guaiqueríes. Los cumaneses beben sus aguas, que si no son siempre limpias, pocas veces resultan malsanas.

Goza Cumaná de aires sanos, aunque no frescos. Quien resida allí ha de resignarse a padecer calor, a pesar de que la brisa sopla con bastante regularidad y modera durante el día los ardores del sol, si bien ha de franquear una colina extendida por toda la parte Occidental, y sobre la cual se apoya la ciudad. Allí justamente se alza el fuerte que sirve de defensa a Cumaná. Su guarnición consiste en doscientos treinta y un

hombres de tropa de línea y una Compañía de Artilleros. En tiempo de guerra se refuerza con Milicias.

El culto religioso cuenta sólo con una iglesia parroquial, levantada hacia el Sureste, cerca de las ruinas de un fuerte. Hay además un Convento de Dominicos y otro de Franciscanos. Ambos han padecido durante mucho tiempo las consecuencias de la pobreza del país. Hoy, gracias a la caridad, gozan del general bienestar de la Provincia, debido al incremento de la agricultura de doce años a esta parte.

La población total de Cumaná es de veinticuatro mil habitantes. Se ha cuadruplicado en cosa de cincuenta años, y aumenta con tanta rapidez que, como el antiguo recinto de la ciudad no daba ya cabida a nuevas casas, ha sido necesario construir en la orilla izquierda del Manzanares, al Oeste del barrio de los Guaiquerics. Ya las nuevas edificaciones son bastantes numerosas como para formar un pueblo, el cual se comunica con la ciudad por medio de un puente. En 1803 sus habitantes estaban construyendo una iglesia, de modo de cumplir más cómodamente con los deberes de la religión. La primera de las calles de este pueblo lleva el nombre de Emparan. Es el tributo pagado por los cumaneses al Gobernador a quien deben tanta parte de su bienestar.

Las casas de Cumaná son bajas y de construcción poco sólida. A causa de los frecuentes temblores que se vienen sintiendo desde hace unos diez años, los cumaneses se han visto obligados a sacrificar la belleza y elegancia a la seguridad personal. Los violentos temblores de Diciembre de 1797 derrumbaron casi todos los edificios de piedra y dejaron inhabitables los restantes. El temblor de Noviembre de 1799 le imprimió a la aguja una desviación de cuarenta y cinco minutos.

Según las siempre acertadas observaciones del Barón de Humboldt, Cumaná se halla expuesta a los temblores por su proximidad al golfo de Cariaco, el cual, según parece, se comunica con los volcanes de Cumucuta, que vomitan gas hidrógeno, azufre y aguas cálidas y sulfurosas. Se ha observado que los temblores no ocurren sino después de las lluvias,

y que entonces las cavernas de Cuchivano vomitan durante la noche gases inflamables, que se ven arder a cien toesas de altura. Es probable que la descomposición del agua en los yacimientos de pizarra cargados de piritas, y que contienen partículas de hidrógeno, sean una de las causas principales de semejante fenómeno.

Véase el artículo "Temblores de Tierra", en el Capítulo II.

La población de Cumaná se compone en gran parte de blancos criollos, los cuales muestran muchas disposiciones naturales. Son muy apegados a su terruño. Todos, en general, se dedican por entero a la ocupación que les ha asignado su nacimiento o fortuna. Unos eligen la agricultura; la pesca, el comercio, la navegación suministran subsistencia a muchos otros. La abundancia de peces sobre las costas de Cumaná, da lugar a la salazón de una cantidad enorme de pescado y a su exportación para Caracas y otras ciudades de estas Provincias. También se exporta para las islas de barlovento, de donde se traen de retorno herramientas de agricultura, provisiones y mercancías de contrabando. Por lo general los cargamentos son de poco precio, y suelen contentarse sus dueños con una pequeña ganancia la cual aumenta multiplicando los viajes. Con capitales de cuatro o cinco mil pesos fuertes, que en otros lugares parecerían irrisorios para cualquiera empresa comercial, se saca el sustento de cuatro o cinco familias cumanasas. La actividad y la constancia son el aporte principal a que se debe el bienestar de la ciudad.

Los criollos cumaneses dedicados a las letras se distinguen por su penetración, juicio y aplicación. No es que tengan esa vivacidad de espíritu propia de los criollos de Maracaibo, pero los de Cumaná la reemplazan con una mayor dosis de solidez y buen sentido.

Los regatones y baratilleros de Cumaná, son por lo general Catalanes; hay también Canarios.

Entre los productos comerciales deben citarse los cocos y el aceite de coco. También deberían figurar las plantas medicinales, si supieran conocerlas. En las cercanías de Cumaná abundan la *tuspa*, especie de quinina, la *caguata*, plan-

ta cuya raíz es muy resolutiva, aperitiva y sudorífica; el *pisipio*, de propiedades eméticas; el *carcanapire*, semejante a la salvia; el *túa-túa*, purgante superior a la jalapa. Hay además muchas plantas aromáticas que se pudren donde mismo nacen. (Véase además el *Capítulo Comercio*, si se desea conocer el de Cumaná y se quiere saber cuál es su régimen).

Nombres de comerciantes de Cumaná

Berrizbeitia, Don Mauricio; Coll, Don Agustín; Jotosans, Don José; Lerma, Don José.

C U M A N A C O A

Aunque los Españoles acentúen la penúltima sílaba, esta palabra es de origen vasco, y significa *que es de Cumandá*; sin duda porque el primer núcleo de habitantes de Cumanacoa salieron de Cumaná y algunos de ellos eran vascongados.

Está situada a catorce leguas al Sur de Cumaná, en medio del valle de su mismo nombre; su población es de cuatro mil doscientas personas. Su aire es sano y sus aguas gozan de una virtud diurética nada común. Sólo faltan en la ciudad brazos que se enriquezcan con las producciones que daría aquel suelo si se le cultivara. Las frutas se dan allí con un sabor y una sustancia que no tienen en otra parte. El nombre oficial de la villa es San Baltasar de los Arias, pero el nombre de Cumanacoa ha prevalecido, y sólo se la conoce por este último.

C A R I A C O

Esta villa, situada sobre el río de su nombre, se llama oficialmente San Felipe de Austria. Su población es sólo de seis mil quinientas personas; pero cada una de ellas emplea muy bien su tiempo en desterrar de allí la miseria. El producto principal de la región es el algodón, cuya calidad supera la de cualquier otro de Tierra Firme. Allí se producen anualmente más de tres mil quintales. También se cultiva cacao y un poco de caña de azúcar.

NUEVA BARCELONA

Esta villa, fue fundada por Don Juan de Urpín en 1634, en una llanura en la margen izquierda del Neverí y a cosa de una legua de su desembocadura. Tiene catorce mil habitantes, una iglesia parroquial y un hospicio para los Franciscanos encargados de las misiones de esta región. Su construcción no es hermosa ni grata. Sus calles, faltas de pavimento, son barriales en invierno, y en verano se cubren de polvo que vuela al menor viento. Los muchos cerdos que allí se crían, mantienen en la ciudad cloacas infectas que corrompen el aire y engendran frecuentes enfermedades. El Cabildo, a cuyo cargo corre principalmente velar por la salubridad del público, lo deja expuesto a aquellos miasmas pestilentes y comparte con él sus peligros. Sin embargo, supe a fines de 1803, que el Sr. Cagigal, Comandante de la plaza, había tomado medidas para acabar con aquella infección.

Barcelona se pobló al principio con habitantes de San Cristóbal de Cumanagotos, y ha venido como a sustituir aquel pueblo.

En Barcelona y sus alrededores se encuentra muy descuidada la agricultura. Los valles mejor cultivados son los de Capiricual y Bergantín. Hay otros, igualmente fértiles, que permanecen incultos. En conjunto, la producción no pasa de tres mil quintales de cacao y un poco de algodón. Casi no hay esclavos en la región. Si bien, cultivando todas las tierras, podrían emplearse allí seiscientos mil esclavos, no hay sino dos mil, y de éstos la mitad se retiene en los servicios domésticos.

Los excelentes pastos que cubren las llanuras dependientes de Barcelona, animaron a los habitantes a dedicarse a la cría, la cual no defraudó las esperanzas que en ella pusieron. Además del ganado para el consumo local y del que se exportaba, se sacrificaban infinidad de reses, cuya carne salada se vendía siempre en La Habana e islas vecinas, con un ciento por ciento de beneficio. Los cueros y el sebo eran también importantes géneros de comercio. Hoy se encuentran muy disminuidos tales recursos. Los cuatreros que desde 1801 vienen

asolando los hatos, han dejado estas Provincias en tal escasez de ganado, que a duras penas obtiene el necesario para sus mataderos. Ya he tratado de este desorden tanto en el Capítulo Comercio como en el artículo Calabozo, del presente Capítulo.

La mitad de la población es blanca, la otra mitad es de gente de color. Estos últimos, como en todas partes, son inútiles para la agricultura. Entre los blancos se cuentan algunos Catalanes que se ocupan exclusivamente del comercio; sus operaciones versan indiferentemente sobre artículos lícitos o prohibidos. En sus frecuentes expediciones a Trinidad no traen de retorno sino mercancías de contrabando, que almacenan en Barcelona y de allí las distribuyen a las Provincias, bien por vía marítima o por tierra. Se calcula en cuatrocientos mil pesos fuertes la suma que se destina anualmente en Barcelona para el comercio clandestino.

Nombres de comerciantes de Barcelona

Goyeneche, Don Martín; Arguindegui, Don Pedro José; Macías, Don Juan de Dios; Salaverria, Don Martín; Simonovis, Don Gerónimo.

Barcelona está a 10° 10' de latitud Norte, a dos leguas de Cumaná por mar, pero los caminos son tan malos que por tierra hay que recorrer veinte leguas. (Sic).

CONCEPCION DEL PAO

Algunos habitantes de Trinidad, Margarita y Caracas, dueños de hatos en las llanuras del Sur de Barcelona vecinas al Orinoco, fueron radicándose en el centro de sus propiedades, para vigilarlas más de cerca. El número de casas era ya bastante importante en 1744 para darle a esta aldea el nombre de pueblo. Su población no pasa de dos mil trescientos habitantes, a quienes la fertilidad del terreno les permite vivir en la abundancia. Allí el clima es sano y buenas las aguas. Las solas incomodidades consisten en el calor excesivo y en las inundaciones ocasionadas por las largas lluvias. La agricultura

ra se reduce a frutos menores. La riqueza del lugar está en sus rebaños, que se exportan por el Guarapiche o por el Orinoco para Trinidad.

Este pueblo, elevado a la categoría de villa, se diferencia de San Juan Bautista del Pao. Alcedo, autor del Diccionario de la América, reprocha al geógrafo Don Juan de la Cruz el que haya dicho que la villa del Pao se encuentra al sur de Valencia, como si no hubiese sino una sola villa de ese nombre. Esto prueba que el geógrafo no tenía noticia de la Concepción del Pao y que Alcedo ignoraba la existencia del Pao de Venezuela.

La villa de la Concepción del Pao está a cuarenta y cinco leguas de Barcelona, a cincuenta y cinco de Cumaná y a ochenta, más o menos, al Sureste de Caracas.

GOBIERNO DE LA ISLA DE MARGARITA

La isla de Margarita, situada a los 10° 56' de latitud Norte y entre los 66° y 67' de longitud Occidental del meridiano de París, ha sido famosa a causa de la pesca de perlas a que debe su nombre. Queda al Norte de Tierra Firme, separada de ella por un brazo de mar de ocho leguas de ancho. Colón la descubrió en 1498. El emperador Carlos V la cedió en propiedad a Marcelo Villalobos en 1524. Paulatinamente se fue poblando, hasta despertar celos en los Holandeses, quienes en 1662 quemaron la ciudad y destruyeron el fuerte que la defendía. No era menester semejante golpe para impedir la prosperidad de la isla. La naturaleza de su suelo la condena a ser siempre un establecimiento languidescente. En lugar de tierra vegetal, lo cubre una capa arenosa, como de un pie de espesor, mezclada de madréporas celulares. No hay pues esperanza para la agricultura. Todas sus sementeras se reducen a algunas matas de algodón y un poco de caña de azúcar que no basta ni para el consumo local. Pero, a causa de su situación puede ser codiciada por toda potencia comercial y marítima, pues, separada apenas ocho leguas de Tierra Firme y a barlovento de todas estas Provincias, bajo un régimen de comercio libre llegaría a ser el almacén general de Cumaná, Barcelona, Cara-

cas, La Guaira y de todas las ciudades del interior. La isla de Trinidad, menos ventajosamente situada, suministra sin embargo al contrabando español todo lo que le es de menester, y da salida por esta vía a una gran cantidad de mercancías. Si la parte oriental de Tierra Firme tuviera un lugar donde surtirse, cercano como Margarita y sin gastos de navegación, al comercio de Trinidad no le quedaría más plaza sino la Guayana.

A las ventajas de poseer la isla de Margarita, se reúnen otras no menos importantes. Hemos dicho que entre ella y Tierra Firme se forma un canal. Este canal no es del todo navegable en sus ocho leguas de ancho. Hacia el centro de él está la isla de Coche, que no deja sino un canal muy estrecho, a dos leguas de la isla de Margarita, por el cual han de pasar todas las embarcaciones que vengan de barlovento o de Europa hacia Cumaná, Barcelona o La Guaira. Si la isla cae en manos de enemigos de España, el comercio de estas Provincias con Europa y con las islas vecinas sería fácil de interceptar, tanto más cuanto que si algún barco tratara de evitar el paso por el canal, caería en manos de los corsarios que tendrían en Margarita su arsenal. Un enemigo emprendedor encontraría en la situación de Margarita medios fáciles para dirigir expediciones militares contra cualquier punto de Tierra Firme que desee invadir.

Por todas las razones ya expuestas en el Capítulo V, artículo "Fuerza Armada", España debe sostener la posesión de Margarita, no por los beneficios que de ella reporte, sino por lo que podría sobrevenirle, si la isla pasase a otras manos. A tales razones se debe que esta isla sea un gobierno aparte, y que en tiempo de guerra se tomen todas las medidas posibles para rechazar cualquiera agresión.

Sólo tres puertos hay en Margarita. El primero se llama Pampatar, está situado al Este-sureste; el segundo, llamado Pueblo de la Mar está a una legua a sotavento del precedente; el tercero queda en la costa Norte, y, en realidad, se llama Pueblo del Norte. En cada uno de estos puertos hay un pueblo; el más importante de todos es Pampatar; allí se han levan-

tado todas las fortificaciones tenidas como necesarias a la defensa de la isla.

La ciudad capital es La Asunción, casi en el centro de la isla. Hay otros tres pueblos, llamados como los valles donde se encuentran: San Juan, La Margarita y Los Robles. La isla tiene catorce mil habitantes divididos así: cinco mil quinientos blancos, dos mil indios y seis mil quinientos esclavos o manumisos. La agricultura casi no existe y sólo se puede hablar de la industria de la población. Su ramo principal son los trenes de pesquería establecidos en la isla de Coche. Se explotan por medio de Indios de Margarita, a quienes se obliga a ir allí y a estar pescando durante tres meses, por el mísero salario de un real por día y pan de maíz por todo alimento. Cinco particulares de Margarita estaban encargados, en 1803, de la empresa de pesca, la cual produce muchas tortugas y una gran cantidad de pescado que se sala y se vende en el continente y en las islas vecinas.

Se fabrican en Margarita hamacas de algodón, cuyo tejido es superior al de las hamacas hechas en otra parte. También hacen medias de algodón, sumamente finas, pero demasiado caras, de suerte que sólo son artículos de lujo y de fantasía. Se crían en la isla muchos loros y pájaros curiosos; todos los barcos que tocan allí, llevan a bordo un lote de estos animales. Además, las aves de corral constituyen otra fuente de recursos para los pobres, que las venden para las islas extranjeras.

La vigilancia del contrabando es menos activa que en el resto de las Provincias, y hay mayor facilidad para defraudar el fisco. Sin embargo, estas ventajas no se aprovechan sino en el comercio de mulas. Algunos margariteños las traen de Tierra Firme por su cuenta y como para su uso personal, y luego las exportan clandestinamente a las colonias extranjeras.

La única casa de comercio importante que existe en la isla es la de los hermanos Maneiro, dirigida en 1804 por el mayor de ellos, Don Francisco Maneiro.

GOBIERNO DE MARACAIBO

Maracaibo, fundado por orden de los Gobernadores de Venezuela, estuvo durante mucho tiempo incluido en su jurisdicción. Luego, una nueva división de los Gobiernos incluyó a Maracaibo en el de Mérida. Por último, transformado en capital, dio su nombre a la Provincia.

Si este Gobierno es poco extenso de Este a Oeste, se extiende más de cien leguas hacia el Sur, por donde limita con el Virreinato de Santa Fe. El Gobierno de Río Hacha, dependiente del Nuevo Reino de Granada, lo limita por el Oeste; al Norte tiene el mar de las Antillas, y la Provincia de Venezuela, según la nueva circunscripción, al Este.

El territorio de la Provincia de Maracaibo es ingrato hasta cierta distancia de la capital. Toda la ribera oriental del lago árida, malsana, y cubierta de nopales y cactus Allí ni se dan productos comerciales ni puede arraigar la vida humana. En la ribera Occidental, sólo a veinticinco leguas al Sur de la ciudad comienzan los terrenos fértiles, y lo son tanto como los mejores de la América Tropical. Sólo falta, a igual de lo que ocurre en otras regiones, población trabajadora que preste florecimiento a esta Provincia, cuyo suelo podría suministrar a la exportación frutos necesarios para cargar anualmente dos mil barcos de trescientas toneladas cada uno .

MARACAIBO

La villa de Maracaibo se asienta en la ribera izquierda del lago de su nombre, a seis leguas del mar, en un paraje arenoso y desprovisto de tierra vegetal.

Su temperamento es muy cálido, porque el viento es allí demasiado suave y nada regular, el terreno no está regado por ninguna corriente y la lluvia es escasa. Reina un calor excesivo, principalmente desde Marzo hasta Octubre. En Julio y Agosto es verdaderamente insoportable, el aire entonces parece salir de un horno. El único recurso para prevenir los efectos de la atmósfera calcinadora, es bañarse en el lago. Tal hacen, en realidad, los maracaiberos para templar el ardor

y moderar la acrimonia de su sangre, inflamada por la acción del sol.

A pesar del continuo y excesivo calor que se siente en Maracaibo, este lugar es sano, libre de epidemias, y luego que una persona se ha aclimatado en él, conserva inalterable su salud, tan bien o mejor que en otros parajes donde el calor es menos intenso y hay más recursos para refrescarse.

Los vientos alisios reinan allí de ordinario desde principios de Marzo hasta Junio o Julio. En Agosto y Setiembre domina la calma, a menos que la interrumpen los vientos del Sur llamados en el país "virazón" a causa de su insalubridad. Se ha observado que a las brisas moderadas corresponde un año lluvioso, y a las violentas uno de sequía. Maracaibo está expuesto a tempestades fuertes; el trueno retumba allí con espantoso ruido, y a menudo caen rayos que destruyen casas, navios y todo cuanto los atrae o encuentran a su paso. Sin embargo, no se registran esos furiosos ciclones que a menudo amenazan la existencia de las Antillas. A pesar del espanto y la destrucción que siembran estas tempestades, los Maracaiberos tienen que desearlas, pues cuando no sobrevienen, las sustituyen temblores de tierra, más espantosos aún. Algunas veces a la tempestad la acompañan lluvias copiosas y se forma un torrente que atraviesa el poblado con rapidez increíble, arrastrando consigo árboles y causando daños a las casas que encuentra en su curso. Por suerte, tales catástrofes suelen ser de corta duración.

Lo principal de la Villa se halla al borde de una ensenada, de cosa de una legua, formada por el lago hacia el Oeste. La otra parte se extiende hacia el Norte al borde de la garganta del lago, que allí tiene tres leguas de ancho y comienza a ensancharse más, a medida que se sube hacia el Norte. El lugar donde empieza la ciudad se llama punta de Maracaibo; aquel donde el golfo comienza se denomina punta de Arrieta; casi en todo el frente tiene la punta de Santa Lucía.

Hay en Maracaibo muchas casas construidas con cal y arena que muestran bastante gusto; pero, a pesar de las medidas dictadas por el Gobierno, de la abundancia de maderas

de construcción, de que las tejas son baratas, de que los incendios son frecuentes, y a veces destruyen calles enteras, más de las dos terceras partes de los habitantes sostienen con terquedad que las techumbres de tejas transforman las casas en hornos y arruinan la salud de sus moradores; y por ello conservan la costumbre de techar sus casas con una especie de junco que se da a las orillas del lago, y al cual los Españoles llaman enea. La mezcla de casas de teja con casas de paja, da a la población un triste aspecto de aldea y ofrece buen pasto a la voracidad de las llamas, por lo cual la ciudad está siempre en peligro.

Algunos prestan mayor crédito aún a esa opinión, y con medios para construir casas que embellecieran la ciudad, las hacen de enea, bejucos, etc.

Tales construcciones son las más abundantes.

Como no hay fuentes, pozos ni ríos, sólo se bebe el agua del lago, desagradable al gusto, es verdad, pero no daña. Sólo cuando las fuertes brisas de Marzo y Abril empujan las aguas del mar hacia el lago, las de éste se vuelven salobres e impotables. Al pobre no le queda más recurso para apagar su sed sino hacer excavaciones en la tierra y extraer de allí agua de mal sabor y poco sana. Los ricos tienen en sus casas cisternas destinadas a recoger el agua de las lluvias; los que no pueden tanto hacen lo mismo en grandes tinajas.

Según el censo de 1801, Maracaibo tiene veinte y dos mil habitantes; pero después de esa fecha han llegado cosa de dos mil Españoles, provenientes de Santo Domingo, de donde salieron huyendo del gobierno del negro Toussaint. La población se divide en cuatro clases: nobles, blancos plebeyos, esclavos y manumisos.

Las familias nobles son aquéllas que se envanecen de descender de los primeros conquistadores de la Provincia, de algún Gobernador o Auditor de Guerra, casado en el país, o de cualquier otro empleado, pues en América la distinción de un empleo concedido por el Rey pasa por timbre auténtico de nobleza. Hay más de treinta familias pertenecientes a esta

clase. Es lamentable, pero debo consignar que todas parecen refindas con la fortuna; los bienes que poseyeron han desaparecido a fuerza de procesos, o bien los devastaron los Indios Motilones, antes de su reducción. En muy pocos de estos hidalgos solares se disfruta siquiera de un modesto pasar. En casi todos domina tal miseria, que el recuerdo de su noble origen es el único manjar gustoso que prueba la familia. Cuando un Español llega a la indigencia, no sale de ella nunca. La vergüenza de trabajar y el amor al ocio, lo obligan a soportar heroicamente los horrores de la pobreza.

Entre los blancos plebeyos hay Criollos y Europeos. Esta casta vive con mayor comodidad, porque es la única que trabaja y se dedica a la agricultura, a la navegación, al comercio o a la pesca, etc.

No son muchos los esclavos, ni nunca se han introducido en gran cantidad. Quizás no pasen de cinco mil.

Los manumisos son también poco numerosos y se aplican a todos los oficios mecánicos: los hay ebanistas, tallistas, zapateros, carpinteros, albañiles, herreros, etc.

Desde la infancia se acostumbran los Maracaiberos a navegar en el lago; por placer los unos, por pescar o por transportar los frutos que produce la ribera meridional, los otros. Cuando no encuentran allí mismo como ejercer su profesión, suelen irse en partidas más o menos numerosas a Puerto Cabello, a La Guaira u otros puertos donde haya mayor actividad náutica, y por consiguiente, mejor oportunidad para desarrollar la vocación o satisfacer la ambición.

Con igual facilidad se desempeñan en los viajes de cabotaje y en los de alta mar. Cuando, a causa de la guerra, se suspenden las operaciones mercantiles, se embarcan en los navíos corsarios. En una u otra ocasión, nunca desmienten su reputación de buenos marinos y de excelentes soldados. También a causa de su vida a orillas del lago son extremados nadadores y hábiles buzos.

Los que no se sienten atraídos por el mar, fundan hatos o cuidan los que ya han heredado. Ninguna prueba mejor de

la aptitud de los Maracaiberos para esta ocupación, como la inmensa cantidad de animales que pueblan las sabanas. De éstas, las principales son el Jobo, Ancón, Palmares y Cañadas. Debo advertir que hay más mérito en criar ganados en las sabanas de Maracaibo, que en cualquier otro sitio de estas Provincias, pues allí no se encuentran ríos ni lagunas inagotables, y en tiempos de sequía perecen muchos animales, a pesar de las precauciones que se toman para conducirlos a lugares donde haya agua.

Sin embargo, lo que más honra a los Maracaiberos es su singular viveza de espíritu, su aplicación a la literatura y los adelantamientos que alcanzan en ella, no obstante el estado de decadencia en que se halla la instrucción pública en Maracaibo. Mientras los Jesuitas estuvieron encargados de la instrucción de la juventud, salieron de su colegio jóvenes que hablaban latín con soltura y elegancia nada comunes, dominaban la oratoria y las reglas poéticas, escribían de modo notable, tanto por lo osado de los conceptos como por la pureza, orden, y claridad con que los exponían; en una palabra, eran sujetos dotados de todas las cualidades que constituyen al literato. La expulsión de estos sabios institutores privó a la juventud de Maracaibo de todo medio de instruirse.

No obstante eso, se ven en Maracaibo jóvenes tan favorecidos por la naturaleza, que la menor iniciación desarrolla en ellos facultades que en los Europeos no se manifiestan sino al cabo de largos estudios hechos con los mejores maestros. Este fenómeno resulta más singular a causa de que ese exceso de genio natural llega a ser perjudicial a la tranquilidad de las familias; pues a muchos de esos jóvenes les basta saber conjugar y conocer el régimen de los verbos, para encontrarse en estado de producir escritos, cuya sutileza es preferible, para el litigante de mala fe, a piezas levantadas por un abogado sobre los principios del Derecho Civil. De esta suerte, un proceso que ni siquiera hubiera sido intentado, o que los tribunales habrían juzgado rápidamente, se hace interminable y ruinoso, a causa de los sofismas con que tales escritores envuelven en tinieblas los pleitos más sencillos y claros. Esta plaga, tan abundante en Maracaibo, no

es extraña a las demás posesiones españolas. Las leyes penales dictadas para disminuir el número de estos acumuladores de enredos, llamados *pendolistas*, prueban que el mal es bastante general.

Después de convenir en que los Maracaiberos son valientes, activos e ingeniosos, casi nada puedo añadir en su favor. Se les reprocha el respetar poco sus juramentos, y el no creerse obligados por su firma, hasta haber hecho todo lo posible para que los tribunales la desconozcan. Su mala fama en este punto se halla tan extendida que, según dicen los extranjeros que van en negocios a Maracaibo, es preferible entenderse con las mujeres y no con los hombres, pues allí, sólo en ellas se encuentra buena fe y firmeza, al revés de lo que pasa en todas partes.

Como el orden de la descripción me ha llevado a hablar de las mujeres de Maracaibo, no debo pasar por alto que en su juventud suelen ser ejemplos de pudor; en el matrimonio, esposas fieles y excelentes madres de familia. El respeto al marido, el cuido de la casa, la educación de los hijos llenan todos sus momentos y ocupan toda su solicitud. Excepto la música, no conocen diversión alguna antes ni después del matrimonio. El arpa es su instrumento preferido. Pocas son las casas donde no se escuchan los armoniosos sonos casi todas las noches y todos los días de fiesta.

El culto católico posee en Maracaibo una iglesia parroquial y una filial, llamada San Juan de Dios. De los cuatro conventos de monjes y de los otros cuatro de monjas de que habla Alcedo en su Diccionario de América, nunca ha existido allí sino uno de Franciscanos, que está bien provisto, bien mantenido y bien servido. En cambio, sí es cierto que en la iglesia parroquial se venera hoy, con tanto o más fervor que antes, el mismo Crucifijo, cuyos milagros narra Alcedo devotamente.

También se venera en Maracaibo una Virgen, cuya aparición, inauguración y milagros, exigen de mi piedad la narración que pongo en seguida:

La advocación de esta Virgen es la *Chiquinquirá* porque apareció por primera vez en una aldea de este nombre, situada en el Virreinato de Santa Fe. Su manera de presentarse es sobre lienzos groseros y en medio de basuras. En Chiquinquirá se la encontró en 1586 en un pajar a medio pudrir, pintada sobre una tela vieja e inútil, la cual hubiera botado en seguida la buena mujer Ramos, cuando la cogió con la punta de los dedos, si sus colores no se hubiesen animado súbitamente descubriendo en su vivacidad la figura de la Virgen, haciendo proclamar el milagro y ablandando los más empedernidos corazones. Se le consagró un templo; a una fuente que se hallaba delante del altar donde fue colocada la Virgen, ésta se apresuró a comunicarle virtudes milagrosas, a las cuales debe una fama que no se extinguirá sino con los Españoles.

En igual forma y de igual manera se introdujo en Maracaibo; por esto se le ha conservado el nombre de Chiquinquirá.

Una mulata vieja tomó un día, por casualidad o para cualquier menester, el único trapo que tenía en su casa, y como notara en él ciertos colores, lo extendió sobre una mesa. La imagen de la Virgen sorprendió entonces su vista. Observó que los colores se iban reanimando y que el cuadro adquiría un brillo esplendente. Llamó testigos, y el milagro, comprobado por una turba de viejas, llegó a ser una verdad sagrada, que obtuvo para la Virgen los corazones y el respeto de todo el vecindario. La mulata, dueña de la preciosa reliquia la expuso a la pública veneración; acudió grande concurrencia, comenzaron los milagros, y poco tiempo bastó para que en todo Maracaibo no se dirigieran oraciones sino a Nuestra Señora de Chiquinquirá.

Demasiado grande y rápida era aquella celebridad. Las autoridades civiles y religiosas pensaron, en consecuencia, darle a la Virgen una habitación más decente que aquella que había escogido siguiendo su inclinación. El Cabildo se trasladó a casa de la mulata para anunciarle que la Virgen iba a ser trasladada a la iglesia parroquial. Ni súplicas ni llantos valieron ante la determinación del Cabildo. El clero

en masa, las autoridades locales y el pueblo fueron en procesión a buscar la Virgen para conducirla a la iglesia parroquial. Dos de los más distinguidos caballeros llevaban la tela pintada. Al llegar a una esquina, donde debían cruzar, el cuadro de la Virgen adquirió tal peso que ninguna fuerza humana hubiera podido moverlo. Al cabo de muchas oraciones inútiles, uno de los concurrentes dijo que, sin duda, la Virgen no quería ir a la iglesia parroquial, y que tal vez preferiría la de San Juan de Dios. Se siguió esta inspiración, y dio buen resultado. La Virgen, vuelta a su natural ligereza fue llevada a la iglesia filial de San Juan de Dios, donde se declaró en seguida muy alta protectora de los marinos que la invocasen. No le han faltado ruegos, como se comprenderá, y en todas las circunstancias difíciles se acude a ella. Por lo que a ella respecta, su celo y su poder están patentes en tantos barcos que se han salvado con haberla invocado, y sería necesario haber perdido el juicio para dudar de su poder.

Maracaibo es asiento de un Gobernador, semejante por sueldo y funciones al de Cumaná. En cuanto a la defensa de la ciudad, véase el artículo "Fuerza Armada" en el Capítulo V. La descripción de su puerto se halla en el Capítulo II.

Está a 10° 30' de latitud Norte y a los 74° 6' de longitud Occidental del meridiano de París. Dista ciento cuarenta leguas de Caracas.

MÉRIDA

La ciudad de Mérida, fundada en 1558 por Juan Rodríguez Suárez, con el nombre de Santiago de los Caballeros, está situada en un valle de tres leguas de largo y cerca de tres cuartos de legua en su mayor anchura. Tres ríos la rodean: el primero, llamado el Mucujún, nace al Norte en el páramo de los Conejos, y corre hacia el Sur, pasando por el Oriente de la ciudad; el segundo, el Albarregas, baja del Noroeste y corre al Este de Mérida; el Chama es el tercero; lleva sus aguas por el Sur de la población, dirigiéndolas hacia el Norte, hasta

caer en el lago de Maracaibo (1). A poca distancia de Mérida se le reúnen las de los otros dos; y luego, con la de otros muchos arroyos, acrecienta su curso, hasta llegar a ser un río de primer orden. Estos tres ríos de Mérida se franquean a pie o a caballo, por puentes de madera, bastante sólidos como para tener expeditas las comunicaciones en cualquier tiempo. Si no son navegables, se debe a la rapidez de la corriente y los desfiladeros por donde pasan, formados unos por rocas que interrumpen el curso, otros por las mismas montañas que lo cierran y estrechan a punto de formar cascadas, donde no podría arriesgarse embarcación ninguna sin ser destruída. Y ni se ha intentado vencer tales obstáculos, porque la región del lago de Maracaibo hacia donde cae el Chama es tan insalubre, que allí no se puede permanecer dos horas sin adquirir fiebres, malignas y mortales muchas veces.

Sólo pues, para riegos sirven aquellos ríos. En elogio de los merideños, debo consignar que aprovechan activamente las ventajas que les ha proporcionado la naturaleza. A corta distancia de la villa, comienzan las plantaciones de caña de azúcar, cacao y café; y se obtienen frutos superiores a los del resto de la Provincia.

En los alrededores de la población abundan los frutos menores, las frutas y las legumbres; maíz, habas, guisantes, patatas, yuca, trigo, cebada, etc. Todos estos productos se consumen allí mismo, y su abundancia es tal que aun a los pobres más pobres les sobra alimento. Los mataderos de Mérida se surten de reses en Barinas y Pedraza. La carne es excelente y muy barata.

Allí la temperatura es sumamente variable; cada día se pasa como por las cuatro estaciones del año. Sin embargo, sostienen los merideños que jamás ni el calor ni el frío son tan intensos que lleguen a incomodar, y que en cualquier tiempo se puede usar indiferentemente ropa de seda o de lana; pero no niegan que el tiempo varía tan rápida y sensiblemente que ocasiona frecuentes enfermedades. Temen,

(1) Le falta el Minlas, que se une al Albarregas. (N. del T.)

sobre todo, al viento del Oeste, pues a su paso deja siempre el recuerdo de su malignidad. Las lluvias son abundantes y caen todo el año, pero aumentan de Marzo a Noviembre. Sin embargo, en todas las estaciones hay días claros.

En Mérida tienen su sede un Obispo y un Capítulo; hay un colegio y un seminario, donde se forman ministros del culto católico, y donde la juventud recibe conveniente educación para cualquier desempeño en la vida. Hay maestros que enseñan a leer, escribir y contar; maestros de cursos más elevados y profesores de Filosofía, Teología, Moral práctica, Derecho Canónico y Derecho Civil. Todas estas escuelas están bajo la dirección y vigilancia de un Rector y un Vicerrector y bajo la inmediata autoridad del Obispo.

Tanto había progresado el lujo de las ciencias en Mérida, que al cabo se sintió allí la necesidad de tener Universidad propia, y no ir a buscar las borlas doctorales a Santa Fe o a Caracas. En 1801 se envió al Vicerrector del Colegio ante la Universidad de Caracas, para rogarle su apoyo a la solicitud que pensaba enviarse al Rey, pidiendo el establecimiento de una Universidad en Mérida. Escrupulosamente se examinó en Caracas el asunto, y, a pesar de los talentos y calidades del Vicerrector, fue resuelto en contra. Aquella negativa, propia más a servir de acicate que a detener la petición, no ha intimidado a los partidarios de la nueva Universidad. Su solicitud fue enviada al Rey. Muy posible es que no se la concedan fácilmente; no está en el espíritu actual del Gobierno multiplicar los focos de enseñanza. Pero no sería de asombrarse si la perseverancia o la importunidad lo lograran al fin. Cuántas veces se ha visto un Gobierno obligado a conceder, autorizar o tolerar, lo que tenía en mientes evitar o prohibir.

Además de la Catedral, cuenta Mérida con un número de templos proporcionado, cuando menos, al de sus habitantes. Las órdenes de Santo Domingo y de San Agustín tienen cada una su convento; las Clarisas tienen otro. Se cuida con esmero la iglesia de un antiguo convento de Franciscanos; el Hospital tiene una bonita iglesia y hay además las iglesias

filiales de Milla, Mucujún, del Espejo y Llano; por último, recientemente se ha construido la de La Misericordia.

Los habitantes de Mérida llegan a once mil quinientos; los hay de todas clases y colores. La menos numerosa es la de los esclavos. Durante mucho tiempo los blancos de Mérida se dividieron en dos facciones: la de los Cerradas y la de los Gavirias, nombre de dos fundadores de la ciudad que se habían jurado odio recíproco. Sus descendientes conservaron este sentimiento con tal constancia que aún no puede afirmarse que se haya extinguido, si bien es verdad que desde hace años no da señales de sí, en aquellas explosiones, antaño tan frecuentes. Sin estos desgraciados incidentes Mérida estaría hoy más poblada y floreciente.

Se distinguen los blancos de Mérida por la franqueza, la precisión espiritual y el amor a la literatura. Ni éstos ni las otras clases desdeñan el trabajo. Los blancos se dedican a la agricultura, o a la cría o a la carrera eclesiástica; los pardos a ocupaciones útiles, en las cuales dan muestra de su inteligencia y laboriosidad. Allí se trabaja en diversas formas la lana y el algodón, y estos productos se prefieren, por su precio, a las telas europeas. Entre tales labores de lana se cuentan unas alfombras de cosa de una vara de largo por media de ancho, ornadas de flores pintadas con jugos vegetales del país, y cuyos colores, principalmente los rojos, verdes, azules y amarillos, son tan frescos y se conservan tan vivos como los de nuestras fábricas más afamadas.

Mérida está a los 8° 10' de latitud Norte y a los 73° 45' de longitud Occidental del meridiano de París. Dista cuarenta leguas al Sur de Maracaibo, ciento cuarenta al Oeste de Caracas y veinticinco al Suroeste de Barinas.

TRUJILLO

Ninguna villa de la Provincia de Venezuela ha progresado tan rápidamente como Trujillo. Ya en el primer siglo de su fundación contaba con edificios que bien podían figurar en cualquiera ciudad de Europa. Semejante magnificen-

cia, explicada por la actividad agrícola de los Trujillanos, atraía a muchos Españoles laboriosos que contribuían al acrecentamiento de la población. Todo se preparaba favorablemente cuando en 1687, el filibustero francés Grammont, con un puñado de hombres atravesó la Provincia con tanta seguridad y confianza como si llevara un ejército formidable. La fama de la opulencia de Trujillo determinó al intrépido filibustero a dirigir hacia allí su marcha destructora. No fueron bastantes a disuadirlo las ochenta leguas que lo separaban de Trujillo, los malos caminos, el calor, las lluvias ni la resistencia que habían de presentarle las fuerzas de aquel país. Algo que se presenta a los hombres valerosos y sensatos como un obstáculo, no era para los filibusteros sino acicate de su temeridad. Desdeñaban las acciones donde no hubiera necesidad de lo extraordinario para dar la muerte o librarse de ella. No pueden llamarse héroes, porque el botín y no la gloria era el móvil de sus empresas; pero, aun cuando se les califique de bandidos, no puede regateárseles, sin injusticia notoria, el epíteto de ilustres.

Grammont y los suyos llegaron a Trujillo, mataron o pusieron en fuga a todos los habitantes, y robaron, saquearon y redujeron a cenizas sus suntuosos edificios. Aun causa tristeza contemplar aquellas ruinas, testigos de la pasada grandeza e indicios de lo que hoy sería Trujillo.

Los Españoles escapados de la carnicería y las llamas, se refugiaron en Mérida, donde se radicaron definitivamente, temerosos de ver renovarse aquel desastre. En Trujillo quedaron sólo los viejos y los enfermos que no pudieron huir, faltos de fuerzas, y a quienes el enemigo perdonó la vida. He aquí una causa para dejar explicada la escasez de población de Trujillo. Sin embargo, sus aires saludables y su suelo fértil han ido atrayendo nuevos habitantes, y hoy alcanza su número a siete mil seiscientos.

Allí se produce caña de azúcar, cacao, añil, café y en general, todos los frutos de la zona tórrida. El trigo es excelente, y la harina casi iguala la de Europa. Se suele cosechar

en abundancia, como para resarcir al agricultor de sus trabajos. También los demás frutos dan su provento, y puede afirmarse que cada Trujillano paga el debido tributo a la prosperidad pública.

No sólo en la agricultura ejercen su actividad. Algunos atienden a sus rebaños de cabras u ovejas. Por cierto que los carneros son allí más robustos y de mejor carne que en el resto de la Provincia. Esméranse en cardar y lavar la lana lo cual les permite trabajarla luego en artículos de venta y ganancia seguras.

Las mujeres, más hacendosas en Trujillo que en otra parte, suelen preparar dulces, muchas veces de encargo, para venderlos en la Provincia o llevarlos fuera de ella. Esta industria, por más que parezca pequeña, no deja de ser un alivio, pues en otras ciudades donde las mujeres no hacen eso, se encuentran a menudo sin medios para ganarse la vida.

Los géneros se despachan a Maracaibo por el lago, que está a cosa de veinticinco leguas al Oeste; pero las relaciones son más continuas con Carora, adonde se envían las pieles de cabra y oveja. Sin embargo, el trayecto entre Trujillo y Carora no está exento de peligro; en él se encuentran los llanos de Monay, tan insalubres, que el viajero debe apresurar su marcha, pues la menor estación en ellos puede acarrear una fiebre perniciosa.

Trujillo, como hemos dicho, goza de aires sanos, pero sus aguas, claras y suaves, están impregnadas de partículas metálicas, que si no alteran la salud, producen incómodas paperas.

El lugar donde se halla situada la villa está encerrado por dos montañas, de suerte que tiene la forma de un ataúd. La iglesia parroquial, aunque de poco gusto, es sólida y decente; tiene una iglesia filial llamada El Calvario, Los Franciscanos poseen un Convento; la orden de Santo Domingo, dos: uno de hombres y otro de mujeres. La fábrica de este último fue suspendida por orden del Rey, y sólo pudo continuarse en 1636, gracias a las solicitudes y súplicas del Obis-

po de la Mata. Lo único que la sociedad de Trujillo puede reprochar a las religiosas de Santo Domingo es haber renunciado a los dulces placeres de la maternidad. Cada una de estas monjas trabaja en la soledad y hacen infinidad de labores en pita, pequeñas, delicadas e igualmente útiles y curiosas, dignas de admirar e imposibles de dejar de adquirir.

Trujillo posee un hospital, dedicado a Nuestra Señora de Chiquinquirá. El Cabildo cuida de la justicia y de la policía.

La latitud de Trujillo es de 8° 40'. Dista ciento cinco leguas de Caracas, veinte de Mérida y treinta de Guanare.

GOBIERNO DE BARINAS

En 1787 la villa de Barinas, comprendida hasta entonces en el Gobierno de Maracaibo, fue separada de él y erigida en capital de un nuevo Gobierno, formado con territorios del propio Maracaibo y de Venezuela.

Aunque su jefe no se titule sino Comandante Político, desempeña en lo civil, militar y religioso, funciones iguales a las de los demás Gobernadores, y goza, como ellos, de cuatro mil pesos fuertes de sueldo. A la importancia adquirida en los últimos tiempos por esta región, fácil de invadir a causa de sus muchos ríos navegables que desembocan en el Orinoco, se debe la determinación de constituirla en Gobierno, de haber formado, en 1805, Milicias que aseguren su defensa, y de haber dotado a la villa de Barinas de una guarnición de tropa de línea, compuesta de setenta y siete hombres.

Barinas es conocida en los mercados europeos, desde hace mucho tiempo, gracias a su tabaco. Por prejuicio, más que con razón, se considera este producto como superior a los demás, pues, en realidad, es inferior por muchos respectos, a otros tabacos, principalmente al de Cumanacoa. Pero es lo cierto que en Amsterdam o en Hamburgo una paca de tabaco de cualquier otra parte se paga en un veinte o un veinticinco por ciento menos que si fuera de Barinas.

Convencidos los Españoles de que el comercio del Norte se guía por el rótulo y no por conocimientos efectivos, no despachan tabaco alguno de estas Provincias que no pase por ser de Barinas. El comprador europeo, aunque engañado no pierde nada. También es verdad que casi todo el tabaco exportado es de Barinas. El de otras regiones sólo se exporta cuando la cosecha ha sido demasiado abundante, y queda un excedente, después de atendido el consumo local, para el cual se reserva siempre el de mejor calidad.



Se viene notando, desde hace algún tiempo, que el tabaco de Barinas se daña más rápidamente que los demás. Antes podía durar cinco o seis años; ahora, casi al acabarlo de preparar, se le introduce un gusano destructor que daña todo el interior y lo convierte en polvo. Como la superficie no aparece sino ligeramente atacada, es difícil distinguir el tabaco dañado.

Por su situación y excelentes terrenos, la Provincia de Barinas está llamada a adquirir gran importancia comercial. La caña de azúcar, el café, el algodón, el añil, y en general todos los productos tropicales encuentran allí tierras adecuadas a su cultivo y se dan admirablemente. Sin embargo, por mucho tiempo se creyó en la región que, salvo el tabaco, la naturaleza le había negado a Barinas los demás productos. Hoy ya no se le presta fe a este prejuicio, y se cultiva de todo y todo se emprende. Una buena parte de los géneros se llevan por agua hasta Guayana. El embarcadero está en el río Portuguesa, cinco leguas más abajo de Barinas, en un sitio llamado Torunos. Hay también grandes hatos que producen muchos novillos y mulas, los cuales se exportan por el Orinoco o se consumen en la Provincia.

Goza la villa de un aire bastante puro, aunque la temperatura rara vez baje de 24° Reamur. Tiene diez mil habitantes. Sus edificios públicos se reducen a una iglesia parroquial y un hospital.

S A N J A I M E

La erección de San Jaime en villa y, por consiguiente, la formación de su Cabildo, son cosas muy recientes. Ni por su población ni por su agricultura parecía digna de semejante distinción. El paraje es más curioso que agradable. Se encuentra en la confluencia de varios ríos que se unen para caer en el Apure doce leguas más abajo. Se halla, pues, rodeada de ríos importantes, y para defenderse de las inundaciones anuales no cuenta sino con un montículo de arena, donde está situada la villa. Los moradores quedan durante tres o cuatro meses al año rodeados de agua de tal modo que se ven obligados a andar en canoas.

El terreno, árido y arenoso, no se presta para la agricultura; sólo sus pastos son de utilidad. Los edificios de la villa, inclusive la iglesia, corresponden a los escasos recursos que hallan los habitantes en un suelo tan poco favorecido por la naturaleza.

San Jaime está a los 7° 50' de latitud Norte, a setenta y cinco leguas al Sur de Caracas.

SAN FERNANDO DE APURE

Como los pueblos pastores necesitan mayor extensión de terreno que los agrícolas, se sienten estrechos en un espacio donde un número igual de agricultores se hallaría a sus anchas. A esta razón, únicamente, se debe la existencia de San Fernando de Apure. Los habitantes de Guanare, criadores en su mayoría, extendieron muy pronto sus hatos hasta cierta distancia de la población. A medida que aumentaba el número de habitantes, pasaba igual cosa con el de criadores. Los que encontraron el terreno ya repartido y ocupado, hubieron de buscar más lejos un lugar conveniente a sus proyectos. Se dirigieron hacia el Sur y se radicaron en la orilla derecha del famoso río Apure, donde en la buena calidad de los pastos hallaron justamente lo que necesitaban.

Cuando fueron bastantes para constituir un pueblo, solicitaron y obtuvieron la erección de su territorio en parro-

guía independiente. No limitaron aquí sus exigencias, pues no tardaron en pedir los honores de villa para su pueblo, y por una casualidad bastante rara, también les fue concedido esto.

Sus propiedades consisten en hatos de mulas y novillos. La agricultura es muy escasa. El clima es cálido, pero sano y las aguas muy buenas. La villa, sin ser grande, está bastante bien construida. Su única iglesia, si no muy espaciosa ni muy bella, es limpia y bien cuidada. San Fernando tiene seis mil habitantes, más o menos.

CAPITULO UNDECIMO

SOBRE LA GUAYANA ESPAÑOLA Y EL RIO ORINOCO

División de la Guayana.—Primera expedición a Guayana. Segunda expedición.—Fundación de la villa de Santo Tomás.—El Orinoco. Sus fuentes. Curso del Orinoco. Comunicación del Orinoco con el Amazonas por el Río Negro. Continuación del curso del Orinoco.—El Meta, afluente del Orinoco. Ventajas de su navegación. Anuladas por el comercio de Cartagena. Resultados.—El Apure. Cría de ganados en la región del Apure y sus afluentes. Bocas del Orinoco. Navegación de las bocas del Orinoco a Santo Tomás.—El Caroní. Continuación de la navegación del Orinoco. Deliciosa variedad que ofrecen las márgenes del Orinoco. Importancia del Orinoco. Volumen y rapidez de la corriente. Crecientes anuales.—Mareas.—Peces del Orinoco. Caimán. Iguana. Chigüire. Lapa. Perro de Agua. Lirón. Manatí.—Importancia de Guayana. Su extensión y población.—Baja Guayana. Relaciones de los Caribes con los Holandeses. Relaciones políticas entre los Holandeses de Surinam y los Españoles de Guayana.—Alta Guayana. Agricultura.—Santo Tomás. Su temperatura. Su comercio. Fomento que requiere la industria.—Proyecto. Mala situación de la capital. Necesidad de colocarla más cerca del mar. ¿Dónde se debe situar? Expulsión de los Caribes. Nuevos medios de cultivar y poblar la Guayana.—El Dorado. Expedición de Hutten. Opinión sobre El Dorado. Expedición moderna.

Se designa con el nombre de Guayana el territorio limitado al Norte por el Orinoco, al Sur por el Amazonas, al Este por el mar y que por el Oeste se extiende hasta los 70º de longitud occidental del meridiano de París.

División de la Guayana

Desde la desembocadura del Amazonas hasta la del Orinoco hay ciento veinte leguas de costa. Esta extensión se re-

parte entre cuatro Potencias: Portugal domina la parte meridional. Antes del tratado de paz con Francia, del 29 de Setiembre de 1801, poseía desde las bocas del Amazonas hasta el cabo Norte, al Este de la isla Carpori. Aquel tratado estableció nuevos límites entre la Guayana Francesa y la Portuguesa, determinados por el curso del río Carapana, que desemboca en el Amazonas a 20 minutos de latitud Norte, algo más abajo del fuerte Macapa. De las fuentes del Carapana, los límites se dirigen hasta la gran cadena de montañas que separa las aguas y siguen por la fila hasta el punto más cercano al Río Branco entre los 2º y 3º de latitud Norte.

Así pues, la Guayana Portuguesa queda toda sobre la orilla izquierda del Amazonas, limitada al Norte por las posesiones francesas, hasta el 55º de longitud. Más hacia el Oeste confina con las posesiones Españolas. Según los tratados, la línea del ecuador debía ser el límite, pero los Portugueses han ido usurpando territorio español, y hoy se extienden hasta la isla San José y la montaña Gloria del Cocui, es decir, a treintidós leguas al Norte del ecuador. Los Españoles han levantado a 1º 53' de latitud Norte el Fuerte San Carlos, para impedir nuevas usurpaciones y recuperar, si fuere posible, el territorio perdido. Esto último es poco probable, pues los Portugueses tienen ya en esos lugares establecimientos que no abandonarían de buen grado. La fertilidad de la tierra y la comodidad de transportar los frutos por el Amazonas, los mueven a retener esas posesiones, aunque disten trescientas leguas del mar. Los Españoles ni gozan de la misma comodidad para el transporte de los frutos ni participan del mismo gusto por la agricultura, así pues, no han de poner tanto empeño en expulsar a los Portugueses como éstos en defender sus sementeras.

La Guayana Francesa está limitada al Sur por el río Carapana, afluente del Amazonas; al Norte por el río Maroní, al Este por el mar y al Oeste por las posesiones Españolas.

Suriman, Esequibo y Demerara son las posesiones holandesas; limitadas, según los tratados: al Norte por el río Esequibo; al Sur por el Maroní; al Este por el mar y al Oeste

por la Guayana Española. A pesar de los tratados, los Holandeses han extendido furtivamente sus límites por el Norte hasta el Cabo Nassau.

Con esto, pues, viene a quedar la Guayana Española limitada al Este por el mar, desde el Cabo Nassau hasta las Bocas del Orinoco, es decir, en una extensión de treinta leguas más o menos. El Orinoco forma el límite septentrional, hasta cosa de ciento cincuenta leguas del mar, y luego sigue sirviendo de lindero occidental, pues, a partir de ese punto, su lecho remonta hacia el Sur cosa de cien leguas, hasta recibir las aguas del Guaviare. Allí deja de servir de límite a la Guayana Española, pues el lecho del Orinoco se extiende entonces hacia el Este; en tanto que la Guayana confina más hacia el Sur con las posesiones Portuguesas.

Durante los primeros cuarenta años, los pocos Españoles empeñados en la conquista de las Provincias de Venezuela, Cumaná y Maracaibo hubieron de soportar mil privaciones y sostener luchas continuas para mantenerse en el lugar; mal podían, pues, pensar en llevar más lejos sus armas.

El primer Europeo que intentara penetrar en el Orinoco parece haber sido el Teniente General Juan Cornejo. En 1531 se aventuró a pasar por las bocas del río. Logró vencer muchos obstáculos, pero al fin su barco se estrelló contra una roca. La mayoría de los tribulantes salieron salvos de aquel peligro, pero evitaron que los peces los devoraran para ser devorados por los Indios.

PRIMERA EXPEDICION A GUAYANA

Los Indios de la Provincia de Venezuela, tanto los reducidos como los independientes, hablaban de continuo a los conquistadores, a quienes veían ávidos de oro, de la existencia de un país, muy internado hacia el Sur, donde abundaban prodigiosamente el oro y la plata.

Semejante información, infinitas veces repetida, dio origen a la creencia de que en el centro de la comarca conocida hoy con el nombre de Guayana, se encontraba una tierra cu-

bierta de oro, a la cual se le llamó *El Dorado*. Ya hablaré de ellas más extensamente.

Era aquello pura quimera, pero a pesar de serlo, Pedro Malaver de Silva, soldado de Martín Próveda, quien dirigía una expedición salida del Perú en 1566, se determinó a pasar furtivamente a España y ofrecer sus servicios al Rey para la conquista de El Dorado. Su proyecto, aunque extravagante, fue patrocinado. El Rey le concedió por dos vidas el gobierno de todo cuanto conquistara en el territorio de los Indios Omegas, Omaguas y Quinacos, a los que suponían habitantes de aquella comarca de oro macizo, además, la propiedad de veinticinco leguas cuadradas con todos los Indios residentes en ellas y de añadidura la vara de Alguacil o el cargo de Mayor de la Cancillería, en caso de que ésta llegara a establecerse. Sus despachos quedaron firmados el 15 de Mayo de 1568.

Inmediatamente Silva se procuró audaces compañeros para su empresa. Seiscientos Españoles consintieron en prestarle ayuda en su ambición. Con ellos llegó a Margarita, y en lugar de pasar al continente y de dirigirse al Sur directamente hacia Guayana, se trasladó a Borburata, dejando en Margarita a los descontentos, los cuales estaban persuadidos de que bastaba respirar el aire de América para enriquecerse. En Borburata hubo de dejar a otros cuantos, arrepentidos ante las dificultades de la empresa. Nuevas defecciones sufrió en Valencia y su tropa quedó reducida a ciento cuarenta hombres, con los cuales emprendió la marcha a Guayana, es decir, se dirigió hacia el Sur, pues en realidad la falta de caminos obligaba a gobernarse por la brújula únicamente. Los bosques que hubieron de atravesar, los ríos, los pantanos, los insectos y los reptiles venenosos, las frutas salvajes con que hubieron de alimentarse, diezmaron su gente de tal modo, que Silva renunció a continuar su temeraria expedición. Al cabo de cinco meses de lucha continua contra todas las privaciones e incomodidades propias de un país que parecía dominio exclusivo de las bestias feroces, llegó a Barquisimeto en Marzo de 1570. Tal fue el resultado de aquella desdichada expedición.

Segunda expedición

Silva, lejos de amilanarse con tantas contrariedades, regresó a España y consiguió ciento setenta hombres dispuestos a acompañarlo, con ellos se embarcó en Sanlúcar. Llegó a un punto de la costa entre el Orinoco y el Amazonas, justamente en territorio de Caribes, raza la más fuerte y belicosa de los Indios. Tras de violento y repetido combatir contra aquellos antropófagos y sufrir los efectos de aquel país insalubre y cubierto de pantanos, pereció junto con sus compañeros víctimas de la temeridad. Ninguno de ellos se salvó y sucesivamente sirvieron de plato fuerte en los festines de sus vencedores. Esto ocurrió en 1574.

El infeliz resultado de estas expediciones podía matar el entusiasmo para emprender otras semejantes, pero no determinar a que se abandonase la Guayana, tan importante por el magestuoso río que la riega como por los tesoros minerales que se suponían ocultos en ella.

Por otros medios, pues, se intentó conquistarla. Vista la ineficacia de la fuerza, se recurrió a la seducción y a la moral. En 1576 dos misioneros Jesuitas comenzaron a predicar el Evangelio no sin buen suceso; pero se vieron obligados a suspender su apostólica labor y a retirarse al cabo de tres años. La historia añade que los Holandeses, codiciando la posesión de aquellas tierras, expulsaron a los Jesuitas.

FUNDACION DE LA VILLA DE SANTO TOMAS

En 1586, Antonio Berrío fundó, en la margen derecha del Orinoco, una villa a la que dio el nombre de Santo Tomás. El, por su parte, se limitó a mantenerse allí, dejando que el tiempo y la actividad de los misioneros se encargaran de apaciguar las feroces costumbres de los Indios, les inculcaran afición por la vida social y dieran lugar a útiles y amistosas relaciones entre Indios y Españoles. En realidad no fueron aquellos quienes más zozobras ocasionaron a la recién fundada población, sino los Ingleses, los Holandeses y hasta los mismos Franceses. Cada uno de ellos a su vez atacó, saqueó

y destruyó la ciudad, codiciosos de la posesión de aquel país. Los Holandeses, principalmente, ya habían establecido su comercio con los aborígenes, y con tanto provecho que, como es natural, quisieron sostenerlo. Para alcanzarlo hicieron por tierra y por mar esfuerzos proporcionados al interés que los movía. Algún tiempo después los Españoles pensaron en hacerse fuertes en el lugar, y, considerando que la villa estaría mejor protegida a mayor distancia del mar, varias veces la mudaron de sitio, hasta que en 1764 la trasladaron a un paraje de la orilla derecha del Orinoco, situado a noventa leguas del mar.

EL ORINOCO

Por su fertilidad y privilegiada situación, la Guayana Española llegará a ser el centro comercial de todas las regiones con que puede comunicarse fácilmente gracias a la navegación; pero antes de tratar de ella, debo ocuparme del Orinoco, famoso río en el cual reside la causa original e inmediata de todas las ventajas que el porvenir reserva a la Guayana Española. No se me oculta que esa labor merece toda mi atención, puesto que al tratar de uno de los ríos más importantes del mundo, he de exponer algunos datos que sólo imperfectamente han dado otros autores. Las inexactitudes que he hallado en los relatos del P. Gumilla, el P. Coletti y el P. Caulin, Jesuitas Misioneros del Orinoco, me permiten afirmar que estos sacerdotes poseían más celo que conocimientos y más audacia que exactitud.

Mi intención es considerar al Orinoco tanto desde el punto de vista agrícola como en lo que respecta al comercio. Para lo uno, lo tomaré desde su nacimiento, y seguiré su curso hasta la capital de Guayana; para lo otro, recurriré al método corriente; es decir: después de haber tratado de todas las riquezas territoriales que se conducen a Santo Tomás, pasaré a las Bocas del Orinoco y a los barcos que llegan allí a recoger los géneros.

Sus fuentes

Los Españoles no conocen las fuentes del Orinoco, del mismo modo que los Europeos y aun los Africanos ignoraban las del Nilo antes de James Bruce. El Padre Gumilla, a quien acabo de citar, no tiene inconveniente en situarlas al Suroeste de Santa Fe de Bogotá, según puede verse en el mapa de su *Orinoco Ilustrado*, es decir, le atribuye al río una dirección de Suroeste a Nordeste, Pero después que se ha logrado remontar el Orinoco hasta lo más escondido de su curso, se ha reconocido como falsa la opinión del Padre Gumilla, puesto que se comprobó que las primeras aguas del Orinoco vienen de los alrededores del Lago Parima, situado al Sur de la Capital de Guayana. Algunos célebres geógrafos, M. Bonne, por ejemplo, piensan que parte del Lago; otros creen que nace en las montañas situadas al Noroeste de él. Esta última opinión goza, con razón, de mayor crédito. Sin embargo, es difícil recoger muchos datos positivos sobre el particular. Hay que recurrir a suposiciones, pues, a causa de los Indios salvajes, resulta muy peligroso el acceso a aquellos parajes.

Los montañas del Noroeste del Lago Parima se llaman en la lengua de los Indios, *Ibirinoco*, y es muy natural que de acuerdo con sus costumbres, los Indios le hayan dado el mismo nombre al río que nace de ellas. De allí los Españoles han hecho *Orinoco*, los Franceses *Orenoque* y los Ingleses *Oroonoko*, etc. Además, es justo pensar que si el Orinoco naciera en el Lago Parima, los Indios lo llamaran con este último nombre, que también es de su lenguaje. Pero nadie hasta ahora ha logrado cerciorarse efectivamente de la verdad, pues los salvajes constituyen un obstáculo infranqueable. M. Humboldt trató de realizar la experiencia en 1800, durante su viaje a Río Negro. Al llegar al punto donde el Casiquiare sale del Orinoco, quiso seguir hasta las propias fuentes del río, pero hubo de desistir de su empeño y contentarse con los relatos que pudo recoger de los Indios.

Varios ríos pequeños nacen en las faldas meridionales de las montañas de Ibirinoco, reúnen sus aguas al cabo de recorrer ocho o diez leguas y forman un río importante, co-

nocido, tanto por los geógrafos como por los naturales del país, con el nombre de Orinoco. En sus quinientas leguas de curso aumenta considerablemente su caudal, gracias a un sinnúmero de afluentes.

Curso del Orinoco

Se supone que el Orinoco, durante las cien primeras leguas se dirige de Norte a Sur. El Lago Parima viene a quedar pues a sesenta leguas de su orilla izquierda. Los pequeños ríos que desembocan en el Orinoco acrecientan el caudal de sus aguas e impelen fuertemente su corriente, la cual aun antes de las cien leguas cumplidas, es tan poderosa y abundante como la de los mayores ríos. Desde Esmeraldas hasta San Fernando de Atabapo, corre de Este a Noroeste. En este trecho se encuentra el caño Casiquiare, que establece una comunicación entre el Orinoco y el Amazonas por el Río Negro. Como la historia requiere cierta aclaración a este respecto, el lector me va a permitir una ligera digresión.

Comunicación del Orinoco con el Amazonas por el Río Negro

Los misioneros españoles, únicos depositarios, desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, de las particularidades históricas y geográficas del Orinoco, han negado siempre su comunicación con el Amazonas. Se acrecentaba el valor de tal testimonio por ser ellos los ímicos Europeos que podían penetrar en esas regiones habitadas sólo por salvajes. En vano Samson de Fer, geógrafo de S. M. C. indicó esa comunicación en el mapa que levantó en 1713; en vano La Condamine aseguró, en su viaje al Perú, que el Orinoco y el Amazonas se comunicaban; los misioneros continuaban sosteniendo que tal comunicación no existía.

El Padre Gumilla, más que cualquier otro, mostró mayor tenacidad en apoyar esa falsa opinión. Asegura, en su *Orinoco Ilustrado*, con verdadero convencimiento, o más bien con mal humor, que nadie mejor que él puede saber todo lo referente al Orinoco, puesto que ha viajado durante veintidós

años por las orillas del río, pensando en escribir su historia. De esta suerte ha adquirido el derecho de desmentir a quien no esté de acuerdo con sus observaciones.

“Ni yo, dice, ni misionero alguno de los que continuamente navegan costeano el Orinoco, hemos visto entrar ni salir al tal Río Negro. Digo ni entrar ni salir porque supuesta la dicha unión de ríos, restaba por averiguar de los dos, quién daba de beber a quién, pero la grande y dilatada cordillera que media entre Maraón y Orinoco, excusa a los ríos de este cumplimiento y a vosotros de esta duda.”

Así, pues, según este testimonio, que por tantas razones parecia digno de crédito, no era posible persistir en la creencia de que el Orinoco se comunicará con el Río Negro, y, por medio de éste, con el Amazonas. Sin embargo, algunos geógrafos posteriores no se dejaron engañar por el tono de seguridad del P. Gumilla, y, a pesar de la pretendida cadena de montañas que según él separa los dos ríos, siguieron señalando la existencia de la comunicación. Con todo, aun pueden quedar algunas dudas a este respecto, y, como estoy persuadido de que siempre se ha de acoger favorablemente cuanto tienda a esclarecer las dudas, me apresuro a consignar aquí las pruebas evidentes, ante las cuales se ha de desechar cualquiera otra opinión.

El Barón de Humboldt, a quien tanto deben las ciencias, después de recorrer como naturalista, geógrafo y político, la Provincia de Venezuela, concibió en 1800 el proyecto de remontar el Orinoco y de comprobar su comunicación con Río Negro. Poco después comenzó a realizar su empresa. Penetró en el Orinoco por el Apure, y, al cabo de mil penalidades, llegó al Fuerte San Carlos, en la frontera de las posesiones portuguesas. “Del Fuerte San Carlos, dice este ilustre sabio en una de sus cartas al Capitán General de Caracas, fechada el 23 Agosto de 1800, hemos vuelto a Guayana por el Casiquiare, hermoso brazo del Orinoco que lo comunica con el Río Negro. La fuerza de la corriente, la inmensidad de mosquitos y la falta de población hacen fatigadora y peligrosa esta navegación. Entramos al Orinoco por el Casiquiare a los

31½ grados, remontamos aquél hasta Esmeraldas, último puesto español, etc." Nada hace falta para que en lo adelante la comunicación del Orinoco con el Río Negro se tenga por cosa comprobada, a la cual sólo la demencia puede oponer razones en contra. Vuelvo ahora al hilo de mi descripción.

Continuación del curso del Orinoco

En nada se aprovecha el territorio que recorre y fertiliza el Orinoco desde su nacimiento hasta Atures. Casi totalmente ocupado por Indios salvajes, cuya reducción es tal vez cosa de siglos, y situado a tanta distancia del mar, continuará mucho tiempo fuera del alcance de la civilización.

Antes de llegar a Atures, el Orinoco tuerce hacia el Norte, sigue esta dirección casi hasta la desembocadura del Meta, de allí se inclina al Nordeste y por último al Este.

Se da el nombre de *Salto de Atures* a unas cataratas que forma el Orinoco al tropezar con unas rocas que inútilmente quieren impedirle el paso. La fuerza del río, aumentada con las aguas del Guaviare y el Vichada, es ya suficiente para vencer todos los obstáculos que puedan oponérseles.

Apenas tropieza el Orinoco contra aquel obstáculo indestructible que le ha opuesto la naturaleza, se agita, se hincha, y como no puede derrumbarlo, se lanza por encima de él moviendo espantoso ruido y coronándose allí mismo de blanquísima espuma, señal de su cólera. No hay barco, grande ni pequeño, capaz de arriesgarse en estas cataratas. El navegante, vaya remontando la corriente o siguiendo su descenso, sólo puede varar su piragua y arrastrarla por tierra hasta un punto donde ya el peligro haya dejado de existir.

Más allá del raudal de Atures recibe el Orinoco al Abacuna por el Este y el Bichao por el Oeste. Las hoyas de estos ríos se extienden por países incultos, cuya descripción es de escaso interés. Igual cosa ocurre con el Chiricua y el Metoya. En cambio el Meta sí es un río importante. Une sus aguas a las del Orinoco treinta leguas más abajo del raudal de Atures o sea a ciento veinticinco leguas de Santo Tomás de Guayana.

EL META, AFLUENTE DEL ORINOCO

El Meta parece destinado por la naturaleza a servir al establecimiento de inmensas relaciones comerciales entre toda la parte occidental del Virreinato de Santa Fe y la Guayana Española. Nace a ciento cincuenta leguas al Suroeste de su desembocadura en el Orinoco. Muchos ríos del Virreinato van a aumentar su corriente. Es navegable hasta Macuco, cerca de los llanos del gobierno particular de *Santiago de las Atalayas*, a cuarenta leguas de la capital del Nuevo Reino. Sus riberas están todavía desiertas, o habitadas por Indios Guahivos, tan enemigos de la vida social como del trabajo. Son salvajes, pero no feroces. Tan ineptos para atacar como para defenderse, mantienen su independencia huyendo de todo el mundo. Así, pues, sin riesgo alguno, el viajero puede atravesar la comarca poblada por los Guahivos. Sesenta leguas antes de caer al Orinoco, recibe el Meta las aguas del Casanare, las cuales, a su vez, provienen en gran parte de muchos ríos pequeños. Enriquecido con esta adquisición, el Meta sigue lenta y majestuosamente su curso hasta desembocar en el Orinoco. Se distingue entre los afluentes de éste, por el silencio con que vierte en él sus aguas. Puede decirse que es el único que penetra en el Orinoco, todos los demás se precipitan en él.

Ventajas de su navegación

El Meta y el Casanare son navegables por chalupas en todas las épocas del año. En el verano, es decir, durante la sequía, reinan continuamente brisas frescas; en el invierno hay calma, pero mucha corriente. Se ha de ir entonces más cerca de la orilla y más despacio, pero con tanta seguridad como con los vientos más favorables. En ambos ríos hay bajos en que frecuentemente se encallan las chalupas, pero se sacan con facilidad y sin averías, pues siempre son bancos de arena.

La inmensidad y la riqueza de los terrenos que recorre el Meta, sus muchos afluentes y lo fácil de su navegación, son otras tantas ventajas concedidas por la naturaleza a los habitantes de la parte oriental del Nuevo Reino, quienes pueden

darle fácil y ventajosa salida a sus productos y a los de la Guayana Española, quienes pueden aumentar su comercio con todos los géneros transportables por el Meta. Este orden de cosas es tan natural y favorable que, durante el corto tiempo que existieron tales relaciones, las plantaciones situadas sobre el Meta y el Casanare progresaron grandemente y el comercio de Guayana adquirió una importancia tal como para conducir rápidamente la Provincia por vías de prosperidad; pero el Gobierno, en lugar de proteger la industria nacida al calor de estas relaciones, a consecuencia de una simple representación del comercio de Cartagena, dictó órdenes que la han paralizado. La cosa es increíble, pero cierta a pesar de ello.

Anuladas por el comercio de Cartagena

El comercio de Cartagena, creyendo, en su ambición, poseer un derecho exclusivo sobre todos los productos comerciales del Virreinato de Santa Fe, apenas tuvo noticia de la nueva salida hallada para los frutos de las regiones ribereñas del Meta y del Casanare, protestó violentamente contra aquello, considerándolo como violación de lo que llamaba sus derechos. En el memorial redactado entonces, se estampó que la ciudad de Cartagena estaba perdida y reducidas a la nada sus rentas aduaneras, si no se imponían trabas legales a las comunicaciones que habían nacido del interés recíproco de los habitantes del extremo oriental de Santa Fé y los de Guayana. El Ministro, tomando por justicia la declamación, y confundiendo los alaridos del interés particular con la voz del interés general, ordenó que en lo sucesivo no se pudiera llevar de Santa Fe a Guayana, por el Meta, ningún producto territorial, salvo harina y algunas burdas telas de algodón que allí mismo se fabricaban, y que de retorno sólo se pudiera llevar dinero efectivo. Esta medida fue fulminante para ambas provincias. El comercio quedó reducido a casi nada y la miseria pública volvió a reinar como antes.

Resultados

Sería engañarse, suponer que el comercio de Cartagena ganó algo con esto. El plantador, privado de los móviles que lo habían sacado de la inacción, halló más fácil volver a tenderse en su chinchorro y soportar de nuevo las privaciones de antes, que fatigarse para obtener frutos, pues el largo acarreo de éstos a Cartagena consumiría su valor y tal vez más aún. Así, pues, los productos y el comercio que con ellos se hacía quedaron perdidos para todos. Creo que ni el razonador más sutil podría demostrar que el comercio de Cartagena, con haber ganado la causa, ha dejado de perjudicar igualmente al fisco, a la agricultura, a la Guayana, al comercio de la metrópoli y a la prosperidad pública.

Los habitantes de Guayana se proponían en 1804 hacer saber al Rey que esta disposición funesta había sorprendido a la región. Si se tiene cuidado de añadir al memorial el mapa de la comarca, bastará el texto de la petición para asegurar su buen suceso.

Hoy no se llevan a Guayana por el Meta sino hamacas, mantas, cobijas y algunos otros burdos artículos de algodón, harina y un poco de azúcar que no alcanza para la exportación. Los agentes de este misero comercio reciben el pago en dinero, y ni siquiera están facultados para invertirlo en herramientas agrícolas.

Volvamos al Orinoco, enriquecido ya con el Meta. Treinta leguas más abajo, por la parte occidental, recibe las aguas del Sinaruco, las cuales han recorrido unas cincuenta leguas de terrenos absolutamente incultos. Quince leguas más allá vamos a gozar del espectáculo que presentan los bocas del Apure.

EL APURE

El Apure nace en las montañas de San Cristóbal pertenecientes al Virreinato de Santa Fe. Su curso mide ciento sesenta leguas. A partir de su nacimiento hasta cosa de cuaren-

ta leguas, corre de Noroeste a Sureste, el resto lo hace de Este o Oeste, y finalmente se desvía hacia el Sur, para entrar al Orinoco. Es navegable en un trecho de más de sesenta leguas. Sus aguas se aumentan con las de una infinidad de ríos menores, muchos de los cuales son también navegables, y tanto más útiles cuanto que riegan gran parte de la provincia de Venezuela y sirven para transportar los frutos que deben su existencia a esos mismos ríos. Sus nombres son: Tinaco, San Carlos, Cojedes, Agua Blanca, Acarigua, Are, Yarano, Ospino, María, Portuguesa, Guanare, Tucupido, Boconó, Masparro, La Yuca, Santo Domingo, Pagüey, Tiznados, etc. Estos ríos confunden sus aguas en medio de las inmensas llanuras de Venezuela. Más abajo de San Jaime se han reunido casi todos y forman un caudal enorme de agua que, al cabo de doce leguas, se lanza al Apure, en un silio que dista veinte leguas al Norte del Orinoco. El lecho del Apure no logra contener este volumen de agua y se divide entonces en varios brazos y por varias bocas se lanza al Orinoco. No por esto depone el orgullo que le da su importancia. Parece que fuera a disputarle la supremacía al Orinoco y no a rendirle tributo, y como si no quisiera mezclar sus aguas, se precipita en él con espantoso ímpetu. El choque es tan violento que la agitación se siente hasta la mitad del río, y aún allí los remolinos son tan fuertes que ponen en peligro al navegante.

A partir de la desembocadura del Apure, el Orinoco está bordeado al Norte por la Provincia de Venezuela, y después por la de Cumaná, hasta el mar.

Cría de ganados en la región del Apure y sus afluentes

En las orillas del Apure y de los otros ríos que pierden en él sus aguas y su nombre, existen muchos hatos ricos en buen ganado. Hay en ellos novillos, caballos y principalmente mulas. La exportación de estos animales se hace naturalmente por Guayana, a causa de que pueden ir pastando hasta el Orinoco. Toda la parte de Venezuela que forma hoy la nueva provincia de Barinas y las regiones meridionales de la misma Provincia de Venezuela, están llamadas, por esta fa-

cilidad de transporte, a enviar sus productos a Guayana, en lugar de llevar a lomo de mula, a Puerto Cabello o a Caracas su café, su añil y su algodón, recorriendo cien leguas de malísimos caminos y teniendo a veces que vadear ríos desbordados. Las relaciones entre la Provincia de Barinas y la de Guayana no son sin embargo tan constantes como deberían serlo, a juzgar por la naturaleza de las cosas, porque en Santo Tomás casi no se consigue numerario y muy pocas veces llegan allí barcos europeos, de suerte que los agricultores prefieren enviar sus productos a los puertos de Venezuela, donde se concentra la actividad del comercio con la metrópoli, pues obtienen allí precios que les compensan los gastos y fatigas del siempre largo y penoso viaje hasta Caracas o Puerto Cabello.

Desde las bocas del Apure a Santo Tomás hay ochenta leguas. En este trecho no recibe el Orinoco ningún río importante, por el Sur, salvo el Caura y el Cauapana. Ciertamente que casi todos los ríos importantes le caen por la izquierda y que, después de las bocas del Apure, se le unen otros que harán de Guayana en lo porvenir el centro comercial de las llanuras del Norte.

La navegación de la parte superior del Orinoco está muy lejos de ser tan fácil y segura como podría esperarse en vista de la magnitud del río. Sembrado de islas que obstruyen su lecho y lanzan la corriente unas veces hacia la orilla izquierda y otras hacia la derecha; lleno de rocas de diverso tamaño y altura, algunas de las cuales quedan a ras de agua o a profundidades más o menos peligrosas según la estación. Azotado además por vientos terribles, el Orinoco no se deja navegar sino por buenos pilotos y por barcos bien contruidos y de cierta capacidad. Todo lo que llevo dicho no se refiere sino a la navegación desde el puerto de Guayana río arriba o desde las bocas del Meta, río abajo; pero me parece que debo ser más extenso, en lo que se refiere a la navegación de las bocas del Orinoco hasta Santo Tomás, pues la otra, menos activa, es más familiar a los que se ocupan de ella.

Bocas del Orinoco

El Orinoco, más o menos a cuarenta leguas del mar, forma como el Nilo una especie de abanico sembrado de muchísimas islas pequeñas, que lo dividen en muchos brazos y caños. Así, pues, de entre este laberinto, sale al mar por una infinidad de bocas situadas de Norte a Sur, que ocupan una extensión de más de sesenta leguas. Al acercarse a la costa aumenta el número de islas, de suerte que las bocas del Orinoco son muchas, aunque muy pocas las que se prestan a la navegación. Hay cosa de cincuenta bocas, y sólo por siete de ellas pueden pasar navíos, y eso siempre que no sean de mucho calado. El navegante temerario que entre en el Orinoco por una boca no navegable o que no tenga agua suficiente para su barco, pagará muy cara su imprudencia, naufragará o se perderá entre los innumerables canales que forman las islas de los Guaraúnos; morirá de hambre o caerá en poder de Indios salvajes, entre los cuales hallará una acogida muy desagradable cuando no funesta.

Para hacerse cargo de la prudencia y de la práctica requeridas en la navegación de las bocas del Orinoco, basta saber lo que a diario le ocurre a los propios indios Guaraúnos. Estos Indios, nacidos en las bocas del Orinoco, viven exclusivamente de la pesca, lo cual los obliga a navegar de continuo por entre los pasos y caños formados por sus islas nativas, y por consiguiente conocen muy bien el lugar donde se hallan. Sin embargo, estos hombres, que bien pueden llamarse anfibios, se pierden a menudo y tienen que buscar la corriente para dejarse arrastrar hasta el mar y entrar de nuevo por la boca que conocen. Puede parecer extraño que los Indios, al extraviarse, hayan de buscar la corriente; pero en realidad para encontrarla se necesita cierta habilidad, que sólo los Indios poseen perfectamente. Son tantos y están situados en direcciones tan diversas los canales formados por esas innumerables islas, que en la mayor parte de ellos no se advierte corriente alguna; en otros, los remolinos o el viento establecen falsas corrientes que hacen remontar cuando se quiere descender. Ni la brújula misma evita, una vez que se está perdido entre las islas de los Guaraúnos, el riesgo de tener

que navegar muchos días y dar vueltas a las islas para volver al mismo punto, creyendo ir hacia el mar o hacia el río.

Estas dificultades muestran la necesidad de llevar un buen piloto a bordo, ya se trate de entrar al Orinoco o de salir de él.

La primera de las siete bocas navegables está a doce leguas al Sur de la desembocadura del río Guarapiche, en la Provincia de Cumaná. Es una de las que vierten sus aguas al Golfo de Paria. Esta boca se llama Manamo o Gran Manamo, para distinguirla de la de Manamito, que sale del mismo caño, casi al llegar al mar, y que es navegable solo por chalupas.

La segunda boca queda a dos leguas al Sur de la anterior. Se llama el canal o caño de Pedernales. Nace al Este de la isla Guarispa, y se vierte en el mar a tres leguas al Suroeste de la Isla El Soldado, situada en la entrada meridional del Golfo de Paria. Este caño no es navegable sino por canoas o a lo sumo por chalupas.

La tercera boca, llamada Capure, es un brazo del caño Pedernales. Se desprende a unas siete u ocho leguas antes de llegar al mar. Su desembocadura queda hacia el extremo meridional del Golfo de Paria, ocho leguas al Sur de la boca de Pedernales. La navegación de la boca Capure no puede hacerse sino en canoas o chalupas.

La cuarta se llama boca Macareo; se halla seis leguas al Sur de la boca Capure. Sirve para las comunicaciones entre Guayana y Trinidad y es indudablemente la mejor para el caso, pues permite la navegación de goletas y de bricks; su lecho es recto y limpio y desemboca frente a la punta y río Erin de Trinidad.

La quinta boca es poco frecuentada, primero porque su navegación no es fácil, y además porque sus orillas están pobladas por tribus salvajes, más feroces que los Guaraúños, y a las cuales, naturalmente, es preferible evitar. Estas tribus forman la nación india llamada *Mariusas* y dan su nombre a esta boca del Orinoco, que se halla a doce leguas al

Sur de la anterior. Entre la boca Mariusas y la sexta boca, hay varias salidas al mar, las cuales no son navegables sino durante la marea o las crecientes.

A dieciocho leguas al Sur de la boca Mariusas, se encuentra la sexta boca navegable por barcos pequeños. Es un brazo del Mariusas que sale del lecho del Orinoco. Pocas veces se entra por él, a menos que se le conozca muy bien, por haberlo recorrido muchas veces, de modo de estar seguro de evitar todos los peligros que presenta.

Por último, a ocho leguas al Sur se encuentra la gran boca del Orinoco. Viene a ser la séptima, según el orden en que las he enumerado. Se le llama *Boca de Navios*, pues sólo por ella pueden entrar naves de doscientas o trescientas toneladas. Su entrada tiene seis leguas de ancho; pero no en todos los sitios ofrece igual profundidad.

Ya es tiempo de que entremos en el Orinoco y demos todos los datos que pueden facilitar la navegación de este gran río. Preferiremos la Boca de Navios por ser la mas utilizada en el comercio con Guayana, tanto en el viaje de ida como en el tornaviaje.

Navegación de las bocas del Orinoco a Santo Tamás

La Boca de Navios tiene al Sur-sureste la Punta Barima, situada a ocho grados cuarenta y cinco minutos de latitud Norte, y al Noroeste de la Punta queda la isla Cangrejos. Entre una y otra hay cerca de seis leguas. El canal navegable no pasa de tres leguas de ancho. En la barra, que se encuentra un poco más hacia el mar que la Punta Barima, tiene diecisiete pies de fondo, con la marea baja.

Al pasar la barra se encuentran cuatro o cinco brazos de agua, hacia la isla Cangrejos, dos y media cuando más hacia la Punta Barima. Los placeres de la isla Cangrejos se prolongan siete leguas mar adentro. Los de la Punta Barima no llegan a dos leguas.

A una legua más o menos de la Punta Barima, el río del mismo nombre desemboca en el Orinoco. En él se entra

por un canal angosto, de braza y media de fondo. Corre hacia el Nordeste. En la misma margen Sur del Orinoco, y a unas dos leguas del río Barima, se halla la boca del Amacuro, el cual recorre buena parte del territorio oriental de Guayana, donde demoran las misiones de los Capuchinos Catalanes. Es navegable por chalupas, en diez o quince leguas de curso. Desemboca al Sur de la Punta Cangrejos, que como hemos dicho está al Norte de la Boca de Navios.

Tres leguas al Sur de la isla Cangrejos, se encuentra la isla Arenas, pequeña y de fondo arenoso. Durante la marea alta queda cubierta por doce o quince pies de agua. Al Sur se abre un caño muy variable, de lecho de arena. Antes de subir media legua más, se ven dos puntas, que los Españoles llaman Las Gordas. La del Norte tiene un placer que avanza algo, pero no tanto como para impedir la navegación.

Siguiendo la margen Sur del Orinoco, se encuentra a ocho leguas más abajo de Barima el río Arature, que proviene de las colinas meridionales de Imataca y limita las sabanas de las Misiones. Su boca es muy estrecha, sin embargo, el río es navegable en cosa de diez leguas. Varios caños lo comunican con el Amacuro al Este y con el Aguirre al Oeste. En sus márgenes crece mucha madera de construcción y de ebanistería. Frente a su boca hay dos islotes que llevan su nombre. En frente, es decir, en la margen Norte del Orinoco, arranca el caño de Cocuina, que desemboca en el mar.

Once leguas río adentro se encuentra la isla Papagayos, en medio del Orinoco, un poco hacia la orilla derecha. Está formada por un fango blanco, cubierto de manglares. Con la marea el agua sube hasta once pies. Antiguamente la isla era más extensa, pero va disminuyendo sensiblemente.

Apenas se ha pasado de la isla Papagayos, se encuentra la isla Juncos. Es la más oriental de la cadena de islas de Imataca, las cuales se extienden dieciocho leguas a lo largo del curso del río, y lo dividen en dos brazos, el del Norte, llamado Caño Sacupana y el del Sur, llamado Brazo

Imataca. Ambos son navegables, pero el del Sur, aunque más ancho tiene también más fondo. Por él pasan en todas las estaciones los barcos de más calado. Para ser exactos, debemos remontar primero por el brazo Imataca hasta el extremo Oeste de la cadena de islas, y luego hacer lo mismo por el brazo Sacupana.

La isla Juncos forma con la Punta Barima Zanica que avanza de la orilla izquierda del Orinoco, la entrada oriental del Brazo Imataca, que allí mide novecientas toesas de ancho. En la Punta Barima Zanica, nace el caño Curiapo, el cual en las faldas de las colinas de Imataca se une al río Arature.

Si remontamos algo más, encontramos la desembocadura del río Aguirre. Este nace en las Misiones de Capuchinos Catalanes, y baja por entre las colinas de Imataca. Sus aguas, aunque parecen negras en el lecho del río, son claras en realidad. La boca del Aguirre es muy ancha y cuenta tres brazas de agua, hasta cerca de diez o doce leguas río arriba. Su navegación va perdiendo cada día: antes entraban en él goletas y briks, hoy sólo en chalupa puede remontársele, y eso con bastante trabajo. Poca cosa se necesita para dejarlo navegable como antes. Bastaría solamente que hubiese algún interés para ello, pero como no atraviesa territorios cultivados, los únicos que aprovechan su navegación son los que van a cortar madera en sus orillas. Discurre el río entre árboles tan altos que es imposible emplear velas y es menester aprovechar las mareas.

Siguiendo nuestro rumbo, se nos presenta a dos leguas de las bocas del Aguirre, en medio del Orinoco, el islote Venados, y lo dejamos a la izquierda, porque no ofrece ninguna particularidad. Continuaremos, pues, bordeando la orilla Sur, para examinar, a ocho leguas más abajo del río Aguirre, el caño Corosimo: Sale del Orinoco y va por detrás de la montaña, de allí toma hacia el Sureste, de modo que deja transformada en isla una parte de la margen derecha del Orinoco. En esta isla se halla una aldea de Guaraúnos, que depende del Indio Gemicabe. A la entrada del caño

hay mucha agua, pero la punta de la cadena de colinas de Imataca lo estrecha y obstruye de tal modo, a cosa de media legua, que resulta completamente inservible para la navegación. Se divide en una infinidad de brazos, de suerte que sería muy útil para la agricultura. El terreno que riega tiene la ventaja de hallarse bastante elevado, de manera que no está expuesto a inundaciones. Allí prospera de continuo el verdor, señal infalible de fertilidad. Los Españoles, poco entusiastas del reino vegetal, tienen tal predilección por el territorio que riega el Corosimo con sus diversos brazos que han pensado en desalojar de allí a los Indios Guaraúnos, fundar poblaciones y establecer baterías para defensa del Orinoco.

La margen Sur del Orinoco, después de pasado el Corosimo, nos presenta la desembocadura del Imataca. Entretenos por ella, recordando que vamos costearo siempre las islas de Imataca que nos quedan al Norte. La entrada es estrecha, pero profunda. Tienes dieciséis a dieciocho pies de agua. Justamente delante de esta boca se forma un bajo siempre cubierto de agua, que se prolonga y atraviesa todo el caño de Imataca, a excepción de un canal muy estrecho, que exige ciertas precauciones náuticas, sobre todo durante la marea baja. El río Imataca, a seis leguas de su desembocadura, se divide en dos brazos: uno toma al Oeste, hacia los valles que forma la montaña; otro va por las sabanas hasta las cercanías de la Misión de Palomar. Goletas y canoas pueden remontar el río hasta su bifurcación.

Del río Imataca en adelante sólo nos quedan dos leguas y media para llegar a la punta Oeste de las islas Imataca, es decir, para haber recorrido todo el brazo de este nombre. Igualmente digno de ser descrito es el brazo Sacupana; volveremos a bajar por el curso del Orinoco hasta el sitio donde se unen ambos brazos, y tomaremos por este último, dejando a la derecha la isla Juncos.

De la punta oriental de la Isla Juncos sale un banco que se extiende hacia el Norte y no deja sino un canal muy estrecho aunque profundo. Los barcos deben pasarlo rozando la ribera Norte.

Más allá de la punta oriental de la Isla Juncos quedaba la isla Perico, la cual ha desaparecido de poco tiempo a esta parte. Esta isla daba lugar a dos canales: el del Sur, totalmente lleno de arena, y el del Norte, que aunque estrecho, dejaba un paso difícil a las naves, las cuales si no llegaban a naufragar, por lo menos tropezaban con el bajo. Esta pequeña isla de suelo arenoso se veía aún en las crecientes del Orinoco y durante las mareas. Su desaparición no se debe a ningún temblor de tierra, ni siquiera a una creciente extraordinaria.

Cuatro leguas más abajo del sitio donde estaba la isla Pericos, se encuentra la isla Cochinos que dejaremos a la derecha porque está inclinada hacia el Norte. El canal navegable queda al Sur; sin embargo entre la isla y la tierra se forma un canal estrecho por el cual pueden pasar pequeñas embarcaciones.

A una legua al Oeste de la isla Cochinos, en la margen Norte del Orinoco se halla el caño Lorán, de cuya boca parte un bajo que ocupa la mitad del brazo Sacupana. La boca del caño Lorán le da aspecto de ser un río importante; pero a poca distancia hacia el Norte se divide en una infinidad de caños tan pequeños y llanos, que solo por uno de ellos pueden salir al mar pequeñas embarcaciones. Este caño se llama así a causa de un Capitán francés que, falto del necesario conocimiento del lugar, se aventuró en él con su barco. Pronto se halló perdido entre tantos caños y brazos. La providencia quiso que al cabo de mil vueltas y revueltas pudiera ganar de nuevo el brazo Sacupana. A la entrada del canal Lorán hay un islote del mismo nombre, del cual parte un bajo que se extiende hasta la boca Mateo y atraviesa el brazo Imataca.

La isla Mosquitos, situada cerca de la orilla Sur, sólo se señala por tener tanto en su extremo oriental como en su extremo occidental dos bajos que se extienden cosa de una legua cada uno. El canal navegable corre por el centro del río y tiene media legua de ancho.

De la boca del caño Abayucos sale un bajo que llega hasta la isla Palomas. En la ribera Norte se abren dos caños

que van al mar. Otro bajo se extiende desde la isla Palomas hasta la punta occidental de la isla de Imataca.

Sólo nos falta dar algunas referencias de la isla Sacupana, para haber descrito el caño de este nombre del mismo modo que lo hicimos con el caño Imataca. En la boca del caño de la isla Sacupana sale un bajo que se extiende dos leguas al Oeste, y en muchas partes ocupa la mitad del río. Entre este bajo y otro que sale de la isla Palomas, queda el canal navegable. Las embarcaciones deben ir por el centro, sin acercarse a ninguna de las dos orillas. De lo contrario se exponen a naufragar.

En este punto el Orinoco, o más propiamente, la parte de él que va al mar por la Boca de los Navíos, forma un solo lecho a ocho leguas al Oeste. En este trecho se ve sobre la ribera derecha la boca de un lago, a corta distancia del río. Se extiende hasta el pie de las montañas de Piacoa. Desde el centro del río se ven casi al mismo tiempo hacia la ribera izquierda las colinas de Meri.

Llegamos a la cadena de islotes que separan el río y el caño de Piacoa. Estos islotes se extienden durante doce leguas de Este a Oeste. Si volvemos la vista hacia el Norte, encontramos la boca del pequeño Paraguán, de la cual sale un bajo que va hasta el Paraguán Grande. Los dos caños llamados Paraguán se juntan antes de caer al mar.

Algo más abajo del Paraguán Grande se abre el caño conocido con el nombre de *Boca de Pedernales*, que va a desembocar frente a Trinidad. Forma varios brazos por los cuales se puede ir del Orinoco a aquella isla. Sale del Orinoco a una legua de la isla Yaya. En este punto hay un bajo que ocupa la mitad del lecho del río.

Remontando legua y media más, se comienza a atravesar por medio de barrancas rojizas. Es la primera vez que río arriba se encuentra tierra firme de la parte Norte y terrenos libres de inundaciones. El suelo es sólido y rojo. Enfrente se halla un bajo que se extiende, a lo largo de la margen meridional, cosa de media legua de Este a Oeste. El

paso puede hacerse cerca de una u otra orilla, pero es preferible la orilla Norte, pues hacia el Sur hay poca agua. En estas barrancas está la boca de un caño llamado *Guarítica*, el cual durante las mareas altas o las crecientes del río da paso a las chalupas hasta un lago cercano. A orillas de este lago se encuentran camburales y árboles frutales plantados antiguamente por los Indios.

Apenas se ha remontado una legua más, aparece en la misma orilla Norte la boca del caño *Guarguapo*. En el verano es tan escaso de agua que apenas puede atravesarse en chalupas. Sin embargo, hace algunos años tenía agua suficiente como para dar paso a goletas y barcos que iban por mulas, novillos y otros artículos de contrabando a las Provincias de Cumaná y Venezuela, llevando en cambio mercancía secas. Salvada la boca, el resto del caño tiene agua bastante. Las embarcaciones grandes navegan allí con facilidad, pero a remo o a la sirga, pues la alta montaña que bordea el caño impide el uso de la vela. Dos leguas más abajo del *Guarguapo* está la isla de Araya, pegada a la costa Norte y de regular tamaño.

Hacia el Sur se encuentran los raudales de *Piacoa*, formados por tres o cuatro arrecifes que ocupan desde la mitad del canal hasta la costa Sur; sin embargo, en la parte Norte hay agua suficiente para dar paso a embarcaciones grandes. Sobre la orilla se encontraba antes la misión de *Piacoa* de los Capuchinos Catalanes. Allí hay excelentes pastos y tierras muy fértiles; las aguas son buenas, el clima grato y la situación adecuada para una población agrícola.

Pasados los tres islotes de *Arciba*, damos con la isla *Iguana*, que corre junto a la orilla Norte más de media legua. Hacia el Sur, el lecho es navegable, en cambio, hacia el Norte durante el verano aparecen bancos de arena que dejan muy poca agua en el canal. En invierno pasan por allí con facilidad barcos y goletas. A una legua de la punta occidental de la isla *Iguana* se pasa frente al morro de *Naparrima*, roca alta y no muy voluminosa. Toda esta margen hasta las islas *Iguana* y *Araya* está llena de bancos de arena.

No valdría la pena citar el caño del Limón, situado en la margen Sur, a no ser porque en su desembocadura se hallan las ruinas de un Fuerte que llevaba ese mismo nombre. Desde allí se divisa la isla de Don Vicente, la cual en su punta oriental tiene un banco de arena que atraviesa el canal hasta algo más abajo del Fortín; pero este bajo, cuando el río está crecido no estorba la navegación.

Hemos llegado pues al sitio donde estaba antiguamente la capital de Guayana, antes de ser transferida a Angostura. Hemos recorrido cincuenta leguas y faltan otras cuarenta para llegar a Santo Tomás. Al transferir la capital cuarenta leguas río arriba, los Españoles creyeron prudente dejar en el lugar donde estaba la ciudad, los fuertes destinados a defender la Guayana. Se les ve al pie de un montículo: Uno se llama *San Francisco* y el otro *El Padrastro*. A un lado y otro hay dos lagos pequeños: el *Seibo* y el *Baratillo*. Media legua más abajo de San Francisco, se halla el río *Usupamo*, y un lago cerca de la desembocadura de éste. El desembarcadero del puesto militar está obstruido por muchas piedras visibles en verano y sumergidas durante el invierno.

Cerca de media legua más abajo de la antigua ciudad, se encuentra la gran piedra Morocoto, en medio del río, un poco hacia la costa Sur. Esta piedra queda cubierta durante el invierno.

No lejos de allí está la isla Nieves, en medio del río. Hacia la margen Sur se ve el morro de este nombre, y más abajo se halla el de Hacha. A cada lado de esta isla corre un canal; el del Norte es mejor y más ancho. Tres leguas más abajo está la punta Aramaya, sobre la margen Sur; allí se forman rompientes durante el tiempo de aguas. Enfrente a esta punta se encuentran los islotes de San Miguel. Son tres, todos de piedra con playas de arena durante el verano. Con las crecientes estos islotes quedan sumergidos casi por completo, de suerte que solo aparecen las piedras más altas. Al otro lado del río, es decir, cerca de la orilla izquierda y frente al pueblo de San Miguel, se hallan dos islas llamadas Chacaranday, nombre de los árboles que las

cubren. Las separa un canal estrecho que en realidad no es sino un bajo.

Demos un vistazo a la isla Fajardo, situada en medio del río, un poco hacia el Sur, y frente a la desembocadura del Caroní. Tiene tres mil toesas de largo y mil trescientas ochenta y siete de ancho. Sólo su parte occidental está sometida a inundaciones. Se ha pensado construir en esta isla un puesto militar, apoyado en un fuerte que defienda el río. Como el proyecto no es reciente, resulta difícil prever si en realidad se llevará a cabo.

EL CARONI

El río Caroní desemboca en el Orinoco frente a la isla Fajardo. Corre directamente de Sur a Norte. Nace a más de cien leguas de su desembocadura. Sus aguas son negras, porque corren sobre arena negra muy fina, **magnífica para secar la tinta**. Sin embargo, estas aguas son claras y saludables. El río, a causa de la pendiente sensible de su curso y de las rocas que obstruyen su lecho, tiene una corriente rápida y ruidosa. Principalmente, una legua antes de llegar al Orinoco, tropieza contra un macizo de rocas; y en vano se esfuerza por apartarlas; al cabo, impotente contra semejante obstáculo, se levanta y cae de nuevo, alzando un tumulto que se oye a gran distancia. Irritado por no haber vencido esta resistencia, se precipita en el Orinoco con ímpetu fácil de imaginar, pero no de describir. La fuerza y el volumen de sus aguas apartan gran trecho las del Orinoco, con las cuales no se mezclan sino al cabo de media legua. Fácilmente se observa este fenómeno, pues la limpidez de las aguas del Caroní, contrasta con la corriente siempre turbia del Orinoco.

Continuación de la navegación del Orinoco

Hacia la orilla izquierda y una legua más abajo de la isla Fajardo, está la isla del Torno. Solo un canal pequeño

la separa de tierra. Por su extremo occidental salen piedras y un banco que se prolonga cinco leguas.

De allí en adelante el primer objeto que debe atraer la atención del navegante es la Punta Cardonal. Se desprende de la orilla derecha, tres leguas más abajo de la Isla Fajardo. A un cuarto de legua más o menos de esa punta, hay una cadena de rocas que avanza en el río hasta la mitad del canal frente a Guarampo. En la costa Sur hay un puerto llamado *Patacón*, formado por la Punta Cardonal.

En Guarampo hay unas rocas próximas a la orilla Norte, cinco leguas más abajo de la isla Fajardo. Estas rocas forman el puerto de Guarampo. De allí sale un bajo casi en dirección Norte-Sur de la Punta Cardonal. En algunos sitios se ensancha este bajo. En su extremidad Oeste se hallan tres rocas que se cubren en tiempo de aguas, dejando el paso entre ellas y las de la costa Sur. A media legua de Guarampo y sobre la orilla izquierda demora la isla Taguache. Mide legua y media de Este a Oeste.

La isla Ceiba se halla al otro lado del río. Tiene cuatro leguas de largo y es una de las mayores. El brazo que la separa de tierra tiene muy poca agua; en verano queda casi completamente seco. Durante las crecientes se forma entre estas dos islas un canal en el medio del río que da paso a embarcaciones grandes. Pero de resto presenta muchos bancos de arena y poco fondo. Entre la tierra firme del norte y la isla Taguache, hay un canal navegable en todas las épocas del año.

El caño o río Cucazano no lo señalamos aquí sino porque en su punta oriental y cerca de tierra hay un bajo que si no se prolonga mucho al Oeste, ocupa en cambio la mitad del río. La isla Cucazano está en la desembocadura del caño de este nombre y queda como unida a la isla Taguache por un bajo que en verano deja en muchos sitios playas al descubierto. De su punta occidental parte otro bajo que se inclina hacia el Sur, y cuyas playas se ven también en verano.

En la desembocadura del caño Mamo, en el centro del río, hay un bajo de poca extensión y siete leguas antes de

llegar a la capital se encuentra otro situado al Sur de la isla Mamo. Los pasos que deja este bajo a cada lado, no ofrecen sino ocho pies de profundidad desde Enero hasta Abril, lo cual obliga a alijar los barcos. A pesar de esta precaución es raro que pasen sin encallar y sin perder tres o cuatro días en las maniobras necesarias para salir de allí. De suerte que esto viene a ser un gravamen para la navegación, además de constituir grandes riesgos. Durante las crecientes no existen esas dificultades. Igual cosa sucede en otro canal que se forma entre la isla Mamo y la punta occidental de La Ceiba.

Fuera ya de este paso, se siguen encontrando rocas hacia las orillas y en medio del río. La Punta Currucay en la costa Sur, tres leguas antes del puerio de Santa Ana, está formada por rocas salientes en ángulo. En medio del río y casi frente a estas puntas, se ve la gran roca llamada *Piedra del Rosario*. Entre esta roca y la orilla suelen ocurrir desgracias casi todos los inviernos. Al Norte de la Piedra del Rosario demora un canal, pero muy estrecho a causa de algunas rocas cubiertas por el agua que se prolongan hasta la orilla. Las embarcaciones no pueden pasar en verano sino a riesgo de estrellarse contra las rocas. En invierno la corriente es tan fuerte que, si por desgracia, cesa el viento al pasar por ese sitio, se corre peligro de naufragar contra la Piedra del Rosario, cosa que ha sucedido en varias oportunidades.

La margen Norte ofrece en seguida a la vista, a una legua de la Piedra del Rosario, una punta rocosa. A alguna distancia de allí se adelantan hasta la tercera parte del río tres arrecifes en dirección Norte-Sur con la punta oriental de la isla Panapana. Uno de estos arrecifes está casi en Norte-Sur con la punta Oeste, y va hasta la mitad del río. Al lado de este arrecife hay otros dos sumergidos.

La isla Panapana está a una legua de la Punta Conejos, hacia la ribera Sur, de la cual la separa un canal medianamente ancho, pero de poco fondo en verano. Tanto en su punta Este como en su punta Oeste, tiene bajos de muy poca agua. El de la punta Oeste remonta más de una legua, in-

clinándose siempre hacia el Sur. Entre la isla, que tendrá legua y media de ancho, y la margen Norte, se encuentra el paso principal del río. Cuando baja el agua, queda algo estrecho y no muy profundo, lo cual dificulta la navegación; pero en las crecientes puede pasarse sin temor.

De allí, dos leguas más arriba, se encuentra el sitio donde el Orinoco es más estrecho. Los Españoles lo llaman *Angosturita*. Una roca al Sur y otra al Norte forman las puntas que cierran este estrecho. Algo más allá y casi en el centro del río hay una gran piedra llamada *La Lavandera*. Es visible en verano; en invierno la cubren las aguas. Entre la *Lavandera* y la costa Sur hay un islote de piedra, muy cerca de tierra, frente al cual desemboca el río Maruanta.

La punta Tineo, al Norte, también es de roca, y no se ve sino con el agua baja. La Punta Nicasio, al Sur, también es de piedra, pero más alta y visible.

Hemos llegado al fin a Santo Tomás, Capital de la Guayana Española, situada al pie de un montículo, en la orilla derecha del río. Defiende la ciudad un Fuerte colocado enfrente de ella, en la margen Norte. Lo rodean algunas casas, como ocurre con el Fuerte de Guayana. Este sitio se llama el Puerto de San Rafael y es el paso de comunicación entre Guayana y las Provincias de Venezuela y Cumaná. Entre San Rafael y la ciudad hay en el centro del río una piedra llamada con toda propiedad *Piedra del Medio*. Es una roca cuya parte septentrional se descubre en verano y queda sumergida durante las crecientes. El canal principal demora entre la ciudad y la roca. Con el agua baja tiene doscientos pies de profundidad, y aumenta de cincuenta a sesenta pies durante las crecientes.

Creo haberle suministrado al lector los datos necesarios para hacerse una idea de las dificultades que presenta la navegación del Orinoco. He preferido estos detalles, señalados por su exactitud, a dar una imagen general de los peligros a que se expone el navegante en el Orinoco. La experiencia literaria enseña, en realidad, que la pluma cuando no se limita a consignar hechos materiales, se aparta del círculo

de la verdad, quedando a merced de la imaginación ardiente o tibia del autor.

Deliciosa variedad que ofrecen las márgenes del Orinoco.

Nada en el mundo puede cautivar la admiración del naturalista como la navegación del Orinoco. Sus márgenes se hallan bordeadas a trechos de magestuosos bosques, ricos en maderas exquisitas y poblados de aves que dan la impresión de pertenecer a especies privilegiadas, tanto por la dulzura de su canto como por el brillo de sus plumas. Monos de la especie de los sanguinos, como el tamarin, el tití, el saki, el mariquita, el pinche, el mico o macaco, animan este cuadro encantador con gritos, saltos, muecas y cabriolas de toda suerte. El salvaje habitante de estos bosques, que se limita a compartir su dominio con las bestias feroces, se alimenta con los mismos frutos que los pájaros y cuadrúpedos, sin experimentar ni infundir temor. A veces llanuras inmensas cubiertas de pastos excelentes, le procuran al observador descanso a su vista fatigada por la limitación que le imponen las selvas; el verdor de las llanuras hace entonces horizontes en un espacio de veinte o treinta leguas. Todo concurre a despertar admiración por el orden, la sabiduría y la armonía de la naturaleza y aun contra su voluntad, el hombre levanta sus pensamientos por encima de sí mismo.

Sin los insectos, sin la necesidad de dormir sobre la tierra, expuesto a la lluvia y al sereno y entre bestias feroces; sin el riesgo de que lleguen a faltar los víveres, sin los escollos y sin el capricho de los vientos, la navegación del Orinoco sería una fuente inagotable de placer para el amigo de la naturaleza y admirador de sus maravillas.

Después de haber descrito el Orinoco en lo referente a su navegación, debemos presentar al lector el cuadro de las particularidades que caracterizan este gran río.

Importancia del Orinoco

El Orinoco es tan escasamente conocido, que generalmente se le coloca en el último puesto entre los grandes ríos, cuando en realidad, puede dudarse de que haya alguno capaz de disputarle la supremacía.

Apoyo esta opinión en las cuidadosas observaciones del Barón de Humboldt, hechas en 1800.

Todo el mundo sabe que los geógrafos conceden al Amazonas el primer puesto entre los grandes ríos. Bastará sólo, pues, que el Orinoco puede disputárselo, para que resulte palmariamente probada su superioridad sobre todos los demás. El Barón de Humboldt, en una carta dirigida en 1800 al Capitán General de Caracas, al regreso de su expedición a Río Negro, dice: "He comparado las medidas tomadas en el Orinoco, con las que el ilustre Lacondamine tomó en el Amazonas. Resulta que la desembocadura de este último es mucho más extensa que la del Orinoco; pero éste, a su vez, merece la misma consideración en lo que se refiere a volumen de aguas en el interior del continente, pues a doscientas leguas del mar, el Orinoco tiene un lecho de dos mil quinientas a tres mil toesas, sin ninguna isla".

Volumen y rapidez de la corriente

La anchura del Orinoco frente a la capital de Guayana es de tres mil toesas. Su profundidad, medida en el mismo sitio, por orden del Rey en 1734, dio setenta y cinco brazas en el mes de Marzo, cuando las aguas están más bajas. El Orinoco se descarga en el mar con tanta fuerza y velocidad, que se encuentra agua dulce a treinta leguas de su desembocadura, y a más de cuarenta se distinguen el color de las aguas del río y el de las del mar.

Crecientes anuales

El Orinoco, como el Nilo y otros ríos, tiene una creciente anual y periódica. Comienza por lo general en el mes de Abril y termina en Agosto. Durante el mes de Setiembre

el río sigue cargando la misma cantidad de agua que ha adquirido en los meses anteriores. Entonces presenta un espectáculo verdaderamente digno de admiración. Este aumento de poder lo obliga a franquear sus límites naturales, y se derrama veinte o treinta leguas tierra adentro, hacia la parte septentrional y durante un espacio de doscientas leguas de Este a Oeste, como si toda esa extensión quedara unida a su dominio. Los remolinos, las cascadas a que dan lugar las irregularidades del terreno inundado y aquel nuevo mar que cubre las llanuras, son suficientes a despertar la imaginación más dormida.

La creciente ordinaria del Orinoco sube trece brazas frente a Santo Tomás; aumenta a medida que se acerca al mar, y se deja sentir a trescientas cincuenta leguas de las bocas del río. No es igual todos los años, pero la diferencia entre una creciente y otra no pasa nunca de una braza. En el país hay la creencia de que cada veinticinco años echa una creciente extraordinaria que aumenta una braza más.

Las aguas comienzan a bajar en los primeros días de Octubre; paulatinamente van abandonando las llanuras y reduciéndose a la madre del río. Surgen en el cauce multitud de rocas e islas. A fines de Febrero han llegado a su nivel más bajo y así permanecen hasta principios de Abril. En este período salen las tortugas del Orinoco a desovar en las playas recientemente aparecidas. Allí la humedad dejada por la inundación junto con el calor de los rayos solares, favorece grandemente los principios de la germinación. En el capítulo IV hemos visto cómo los Indios acuden de todas partes a la pesca de tortugas. Secan su carne y tienen en ella un alimento duradero. La grasa que extraen de los huevos les proporciona un artículo de consumo o de comercio.

Las aguas del Orinoco son potables. Se les atribuyen virtudes terapéuticas, principalmente la de disolver lobanillos.

MAREAS

La marea es muy fuerte en las bocas del Orinoco; pero se subdivide tanto entre el sinnúmero de caños, brazos y canales, que frente a Santo Tomás es casi imperceptible. Sólo se siente en verano y cuando sopla brisa del mar. Los navegantes del río apenas la toman en cuenta.

PECES DEL ORINOCO

Hay gran variedad y abundancia de peces, de suerte que la pesca es industria remunerativa. Aunque a algunas especies se les dé el mismo nombre que a otras especies de peces europeos, no son la misma cosa; cuando más, esto se debe a cierta semejanza entre una especie y otra, pero no a que se las tenga por iguales.

Me abstendré de enumerarlas, porque esto me llevaría a descripciones que convienen más a la zoología que a la historia. Haré excepción, sin embargo, con los peces que los Españoles llaman *curbinata* y *caribe*.

El primero es un pez que, aun en el colmo del desarrollo, no pesa nunca más de dos libras. Abunda en el Orinoco y su carne es agradable. Mas no es por esto que se le estima, sino por la piedra que lleva en la cabeza, en el lugar donde debieran estar los sesos. Tiene forma de almendra sin cáscara y un brillo semejante al de las perlas. Estas piedras se pagan a peso de oro, a causa de su virtud específica contra la retención de la orina. Basta beber tres granos de esta substancia pulverizada y disuelta en una cucharada de agua y de vino, para orinar inmediatamente; un exceso en la dosis trae relajación de los músculos e incontinencia urinaria.

El segundo, menos voluminoso que el *curbinata*, ataca ferozmente a cualquier animal, muerto o vivo, que se ponga a su alcance. Se encarniza principalmente con las piernas de los que pasan a caballo los caños del Orinoco. Sus mordeduras son violentas, y si su tamaño correspondiera a su ferocidad, causaría frecuentes desgracias. Sin embargo, hay modos

de evitar y de detener sus ataques. El nombre de caribe se le ha dado a causa de su instinto carnívoro.

No seré tan breve en lo que se refiere a los anfibios del Orinoco. Las diferencias que he notado entre éstos y los de Europa me obligan a entrar en detalles.

CAIMAN

Muchos naturalistas confunden al caimán con el cocodrilo y con el aligatnr; sin embargo, difiere mucho de éstos, como lo ha demostrado el abate Bonaterre en su Enciclopedia Metódica. Más voluminoso que el cocodrilo y que el mismo aligatnr, es también más pesado que ellos. Para ser más peligroso que el cocodrilo no le falta sino saber usar de sus fuerzas.

El caimán del Orinoco, a igual de todos los de su especie, aparenta la figura de un lagarto de quince a diez y ocho pies de largo. Tiene la boca extremadamente hendida y provista de una fila de colmillos y de dientes algo separados entre sí y agudos en la punta. Gracias a sus ojos salientes, puede sumergir el cuerpo, y ver en todas direcciones sin ser visto. Su piel, gruesa y guarnecida de fuertes escamas, resiste a las balas. Es el devastador de los peces y el terror de los hombres. Los Indios comen su carne, la cual es blanca e insípida. Para cazar caimanes se sirven de toletes y grandes anzuelos. Usan sus colmillos como adornos, llevándolos las Indias en el cuello y en los brazos.

Es dicho general de los Indios de Tierra Firme que el caimán y el tigre suelen combatir. El tigre sale del fondo de sus bosques y se pasea por la orilla de los ríos donde los caimanes acostumbran tomar el sol. Observa los movimientos del caimán, y al ver oportunidad de sorprenderlo dormido, se lanza precipitadamente sobre él. Con las garras se sujeta en las duras e inflexibles escamas de su enemigo. Si se trata de un caimán joven puede decirse que está perdido, pero si es un caimán viejo, se echa inmediatamente al agua y hace que el tigre se ahogue. Luego lo coge con los colmillos, y va a comérselo en la orilla. El caimán no come sino

en tierra, pues carece de lengua y de agallas, no puede engullir cuando está dentro del agua. Allí sólo hace su presa, y cuando nota que está sin movimiento la arrastra a tierra y la devora.

Tienen los Indios los dientes de caimán por contraveneno y alexifarmaco; pero más generalmente se reconoce la virtud antiespasmódica de los colmillos y del miembro del caimán, pulverizados y administrados en dosis de doce granos de lo uno y de lo otro, o seis granos de cada cosa, repitiendo la dosis cuando sea necesario. Se dice además, que una gota de hiel de caimán instilada en el lacrimal destruye por su virtud antiespasmódica, las cataratas y las nubes. Produce al principio cierto ardor, que luego se mitiga y cesa.

La manteca de caimán, aplicada en tibio al oído, posee la propiedad de desobstruir los conductos auditivos. Igual efecto produce en las venas mesentéricas. Por esta razón se les suministra a los que comen tierra, en dosis de una cucharada en agua mucilagínosa.

Iguana

La iguana abunda mucho en el Orinoco. Es una especie de lagarto de dos pies y medio de largo y de color verdoso. Lo mismo que el caimán, tiene una sierra en el lomo que le da aspecto feroz. Se la encuentra en la tierra y sobre los árboles. Al menor motivo de miedo huye a esconderse en el agua. Los Indios y los Españoles comen su carne, con tanto gusto como si comieran gallina. La iguana hembra pone cada vez veinte y cinco o treinta huevos, más o menos del tamaño de una nuez. Estos huevos son amarillentos, y los cubre una membrana o película que hace las veces de cáscara. Se cocinan como los de gallina y los comen con mayor placer. En algunas iguanas se encuentra una piedra del tamaño de un huevo, blanca, suave y envuelta en películas semejantes a las de la cebolla. Reducida a polvo, esta piedra posee en grado sumo virtudes diuréticas y litontrípticas.

Chigüire

En el Orinoco y en otros rios de Tierra Firme existe un anfibio que los Caribes llaman *capigua*, los Palenques y Cumanagotos *Shigüire* y los Españoles *guardatinajas*. Tiene hocico de carnero, pelo rojo y la cola tan corta que apenas se le nota. En días de abstinencia se puede comer *chigüire*, porque este animal vive lo mismo en tierra que en agua. Los *chigüires* nadan en manadas y de rato en rato se alzan sobre el agua para respirar. Se alimentan de hierbas que crecen en las orillas de los ríos y de los lagos. Allí los cazan los Indios a flechazos, pues su carne para ellos es manjar muy estimado.

Lapa

En tierra Firme y en Guayana se conoce con el nombre de *lapa* un anfibio que los Indios llaman *Tamenu*. Su estatura es semejante a la de un braco, tiene la pelambre roja, manchada de blanco; gruñe como las pacas del Señor Brisson. Su carne es tierna y semejante a la del lechón y tanto como éste en nuestras comidas, se le estima y figura en todos los festines en la parte Norte de la América Meridional. La *lapa* vive ordinariamente a orillas de los ríos; se alimenta de hierbas y frutas. Es tan arisca que al menor ruido se tira al agua.

Perro de agua

El animal del género de la foca llamado *perro de agua* por los Españoles, se asemeja mucho al castor. Tiene la cabeza como la de un perro de regular tamaño, las orejas muy parecidas a las del castor, la cola larga, las patas delanteras semejantes a las del zorro, pero algo más fuertes y las traseras chatas y provistas de una membrana. Su pelo es suave y blanquecino. Vive en cuevas que hace al borde del agua. Frecuentemente se aventura por los campos. Se alimenta de hierbas y frutas y también de peces que atrapa con increíble habilidad.

Lirón

La bestezuela llamada lirón en la América Meridional se parece mucho a la zarigüeya, con la diferencia de que el lirón es anfibio. Por esta misma razón lo llaman también perrito de agua. Es un lindo animalito que habita en los ríos y pantanos. Tiene la piel cubierta de pelo muy suave y sumamente bonito. Es blanco y negro, pero repartido de tal modo el color que, comenzando por la cabeza, se le forma como una cinta de pelo negro que se abre en dos semicírculos. Esta cinta, de una pulgada de ancho más o menos, continúa formando nuevos semicírculos. Como estos rasgos son negros sobre fondo blanco, realzan mucho la belleza del animal. Su cabeza es muy semejante a la del lirón europeo, y tiene bigotes como los gatos. Sus patas están provistas de membranas, su cola es prensil y sin pelos desde la mitad hasta la punta.

Este animal tiene en el vientre como dos telas que abre y cierra tan herméticamente que apenas se puede advertir la juntura. Estas partes están cubiertas de un pelo corto y suave; con ellas la hembra cubre hasta seis hijos que lleva dentro de esa membrana.

Manatí

Los Indios y los Españoles de Tierra Firme llaman *manatí* una especie de vaca marina, más acuática que terrestre, pero que, a causa de su hábito de salir a tierra, arrastrarse y alimentarse de hierbas, hay que contarla entre los anfibios.

El manatí del Orinoco tiene un aspecto repugnante y desproporcionado. Es tan corpulento como un buey y se le asemeja además en el hocico y en la costumbre de rumiar las hierbas. Sus ojos son pequeñitos y sus orejas casi imperceptibles; carece de aletas o nadaderas, de suerte que ha de salir frecuentemente del agua para respirar. Su cuero es más grueso y espeso que el de un buey y con él se hacen excelentes correas, bastones muy flexibles y apreciados. Su cola forma un círculo desde la extremidad derecha del cuerpo hasta la izquierda; por lo cual tiene tres o cuatro pies de diámetro.

En el pecho tiene dos brazos pequeños e irregulares sin división de dedos ni uñas, los cuales le sirven para arrastrarse en tierra. Los tigres aprovechan este momento para atraparlos. La hembra lleva bajo los brazos sus hijos, frecuentemente macho y hembra. Los aprieta contra el pecho y les da de mamar una leche gruesa hasta que pueden valerse por sí mismos y acompañar a su madre a pastar.

La carne del manatí es gorda, sabrosa y suave; su mayor parte se transforma en *grasa muy combustible*. Alimentarse con carne de manatí es buen remedio para los males venéreos. La piedra que se le forma en la nuca es dura como el hueso o el marfil, en polvo es excelente como hemostático.

La pesca de manatíes por los Indios se efectúa del mismo modo que la ballenas en Spitzberg, con la única diferencia de que un Indio y su mujer, en una canoa, pueden pescar un manatí.

IMPORTANCIA DE GUAYANA

Difícilmente hay en los dominios españoles una posesión más favorecida por la naturaleza que la Guayana, ni tenida en menos aprecio por sus dueños. Su extensión, que puede estimarse en mil leguas de circunferencia, le da importancia suficiente como para constituir por sí sola un imperio. Su suelo, que peca sólo por excesiva fecundidad, podría dar una producción de frutos, mayor que la actual de los demás territorios españoles. Los trescientos o más ríos que en sus quinientas leguas de curso recibe el Orinoco, son otros tantos canales para llevar a la Guayana las riquezas que esos mismos ríos ayudarían a arrancarle a la tierra. El Orinoco que atraviesa la Guayana, es la puerta por donde puede penetrar el enemigo a las Provincias de Venezuela, Barinas y el Virreinato de Santa Fe, y como sólo es defendible en Guayana, ésta viene a ser el baluarte de toda aquella región.

No se comprende, pues, que un país que debiera, ser preferido por la industria, se encuentre desierto, y que una posición militar tan ventajosa no merezca la menor atención del Gobierno.

Al primero de estos puntos puede responderse que los pobladores Españoles de América no están en capacidad de cultivar la centésima parte de las tierras que poseen y que por consiguiente no tienen razón alguna para irlos a buscar más lejos, y, además, que al Español no lo devora la ambición, si la ha de satisfacer con el sudor de su frente; rápidamente arraiga en el sitio malo o bueno donde la casualidad lo lleve, y no se resuelve a salir de donde ha hallado reposo y ha logrado satisfacer sus costumbres, para correr tras un bienestar que no le hace falta y exponerse a fatigas que, de sólo imaginárselas, se siente horrorizado.

El segundo punto no puede explicarse sino por el costo considerable de las fortificaciones y guarniciones que necesitaría Guayana; a no ser que el Gobierno, confiado en las dificultades y peligros de la navegación del Orinoco, piense que ninguna nación querrá aventurarse a conquistar un país inculto, cuya miseria actual lo defiende mejor que las armas. ¡Desdichada de la Guayana si la negligencia del Gobierno es hija de semejante sistema, que la condena para siempre a la más triste nulidad! Pero la sabiduría política que desde hace tiempo influye en todos los actos del Gobierno español, no permite atribuirle con justicia ideas tan contrarias a la prosperidad pública.

Persuadido de eso, voy a añadir a los datos ya consignados sobre Guayana, los que razonablemente pueden exigir la política, la agricultura y el comercio.

Su extensión y población

La Guayana Española, desde las Bocas del Orinoco hasta los límites de las posesiones portuguesas, ocupa más de cuatrocientas leguas. De la costa hacia occidente, como está limitada al Sur por las posesiones holandesas, su ancho no pasa de treinta leguas, pero después, a cosa de ochenta leguas del mar, se ensancha y alcanza ciento cincuenta leguas de Norte a Sur.

Este inmenso territorio no tiene sino treinta y cuatro mil habitantes, de toda condición y color, contándose entre ellos

los diecinueve mil cuatrocientos veinticinco Indios que están bajo la administración de los Misioneros. El resto de la población lo forman los seis mil quinientos setenta y cinco habitantes de la capital. Otros mil más repartidos en los demás pueblos. El territorio donde se ha radicado la mayor parte de dicha población está comprendido entre cincuenta leguas de la costa y ciento cincuenta leguas tierra adentro, siguiendo siempre el curso del Orinoco.

BAJA GUAYANA

La Guayana se divide en alto y bajo Orinoco, y la capital sirve de punto de división, cosa que en realidad convendría mejor al río Caroní, porque corre bordeando por su parte oriental un territorio que podría llamarse una isla, puesto que tiene el Orinoco al Norte, el mar al Este, el Esequibo al Sur y el Caroní al Oeste. Forma casi un paralelogramo de setenta leguas de Este a Oeste y treinta leguas en su menor ancho de Norte a Sur. En América hay pocas tierras más fértiles. Regada por muchos ríos que siglo tras siglo vienen aumentando las capas de mantillo, su fertilidad acusa la pereza y el descuido de sus poseedores.

Los Misioneros encargados de conducir a los Indios a la vida social por el camino del cristianismo, escogieron para iniciar su empresa esta región de Guayana. Veintisiete aldeas establecidas al Este del Caroní, muestran el buen éxito de los Capuchinos Catalanes. Sin embargo, nunca han querido acercarse a más de treinta leguas de la costa, por temor a los Caribes, Indios feroces y valientes, más que otra tribu cualquiera, que siempre han transformado en mártires a los apóstoles que han tratado de inducirlos al cristianismo. Sin duda la ferocidad de los Caribes se hubiera doblegado al cabo ante la moral de los Misioneros, si obedecieran sólo a los impulsos de su ánimo; pero los Holandeses de Surinam, interesados en extender su comercio por la Guayana Española, han hecho punto de política el proteger la existencia vagabunda de los Caribes, porque éstos impiden que los Españoles lleguen a la costa. En realidad, es cosa comprobada que la Guayana

Española, que en los mapas aparece ocupando treinta leguas de costa desde la desembocadura del Orinoco hasta el Cabo Nassau, no cuenta efectivamente con una pulgada de ese territorio, pues sus habitantes han defendido su independencia de tal suerte que nunca se ha logrado convertirlos, reducirlos ni vencerlos, y son de hecho y derecho tan libres como antes del Descubrimiento. Es lamentable que empleen tan bárbaramente su libertad y que el filósofo lejos de desear que la conserven, se vea obligado a hacer votos porque la pierdan.

Relaciones de los Caribes con los Holandeses

Con mucho interés solicitan los Holandeses la amistad y alianza de los Caribes. Y las consiguen con tanta más facilidad, cuanto que no les predicán la incómoda moral de los Españoles, y al contrario les elogian sus propios hábitos y costumbres. Se asegura, además, que en esas relaciones políticas no dejan los Holandeses de alimentar el odio de los Caribes contra los Españoles y de ganárselos para sus intereses; la mejor prueba de esto es que los Caribes hayan permitido en su territorio el establecimiento de un puesto holandés, servido por seis soldados y un sargento. Este puesto tiene por objeto proteger a los contrabandistas Holandeses. Los Caribes, lejos de oponerse al contrabando, compran y consumen los artículos de los Holandeses o van a venderlos a los Indios de las Misiones. Otras veces escoltan a buhoneros Batavos que quieren aumentar sus beneficios detallando personalmente los géneros. Los Holandeses mantienen frecuentes e importantes relaciones comerciales con los Caribes. No parece que debiera ser así por tratarse de salvajes para quienes la agricultura no ofrece el menor atractivo. Sin embargo, los Holandeses les indican aquellos bálsamos, aceites, gomas y resinas, plantas medicinales, frutos y maderas que pueden ser materia de comercio, y con estos objetos se establecen casi todos los cambios. Cuando queda algún saldo a favor de los Holandeses, los Caribes lo cubren con Indios prisioneros de guerra, llamados *Poytos*, que entran entonces a servir de esclavos a los Holandeses.

*Relaciones políticas entre los Holandeses de Surinam
y los Españoles de Guayana*

Los Holandeses ponen más vigilancia y actividad en proteger sus posesiones, que los Españoles en conservar las suyas. Estos últimos no mantienen ningún puesto avanzado en las fronteras, al paso que los Holandeses establecieron desde un principio el puesto de guardias de que acabamos de hablar y posteriormente han ocupado un sitio llamado el Castillo Viejo en la unión del río Mazurini con el Esequibo, y tienen sobre el Cuyuní un puesto avanzado de veinte y cinco hombres. Gracias a estas precauciones no solamente obligan a respetar su territorio, sino que pueden recorrer con toda seguridad las vecinas posesiones españolas. Además, cuando sus conveniencias agrícolas lo exigen, corren los límites hacia adelante y sostienen por fuerza sus usurpaciones.

Sólo por milagro Españoles y Holandeses viven en la Guayana como buenos vecinos cuyas metrópolis respectivas guardan relaciones de amistad. Mutuamente se reprochan agravios, algunos de los cuales son bastante graves.

Los Españoles pretenden que los Holandeses, constantemente ocupados en usurpar el territorio español, no respetan los límites y destruyen el comercio español en Guayana, por medio del contrabando. Que excitan de continuo a los Caribes contra ellos y que, suministrándoles armas y consejos, impiden su reducción.

Los Holandeses a su vez les imputan a los Españoles la desertión de los esclavos de las plantaciones de Surinam, pues éstos encuentran en Guayana acogida hospitalaria, libertad y protección del Gobierno. Es verdad que durante mucho tiempo los Españoles, más por vengarse de los Holandeses que por sentimientos humanitarios, han favorecido a los esclavos de Surinam que han llegado a pedirles auxilios. Con estos fugitivos han poblado dos aldeas a orillas del Caura y en ellas reciben a los Indios que se ven obligados a huir de los Caribes para no caer esclavos de los Holandeses. De esta mezcla de hombres desprovistos de respetos sociales no es difícil que resulten al cabo inconvenientes para la tranquilidad pública.

Hará cosa de siete u ocho años estos dos Gobiernos se han acercado y se han prometido por medio de tratados proceder con la decencia y las consideraciones que nunca han debido faltar. Una de las promesas españolas consiste en devolver al Gobierno Holandés los esclavos que penetren en su territorio o por lo menos pagar su valor. Si esta condición se cumple siempre con la misma puntualidad que se ha observado en los primeros tiempos de la convención, podrá restablecerse la armonía entre ambos países, y seguramente las ventajas de ello serán casi todas para los Españoles. La amistad es benéfica siempre a quien les faltan fuerzas para hacerse temer.

ALTA GUAYANA

Todo lo que se encuentra al Este del Caroní, a partir de una legua sobre Santo Tomás, depende de la Misión Franciscana. Si se juzgara el celo de estas Misiones por los resultados de su labor, no habría motivo de maravillarse; pero si se toman en cuenta los obstáculos y las dificultades que han necesitado vencer, el apartamiento, o mejor dicho, la decidida repugnancia de aquellos Indios por todo lo que constituye las verdades de la fe, se verá que no hay hombres capaces de hacer más de lo que han hecho los Franciscanos en aquella comarca.

Pero estos Misioneros, lo mismo que los Capuchinos, creen haber llenado su deber cuando logran retener **maquinalmente** al Indio en ciertas apariencias de vida civilizada y obtienen de él externas e insignificantes muestras de cristianismo. Los Misioneros no se preocupan por inspirarles amor al trabajo, al mismo tiempo que amor a Dios. Con tal se ponga a balbucir oraciones en determinadas horas, queda dispensado de cualquiera otra labor. La embriaguez, la lujuria, el sueño ocupan todos sus momentos de ocio, es decir, la vida entera del Indio. Si alguno planta unos pocos frutos en torno a su choza, pasa por hombre muy trabajador.

Agricultura

En el país más productivo del mundo sólo se encuentran algunas haciendas mal tenidas, situadas a treinta leguas al

Sur de la capital, cuyos propietarios cultivan un poco de algodón, caña de azúcar y frutos menores. La tierra allí es magnífica, principalmente para el tabaco. Se puede apreciar esto por la excelencia del que se cultiva por cuenta del Rey en los alrededores de San Antonio de Upata, al Este del Caroni. Allí crece silvestre la palmacristi. Un bálsamo llamado en el país *manteca de carapa*, la verdadera simaruba, tan eficaz contra la disenteria; la quinina, resinas, aceites, bálsamos y una infinidad de plantas medicinales.

SANTO TOMAS

La Villa de Santo Tomás, situada en la orilla derecha del Orinoco, es sede de un Gobernador particular, que goza de tres mil pesos fuertes de sueldo. Ejerce los derechos y las funciones atribuidas por la ley a los Gobernadores de Provincia; pero en la parte política y militar depende del Capitán General de Caracas. También es Delegado de la Intendencia, y como tal, administra las rentas de la Provincia y dispone todos los gastos ordinarios, pero debe presentar cuentas al Intendente General de Caracas y ejecutar sus órdenes en lo relativo a rentas y comercio.

El Obispo de Guayana reside también en la Capital. En el Capítulo VI hemos dado cuenta de la época de la erección de este obispado, de las rentas del Obispo, del Capítulo de la Catedral, la cual no existe aún ni siquiera en proyecto. Propiamente hablando la religión no tiene en Guayana templo digno de ella. Los oficios divinos se celebran en un cuchitril que ni la aldea más humilde quisiera para Iglesia Parroquial. No quiere decir esto que el Obispo deje de representar viva y frecuentemente al Gobierno sobre la necesidad de una Iglesia a la cual se pueda llamar seriamente Catedral; y dado lo escaso de sus rentas, ha de contentarse con hacer votos por la construcción de un edificio religioso cuya decencia corresponda a la magnitud de su objeto.

El Cabildo corre con la Policía de la Capital de Guayana. Este es el único Cabildo de la Provincia y se compone de dos Alcaldes, un Alguacil Mayor, un Alférez Real y un

Notario. La alta policía es de incumbencia exclusiva del Gobernador.

Sólo tres curatos hay en Guayana: Santo Tomás, Santa Rosa de Maruanta, al Este, y Calicara, a cien leguas al Oeste.

Su temperatura

En Santo Tomás se respira un aire bastante sano. Las brisas corren regularmente desde Noviembre hasta Mayo. En el resto del año las interrumpen calmas más o menos frecuentes y más o menos largas. Sus habitantes viven en casas bastante buenas. Las calles están tiradas a cordel y pavimentadas. La fábrica de las casas, como en Caracas, suelen ser las más de las veces de cal y arena, con terrazas superiores donde duerme la gente cuando es muy fuerte el calor, sin que el sereno sea parte a perjudicarles la salud ni la vista. No hay temblores de tierra, pero a veces azolan la ciudad breves vendavales huracanados que terminan en lluvias.

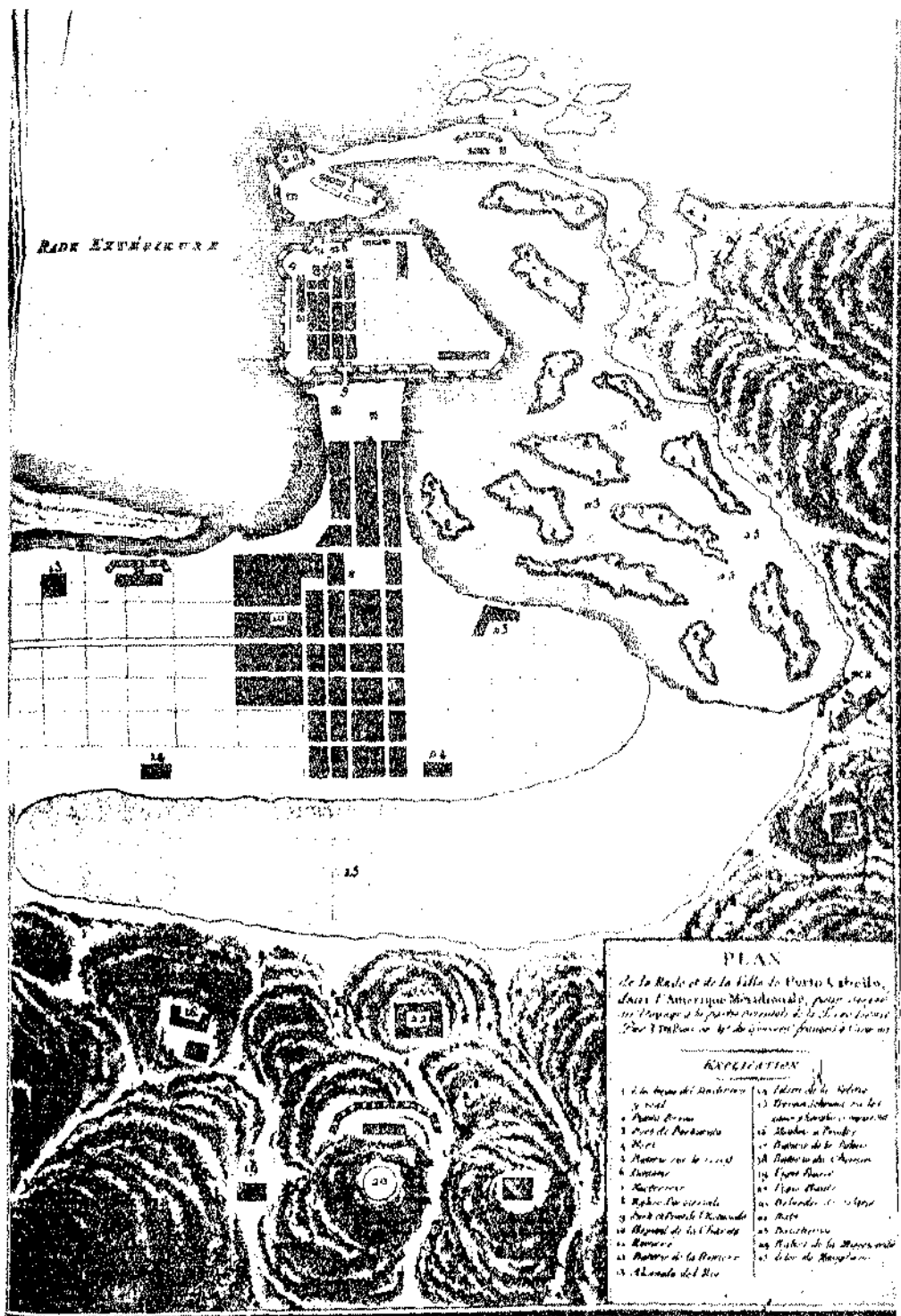
Su comercio

Para dar una idea de la riqueza o pobreza de Guayana recurriré a los diezmos que produce.

El diezmo general de Guayana estaba arrendado en 1803 por 4.000 pesos fuertes al año. Supongamos que el arrendatario gane cincuenta por ciento y llevemos los diezmos hasta 6.000 pesos: esto daría una renta anual de 60.000 pesos fuertes para todo lo que generalmente se exporta y se consume en Guayana. No se necesita mucho para darse cuenta de lo que debe quedar al comercio.

Es cierto que tomando el diezmo como base de los cálculos, el producto de los rebaños de los Misioneros Capuchinos, no se toma en cuenta, porque se hallan exentos de diezmos. Se calculan en ciento cincuenta mil las reses que poseen, y esto, naturalmente, forma parte de la riqueza de Guayana.

Sin embargo, por el puerto de Guayana, de 1791 a 1794 se han exportado en objetos provenientes tanto de esta Pro-



Plano de Puerto Cabello, de la edición de París, 1805

vincia como de Barinas, diez mil trescientos ochenta y un novillos y tres mil ciento cuarenta mulas, y se introdujeron en cambio doscientos negros y 349.418 pesos fuertes en especias.

De 1791 a 1795 se exportaron para		
Europa en plata	25.203	pesos fuertes
En frutos	263.397	" "
		<hr/>
		388.600 pesos fuertes

Hoy este comercio se halla reducido a menos de la mitad.

A fines de 1803 había en Guayana 34 barcos pequeños haciendo el servicio de cabotaje entre las Colonias, y el comercio estaba en poder de algunos catalanes, que han llevado allí ese espíritu industrial que Cataluña posee más que cualquier otra región de España. La pobreza impone límites muy estrechos a sus ganancias, pero no a sus iniciativas y proyectos. Comprenden como los otros blancos de Guayana que la naturaleza prodigó en esta Provincia beneficios que la hacen merecedora de mejor suerte.

Fomento que requiere la industria

El desarrollo de la industria encuentra en Guayana un obstáculo invencible en la dificultad de las comunicaciones, nacida tanto a causa de los muchos ríos que atraviesan la Provincia en todas direcciones, como de la falta de caminos y el mal estado de los que existen. Se ha notado la falta de puentes o barcos de paso en los ríos que más frecuentemente se han de atravesar, de modo que el agricultor esté siempre cierto de poder darle salida a los frutos. También la de un camino de la capital a Caicara. Esta vía actualmente es muy larga, muy difícil y a veces intransitable. Otro camino de Santo Tomás a Barceloneta, distante cuatro jornadas. Por último, un tercer camino hasta el pueblo de San Antonio, situado a cuarenta leguas de la capital.

Los habitantes de Barceloneta han manifestado por medio de su apoderado que el puerto de la Villa de Santo Tomás viene desmejorándose de continuo y que indispensablemente se requieren medidas que detengan este desmejoramiento.

Después de las grandes y prolongadas lluvias que empapan la tierra, a causa de la rapidez de la corriente del Orinoco, ocurren importantes desprendimientos, que exponen las casas a inundaciones desde Julio hasta Setiembre. El único modo de evitar tales desprendimientos y conservar el puerto, es construir un muelle sólido en toda la parte llamada *La Alameda*.

También sería de mucha utilidad para Guayana volar las grandes piedras que impiden el atraque de barcos al sitio más cómodo y seguro. Podría hacerse esto fácilmente en los alrededores de Febrero, cuando las aguas del Orinoco han bajado trece brazas, dejando al descubierto estas piedras. Debería llevarse a cabo esta operación en el sitio llamado *La Cocuyera*, porque allí es más abrigado el puerto y donde actualmente pierden más anclas los barcos.

Se ha pedido, sobre todo, el que se facilite la navegación del paso de Mamo, situado siete leguas más abajo de la capital. Desde Enero hasta Abril no puede pasar por allí ningún barco cargado. Es preciso echar a tierra el cargamento y recogerlo más allá del paso, pues en esta época sólo se encuentran siete u ocho pies de agua. Sería necesario dragar el lecho, cuya profundidad disminuye día por día a causa de la arena que se deposita y del lastre que largan muchos barcos para alijarse y poder pasar.

Yo creo francamente que, de todos estos trabajos, no son indispensables sino los de facilitar las comunicaciones terrestres. El proyecto que voy a exponer, haría menos urgentes los otros, exceptuando, sin embargo, el del paso de Mamo que siempre será importante.

PROYECTO

Mala situación de la capital

El Gobierno Español ha creído conveniente, para defender mejor a Guayana, situar la capital a la inmensa distancia de noventa leguas del mar, sin dejar en este trayecto ninguna ciudad expuesta a incursiones del enemigo. No me toca a mí contradecir esta opinión, pues no cae dentro de mi tema. Por

más que el buen sentido me diere argumentos en contra, no he de hacer uso de ellos. Al contrario quiero suponer efectivamente que una ciudad situada a orillas de un río, defiende mejor la entrada de un país si se deja entre ella y el mar la parte más importante de la región, que si la ciudad estuviera a orillas del mar y el enemigo no pudiera internarse en la región sino después de haberla tomado.

No me detendré a examinar la situación de Santo Tomás sino en lo relativo a la agricultura, la navegación y el comercio, y sostengo que, por lo que a esto se refiere, no se ha podido encontrar peor sitio donde fundarla.

La razón ha aconsejado siempre que para cultivar frutos coloniales se prefieran las tierras más próximas al mar, o por lo menos a ríos navegables, puesto que la economía en gastos de transporte, al disminuir los de explotación, es un poderoso incentivo para el agricultor, y contribuye a aumentar la agricultura y el comercio.

Según esto, el territorio de Guayana comprendido entre el Caroní y el mar ha debido cultivarse primero. Es excelente, como ya se dijo, formado por llanuras inmensas, montañas, colinas y valles. Cada fruto puede encontrar allí la temperatura adecuada. Los varios ríos que enriquecen esta región, aseguran, en casos de sequía, riego suficiente para suplir las lluvias y al mismo tiempo el transporte rápido y poco costoso de los frutos hasta el Orinoco.

Necesidad de colocarla más cerca del mar

Pero es imposible pensar en éxito alguno, mientras la ciudad de Guayana se encuentre tan distante del mar. Si para vender los frutos o procurarse lo necesario, los habitantes de la región oriental del Caroní han de remontar a Santo Tomás, exponiéndose a gastos, lentitudes y peligros incalculables cuando envíen o pidan algo a la capital, con razón renunciarán muy pronto a una profesión que no ha de retribuirles sus desembolsos ni fatigas.

Si para la agricultura es perjudicial la situación de Santo Tomás en Angostura, no ha de ser menos necesario para la

navegación y el comercio que se la sitúe cerca del mar o que se la sustituya por otra ciudad. Ya se ha visto en la descripción del Orinoco las grandes dificultades que encuentran los barcos de cierto calado para llegar a Santo Tomás, fundada por la política española en un sitio del río tan erizado de rocas y escollos, que parece como si la naturaleza hubiera querido apartar al hombre de él, para mostrarse libremente en su aspecto más espantoso.

El viaje desde la Boca de Navíos hasta Santo Tomás es de quince, veinte o treinta días. Hay que añadir a esto el tiempo que se pierde y los riegos que se corren. De modo, pues, que pocos navegantes han de preferir las fatigas, enidades y peligros de la navegación del Orinoco, a llevar sus barcos a Europa.

La navegación exterior merece tanto más consideración, cuanto que el cultivador paga al cabo lo que cuesta vencer los obstáculos con que tropieza aquélla. Sus gastos y peligros se toman siempre en cuenta en las especulaciones comerciales, y traen una baja en el precio de los frutos, necesariamente funesta para la prosperidad local. Como la navegación interior se hace en chalupas que no se retardan a causa de los bajos del río, convendría más que se encargara únicamente de transportar los frutos en aquellas partes del Orinoco donde no pueden llegar fácilmente barcos de mayor calado, en vez de obligar a éstos a remontar el río y a hacer un viaje más largo, costoso y arriesgado.

Es, pues, contrario a todos los principios de economía agrícola y comercial que el único puerto de Guayana se encuentre tan internado y sea de tan difícil acceso. La villa de Santo Tomás se puede quedar donde está; pero hay que renunciar a sacar partido alguno de esta Provincia mientras no exista en la parte inferior del Orinoco, y no lejos de las Bocas, un puerto que reciba los frutos del interior y que brinde a los barcos de alto bordo mayores facilidades para llevar a cabo sus cambios con más rapidez y menos gastos.



¿Dónde se debe situar?

Ya de acuerdo en esto, queda por saber cuál será el sitio preferido. Para no estar demasiado en contra de la opinión general, yo situaría la nueva ciudad en la desembocadura del río Aguirre, distante doce leguas de la Boca de Navíos y en la orilla izquierda del mismo río, para que durante las crecientes queden expeditas las comunicaciones con tierra. Pero existe un grave inconveniente: el sitio se halla dentro del territorio ocupado por los Caribes, y ante todo, sería indispensable la reducción de estos Indios.

Nada más fácil, siempre que se emprenda después de haberlos privado de la protección y recursos que les suministran los Holandeses de Surinam. Esto debe conseguirse en Europa por medio de un buen y leal tratado entre el Gobierno Holandés y el Español, que haga reconocer por parte de los Holandeses los límites inmutables de los dominios de ambas naciones en Guayana, fijando como tales el Cabo Nassau en la costa y el río Esequibo en el interior del país. Se obligarían además a desalojar todos los puestos y a retirar todas las tropas que, a pesar del tratado primordial, se mantienen más allá de estos límites, tanto en la costa como en la parte septentrional del Esequibo; y por último, a negarles a los Caribes de la Guayana inferior cualquiera protección que pueda retardar o impedir su reducción.

Los Españoles, por su parte, deben prometer la entrega gratuita de los esclavos fugitivos y la de cualquier hombre libre de Surinam que se refugie en la Guayana y sea reclamado por su Gobierno; y además, vivir en paz y buena inteligencia con los Holandeses. Como las condiciones de este tratado son más ventajosas para España que para Holanda, debe aquélla compensarlas permitiendo que los Holandeses puedan exportar siempre por Guayana, tanto por mar como por tierra, pagando los derechos, todas las bestias necesarias para proveer sus mataderos y para sus trabajos agrícolas.

Para que este tratado se cumpla rigurosamente, ambos gobiernos deben nombrar Comisarios residentes cerca del otro Gobierno contratante y someter a la decisión de las metrópolis cualquiera dificultad importante que pueda surgir.

Expulsión de los Caribes

Una vez que la buena fe quede solemnemente establecida entre los Gobiernos de Surinam y de la Guayana Española, se podrá emplear la fuerza con seguridad de tener éxito. Los Caribes, feroces y valientes cuando están apoyados por los Holandeses, no serían sino Indios menos pusilánimes que los de otra nación; pero como nunca han tenido ocasión de habérselas sino con infelices aislados y faltos de armas, el aspecto de una tropa regular, resultaría nuevo para ellos, ocasionándoles tal espanto que ni siquiera tendrían ánimo para concebir ideas de resistencia. Huir al fondo de los bosques o resignarse a la vida social sería la única alternativa posible para ellos.

Tres mil hombres de tropa de línea pueden limpiar en menos de dos meses todo el territorio limitado al Norte por el Orinoco, al Sur por el Esequibo, al Este por el mar y al Oeste por las Misiones de los Capuchinos Aragoneses.

Después de esta conquista, que en realidad no pasaría de paseos militares, sería necesario establecer y conservar durante los tres primeros años unos diez puestos de quince a veinte hombres cada uno, distribuidos en el territorio conquistado, para conseguir que las medidas económicas no encuentren obstáculo al principio.

Nuevos medios de cultivar y poblar la Guayana

Apenas quede reconocida y respetada la soberanía Española, será necesario emplear en algo más útil al comercio las energías de los Indios que vegetan en la ociosidad y el vicio, bajo la férula de los Misioneros. Ya es tiempo de que el trabajo reemplace gran parte de los pretendidos ejercicios piadosos en que se ocupan de continuo; es tiempo de que esos miserables, entregados a un género de vida más propio a degradar que a formar la indole humana, comiencen a practicar verdaderas virtudes sociales; es tiempo de que dejen de ser autómatas y se transformen en hombres; es tiempo, en fin, de cambiar en bienestar la miseria de los Indios reducidos, cuya situación actual no puede sino apartar de la vida social

a los Indios salvajes. Esta importante obra se realizará fácilmente; basta proponerse a ello. Los Indios son crapulosos, pero sumisos; holgazanes, pero tímidos. La dulzura y la amenaza empleadas a tiempo, todo lo pueden con tales caracteres. Si de buena fe se hace la prueba, el éxito sobrepasará toda esperanza.

Sin embargo, no sólo con la población indígena se ha de contar para la prosperidad de la Guayana. Las Islas Canarias, cuyos habitantes por inconstancia o por necesidad han adquirido el hábito de emigrar en grupos a los diversos países de América Española, podrían contribuir a poblar rápidamente la Guayana y a transformar ese país desierto e inculto actualmente en una región deliciosa y rica. Le toca al Gobierno dictar reglamentos que impulsen a los isleños de Canarias a preferir la Guayana entre las demás posesiones españolas y a aplicarse más a la agricultura que al comercio.

Existe un camino mejor aún, para asegurar eternamente la prosperidad y la dicha de Guayana: es hacer con ella lo que el Rey de España hizo el 24 de Octubre de 1783 con la Isla de Trinidad.

Como no puedo desear nada mejor para Guayana, me vería obligado a concluir este Capítulo expresando mis más sinceros deseos por su bienestar, pero me he comprometido, al comenzar la descripción, terminarla con los datos ciertos o falsos, exactos o fabulosos que sobre El Dorado he recogido de la historia y de la tradición local.

EL DORADO

Los primeros Conquistadores de la Provincia de Venezuela, en varias de las naciones indias que robaban, ultrajaban y asesinaban, recibieron positivas y unánimes noticias de que, dirigiéndose siempre al Sur, encontrarían a orillas de un gran lago la región de los Omegas, Indios diferentes de los demás, regidos por sabias leyes formadas por algunos de ellos. Estos Indios se hallaban reunidos principalmente en una gran ciudad, cuyos edificios estaban cubiertos de plata.

Sus jefes y sacerdotes vestían en las ceremonias trajes de oro macizo, y uno y otro metal abundaban de tal suerte que todos sus instrumentos, utensilios y muebles eran de oro, o cuando menos de plata. Pero esta nación, tan numerosa como aguerrida, disponía de ejércitos tan formidables que no había quien pudiera resistirle; sin embargo no usaba su poderío sino para alejar de su territorio a todo el que no hubiera nacido en él.

En Venezuela, en Cumaná, donde quiera, escuchaban los Europeos idénticas noticias de bocas de Indios que, distanciados por muchas leguas, no era posible que se hubiesen puesto de acuerdo para concertar tales mentiras. Ni podía ser hija de la superstición esta tradición, puesto que no le atribuía a los Omegas virtudes ni poderes sobrenaturales.

En el Perú, Pizarro y los suyos tuvieron también noticias de que los Omegas habitaban a orillas de un lago situado hacia el Noreste, y supieron, además, otros detalles que concordaban con los que en Venezuela corrían, en cuanto a la riqueza de aquella nación indígena, su fuerza y sus costumbres.

Cuando Quesada llegó del Perú a Santa Fe de Bogotá, los Indios viéndolo sediento de oro, le indicaron que hacia el Este existía un país muy distante habitado por los Omegas, donde para todo usaban oro y plata. Los Españoles se entusiasmaron de tal modo con estas noticias que dieron el nombre de *El Dorado* a aquel país riquísimo, y, desde entonces, de todas partes salieron expediciones a la conquista de El Dorado.

Pedro de Ordaz con este objeto formó en Quito una expedición, de la cual no pudo vanagloriarse más que Pizarro de la suya.

Antonio Berrio, contemporáneo de los anteriores, salió de Santa Fe a descubrir El Dorado; y al cabo de ocho meses de inútiles tentativas abandonó la empresa, de la cual salvó sólo la décima parte de su gente.

El Virrey del Perú envió al emprendedor e infatigable Francisco Orellando, con un ejército de quinientos hombres a descubrir El Dorado. Bajó por el Amazonas, sus tropas se sublevaron, lo mataron, eligieron otro jefe y emprendieron otras aventuras en las cuales perecieron al fin.

Mas fue de Venezuela de donde salieron más expediciones a la conquista de El Dorado. Todos los ejércitos, todos los destacamentos, dirigian la marcha hacia el Sur, esperanzados de que el descubrimiento de tan famoso país pusiera término a sus males. Las desdichas de los primeros servían sólo para avivar la ambición de los que les seguían. Todos aspiraban a los honores del éxito y encontraban apenas comenzadas las fatigas del viaje enfermedades incurables, ceguera y muerte.

Entre tantos hombres audaces se encuentra Felipe de Hutten, cuya expedición merece particular mención, pues a ella se debe, más que otra cualquiera, el que haya sido tan viva la ilusión de El Dorado.

Expedición de Hutten

El fiel historiador Oviedo nos enseña que Felipe de Hutten fue uno de los que formaban la primera expedición de los Belzares a Venezuela; menos feroz que sus compañeros, nada tenía que envidiarles en punto a ambición e intrepidez. Desde su llegada a Coro, hasta su muerte, es decir durante quince años, no tuvo un solo instante de reposo. Siempre en marcha, combatiendo contra los Indios, alimentándose de frutas silvestres, expuesto a todas las inclemencias de un país donde el hombre nada había hecho para mitigarlas ni para facilitar las comunicaciones, su vida fue una sucesión de privaciones, peligros y desgracias.

En el curso de sus expediciones, llegó por casualidad a un sitio donde tuvo noticia de que Alonso de Quesada, uno de los conquistadores de Santa Fe, acababa de pasar por allí con ciento cincuenta hombres y abundante caballería en busca de El Dorado. Era cierta la noticia: Quesada exploró mucho, sufrió más aún y nada descubrió. Regresó a Popayán adonde no llegó sino al cabo de mucho tiempo y después de haber perdido gran parte de su gente.

Felipe de Hutten conocía el proyecto de Quesada, pero no su resultado; presumía, al contrario, que tan brillante expedición no se hubiera formado nunca sin indicios muy precisos sobre El Dorado, en el cual todo Español ponía sus deseos y esperanzas, ansiando participar por lo menos de la riqueza de El Dorado, si acaso llegaba demasiado tarde para ser el primero en conquistarlo.

Al cabo de muchos días de trabajos y fatigas increíbles, entró a la Provincia de Papameno, donde halló a un Indio notable tanto por su categoría como por su buen sentido. Hutten le comunicó su proyecto, y el Indio, con visible buena fe, le dijo que en esa dirección no llegaría sino a países inhabitados, a desiertos donde lo esperaba el hambre y sus horrores; pero si quería, en cambio podría acompañarlo a un país muy rico en oro y plata. Para llegar a él era preciso torcer el rumbo de la marcha y dirigirse hacia Oriente, hasta el río Guayuave (hoy Guaviare, situado no lejos del Lago Parima) y como para convencerlo le mostró manzanas y nisperos de oro, que un hermano suyo le había llevado.

Creyó Felipe de Hutten más prudente no prestar fe a esta relación y seguir las huellas de Quesada. Le pidió al Indio solamente que lo guiase por el mismo camino que llevaba Quesada. Al cabo de ocho días, viendo que ni los sitios más horribles, ni los pasos más difíciles, en una palabra, ningún obstáculo bastaba a cambiar la resolución de Hutten, el Indio aprovechó una noche oscura para escaparse y volver a su tierra.

Esta fuga y los malos caminos comenzaron a levantar murmuraciones en el ejército contra Felipe de Hutten, quien no había variado en nada sus proyectos e ideas. Sus soldados se quejaban de que no hubiese seguido los consejos del Indio. Sólo Hutten no decía nada. Algunos días después descubrieron una montaña semejante a aquella en cuya falta, según se aseguraba, existía la ciudad de El Dorado. Al reconocerla quedaron desengañados.

A esta montaña la llaman la Punta de los *Pardaos*. Hutten tuvo que pasar allí el invierno y padecer el hambre más cruel.

Hormigas y reptiles fueron el alimento del resto de su ejército. Muchos se hincharon y murieron entre agudos dolores, a otros se les cayó el cabello, la barba, los bigotes, las cejas, las uñas, etc. Al mejorar la estación, emprendió Hutten la vuelta a Coro, entonces capital de Venezuela. Se detuvo mientras cesaban las lluvias en un pueblo llamado Nuestra Señora de la Fragua.

En tanto que su gente descansaba, anticipándose con el pensamiento el placer de llegar a Coro, Felipe de Hutten, irritado con sus tropiezos, pensaba sólo en nuevas tentativas en busca de la suerte más favorable. A fuerza de indagar entre los Indios del país, supo que existía una tierra habitada por los Omegas, más rica que todas las descubiertas hasta entonces, pero poblada de gente fiera y belicosa. Otros Indios llamaban Itagua a esta nación, pero todos estaban acordes en cuanto a su situación topográfica.

No se necesitaba más para encender nuevamente la ambición de Hutten. Tan pronto como las aguas abandonaron la llanura, dirigió sus pasos hacia aquella tierra que ya era el único objeto de sus deseos. Su ejército se había reducido a cuarenta hombres. Los Indios se ofrecieron a conducirlos hasta orillas del Guayave y cumplieron su promesa. Llegó allí por caminos bastantes cómodos y tomó nuevas informaciones. Los naturales le dijeron que la ciudad de Macatoa, por donde forzosamente tenía que pasar, estaba al otro lado del río, y que éste no podía atravesarse sin canoas. A uno de estos Indios, que le pareció tener más buena fe que los demás, lo comisionó para que fuera a prevenir a los habitantes de aquella ciudad de que él se hallaba allí con cuarenta hombres, dispuesto a dirigirse a provincias más lejanas, y de que pedía paso, solicitaba la amistad de los naturales y les ofrecía la suya.

El Indio enviado por Hutten era de un valle próximo a Macatoa. Tan cabalmente llenó su cometido, que al día siguiente por la mañana se presentó en una canoa el hijo del cacique, enviado por su padre a ofrecerle a Hutten amistad y hospitalidad, lo cual fue aceptado con placer. Con su gente

pasó Hutten a verse con el cacique de Macatoa, y estableció con él muy amistosas relaciones. Informado este cacique de los motivos del viaje de los Españoles, les dijo que en realidad en el país de los Omegas abundaba grandemente el oro y plata, pero su población era tan grande y aguerrida, que consideraba temeraria, imprudente e irrealizable la tentativa de conquistarlo con tan poca gente. Hutten, a quien los obstáculos servían de acicates, persistió en sus designios. El cacique le proporcionó guías que lo acompañaron hasta la aldea más inmediata, la cual distaba nueve jornadas de allí y le dio además recomendaciones para el cacique de ésta, amigo suyo. El viaje fue bastante fácil, porque encontraron caminos abiertos y practicables.

Este nuevo cacique recibió a los Españoles con señal de agrado y afabilidad. Le hizo a Hutten toda suerte de observaciones sobre lo arriesgado de la empresa; le aseguró que cuanto le habían dicho sobre los Omegas era de todo punto cierto, pero que tal vez le habían callado la fuerza y el ingenio de aquella nación, a la cual nadie había atacado con éxito, resultando en consecuencia ridiculo y contrario al sentido común creer que con cuarenta hombres, aunque fueran verdaderos leones, se podía llevar a cabo la conquista de un país defendido por ejércitos tan poderosos en número como en experiencia militar. La fuerza y la exactitud de estas razones no influyeron en Hutten más que todas las que había oído anteriormente sobre el mismo asunto. El cacique, viendo la terquedad de Hutten, añadió que el país en cuya búsqueda lo había puesto la fatalidad demoraba sólo a cinco jornadas y prometió conducirlo hasta allí, y no dejarlo sino después de habérselo hecho ver. Le dijo, además, que compartiría con él los peligros de la conquista, si no estuviera seguro de que, al entrar en guerra con los Omegas, comprometía la existencia y la seguridad de su propia nación y que le pedía sobre todo, tanto a él como a sus compañeros de infortunio, que si algunos escapaban con vida de la empresa, se recordase de cómo los había instado a abandonar una aventura que había de conducirlos a la muerte. Todo esto fue oído con frialdad e indiferencia; sólo se hablaba de seguir adelante, y el buen cacique fue aceptado como guía.

Al cabo de cinco días de marcha, después de pasar una montaña, distinguieron cuatro o cinco chozas rodeadas de campos bien cultivados, y más lejos, en un valle delicioso, una ciudad tan grande que no se podía abarcar con la vista. Las calles parecían rectas, y las casas bien construídas y agrupadas unas al lado de otras. El cacique, dirigiéndose a Hutten, le dijo: "He prometido hacerte ver la capital de los Omegas; he cumplido mi promesa. Allí está el famoso país cuyas riquezas tanto codician los Españoles. Ese edificio que se alza en el centro de la ciudad es morada del Gobernador y templo de muchos dioses. La población de la ciudad es inmensa y admirable el orden que reina en ella. Estas casas, que ves esparcidas por las colinas y alrededor de la ciudad, son habitaciones de Indios Omegas, a quienes su Jefe obliga a cultivar la tierra, mientras los otros se ejercitan sólo en oficios guerreros. Ahora que por tí mismo puedes apreciar la grandeza de este país, te toca reflexionar nuevamente sobre la temeridad de tu proyecto. Si persistes en tu designio, yo debo retirarme; y aun sabiendo que son inútiles mis votos, los elevaré a los dioses para que protejan tu vida". Se despidieron del cacique y Hutten se adelantó hacia la ciudad.

En las cercanías de las cuatro o cinco casas que habían visto desde lo alto de la montaña, toparon con los indios labradores, quienes huyeron espantados a la vista de aquellos hombres blancos, barbudos y vestido de modo tan extraño. Inútilmente salieron los Españoles a perseguirlos. Sólo Felipe de Hutten, por desgracia para él, logró alcanzar a uno de los fugitivos. El indio, al verse cogido, se desembarazó de su adversario, clavándole la lanza entre las costillas. Antes de una hora se oían en la ciudad espantosa gritería y el ruido de tambores y de otros instrumentos de guerra. Cayó la noche muy oportunamente para facilitarles la retirada a los Españoles. Fue necesario llevar a Hutten en una hamaca y pasar el resto de la noche en la cumbre de la montaña.

Al amanecer del día siguiente, un ejército de quince mil Omegas salió en persecución de los Españoles, quienes aunque sólo eran treinta y nueve, se dispusieron al combate al mando de Pedro de Limpías. Quizás no ha habido nunca combate

más desigual ni menos funesto para la parte al parecer más débil. Los Españoles desplegaron su valor sobre toda ponderación. No tuvieron ningún muerto y rechazaron a los Omegas, quienes dejaron el campo cubierto de cadáveres.

No obstante este triunfo inesperado, se comprendió que la conquista de los Omegas no podía llevarse a cabo sino con un ejército mucho mayor. Regresaron los Españoles a la aldea del cacique que les había servido de guía. Y después de reposar allí algún tiempo y de haber sanado Hutten de la herida, tomó del mismo cacique los datos necesarios para llevar a cabo más pronta y cómodamente una nueva expedición. Al fin partió Hutten para Coro con este propósito, pero antes de llegar a aquella ciudad, él y sus compañeros más adeptos fueron asesinados por orden del falso Gobernador Carvajal, según se dijo en Capítulo I.

Opinión sobre El Dorado

De todas las tentativas hechas para descubrir El Dorado, la de Felipe de Hutten suministra materiales menos equívocos a la historia. Sin embargo disto mucho de mirarla como prueba de las riquezas y magnificencias del imperio de los Omegas o de El Dorado. Mucho es que se crea en la existencia de una nación belicosa, con mejores leyes que las otras tribus indias, cuya ciudad principal, construida a orillas del Lago Parima, sea grande, hermosa y bien ordenada si se compara con las miserables chozas que forman las desagradables aldeas de los demás Indios, pero inferior en todo al último caserío de Francia.

En realidad las opiniones sobre El Dorado no se apoyan en pruebas materiales, pues hasta hoy ningún europeo ha recorrido el país donde lo sitúan todas las relaciones. El Lago Parima, en cuya ribera occidental se supone asentada la capital, está a tres grados de latitud Norte y a sesenta y tres grados de latitud occidental del meridiano de París. Totalmente comprendido en la Guayana Española, su extremidad meridional no dista mucho de los límites portugueses, franceses y holandeses. La gran distancia a que se encuentra del mar,

lo ha librado del hierro de los conquistadores, y el valor, o si se quiere la ferocidad de sus habitantes, le impiden al viajero acercarse hasta allí. Tal vez existan algunos establecimientos de poca importancia que la imaginación naturalmente exaltada de los primeros conquistadores se haya representado como estados opulentos; esto es todo lo que se puede admitir, pues los establecimientos europeos se encuentran desde hace mucho tiempo muy cerca unos de otros, para que una nación tan civilizada, tan guerrera y tan rica no haya sido notada todavía.

Expedición moderna

Sin embargo, en estos mismos sitios encuentran todavía alimentos los sueños forjados por la exageración. En 1780, se presentó ante el Gobernador de la Guayana Española un Indio salvaje que se decía natural de las orillas del Lago Parima. En cuanto se supo, o se creyó saber su patria, fue asediado a preguntas, a las cuales respondió con toda la claridad y precisión que puede exigírsele a un salvaje, cuyo lenguaje más exacto consiste en meras señas. Logró, sin embargo, dar a comprender que a orillas del Lago Parima existía una ciudad habitada por hombres aguerridos y civilizados. Elogió mucho la belleza de los edificios, la limpieza de las calles, la regularidad de las plazas, la riqueza del pueblo. Según él, los techos de las casas principales eran de oro y plata. El gran sacerdote, en vez de vestidura pontificales, solía untarse el cuerpo con grasa de tortuga y derramarse encima polvo de oro hasta quedar completamente cubierto, y adornado de esta manera cumplía las ceremonias religiosas. El Indio trazó con carbón la ciudad sobre una mesa. Su ingenuidad sedujo al Gobernador, quien le pidió que sirviese de guía a algunos Españoles que deseaba enviar a aquel país. El Indio se prestó gustosamente a ello.

Diez españoles, entre ellos Don Antonio Santos, se ofrecieron para llevar a cabo este viaje. Puestos en camino, recorrieron cosa de quinientas leguas hacia el Sur por malísimos caminos. El hambre, los pantanos, los bosques, los pre-

cipicios, el calor y las lluvias acabaron con la vida de casi todos los Españoles. Los pocos que sobrevivieron a todas estas fatigas, creyéndose a cuatro o cinco jornadas de la ciudad, esperaban terminar pronto sus penalidades y alcanzar su objeto. El Indio que los guiaba desapareció una noche. Este acontecimiento consternó a los Españoles, quienes no sabían donde estaban. Algún tiempo erraron por aquellos lugares, y al cabo perecieron todos, salvo Don Antonio Santos, quien tuvo la idea de disfrazarse de indio. Despojándose de sus ropas, se untó todo el cuerpo de achiote, y se introdujo entre los naturales gracias a que poseía varias lenguas indias. Mucho tiempo vivió entre ellos, hasta que al fin cayó en poder de los Portugueses de Río Negro. Lo embarcaron en el Amazonas, y después de haber estado preso mucho tiempo, pudo regresar a su país. Murió en Guayana en 1796. Muy interesantes hubieran sido los relatos de Don Antonio Santos, pero era menos inteligente que constante en los trabajos. A causa de su inteligencia limitada, sus viajes y fatigas de nada han servido a la historia.

En 1800 el Barón de Humboldt, regresando de Río Negro al Orinoco, quiso penetrar hasta el Lago Parima; pero, como ya se ha dicho, los Indios Guaicas, cuya estatura no pasa de cuatro pies y dos o cuatro pulgadas, le impidieron la realización de este viaje. Por éstos supo que el *lago Dorado* o Parima es pequeño y poco profundo y que sus orillas y algunas de sus islas son de talco. ¿No provendrá el error que se ha perpetuado sobre las riquezas de este país, de los visos de oro y plata que despide el talco al recibir los rayos del sol, efecto que bien puede engañar al observador que fija su vista en un gran espacio cubierto por esta piedra engañosa? Tal es probablemente, por no decir infaliblemente, el origen de todos los cuentos que han corrido a propósito de El Dorado.

FIN DE LA OBRA

INDICES:

INDICE DE ILUSTRACIONES

INDICE DE ILUSTRACIONES

	<u>Pág.</u>
Mapa que acompaña la segunda edición alemana, de Berlín, 1808.	80
Plano de la ciudad de Caracas, de la edición hecha en París, 1806.	163
Plano del Puerto de La Guaira para 1804, que trae Depons en el tomo III, página 124 de su obra "Voyage á la partie Orientale de la Terre Ferme", publicada en París en 1806	223
Plano de Puerto Cabello, de la edición de París, 1806	355

INDICE

INDICE

Pág.

<p>CAPITULO SEPTIMO.—De la Agricultura y preparación de artículos de consumo.—Extensión del derecho de conquista. Concesiones de tierras.—Riegos. Manos muertas. Calidad del terreno. Productos.—Cacao. Sus virtudes medicinales. Cultivo. Enemigos del cacao. Medios de conservar un cacaotal. Causas de que el cacao se seque. Cosecha del cacao.—Añil. Terrenos que le convienen. De la siembra. Escardadura. Corte. Preparación.—Algodón. Le convienen casi todas las tierras. Siembra. Cuido. Cosechas. Desmonte. Empaque. Café. Terrenos propios para el café. De la siembra. Limpia. De la cosecha. Desección. Negligencia de los hacendados de Tierra Firme.—Azúcar. Terrenos adecuados al cultivo de la caña de azúcar. Caña de Taití. Siembra. Limpia. Madurez y calidad de la caña. Corte. De la molienda. Trapiches. Elaboración del azúcar. Elementos constitutivos del azúcar. Lejía. Supresión de la espuma. Sus pronósticos. Cocción. Cristalización. Colocación en las hormas. Batida. Señales de buena fabricación en el azúcar fría. Engredo. Para secar el azúcar. Cocción de la melaza. Procedimientos de los refinadores españoles.—Tabaco. Estanco. Almacígas. Siembra. Limpia. Gusanos del tabaco. Desarrollo. Señales de madurez. Precauciones. Cura seca. Cura negra. De como el Rey paga el tabaco a los plantadores.—Reflexiones sobre la Agricultura en Tierra Firme. Primera causa de su decadencia. Segunda causa. Tercera causa. Cuarta causa. Quinta causa. De como puede fomentarse la agricultura</p>	1
--	---

<p>CAPITULO OCTAVO.—Del <u>sistema seguido</u> por España en el comercio de sus colonias y del comercio en la parte oriental de Tierra Firme.—Primeras relaciones comerciales de España con</p>

sus Colonias.—Establecimientos de los Franceses en América y su sistema colonial. Causas que impiden a España seguir este sistema.—Primeras relaciones comerciales de España con Venezuela.—Comercio holandés de contrabando. Inútiles esfuerzos del comercio español por hacer competencia al holandés.—Compañía Guipuzcoana. Prudentes condiciones de la concesión. Comercio exclusivo. Modificaciones de la Compañía. Funesto cambio de sistema.—Libertad de comercio. Revolución comercial que fue consecuencia de lo anterior. Habilitación de los puertos de América al comercio de España y atinada distinción que para el caso se ha hecho.—Bases políticas y fiscales de los aranceles españoles. Condiciones requeridas para comerciar con América española.—Cómo se halla repartido el comercio en Tierra Firme. Ganancias del Comercio español. Gestiones de los cargamentos.—Importaciones por el comercio de la Metrópoli. Exportaciones. Compra de frutos. Calidad de los frutos de Tierra Firme. Sus precios. Flete de los frutos. Seguros.—Comercio recíproco de las posesiones españolas. Dinero en circulación. Comercio con las Colonias extranjeras.—Comercio de animales. Prohibición de exportar géneros a las Colonias extranjeras.—Apertura momentánea de los puertos a los extranjeros. Revocación de esta medida. Inactividad de la marina española en las Antillas. Nueva apertura de los puertos a los extranjeros.—Comercio con los enemigos.—Contrabando. Con Jamaica. Con Curazao. Con Trinidad. Con Surinán. Numerario invertido en Contrabando. Medidas para impedir el contrabando. Cómo se introduce el contrabando. Tribunal para juzgar el contrabando.—Mercancías que convienen a los Españoles. Comerciantes al pormenor.—Consulado. Condiciones de elegibilidad. Sueldos. Rentas. Competencia. Procedimiento. Diputados del Consulado. Asamblea del Consulado. Sus atribuciones. Cuadro de derechos de entrada y salida, etc.

93

→CAPITULO NOVENO.—De la Administración de las Rentas y de las Contribuciones.—Resumen de las rentas en las Provincias

de Caracas. Establecimiento de una Intendencia en Caracas. Los Gobernadores particulares son sus delegados. Funciones y prerrogativas de los Intendentes.—Oficiales superiores de Aduanas. Tribunal de cuentas. Asamblea superior de rentas.—Impuestos. Derecho de alcabala. Almojarifazgo. Armada y armadilla. Derecho de consulado y avería. Aprovechamientos. Taffas. Aduanas de la laguna. Pulperías. Composición de tierras. Confirmación de tierras. Arriendo de tierras.—Canoas de paso del Apure. Lanzas. Medias anatas. Novenos reales. Tributo de los Indios. Cargos venales. Papel timbrado. Propiedades realengas. Quinto de minas. Hospitalizaciones. Salinas. Restituciones. Confiscaciones. Diezmos reales.—Corso. Guarapo y Gallos. Penas de Cámara.—Sucesiones vacantes. Mesadas eclesiásticas. Medias anatas eclesiásticas.—Vacantes mayores y menores.—Bulas. Bula común de vivos. Bula de lacticios. Bula de muertos. Bula de composición. Precios de las bulas. Venta exclusiva del tabaco.—Resultado 170

CAPITULO DECIMO.—Descripción de las ciudades.—Gobernación de Venezuela.—Caracas. Sus prerrogativas. Temperatura. Meteorología. Situación. Aguas. Calles. Plazas públicas. Casas. Edificios Públicos. Su Obispado. Catedral. Iglesias y Conventos. Prácticas religiosas. Costumbres religiosas de las mujeres. Costumbres de penitencia. Fiestas. Nuestra Señora de la Copacabana. Nuestra Señora de la Soledad. Teatro. Juego de Pelota. Habitantes. Blancos europeos. Mujeres. Esclavos domésticos. Libertos. Universidad. Policía. Mendicidad. Comunicaciones con el interior. Con España. Comerciantes. La Guaira.—Puerto Cabello.—Valencia.—Maracay.—Turmero.—La Victoria.—Coro.—Carora.—Barquisimeto.—El Tocuyo.—Guanare.—Araure.—Calabozo.—San Juan Bautista del Pao.—San Luis de Cura.—San Sebastián de los Reyes.—San Felipe.—Nirgua.—San Carlos.—Gobierno de Cumaná.—Cumanacoa.—Cariaco.—Nueva Barcelona.—Concepción del Pao.—Gobierno de la Isla de Margarita.—Gobierno de Maracaibo.

Maracaibo.—Mérida. Trujillo.—Gobierno de Barinas.—San Jaime.—San Fernando de Apure. 206

CAPITULO UNDECIMO.—Sobre la Guayana Española y el Río Orinoco.—División de la Guayana.—Primera expedición a Guayana. Segunda expedición.—Fundación de la Villa de Santo Tomás.—El Orinoco. Sus fuentes. Curso del Orinoco. Comunicación del Orinoco con el Amazonas por el Río Negro. Continuación del curso del Orinoco.—El Meta, afluente del Orinoco. Ventajas de su navegación. Anuladas por el comercio de Cartagena. Resultados.—El Apure. Cría de ganados en la región del Apure y sus afluentes. Bocas del Orinoco. Navegación de las bocas del Orinoco a Santo Tomás.—El Caroní. Continuación de la navegación del Orinoco. Deliciosa variedad que ofrecen las márgenes del Orinoco. Importancia del Orinoco. Volumen y rapidez de la corriente. Crecientes anuales. Mareas.—Peces del Orinoco. Caimán. Iguana. Chigüire. Lapa. Perro de Agua. Lirón. Manatí.—Importancia de Guayana. Su extensión y población.—Baja Guayana. Relaciones de los Caribes con los Holandeses. Relaciones políticas entre los Holandeses de Surinán y los Españoles de Guayana.—Alta Guayana. Agricultura.—Santo Tomás. Su temperatura. Su comercio. Fomento que requiere la industria.—Proyecto. Mala situación de la capital. Necesidad de colocarla más cerca del mar. ¿Dónde se debe situar?—Expulsión de los Caribes. Nuevos medios de cultivar y poblar la Guayana.—El Dorado. Expedición de Hutten. Opinión sobre El Dorado. Expedición moderna 310

Se terminó de imprimir, ordenada por
el Banco Central de Venezuela, esta
obra de Francisco Depons, "Viaje
a la Parte Oriental de Tierra Firme",
Tomos I y II, en los Talleres de
"Gráfica Americana", en la ciudad de
Caracas, capital de la República de
Venezuela, el día 15 de octubre de 1980.
